
CUANDO
BRILLAN
LAS
MANZANAS
ROSA DÍEZ ~ URRESTARAZU
NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Hortensias teñidas de sangre

PRIMERA PARTE

1. Mi madre y yo
2. Atrás queda el pasado
3. Astra 400 y el universo nazi
4. Pinceladas de familia
5. Fraisoro
6. Partos del silencio
7. Mi pequeño Miguel
8. La confesión de sor Castora
9. Lágrimas de hielo
10. Veraneo en la Côte Basque
11. Una visita inesperada
12. Dos historias paralelas
13. El relato de Luciana
14. De viaje en el tiburón azul
15. Miradas furtivas al compás de la música
16. Muerte blanca
17. La bebé sin nombre
18. Un plato bien frío

SEGUNDA PARTE

19. Secretos
20. *Chamontais* a media tarde
21. Biarritz
22. Entre hilos de seda
23. Bajo el manzano de Atherpea
24. «Sin pasado»
25. Ese humeante aroma de cacao
26. A medianoche, te besé
27. Por las calles de Bilbao
28. Frente a frente
29. El abrigo
30. Cuando habla el corazón de una mujer
31. Brota el fuego de la ira
32. Entre veleros, frente a la bahía
33. Soy Blanca y esta fue mi realidad
34. Luisito y las manzanas

TERCERA PARTE

35. Tolare
36. Qué escondía el ataúd
37. Aprendiendo en una nueva realidad
38. Dos ríos que confluyen
39. Como gotas de agua
40. *Les Enfants de Lucienne*
41. Entre el silencio se ilumina la vida
42. Ese palacio frente al mar

CUARTA PARTE

43. Almidón para la despedida
44. Por la lejana bruma del pasado
45. Junta de señoras

46. Florentinas de chocolate negro
47. El legado de Ramón Zabala
48. La verdad oculta
49. Nada que recuperar
50. De vuelta a casa
51. Don Fausto y yo
52. Tantos años de silencio
53. Cerrando el círculo
54. Panza
55. Entre viejos abrazos
56. Unidas por el ayer
57. Aflora la verdad
58. Rosas blancas al amanecer

Cuando brillan las manzanas
Créditos

A todas aquellas mujeres
que se vieron obligadas a ocultar su maternidad.

Hortensias teñidas de sangre

Mi madre tenía un sueño demasiado profundo. A nuestro padre el leve revolotear de un insecto le interrumpía su descanso ciertamente ligero. No es que sufriera de insomnio, solo que parecía estar siempre ojo avizor ante cualquier movimiento que se produjera en la casa. Quizá el recuerdo del asalto que sufrió en aquella villa siendo él muy joven alteró su forma de conciliar el sueño.

En cuanto llegaba el verano acostumbraban a dormir con las ventanas abiertas. A ambos les gustaba sentir la brisa próxima de la bahía del Abra que impregnaba toda la estancia. Especialmente a mi madre, que dormía en la habitación contigua, pero donde cambiaba la orientación y tenía mejores vistas sobre el mar. Yo nunca los conocí compartiendo lecho.

—Tenemos horarios y costumbres distintas, así que lo mejor es dormir separados —fue la respuesta que me dio una vez que le pregunté, siendo adolescente, por qué no dormían juntos.

A pesar de que llevaba media vida viviendo en Neguri, mi madre seguía echando en falta San Sebastián, su playa y sobre todo a su hermana pequeña, Elvira, que se había casado con Antoine Dubois, un rico chocolatero de origen bordelés. Tenía una fábrica en el barrio donostiarra de Gros, donde se instaló su tatarabuelo durante la segunda mitad del siglo XIX.

Desde allí, las tabletas de chocolate, envueltas en papeles multicolores dependiendo de los ingredientes y el sabor, salían tanto en camiones como en tren para ser distribuidas a diversos puntos de la geografía española. Pero también viajaban a ultramar en embarcaciones que, de regreso al puerto de Pasajes, transportaban el tan codiciado cacao de Venezuela con el que se elaboraba uno de los mejores chocolates a la taza del país.

—Mi hermana ha sido muy afortunada —solía decir mi madre al referirse a Elvira—. ¡La echo tanto de menos! Antoine siempre está pendiente de ella. Viajan juntos a todas partes. No como yo, que me paso la vida encerrada en esta jaula de oro —se lamentaba a veces, algo triste.

Sin embargo, parecía no echar en falta nunca a mi padre. En ocasiones, él regresaba a casa de madrugada, y había veces que, con el pretexto de visitar a clientes o abrir nuevos mercados para las armas que se fabricaban en la factoría de Gernika, pasaba varias semanas de viaje.

Por eso, sus tres hijos estábamos acostumbrados a que hicieran prácticamente vidas separadas, aunque yo seguía sin entender la razón por la cual dormían en cuartos distintos.

—Los reyes también tienen habitaciones independientes —me dijo una vez mi madre ante mi insistencia, siendo apenas adolescente.

—Pero vosotros no sois reyes, *ama* —respondí con mi candidez juvenil.

—Por supuesto que no, Alejandra, ni me gustaría serlo.

Aquella fatídica noche de verano, mi padre se acostó bastante antes de lo previsto. Parecía estar cansado y algo tenso. Quizá por ello le costó conciliar el sueño más de lo habitual.

Íñigo y yo habíamos acordado vernos en el jardín de casa cuando todos estuvieran dormidos. Como otras tantas veces, gracias a la complicidad de mi madre, que adoraba a mi novio clandestino. Un

chico formal, de principios, guapo y algo tímido, que contaba con un porvenir brillante.

—Será una boda entre iguales —repetía a menudo mi madre cuando se refería a nuestro futuro juntos.

Entre las frondosas hortensias un poco alejadas de la vivienda se encontraba nuestro rincón favorito para querernos. Nos parecía romántico amarnos entre flores. A ambos nos gustaba pasear rodeados de la vegetación de nuestro inmenso jardín, cuidado con esmero, donde crecían distintas especies de árboles pulcramente podados.

—Pronto cumpliremos dos años de novios, Alejandra. Y yo ya quiero decirle a todo el mundo que te quiero.

En otras circunstancias hubiera saltado de alegría, pero lejos de compartir nuestra felicidad, esta vez tenía que decirle algo muy importante que me estaba desazonando aquellos días.

Tenía miedo, mucho miedo, y una inseguridad a flor de piel de la que no podía hacer partícipe a nadie. Era demasiado arriesgado hablar con cualquiera de mis amigas sobre lo que me estaba sucediendo, porque un paso mal dado arruinaría el buen nombre de mi familia, el honor cosechado durante varias generaciones.

Hacía una noche espléndida. Ambos soñábamos con ese momento en el que nuestras vidas se unieran para siempre. Solo que la oposición frontal de mi padre a que mantuviera cualquier tipo de contacto con el hijo de la familia Madariaga se había convertido en un problema irresoluble para el futuro de nuestra relación.

—Yo siempre te apoyaré, Alejandra, pase lo que pase.

Contar con la ayuda de doña Blanca, mi madre, fue un acicate para seguir por la senda que me dictaba el corazón.

En aquella ocasión, el crujido de las hortensias por alguien que parecía estar agitándolas sobresaltó a mi padre. Aguzó el oído. De madrugada, pensó, solo un intruso podía estar merodeando el jardín de una casa casi centenaria como aquella.

—¿Quién anda ahí? —Su voz grave hizo que el miedo me invadiera, olvidando la felicidad de la que hasta ese preciso momento

disfrutaba junto a Íñigo.

Mi padre saltó de la cama para tratar de averiguar quién era el desconocido que estaba agitando sus adoradas hortensias, que él cuidaba mejor que Manuel, el jardinero, que también hacía las funciones de chófer cuando se le requería.

A medianoche, en pleno mes de julio, con esa humedad que acusábamos en días cálidos quienes vivíamos junto al mar Cantábrico, yo llevaba puesto un precioso vestido midi camisero de lino blanco, de mangas cortas y ligeramente abullonadas, y cuello de solapas redondas, bien entallado, que intentaba estilizar mi figura algo rechoncha. Nunca fui de cintura marcada.

—¿Quién anda ahí? —repitió mi padre, visiblemente inquieto. Apenas esperó unos segundos antes de dirigirse al armero donde guardaba las escopetas de caza y una pistola, para la que, por supuesto, tenía licencia—. ¡Identifíquese, salga de mis hortensias! ¡Vamos! —Esta vez gritó sin importarle si despertaba o no al resto del vecindario.

Íñigo y yo contuvimos la respiración. Nos amábamos con esa pasión de juventud que nunca se repite después. Solo que de un Madariaga. Ese apellido maldito que no se podía pronunciar en nuestra casa sin que yo supiera la razón.

Como yo, mi prometido tampoco sabía qué hacer. Permanecimos abrazados como lo habíamos estado hasta entonces, conteniendo la respiración. Acababa de confesarle que estaba embarazada e intentábamos buscar una solución para contraer matrimonio en secreto.

—¿Por qué no me lo has dicho antes, Alejandra?

—Tenía miedo —le respondí.

—¿Lo sabe alguien más? —me preguntó algo nervioso.

—No.

—¿Tu madre tampoco?

—A ella nunca se lo contaría, porque el honor de nuestra familia quedaría manchado para siempre, Íñigo.

En una sociedad como aquella, a pesar de que el movimiento *hippie*, el pacifismo y el amor libre triunfaban fuera de nuestras fronteras, en la margen derecha bilbaína seguía reinando una hipocresía que llevaba a todos a mentir o a mirar hacia otro lado si las circunstancias lo requerían. Así que mi embarazo no podía ser descubierto bajo ningún concepto. Tenía que ocultarlo a toda costa, sea como fuere.

A pesar de los años transcurridos, nunca olvidaré su delicadeza, el modo en que Íñigo me consolaba acariciándome la mejilla mientras me decía: «Lo que llevas dentro es fruto de nuestro amor, no tienes por qué avergonzarte».

—Iremos a Biarritz. Mi madre nos dejará la casa del *aitite* —dijo de pronto.

Todavía hoy se me saltan las lágrimas recordando sus palabras.

Su abuelo materno, Ramón Zabala, tuvo que refugiarse en el País Vasco francés durante la Guerra Civil y allí mantuvo a la familia durante unos cuantos años hasta que pudo volver. Así que, para Ana, su madre, la casa de la Côte Basque fue en cierto modo su segundo hogar hasta que recaló en Neguri, el barrio más poderoso de Getxo, para contraer matrimonio con un hijo de los Madariaga.

Íñigo también acostumbraba a disfrutar de largos veranos en la casona familiar que ahora veía como el refugio donde comenzar una nueva vida junto a mí.

—¿Estás seguro de ello? —pregunté, nerviosa—. ¿Crees que tus padres aceptarán nuestro enlace?

—Claro que sí. No temas nada. Te quieren como a una más de la familia. —Íñigo, además, era hijo único.

Me emocioné tanto que rompí a llorar mientras él me mimaba con esa delicadeza que solo un hombre enamorado es capaz de dar.

Pero el terror provocado por lo que mi padre acababa de gritar nos asustó hasta el extremo.

Era una noche en la que la luz de la luna llena iluminaba toda la parcela, especialmente la zona ajardinada que estaba cubierta por espesas hortensias y rosales donde nos ocultábamos ambos. Ese

refugio precioso que nos servía para amarnos, entre el aroma de pétalos de rosas recién florecidas y hortensias multicolores.

Desde la primera planta de la villa donde se encontraba su dormitorio, podía apreciar con nitidez la silueta de Íñigo que estaba junto a mí. Dio la casualidad de que, como yo, él también vestía una camisa blanca, lo que a mi padre le facilitaba la visión para apuntar bien.

—¡Responda o disparo!

Aterrados, percibimos su furia. Nosotros seguimos callados. Inmóviles, y más espantados que nunca.

A continuación, se oyeron dos disparos secos.

Tiró a matar.

La sangre comenzó a brotar como una cascada incontrolable desde su cuello, empapando mi vestido y tiñéndolo todo de rojo.

Solté un grito desgarrador mientras me abrazaba al cuerpo que amaba. Se estaba desangrando ante mis ojos sin que yo pudiera hacer nada. Lo zarandeaba erráticamente, como si al moverlo pretendiera devolverle a la vida. Enloquecí. Nunca imaginé tanto veneno paterno para un amor tan puro.

—¡Lo has matado, lo has matado! —repetía yo sin cesar, rasgando el silencio que reinaba en medio de la noche—. ¡Te odio, *aita*, te odio! ¡Juro por Dios que te hundiré!

Mi padre, horrorizado, cuando oyó mi voz, corrió escaleras abajo hasta alcanzar las hortensias donde el cuerpo de Íñigo estaba ya completamente cubierto de sangre. Igual que el mío.

—Hija mía, Alejandra, ¿qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho? —mascullaba mientras intentaba acercarse a mí—. ¿Estás bien? Dime que a ti no te he hecho nada. —Intentó socorrer a mi novio, pero, obviamente, ya era demasiado tarde.

Jamás volví a llamarle padre. Desde aquel día fue don Fausto, el criminal que acabó con la vida del hombre junto al que descubrí el amor.

A veces, en días en los que me ataca la melancolía miro a mis hijas y pienso en el niño al que di a luz seis meses después en la casa cuna

de Fraisoro, en Zizurkil, lejos de mi Neguri natal que, pocos días después, abandoné para siempre y adonde acabo de volver para ajustar cuentas con el pasado, mientras contemplo cómo se mece la mar sobre la bahía que tanto eché en falta durante todos estos años.

Me cuesta mantener esa compostura vital que tanto me caracteriza cuando mi esposo me habla de su pena por no haber tenido un hijo varón con quien compartir aficiones o jugar al billar en días de lluvia. No sé hasta cuándo voy a poder vivir en silencio, porque empiezan a pesarme los años. Revivir el pasado es como ver brotar de nuevo la sangre sobre aquel vestido blanco de lino que duerme en mi antigua habitación, junto a la camisa de Íñigo.

PRIMERA PARTE

1

Mi madre y yo

Durante los diez días que permanecí en casa tras la muerte de Íñigo, no permití que nadie entrara en mi habitación. A veces, mi madre golpeaba con los nudillos la puerta, en un intento desesperado por hablar conmigo. Como yo, ella también estaba desolada.

—Alejandra, hija mía, déjame entrar, por favor.

Nunca recibía respuesta por mi parte. Permanecí todo ese tiempo echada en mi cama sin más compañía que la de mi vestido ensangrentado y la camisa de Íñigo sobre él.

—Abre la puerta —insistía una y otra vez, con más frecuencia a medida que pasaban los días.

Tan solo la noche antes de partir, la dejé acceder a mi dormitorio. Tenía decidido marcharme para siempre, entre otras razones, porque llevaba un hijo en mis entrañas —algo que nadie podía saber—, pero, al menos, pensé, sería bueno despedirme de quien más me había apoyado en el camino hacia mi primer amor.

En su rostro se marcaban unas profundas ojeras parecidas a las mías. Lejos de la pulcritud con la que siempre se presentaba a la hora del desayuno, se la veía demacrada, con el moño medio deshecho;

era evidente que el dolor también se había posado en ella casi con la misma intensidad que en mí.

Parecía haber envejecido lustros. Su voz se resquebrajaba entre una palabra y otra, mientras yo seguía ausente en la oscuridad de la habitación.

Durante todos aquellos días en ningún momento abrí la ventana por la que siempre entraba una luz intensa. No quería ver nada. Ni mi sombra, cuando me dirigía al baño que estaba en el mismo dormitorio.

—Escúchame, Alejandra —me dijo—. No puedes seguir así. Tienes que salir de aquí, volver al hospital.

En aquel momento yo estaba trabajando como dama voluntaria en la Cruz Roja de Bilbao.

Desde pequeña había querido dedicarme a algo relacionado con cuestiones sociosanitarias, aunque también me gustaba la historia. En los años sesenta no era habitual que las mujeres nos matriculáramos en la carrera de Medicina. Don Fausto, además, se encargó de que no estudiara una licenciatura de «hombres». Quizá fue a partir de aquel momento cuando las diferencias entre ambos se hicieron insalvables.

—Puedes decantarte por alguna carrera de letras, si quieres —fue lo que me contestó ante mi reiterada insistencia.

Así que cuando cumplí la edad reglamentaria ingresé en la institución donde conocí a sor Castora, un regalo del destino que me ayudó a sobrevivir tras la tragedia en la que estaba inmersa.

—Recuperar la rutina diaria te hará bien, Alejandra. —Ajena a mi embarazo, mi madre insistía en que, si volvía a mis funciones de voluntariado, al menos me distraería durante las horas que estuviera fuera de casa. Lo que en ningún momento imaginó fue lo que le dije.

—Quiero marcharme de aquí, *ama*. Me resulta imposible seguir viviendo en esta casa, y espero que lo comprendas.

—Harás bien en huir de esta cárcel en la que vivimos —respondió, tras unos segundos de silencio—. Pero ¿adónde irás, hija mía?

—No lo sé, todavía.

Vi cómo sus lágrimas corrían por sus mejillas. Nos abrazamos las dos sumidas en un llanto incontenible.

Don Fausto apenas estuvo detenido unas horas, el tiempo justo para prestar declaración. Eran otros tiempos. El poder podía corromper incluso a la ley.

Consiguió que *La Gaceta del Norte*, el diario más leído de la ciudad, no se hiciera eco del suceso. Tampoco el vespertino *Hierro*. Únicamente *El Correo Español-El Pueblo Vasco* hizo una pequeña mención sin precisar la identidad de nadie. La noticia pasó inadvertida. Un intruso que intentaba asaltar una casa de bien. Nada más.

Por más que la familia Madariaga intentó sacar a la luz pública lo que realmente sucedió aquella madrugada en Villa Abaria, la vinculación de sus miembros con el nacionalismo vasco hizo que no prosperara la demanda interpuesta por Teófilo y Ana.

—Podrían terminar ustedes en la cárcel, si Fausto Abaria se lo propusiera —les advirtió el abogado cuando los padres de Íñigo intentaron demandar a don Fausto.

«Harás bien en huir de esta cárcel en la que vivimos». Aquella frase de mi madre antes de que abandonara el hogar donde nací encerraba el sufrimiento de toda una vida, junto a un hombre al que desenmascaró pocos años después de contraer matrimonio, pero del que nunca se separó por una simple cuestión de dinero y posición social.

—Tía Elvira podrá ayudarte si lo deseas. La llamaré —se ofreció mi madre.

En mi estado, no podía ir a San Sebastián. Antes tenía que decidir qué hacer y si iba a dar a luz a ese bebé fruto de un amor truncado de forma violenta.

—No, *ama*. Necesito irme lejos de aquí. A Francia quizá.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—No lo sé aún, pero me vendrá bien mejorar mi francés. Lo tengo un poco oxidado.

—En ese caso, puedes hablar con el tío Antoine, a él le queda familia en Burdeos.

—No lo llames, de momento.

—Está bien, Alejandra, si ese es tu deseo. Pero déjame que te ayude. No quiero que te falte de nada, aunque estés lejos de casa.

Ya no me quedaban lágrimas que derramar. Mi madre se acercó hasta la ventana y la abrió. Fue una bocanada de aire con olor a mar. Esa mar frente a la que tantas veces Íñigo y yo soñamos juntos nuestro destino, sentados sobre la arena en la playa de Ereaga.

Ahora me sentía perdida, sumida en una soledad en la que ese hijo que habíamos concebido sin saberlo iba a dar otra vuelta de tuerca a mi vida.

—Deja las cosas como están, *ama*. Necesito pensar y decidir después.

A pesar del dolor, ahora lo único que me obsesionaba era qué hacer con mi embarazo.

—Como quieras, Alejandra, pero creo que la casa de mi hermana es el mejor sitio donde puedes descansar un tiempo.

Me faltaban unas pocas semanas para finalizar mis estudios como dama enfermera de la Cruz Roja, después de cursar dos años de formación en el hospital de Bilbao junto a sor Castora, que fue una especie de tutora para todas nosotras.

—Tengo que terminar las prácticas en la clínica.

—¿Dónde vas a vivir si te vas de aquí?

—No lo sé, pero tengo que marcharme.

—Piénsalo bien, Alejandra. Tienes toda mi ayuda. Dinero no te faltará.

Conteniendo las lágrimas, mi madre y yo acordamos que todos los meses me ingresaría una cantidad suficiente para que viviera sin estrecheces.

Sentada en una de las esquinas de mi cama, cabizbaja, percibía que estaba intentando ponerse en mi piel, mientras manoseaba nerviosa la correa del reloj que llevaba puesto en la muñeca izquierda aquella mañana. Desde la tragedia, ya no se ponía las joyas que

habitualmente lucía en casa. Ahora tan solo llevaba ajustado en la muñeca izquierda un reloj que no creía haberlo visto hasta entonces.

Instintivamente me incorporé de la cama porque necesitaba sentir su abrazo, que mi madre me apretara contra su pecho, como cuando era niña, para decirme lo mucho que me quería. En esa soledad que me acechaba desde la muerte de Íñigo, solo pensaba en cómo salir adelante con mi embarazo del que no podía hablarle a nadie, y menos a mi madre, porque no quería hacerla sufrir más todavía; además, si trascendía la noticia, sería un absoluto escándalo. Eran otros tiempos.

Saqué del armario la maleta con la que viajaba a San Sebastián cada verano. Era de piel oscura bien trabajada. En ella fui colocando prendas que no marcaran mi silueta, calzado cómodo y un par de prendas de abrigo. Mientras iba poniéndolas con cierto orden, no podía evitar llorar. En algunos momentos, de manera desconsolada.

Consciente de que nada iba a retenerme en aquella casa, mi madre supo estar a la altura de las circunstancias. Me ayudó a terminar de hacer el pequeño equipaje. No quería llevar muchas cosas, solo lo imprescindible. Todavía no sabía qué iba a hacer con mi vida. Luego salió mientras yo acababa. Eché un último vistazo a la que había sido mi habitación hasta entonces, ahora inundada por el sol que entraba a raudales por la ventana abierta, y tras soltar un hondo suspiro, cerré la puerta detrás de mí, y también una parte de mi vida. Cuando bajé la escalera con mi maleta, mi madre me esperaba ya en la entrada.

—Hasta siempre, Alejandra —me dijo, con sus ojos desbordantes de lágrimas. Entonces se quitó el reloj que llevaba puesto—. Póntelo. No lo pierdas. Algún día te contaré su historia y el origen de tu nombre.

Con aquel Omega De Ville de oro, salí de Villa Abaria con un bebé en mi vientre sin saber muy bien qué iba a depararme el destino.

2

Atrás queda el pasado

En el hospital Victoria Eugenia de la alameda de Urquijo de Bilbao se respiraba alegría. Nuestra juventud hacía que los pacientes a los que atendíamos se contagiaran del buen humor que derrochábamos mientras les hacíamos la cura o los ayudábamos a caminar por los pasillos, aunque, en mi caso, vivía el dolor en silencio.

—Por fin has vuelto, Alejandra. Te hemos echado mucho de menos. —Las palabras de sor Castora me arrancaron una leve sonrisa.

—Gracias, hermana.

De camino hacia el centro hospitalario, fui maquinando cuál sería la excusa más creíble para que nadie me preguntara demasiado por mi ausencia.

—He tenido una infección intestinal y fiebre alta. Todas mis compañeras se interesaron por mi salud.

—Pobrecita. Menos mal que ya te has repuesto y vuelves a estar con nosotras. Diré en cocina que te preparen una dieta blanda, por si acaso.

—No hace falta, ya estoy bien.

Ser dama enfermera de la Cruz Roja no solo era un orgullo, sino que reflejaba una forma de ser. De «entrega al prójimo», como tanto le gustaba remarcar a sor Castora.

Era una mujer fuerte, muy del país. De manos y caderas anchas; bajo unas lentes gruesas ocultaba esos ojos vivos a los que no se les escapaba detalle. Nunca supe si tenía el pelo corto o cuando se quitara la toca blanca luciría unos largos cabellos que quedarían escondidos bajo la indumentaria religiosa. Era alta para la época y su piel casi se asemejaba a la nieve.

Extraordinariamente observadora, a la monja guipuzcoana le gustaba llamarnos de vez en cuando a cada una de nosotras a su dispensario. Solía ser o bien muy de mañana o al caer la tarde, antes de que abandonáramos el centro médico.

—Pasa a verme luego y te pongo al día sobre los últimos ingresos.

Todavía no era la hora de comer. Me sentía desasosegada, con ciertas náuseas que me obligaban a acudir al baño frecuentemente. Tenía ganas de vomitar sin haber desayunado. Mientras caminaba por la galería interior del edificio, mis fuerzas flaquearon. Perdí el conocimiento.

Lo siguiente que recuerdo de aquel episodio fue la mirada fraternal de sor Castora, mientras yo permanecía postrada en la camilla de su dispensario.

—Ahora vendrá el doctor Herranz a verte.

Sentí un sudor frío. No quería que me viera ningún médico. Solo deseaba recuperarme antes de que llegara el galeno y decirle que ya estaba bien.

—No hace falta.

—Has perdido el conocimiento, así que es importante que te vea el doctor —insistió—. Te he tomado la tensión arterial y la tienes bajísima.

Me di cuenta de que tenía las piernas sobre un par de almohadones. Estaba acorralada. Me resultaba imposible irme de allí sin que el médico me hiciera una exploración. Temí lo peor. A la religiosa no se le podía mentir ni ocultarle nada. Tarde o temprano

descubriría mi estado. Desde que llegué al hospital como voluntaria había sido mi tutora, esa persona maternal que se preocupa por ti cuando te ve triste o risueña, porque eres feliz y quiere compartir tu alegría.

Me sentía incapaz de ocultarle mi estado a pesar de la vergüenza. Tampoco podía ahogar por más tiempo mi tragedia. Estaba sola, refugiada en una casa de huéspedes de Bilbao la Vieja donde nadie me conocía.

—Verá, sor Castora.

—Dime, hija.

—No creo que sea necesario que me vea un médico.

—¿Por qué?

La monja enseguida interpretó que tenía algo delicado que contarle.

—Estoy embarazada. —Para qué andar con rodeos. A pesar de mi juventud, estaba acostumbraba a ser directa ante situaciones límites, y esta era, sin duda, una de ellas.

Pareció no inmutarse.

Lejos de recriminarme, la hermana de la caridad se aproximó hasta la camilla en un intento de que yo sintiera su calor. Esa calidez tan necesaria cuando vives en soledad ocultando un secreto que no puedes compartir.

—¿De cuánto estás?

En ningún momento me preguntó por cuestiones personales. Al igual que mi madre, ella sí sabía que tenía novio formal. Que era el hijo de los Madariaga de Getxo, una familia religiosa, patronos de la beneficencia y que donaban importantísimas cantidades de dinero al hospital donde nos encontrábamos.

—Voy a cumplir la cuarta falta en unos días.

—¿Qué vas a hacer con el bebé? ¿Lo saben tus padres?

—No. Ni voy a contárselo. Eso queda dentro de mí.

Me quedé impresionada cuando me habló de la posibilidad de entregarlo en adopción. Sabía con propiedad de lo que hablaba.

—Un niño es una bendición del Señor, y si tú decides no quedártelo, conocemos a muchas familias que lo criarán bien y le darán un buen futuro. Confía en mí.

Estaba estupefacta. No daba crédito a lo que acababa de sugerirme aquella religiosa con la que tanto me había familiarizado y a la que me unía un afecto especial.

Desde que supe que estaba embarazada acaricié la idea de no seguir adelante con la gestación, pero en ningún momento pensé en entregarlo a nadie. Si decidía tenerlo, no iba a ser para deshacerme de él.

—Yo sé quién puede ayudarte —prosiguió la monja con cierta naturalidad para mi absoluta sorpresa. Estaba estupefacta.

—Seguiré adelante con el embarazo, no quiero dárselo a nadie.

La monja parecía algo contrariada, aunque intentaba no reflejar su enfado.

—En ese caso, también puedo ayudarte. —Sor Castora parecía tener solución para todo. Lejos de la ternura con la que nos envolvía a todas las enfermeras voluntarias en el día a día, ahora su actitud se había tornado en una frialdad práctica que me hizo estremecer.

—¿Cómo? Usted dirá, hermana.

—Verás, conozco un hospicio cerca de mi pueblo donde las chicas pueden dar a luz y luego decidir.

—¿Dónde está?

—En Zizurkil. Una localidad muy pequeña ubicada en la comarca de Tolosa.

—Si es un hospicio, las madres abandonarán allí a sus bebés.

—No siempre. A veces se quedan con ellos y se crían allí hasta que cumplen cinco años.

—¿Cómo se llama ese sitio?

—Fraisoro. Es una casa cuna. Yo estuve allí varios años antes de que me trasladaran a este hospital.

No tenía muchas alternativas en mi estado. Así que le dije que iba a tomarme unos días para sopesar si me trasladaba a esa localidad guipuzcoana de la que nunca había oído hablar o prefería quedarme

en la casa de huéspedes donde la patrona me cuidaba con cierto afecto.

Hasta llegar a aquel piso en Bilbao la Vieja, nunca imaginé que pudieran existir viviendas como aquella. Por más que se empeñó mi madre en que me alojara en algún lugar más digno, incluso me ofreció vivir en un apartamento que ella alquilaría, no quise aceptarlo por miedo a que don Fausto se presentara allí un buen día.

—Tienes que ir a casa de la tía Elvira. Hazme caso —insistió mi madre sin éxito.

—Lo haré, pero dentro de un tiempo. Ya te dije que quiero mejorar mi francés.

En realidad, serían justo los meses que necesitaba para dar a luz. Después, instalarme en casa de mi tía en San Sebastián era la mejor oportunidad para tratar de superar mi pena y comenzar una nueva vida en una ciudad donde también había mar, como en Neguri. O, al menos, ese fue mi plan inicial.

Pero ¿por qué don Fausto destilaba tanto odio hacia la familia Madariaga?

Antes de marcharme de casa le pedí a mi madre que me explicara la razón de tanto desencuentro entre ambas familias.

—Me avergüenza confesarte la traición de tu abuelo a Vicente Madariaga —me explicó.

—Pero si tú no tienes nada que ver —argumenté.

Mi madre cerró los ojos; vi cómo se le escapaba alguna lágrima.

—Me casé con el hijo de un asesino, aun sabiendo que lo era.

Aquel día comprendí lo importante que fue para ella asegurarse un buen futuro en plena posguerra, aunque este estuviera manchado de sangre e infamia. La Guerra Civil había dejado a su familia sumida en la más absoluta miseria, a pesar de las apariencias, y no quería para ella el mismo destino.

Miré al reloj que acababa de colocar en mi muñeca y pensé qué otro secreto encerraría aquel Omega De Ville de oro.

3

Astra 400 y el universo nazi

En algunas ocasiones, don Fausto se quedaba a dormir en la casa que tenía su familia en Gernika. No estaba lejos de la fábrica de armas, y, además, le resultaba más cómodo que desplazarse ya de noche hasta Neguri por una carretera de pendientes empinadas y curvas interminables. Eran cuarenta kilómetros, pero circular por una orografía agreste como aquella solía ser bastante complicado. No resultaba posible alcanzar una velocidad constante con la que recorrer la distancia entre los dos puntos en menos de una hora. Eso, en días de lluvia y noches cerradas, se convertía en algo ciertamente penoso.

Su padre, don Desiderio Abaria, había sido el fundador de la industria en un pequeño taller eibarrés hasta trasladarse a la ría de Mundaka pocos años después. Un hombre duro, carente de escrúpulos e ideologías.

—El dinero no tiene color y te da mucho poder. Aprende bien esto, Fausto —le decía.

Sin duda, fue una máxima que aplicó a pies juntillas. Poco piadoso, junto a él crecimos mis hermanos y yo alejados de caprichos

bajo una mano firme, sin contemplaciones ni concesiones durante la infancia. Con nuestra madre, por el contrario, conocimos la ternura y ese amor incondicional con el que fuimos haciéndonos adultos en sus brazos cuando don Fausto no nos veía.

Solo Álvaro, mi hermano mayor, mostró cierto interés por las armas y, por consiguiente, el negocio familiar. Era también el más sinvergüenza. Acosaba a las muchachas de servicio cuando mi madre no estaba en casa, especialmente a Flora, que había llegado a servir hacía poco.

—Eres muy bonita. —La muchacha era más joven que yo. Casi una niña. Las palabras de mi hermano la avergonzaban y no se atrevía a levantar la cabeza.

La miraba de forma lasciva, provocando a la chiquilla un sonrojo incontrolado que parecía excitar a Álvaro.

En la facultad donde estudiaba leyes, era el líder indiscutible entre su grupo de amigos, a cuál más golfo. Algunos procedían de provincias limítrofes, unos pocos de Madrid, mientras que el grueso del alumnado se desplazaba cada día desde Getxo o del mismo Bilbao hasta el barrio donde estaba situada la universidad.

Aprovechando los recesos de clase o el descanso más largo a media mañana, Álvaro y sus amigos maquinaban cómo abordar a sus nuevas víctimas. Para contraer matrimonio aún les faltaban algunos años y elegirían entre la panoplia de casaderas iguales a ellos. Ahora era el momento de divertirse sin pensar en nada más.

—A ti te gustaría la planchadora que tenemos en casa —le dijo un día sin rubor alguno a Eduardo, íntimo compañero de fechorías.

—¿Las tiene grandes?

—Sí, y además es delgada, como ti te gustan. Pechos grandes y cadera estrecha.

—¿Y facilona?

—No. Esta ha venido del pueblo directamente y está sin malear. —Álvaro acostumbraba a llevar la voz cantante cuando se trataba de conquistas.

—Mejor aún, me excitan mucho más las vírgenes.

—Pero no te hará las guarrerías que te gustan.

—Desvirgar me pone más. —Su amigo Eduardo era un auténtico golfo sin escrúpulos ni moral alguna, como él—. Entonces, ¿cuándo me la presentas?

—Déjame preparar el terreno, que es una chiquilla, ya te he dicho.

Álvaro dudó en seguir adelante o no por las consecuencias que podría acarrear, ya que después de la fechoría tendría que continuar viéndola cada día en casa. Circunstancia incómoda a todas luces.

Cuando iba a la fábrica con don Fausto, Álvaro, en cambio, mantenía las distancias hasta el extremo con secretarias, limpiadoras o algunas de las pocas mujeres que trabajaban en los talleres.

Allí todo el mundo lo tenía por un muchacho de pocas palabras, exquisitamente educado, que siempre acompañaba a su padre sin rechistar, durante las prácticas de verano.

—Tienes que ir familiarizándote con las armas para abrir nuevos mercados cuando te incorpores a la fábrica —decía don Fausto. Quería que Álvaro no dudara sobre el destino que él había trazado milimétricamente para su hijo mayor.

Durante la Guerra Civil española, Abaria, Armas y Propulsión de Tanques —ese era el nombre de la fábrica— suministró una de las pistolas más emblemáticas tanto al ejército republicano como a los militares sublevados.

—Mira, Álvaro. —Don Fausto puso sobre la mesa una Astra 400. Pertenecía al pequeño museo que fue componiendo la familia en la casa de Gernika. Mi hermano la observó sin mucha curiosidad—. Con esta joya mi padre se hizo rico y despegó la empresa.

La utilizaron tanto republicanos como los militares sublevados. Conocida popularmente como «la Puro», se caracterizaba por emplear potente munición del calibre 9 mm largo. Tenía un sistema de inercia de masas y contaba con un cañón completamente cilíndrico similar a la forma de un habano. Razón por la que, con el paso de los años, esta arma fue reconocida con ese sobrenombre.

—Tu abuelo Desiderio, durante la Guerra Civil, vendió decenas de miles de pistolas como esta. Cuando Franco declaró la victoria, nosotros ya estábamos haciendo otro tipo de armas y maquinando nuevas oportunidades de negocio —le explicó a mi hermano.

—¿Qué otras cosas se fabricaban aquí? —preguntó Álvaro.

—Piezas de recambio para ametralladoras, algunas partes de los tanques y escopetas de caza.

En nuestra casa jamás se hablaba con claridad de la participación de la empresa en la guerra. Mis padres tan solo hacían de vez en cuando pequeñas alusiones veladas a la implicación de la flota de los Madariaga en el transporte de armas. En alguna ocasión se mencionó la vinculación con la Alemania de Hitler de forma difusa. Pero poco más.

—Las guerras europeas fueron complicadas para nosotros, Álvaro.

—¿Por qué? —quiso saber mi hermano.

Don Fausto consideró que había llegado el momento de hacer partícipe a su heredero de algunos secretos para que comprendiera determinadas actitudes suyas.

Quizá lo que siempre buscó con ese tipo de concesiones fue justificarse ante nosotros, y ante su propia conciencia, si es que la tenía.

—En este negocio es muy importante contar con una buena red de contactos, porque en determinadas ocasiones hay que ser oscuro.

En esa oscuridad a la que se refería estaría la razón del odio que destilaba cuando se pronunciaba el apellido «maldito» de mi prometido muerto.

Vicente Madariaga siempre fue un hombre de mar. Como tal, fraguó su fortuna entre barcos de pesca, bacaladeros y buques de carga.

Quizá lo único que tuviera en común con Desiderio Abaria fuera que, como él, también pensaba que «el dinero no tiene color ni ideología». Sin embargo, las profundas convicciones religiosas de Vicente le hicieron ser una persona con más ética y principios que

nuestro abuelo. Era un vasco que cumplía su palabra hasta el final en cualquier trato que cerrara.

Juntos hicieron no pocos negocios. Se asociaron en el transporte de armas, para lo que Madariaga adquirió un carguero diseñado específicamente con ese fin.

—Podremos llevarlas a cualquier parte del mundo, Desiderio, con absoluta seguridad y garantía. —Vicente se sentía pletórico por el gran negocio que se abría ante sus ojos.

—Vamos a ganar mucho dinero, sí. —Desiderio y él parecían vivir una luna de miel empresarial.

Contrató a Juantxo Aurrekoetxea, uno de los mejores capitanes que en ese momento estaba operando desde Manila, donde un gran empresario de origen guipuzcoano contaba con una naviera. Se trataba de un experimentado lobo de mar nacido en Bermeo, que conocía bien las rutas trazadas por Andrés de Urdaneta, el cosmógrafo vasco más universal.

En tiempo de paz, desde la fábrica de Gernika, también se exportaba armamento al otro lado del Atlántico, a Venezuela, Argentina e incluso a Chile, y más cerca, a Escandinavia o a países de la cuenca del Mediterráneo.

Era un negocio floreciente. El cobro siempre estaba asegurado porque quien pagaba era un Gobierno y las rutas eran seguras.

—Tendrás que ir pensando en comprar otro buque, Vicente. —A mi abuelo Desiderio le entusiasmaba la idea de que la sociedad Abaria y Madariaga fuera ampliándose—. Hay mucho mercado por abrir y tus barcos son los más rápidos y mejor acondicionados.

Parecían compenetrarse bien, sabiendo cada uno cuál era su lugar en la aventura empresarial que emprendían. Mientras priorizaban la propulsión de tanques y la fabricación de ametralladoras, estalló la Segunda Guerra Mundial.

Nunca como entonces Desiderio vio tan claramente la forma de ganar ingentes cantidades de dinero. Si era avispado y actuaba con rapidez, con tantos países implicados en la contienda, no le resultaría difícil suministrar armas a los distintos ejércitos.

—En una guerra no hay moral ni conciencia, Vicente.

—Siempre hay un límite, Desiderio, tampoco todo vale a costa de vidas humanas.

—No somos hermanitas de la caridad. Las armas siempre son para matar. Alguien tiene que fabricarlas.

Con este tipo de comentarios el abuelo de mi prometido se contrariaba. Para él, sí que existía una línea divisoria entre lo que estaba bien y lo que no se podía hacer por muchos beneficios que reportara un determinado negocio.

—Pero no a cualquier precio —replicó.

—¿Qué quieres decir con eso? —Mi abuelo lo miró con suspicacia.

—Lo que estás oyendo. Que no estoy dispuesto a transportar armas a Hitler.

A Desiderio le ofuscó sobremanera el comentario de su socio en ese negocio. Qué más le daba si las armas eran para matar judíos o gasear perros. Total, para él, era casi lo mismo.

—¿Cómo puedes pensar semejante atrocidad? —Vicente se espantó.

—Déjate de moralinas, nosotros estamos para ganar dinero y no para descubrir qué hacen con mis armas. Eso no nos incumbe Vicente.

Con el puro habano sin acabar de consumir, Desiderio observó los anillos de humo que dibujaban sus bocanadas. Era un Partagás, de los que tanto le gustaba fumar a media tarde en su despacho de la última planta del edificio, desde donde podía contemplar en lontananza las aguas de la ría de Mundaka.

—A nosotros qué nos importa lo que haga ese austriaco loco que ha hecho creer al mundo que es alemán. ¿O es que acaso te gusta más Stalin? —le preguntó a su socio.

—No es cuestión de quién me guste más o menos. Por mis venas corre sangre judía, Desiderio. —Vicente no pudo ocultar su contrariedad.

Mi abuelo calló durante largo rato. Solo pensaba en que se le acababa de presentar un grave problema para cumplir la palabra que

les había dado a los nazis sin que Vicente lo supiera.

4

Pinceladas de familia

Don Fausto nunca nos dedicó más allá de los escasos minutos que necesitaba para recriminarnos cualquier pequeña travesura o imponernos su voluntad.

Su frialdad extrema contrastaba con la ternura de nuestra madre, que desprendía puro amor hacia nosotros. Era consciente de las diferencias que nos separaban a los tres hermanos. Álvaro era a quien más reprendía, con razón. Siendo el mayor, lejos de dar ejemplo, su indisciplina y arrogancia la exasperaban.

—Es igual que su padre —se lamentaba *ama*.

Trataba al servicio con la misma displicencia que don Fausto. A Manuel, el jardinero; a Casilda, el ama de llaves, y a las demás personas que abnegadamente se encargaban de que en Villa Abaria todo funcionara con la precisión de un reloj suizo.

Con Flora, sin embargo, tenía más miramientos. Hacía que la muchacha se sintiera halagada, distinta a las demás personas del servicio.

—Eres mi debilidad —le susurraba cuando creía que ninguno de nosotros iba a oírle.

Se había encaprichado de la chica. Saltaba a la vista. Aprovechaba cuando no estaba nuestra madre para cortejarla. Iba a la cocina bajo cualquier pretexto. Una vez allí, buscaba el modo que le permitiera acercarse lo suficiente y decirle eso que una muchacha sin aspiraciones desea oír de alguien inalcanzable como era mi hermano para ella.

Álvaro sabía de su capacidad de seducción cuando se lo proponía. Cómo preparar el terreno para que la presa cayera en sus redes. A pesar de su juventud, dominaba bien las artes amatorias de las que gustaba alardear entre sus compañeros de facultad.

—No se me resiste ninguna en los guateques, así que la planchadora que tenemos en casa va a caer como una cría de paloma.

Ya les había hablado a sus compañeros de facultad de Flora cuando llegó a Villa Abaria.

—Esta es distinta a las otras —apostilló, con esa seguridad de la que hacía gala constantemente.

Quizá por ello, cuando vio el interés de Eduardo, su compañero de pupitre, por desvirgarla, enseguida le quitó la idea de la cabeza. La quería para él. Disfrutar de un cuerpo virgen hasta alcanzar el clímax, mientras la muchacha aprendía a gemir. Lograría que ella lo buscara para volver a darle ese placer único que descubrirían juntos. En realidad, él le enseñaría los secretos del sexo incitándola a que explorara su cuerpo, se acariciara los pezones turgentes mientras él jugaba con su miembro viril erecto hasta el extremo. Porque Flora era distinta. No tenía nada que ver con las jóvenes casaderas que revoloteaban al olor de su fortuna.

Todavía quedaba mucho para que eligiera entre todas ellas. Alguna que también hubiera sido educada en la misma hipocresía que él. Donde de la mentira se había hecho casi un dogma de fe.

Luego ya habría tiempo de soltar a Flora al ruedo para que sus amigos la disfrutaran. Pero el primer bocado tenía que ser suyo.

Como hermano mayor, su destino estaba trazado desde el nacimiento. En casa, todos éramos conscientes de que algún día llevaría el timón de la empresa de armas. Lo habitual era que el resto

de los hermanos dejara hacer a quien pilotara el buque. Solo que las diferencias insalvables que se crearon entre él y yo casi desde la infancia iban consolidándose durante la edad adulta.

Cuando llegara el momento, estaba segura de que nos enfrentaríamos.

Por el contrario, Isidro, mi otro hermano, y yo nos parecíamos mucho. Tenía dos años más que yo y era un poco menor que Álvaro. No tenía nada en común con el primogénito. Amaba la mar, leía a san Juan de la Cruz, cuando don Fausto no lo veía. Era el único que disfrutaba saliendo a navegar en el yate de la familia y acudía a misa casi a diario, siempre que se lo permitían sus estudios.

No le gustaban las armas. Tampoco el mundo de los negocios. Su destino parecía estar más ligado a la intelectualidad. Asistía al último curso de Historia. Obtendría la licenciatura dentro de unos meses. Su expediente académico era brillante, aderezado con varias matrículas de honor. Eligió, sin embargo, esa carrera por descarte. Las pocas veces que se hablaba en la familia sobre nuestro futuro, Isidro siempre evitaba pronunciarse.

—Creo que tu hermano va a meterse cura. —El comentario de mi madre al referirse a él me sorprendió.

— ¿Por qué dices eso?

—Las madres tenemos un sexto sentido, Alejandra. La intuición no suele fallarme.

Además de dejarle el camino libre a Álvaro en la empresa, don Fausto podría estar en paz con un hijo sacerdote que perdonara sus pecados. Matar y luego comulgar.

Entre Isidro y Álvaro nunca hubo sintonía. Ni siquiera siendo niños. Álvaro se las ingeniaba para dejar siempre llorando a su hermano menor. Le arrebataba los juguetes más queridos para él, cuando este se descuidaba durante la merienda.

Recuerdo una vez que Isidro, con la ayuda de nuestra madre, rompió la hucha de barro en la que había ido depositando todas las monedas de la paga durante todo un año. A cada uno de nosotros nos compraban un cerdito para que fuéramos ahorrando el dinero que

nos daban por nuestro cumpleaños o la paga que cada domingo recibíamos puntualmente. Un dinero que Álvaro se gastaba en un santiamén, mientras que los demás, especialmente Isidro, depositábamos en la hucha que cada uno teníamos sobre la cómoda de nuestra habitación.

Tan pronto como cayeron todas las monedas sobre la alfombra, Álvaro se apresuró a recoger cuantas pudo mientras Isidro le imploraba que dejara de quitárselas.

—Es mi dinero, no me lo quites. Tú ya tienes tu hucha. —Entre lágrimas el pequeño intentaba arrebatarle las monedas sin éxito hasta que intervino mi madre.

—Haz el favor de no coger nada, Álvaro.

—Total, solo tienes monedas, a ti no te dan billetes como a mí —respondió el mayor con desdén. Fue hiriente desde la cuna.

Sabía cómo destruir el mundo emocional de cualquiera, pero especialmente de aquellos a quienes públicamente despreciaba. En el fondo, envidiaba de forma mezquina a su hermano, porque Isidro se ganaba el cariño de cuantos le conocían.

Tenía la capacidad innata tanto para hacer daño como para ocultarse bajo una personalidad estudiada, con la que seducir a quien le interesaba.

—Ninguna chica de Neguri tiene un cuerpo como el tuyo —adulaba a la planchadora.

Flora no daba crédito a lo que mi hermano le decía. Se ponía colorada. Ella, que nunca había tenido novio en el pueblo, no podía evitar ruborizarse cuando Álvaro pasaba a su lado. A veces, él se acercaba deliberadamente, en otras ocasiones era fruto del azar.

Mi hermano pertenecía a ese tipo de hombre que gustaba tanto a las mujeres. Había heredado los cabellos rubios de don Fausto, pero también esa penetrante mirada fría que hacía sentirse pequeños a los demás. No obstante, a la mayoría de las jóvenes les entusiasmaba esa mezcla de chico malo con la belleza convencional de lo que en aquella época se consideraba un hombre guapo. Por otro lado, era alto y tenía un cuerpo que rozaba la perfección: bien musculado

gracias a las jornadas que pasaba nadando en la piscina cubierta de casa y en el gimnasio que don Fausto apenas utilizaba.

A Flora, el corazón le palpitaba a toda velocidad cuando olía cerca la colonia con la que mi hermano se perfumaba.

Nadie había besado sus labios. Tampoco sabía amar, pero estaba completamente segura de que el amor había llamado a su puerta. Los príncipes azules existían. El suyo estaba allí. Lo que Flora desconocía por completo debido a su ingenuidad era que bajo la indumentaria de Romeo enamorado se escondía la hiena más despiadada.

5

Fraisoro

Sor Carmen estaba al frente de una comunidad de once religiosas y un par de docenas de nodrizas internas que amamantaban a los vástagos que iban naciendo tras la renuncia de sus madres biológicas. Elegían a las más sanas. A aquellas que carecieran de enfermedades de transmisión sexual y fueran de buen comer.

Sor Castora ya le había puesto al corriente de mi llegada.

—No temas nada, Alejandra. La hermana Carmen te ayudará en tu nueva vida. —Mientras me despedía, la religiosa introdujo en el bolsillo de mi abrigo una estampa de la virgen de Begoña para que me acompañara siempre—. Llévate también estas agujas de tejer y los ovillos de lana que te he puesto. Te vendrán bien para distraerte.

Durante los días previos, quien fuera mi mentora mientras estuve como voluntaria en aquel hospital, me informó sobre muchos detalles del que iba a ser mi hogar durante las próximas semanas, previas al parto.

—Es un lugar pulcro, regido por nosotras. Además, las de tu clase sois las distinguidas. Estáis en una zona separada del resto para

preservar vuestro anonimato. Jamás figurarás en el registro con tu identidad real, sino con un número que solo conocerás tú.

—¿Hay más chicas como yo?

—Muchas más de las que te imaginas. Incluso podría haber alguien que conocieras. —Con su comentario, sor Castora quiso de alguna manera rebajar el grado de tensión por el que yo atravesaba aquellas semanas.

De pronto estaba descubriendo un mundo paralelo en una sociedad, la mía, donde aparentemente todo ocurría tal y como estaba previsto, solo que existía una vida oculta impregnada de desdicha y sufrimiento a los ojos de los demás, en la que ahora ya estaba inmersa.

Comenzaba a adentrarme en ese mundo oscuro, donde se silenciaban los mal llamados pecados de juventud.

En aquel lugar al que iba a trasladarme en breve, se gestionaban tragedias de mujeres como yo que estaban llevando adelante embarazos no deseados o situaciones penosas, como era mi caso. Dolorosa por la muerte violenta del chico al que amaba, pero a la vez desconocida, porque en mis entrañas crecía un ser concebido sin saberlo, con el amor de dos personas que nos adorábamos.

—No te mezclarás con las chicas de mala vida, ni con las pobres que paren casi cada año —apostilló la religiosa.

La definición que hizo del lugar me estremeció. Era de un clasismo inquietante. Algo que no imaginé encontrar en un espacio regido por una comunidad religiosa.

—¿Cómo es el aislamiento al que se refiere?

Quería tener la mayor información posible antes de llegar a aquel sitio. Mi vientre ya era prominente, aunque lograba disimularlo con ropa holgada. Nunca fui especialmente delgada, así que eso obraba en mi favor a la hora de ocultar el embarazo.

—Si te refieres a que alguien pueda contagiarte algo, no temas —subrayó, convencida de lo que decía.

Nos despedimos con ternura y un «hasta pronto», aunque ambas sabíamos que yo ya nunca volvería por allí.

Antes de marcharme, me dijo que desde que, en 1906, se descubriera la prueba de Wassermann para la detección de la sífilis, ya no había ningún riesgo de que un recién nacido enfermo, pero asintomático, contagiase a las nodrizas en el momento de lactar. Aun así, sor Carmen, la superiora que me recibiría, tenía claro que fueran fuertes. Ninguna prostituta iba a criar a los bebés en sus primeros meses de vida. Parecía que allí tenían de algún modo estigmatizadas a aquellas que se ganaban la vida como podían ejerciendo el oficio más viejo del mundo, sin tener en cuenta que eran mujeres desdichadas como yo en aquel momento, y que nos igualaba el sufrimiento común. ¿O es que acaso el dolor era distinto en ellas?

Buena parte de las jóvenes que acudía allí no superaba los veinticinco años. A veces sus bebés eran fruto del amor, pero otras eran no deseados, sin culpa, fruto de violaciones repetidas en el entorno próximo, en la propia familia. También eran acogidas las mujeres sumidas en una pobreza extrema que abandonaban a sus retoños con el desgarro de un dolor imborrable de por vida. Tan solo unos pocos eran fruto de la prostitución.

Supe que mi caso tampoco era aislado. Sor Castora me confirmó en varias ocasiones que las de mi clase también iban a parar al hospicio para deshacerse de esos hijos inoportunos.

Después de un par de trasbordos ferroviarios, y algunos incidentes más, llegué allí de la mano de un joven demandadero sin nombre, al que enviaron a buscarme a la estación. Trabajaba en la casa cuna.

—¿Qué tal le fue en el viaje?

—Bien, gracias.

Por fin había conseguido llegar a Zizurkil, ese pequeño pueblo ubicado en la comarca de Tolosa, prácticamente unido a Villabona. El último tren que tomé me pareció algo más cómodo que los demás. Aunque los asientos también eran de madera, estaba pintado hacía poco y olía bien. Siempre me llamaron la atención los aromas. Por eso, a medida que avanzábamos a pie hacia mi destino, mi pituitaria

enseguida se percató del intenso olor a hierba recién cortada. Era una fragancia firme, penetrante. Hasta entonces, nunca había visto aquellos montones de hierba apilada alrededor de una gran estaca.

—¿Qué es eso? —le pregunté al joven que me guiaba hasta el orfelinato.

—¿Eso de ahí? —Señaló con su dedo índice exactamente lo que yo preguntaba—. Es una meta —respondió.

El chico me explicó que era el modo que tenían de apilar la hierba para que se secara durante el verano y sirviera de pasto al ganado en invierno.

Yo no estaba acostumbrada a caminar por el monte, sino junto al mar, en donde cuando era niña me gustaba coger aquellas conchas que la marea arrastraba hasta la orilla de la playa de Ereaga.

El mundo rural me resultaba absolutamente lejano.

—Aquí el campo está muy verde. ¿Es así todo el año? —seguí preguntando.

—Sí. Llueve mucho, pero también hace sol para que se críen buenos tomates. Usted no es como las otras chicas. ¿De dónde viene? —se interesó el muchacho.

Me inquietó sobremanera su pregunta. ¿A cuento de qué venía? ¡Qué le importaba a aquel chico de los recados de dónde era yo!

—Eso no es de tu incumbencia —le contesté ciertamente malhumorada y enfatizando la respuesta para que no me hiciera más preguntas.

—Señorita, no se ponga así. Claro que no me importa, era simplemente por hablar un poco con usted.

No parecía mal chico. Pero tras el pequeño incidente, evité, durante el trayecto que separaba la estación del orfanato, preguntarle cómo era la vida entre niños abandonados y madres anónimas que escondían su desgracia. Aunque sí sentía cierta curiosidad por saber algo sobre él.

—¿Y tú de dónde eres? —no puede evitar curiosear.

—Soy de aquí. Nací en este pueblo.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para las monjas?

—Oh, sí —exclamó—. Mi padre lleva las cuadras y se encarga de ordeñar las vacas y cuidar el ganado.

El chaval era muy jovencito. Quizá no habría cumplido aún los dieciséis.

—¿Qué quieres ser de mayor?

Se paró un poco a pensar. Parecía que tuviera que decidir entre varios sueños por cumplir.

Deslizó su mano derecha sobre la barbilla, a la vez que apoyaba su dedo índice sobre la nariz respingona, algo pecosa, igual que sus mofletes.

—Verá, a mí me gustaría comprarme la casa grande. Pero nunca tendré dinero para ello.

—¿Ah, sí? ¿Y qué harías tú con una casa grande como dices?

Estaba sorprendida. Parecía un adolescente sin recursos, condenado a ser un criado toda la vida, pero tenía inquietudes, ganas de superarse, de aspirar a una existencia mejor.

—Bueno, le llaman la casa grande. Pero, en realidad, es un caserío. Yo nací allí. Luego mi madre murió y nos echaron. Yo era demasiado pequeño para trabajar en la huerta y dar de comer a los animales.

Me contó que a su padre lo contrataron las monjas. Necesitaban un hombre fuerte que se encargara de la labranza y el ganado, mientras él iba a la escuela del pueblo.

—Aquí estamos mucho mejor, señorita. Si algún día tengo dinero, compraré un caserío y tendré mis propias vacas. Así, cuando vaya a la feria, seré el patrón, no el *morroi*.

—¿*Morroi*? —Nunca había oído esa palabra tan rara—. ¿Qué significa? —le pregunté con curiosidad.

—Un *morroi* es el que limpia el estiércol de las vacas, cierra las ovejas en la cuadra y ara la tierra.

Comprendí enseguida sus explicaciones. Se refería a un criado. Me hacía gracia, porque tendía a utilizar el verbo en infinitivo, o presente simple, como mucho. Ciertamente, era un chaval listo, con ambiciones y sueños por cumplir, aunque quizá estuviera condenado a seguir los pasos de su padre.

—Trabajaré duro para conseguir dinero y tener mi propio caserío.

Al menos, pensé, tiene afán por superarse en la vida.

Al doblar un recodo del camino, me indicó:

—Ya hemos llegado. —Daba la sensación de que tenía prisa por marcharse, como si temiera que alguien lo viera hablando relajadamente conmigo.

En una primera ojeada rápida vi que aquel centro tenía grandes extensiones de tierra cultivadas y animales que pastaban a su antojo. También observé un prado grande donde crecían decenas de manzanos. El edificio principal estaba perimetrado con una verja lo suficientemente alta como para que nadie pudiera escaparse. Pero no parecía una cárcel, sino todo lo contrario.

Me sorprendió el griterío infantil. Nunca había visto tanto niño junto. Una monja salió a mi encuentro.

—Usted es Alejandra, ¿verdad? —Sabía perfectamente quién era yo, pero la hermana Carmen, la superiora, quería asegurarse al preguntármelo. Tras mi gesto de asentimiento, dijo—: Vamos, acompáñeme.

De reojo, mientras ella daba algunas instrucciones al demandadero —que supe en ese momento que se llamaba Jeremías —, me fijé en una inscripción que aparecía en una de las paredes laterales del edificio y que resumía bien qué era aquella casa: «Mi padre y mi madre me arrojan de sí, la caridad divina me *acoje* aquí».

—Acoge es con «g» —no pude reprimir el comentario. Desde pequeña me gustó escribir y era la mejor de clase también en caligrafía.

A la superiora le sorprendió que dijera aquello, porque implicaba mi gran capacidad de observación, que era mucha.

—Esa inscripción se esculpió hace muchísimos años, antes de que llegáramos nosotras. —Se refería a la congregación religiosa de la que ella era superiora.

No quise indagar, porque a lo mejor cometía alguna indiscreción de la que luego podría arrepentirme.

Bajo aquella inscripción en mármol había un revestimiento parecido al de las chimeneas, solo que se apreciaba allí un torno de madera. Pude comprobar que al otro lado estaba el muro de la fachada exterior del edificio.

Cuánto dolor habrían visto aquellas paredes, pensé al fijarme en el torno donde madres desesperadas depositarían decenas de bebés anónimos.

Tal y como me advirtió sor Castora, percibí que allí no todas las jóvenes recibían el mismo trato. Sin pasar por las dependencias donde distinguí a varias mujeres amamantando a sus bebés, nos dirigimos hacia la primera planta. Allí había varias habitaciones separadas del resto.

La monja me pareció tan alta como mi mentora, solo que bastante más corpulenta. Tenían la misma mirada limpia y probablemente también un color de cabellos plateados similar, solo que los de la hermana Carmen se atisbaban bajo el tocado blanco ceñido al rostro, que lucía con elegancia.

No acerté a contar la cantidad de peldaños de aquella escalera tan ancha como suntuosa, de escalones sólidos y madera bien lustrada que terminaba en la primera planta del edificio, la zona noble de todo el complejo.

Antes de llegar a la estancia donde supuse que nos aguardaría alguien, dejamos a un lado del pasillo una habitación muy espaciosa en la que había varias camas pulcramente vestidas de blanco y ninguna de ellas ocupada.

Sí que vi pasar de forma apresurada, como si no quisiera ser vista, a una joven asustadiza a punto de parir, que se ayudaba de una muleta para superar cierta cojera, o quizá la huella de alguna lesión del aparato locomotor.

—Es Luciana. —Sor Carmen dijo su nombre simplemente como de pasada, mientras proseguíamos nuestro camino—. Esta es la sala de aislamiento para infecciosos. —Me indicó la hermana con naturalidad, y cierto tono pedagógico, al tiempo que explicaba

algunos otros detalles, como la razón por la que los tabiques de ese espacio fueran de cristal.

— Ya hemos llegado —anunció, al cabo de unos minutos.

Antes de abrir la puerta, llamó con los nudillos.

El que iba a ser mi dormitorio hasta que diera a luz tenía un acceso independiente. Estaba en el otro extremo de la habitación que compartían todas las nodrizas del centro. Era una estancia de reducidas dimensiones, pero bien soleada, que daba a la fachada principal del edificio.

Sin que yo se lo llegara a pedir, sor Carmen fue explicándome los distintos espacios que yo iba descubriendo a nuestro paso.

—La veré a la hora del almuerzo —me dijo la monja, ya desde el pasillo—. Yo suelo comer con ustedes, a no ser que prefiera permanecer en la habitación. En ese caso, Micaela le traerá la comida. —Se refería a la joven que nos había aguardado a la puerta del dormitorio.

Se hizo un silencio en el que solo se oía revolotear a un moscón junto a la ventana cerrada. Dudé si aceptar la oferta. No sabía si era mejor permanecer aislada completamente o compartir la hora de almuerzo con el resto de las chicas de la zona en la que estaba alojada.

—De momento, prefiero quedarme aquí —decidí al fin.

—No se preocupe. Si cambiara de opinión, me lo dice.

Cuando me quedé sola en aquella habitación soleada, algo austera, pero donde no faltaban los detalles —como un pequeño ramo de rosas blancas que habían depositado en un jarrón sobre la cómoda de madera—, mi llanto desconsolado brotó sin consuelo.

Mientras contemplaba los pétalos de aquellas flores, evoqué una vez más la imagen de Íñigo acariciando mi vientre en aquella terrible madrugada. Ahora pensaba en el momento en el que tendría a mi hijo en mis brazos. «Algún día le llevaremos rosas blancas al amanecer».

6

Partos del silencio

Desde mi habitación podía ver quién accedía al recinto. El médico, don Emeterio, acudía a mediodía, tres veces por semana, después de pasar consulta en San Sebastián. Su reputación como ginecólogo era conocida en toda la provincia, lo que significaba que las parturientas con problemas estaban en buenas manos.

—Luciana está de parto, doctor. El bebé no viene bien. Menos mal que ha llegado. —Sor Carmen era siempre quien lo recibía a la puerta del centro, porque sabía que invariablemente el galeno llegaba a la una en punto.

—Llévenla al paritorio entonces, que yo enseguida me cambio.

En esos casos, cuando la religiosa le comunicaba una urgencia, don Emeterio aceleraba el paso. Dejaba en manos de la monja la boina que al quitársela dejaba a la vista una lujosa badana de piel. Del abrigo se despojaba en un santiamén e iba a toda prisa hacia la zona clínica donde estaba el quirófano en el que se realizaban las cesáreas si el bebé venía mal.

No sabría muy bien precisar qué edad tendría, pero, por su caminar, tenía la impresión de que era un hombre mayor. Sin la

boina, su cabellera era poblada, lisa y plateada en las sienes. A lo mejor, pensé, no era tan viejo como supuse la primera vez que lo vi.

Había cierta costumbre no escrita de visitar a quien acababa de dar a luz si esta lo permitía. Normalmente, todas las chicas ingresaban a partir de los siete meses de gestación. Esa era la norma, salvo para las distinguidas, que podíamos acceder al orfelinato a partir del quinto mes de embarazo, como era mi caso. Así que se establecía cierta complicidad entre ellas.

—Compartir el dolor a veces reconforta —fue lo que me contestó Micaela, la muchacha del servicio que se encargaba de atenderme, cuando le pregunté acerca del tipo de comunicación que mantenían las jóvenes que aguardaban alumbramiento.

Era una chica menuda, casi raquítica, de pelo rizado y rostro anguloso. Parecía frágil, pero mostraba una energía inusual a la hora de limpiar la habitación o ayudarme en el aseo. Llevaba ya varias semanas atendiéndome y, pese a ello, apenas respondía con monosílabos cuando yo intentaba establecer algún tipo de conversación con ella, por bizantina que fuera.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Nací en este hospicio. A mí, solo me quisieron las monjas. Son mi familia —afirmó con naturalidad.

Micaela parecía serena, conforme con la vida que le había tocado. Al parecer, solo había salido de allí para ir a la escuela del pueblo, donde sacaba buenas notas, y unos pocos años que vivió con su madre hasta que esta falleció.

—¿Qué edad tienes?

—Acabo de cumplir los dieciséis. Sor Carmen me ha dicho que va a encontrarme una buena casa donde pueda ganarme la vida, porque sé cocinar. Ellas me han enseñado. —Fue una de las pocas veces que Micaela encadenó tres frases seguidas.

—Con esa virtud, no tengo duda de que encontrarás trabajo pronto. —Mis palabras arrancaron una sonrisa en aquel rostro pecoso, de flequillo recto y cabellos trenzados a la espalda.

Desde el primer día que la vi trabajar, me llamó la atención su esmero y pulcritud. Nada desviaba su atención, mientras limpiaba con vinagre la grifería del baño o ponía mi ropa interior debidamente ordenada en los cajones del armario.

—¿Cuándo murió tu madre? —Tenía curiosidad por saber algo más de la vida de aquella chiquilla.

—Hace ocho años. Vivíamos juntas hasta que un cliente la mató.

Me heló la sangre la frialdad con la que Micaela me confesó la muerte de su madre a causa de un mal golpe que le dio un hombre que frecuentaba su compañía en el burdel donde trabajaba.

—Sus compañeras quisieron hacerse cargo de mí, pero sor Carmen hizo una excepción. Necesitaban a alguien que se encargara de las chicas ricas y me trajo para que las atendiera.

Aceptaba con una serenidad fuera de lo común tanto su origen como su realidad, de la que hablaba de forma directa, sin tapujos.

—¿Qué te gustaría ser de mayor? —Quise saber cuál era el sueño de aquella chiquilla sin futuro.

Dejó de barrer un momento para apoyarse en la escoba mientras parecía sopesar lo que podría hacer los próximos años.

—Como usted. —Su respuesta me descolocó por completo.

—¿Por qué como yo?

—A las de su clase nunca les falta el dinero y pueden comprarlo todo.

Tenía frente a mí a una chiquilla de una madurez inusual.

—Te equivocas Micaela, el dinero no compra lo más importante, porque todo aquello que nos hace realmente felices nunca está en venta.

Pareció no comprender lo que acababa de decirle.

—¿A qué se refiere, señorita?

—No hay dinero en el mundo que pueda devolverte a tu madre y tampoco para que el padre de mi hijo resucite.

A Micaela se le nubló la vista a la vez que mis ojos se humedecían como los suyos. Instintivamente, la muchacha vino hasta mí en un acto reflejo para que la abrazara. Mi abultadísima barriga no me

permitió estrechar lo suficiente el cuerpo menudo de aquella niña todavía, hecha mujer por el destino, que pedía a gritos el amor de una madre a la que la vida le arrebató la suya.

Las lágrimas de Micaela empaparon el cuello del vestido de lana que yo llevaba puesto aquella mañana. Me quedaba demasiado ajustado, pero aun así me lo puse porque era muy cálido y estábamos a punto de entrar en el invierno.

Micaela se merecía que la vida se portara bien con ella.

Por la mañana había sentido alguna pequeña contracción. Tras el abrazo en el que nos fundimos las dos, volví a percibir otra. Esta vez un poco más intensa.

La historia de aquella chica me conmovió profundamente.

—¿Puedes avisar a sor Carmen para que venga?

—Voy enseguida, señorita.

Sabía que estaba don Emeterio en la sala de partos atendiendo a Luciana y quería que me viera, por si acaso, antes de marcharse. No es que no me fiara de las religiosas que, además, eran profesionales de la enfermería. Al contrario: varias de ellas eran matronas bien experimentadas, con las que daban a luz más de un centenar de mujeres cada año en aquella institución tutelada por la Diputación Foral de Guipúzcoa. Toda una referencia en el país por su contribución al bienestar de aquellas madres que parían en soledad, en unas condiciones de higiene y salubridad únicas en toda la península.

Sor Carmen tardó pocos minutos en llegar a mi habitación.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó directamente.

—Esta mañana he sentido las primeras contracciones y me gustaría que me viera el médico. —Mejor ser directa que andarse con rodeos, pensé. Siempre acostumbraba a serlo.

—Ahora está atendiendo a Luciana en el paritorio. Cuando termine, pasará a verle.

Sus palabras me dieron cierto sosiego ante un parto que temía, como se teme a lo desconocido. Por primera vez, en todo el tiempo que llevaba viviendo allí, sentí curiosidad por conocer la zona clínica.

—Puedo bajar al dispensario. No me cuesta nada.

—Como quiera, vamos juntas entonces.

Junto a la sala de partos solo se oía al silencio. Parecía imposible que una mujer estuviera dando a luz al otro lado del tabique. Únicamente se oía la voz de don Emeterio.

—Empuje, Luciana, empuje.

Era como si el médico hablara al vacío. En ningún momento oí la voz de aquella mujer que, como yo, estaría atravesando una situación extrema.

Solo el llanto del bebé nos anunció la llegada de un nuevo ser a la vida.

—Es un niño precioso —oí decir a don Emeterio—. Y tiene buenos pulmones, Luciana.

Seguía sin oír una voz femenina en el paritorio donde ya había alumbrado a su hijo. Con la mascarilla a medio cubrir su rostro, el ginecólogo entró a saludarme sin despojarse de la indumentaria con la que se protegía en el quirófano.

Ahora las contracciones eran menos espaciadas y más dolorosas. Mientras permanecía sentada en la silla del dispensario, don Emeterio se despojó de los guantes con los que acababa de atender en el parto para ponerse otros nuevos después de lavarse bien las manos.

—Túmbese en la camilla.

Cuando me exploró, su diagnóstico no arrojó dudas.

—Está de parto, Alejandra. Es cuestión de horas.

La afirmación del médico me desazonó. Esa tensión nerviosa con la que llegué a Fraisoro volvía a apoderarse de mí después de semanas en las que había conseguido relajarme, a pesar del luto que ocultaba mi corazón.

No le hice demasiadas preguntas a don Emeterio, que aquella noche decidió quedarse a pernoctar con nosotras, porque yo podía romper aguas en cualquier momento.

Me había impresionado el silencio del paritorio y que no hubiera escuchado quejido alguno de Luciana en ningún momento. Cuando

mi madre se refería a sus embarazos, siempre hablaba del dolor insoportable a la hora de parir.

—Luciana ha sido buena paciente, no se le ha oído un solo gemido de dolor —comenté.

—Aquí todos son partos del silencio, Alejandra.

Me quedé petrificada ante su respuesta.

Quizá, pensé, porque todas ellas deseaban comenzar en ese mismo momento la huida hacia una vida que borrara su pasado.

7

Mi pequeño Miguel

Yo tampoco grité. El dolor que me desgarraba las entrañas mientras don Emeterio se afanaba en sacar la cabeza del bebé no lo escuchó nadie. Entre dientes, mordía mi lengua para mitigar de alguna forma el sufrimiento que se desencadenó durante el tiempo que duró el parto.

Al oír su primer llanto me estremecí. El rostro de Íñigo vino a mi memoria. Hacía seis meses que había muerto, y, sin embargo, parecía que la nitidez de su imagen estuviera diluyéndose. El dolor seguía tan vivo como el primer día en mi corazón, pero sus facciones ya no las veía tan precisas.

—Es un niño robusto.

Fue la primera descripción que hizo el ginecólogo al cogerlo, aún envuelto en restos de placenta, sangre y líquido amniótico.

—¿Está sano?

Mi obsesión durante todo el embarazo había sido que mi hijo no tuviera ninguna malformación o problema de salud.

Aunque hacía ya un par de años que la talidomida había desaparecido del mercado, en España se acababa de prohibir debido

a las fatales consecuencias que generaba en las mujeres embarazadas. Era un medicamento causante de determinadas malformaciones congénitas, por el cual habían nacido bebés sin extremidades o con ellas demasiado cortas.

—¿Seguro que tiene bracitos y piernas? —Al médico le sorprendió mi pregunta porque probablemente ninguna parturienta se la habría hecho antes.

—Claro que sí, mujer. ¿Por qué me pregunta eso?

Entonces le hablé de un primo nuestro que nació con esas malformaciones como consecuencia de la talidomida.

—El bebé de Luciana, en cambio, me temo que tiene un problema de cadera y en una de las extremidades. Habrá que explorarlo. Ella no va a quedarse con el niño. —A continuación, se hizo un silencio entre ambos. Luego, él prosiguió—: Un bebé con una limitación así no va a quererlo nadie. —Percibí su pesar.

Sería alguien sin nombre a la espera de que las religiosas decidieran cuál elegían para bautizarlo.

—Quien entrega el bebé nunca se refiere a él una vez que ha dado a luz, pero Luciana me ha pedido que lo llamemos Luis. Es la primera vez que me ocurre algo así en todos estos años —afirmó don Emeterio, manifestando su sorpresa.

—¿Van a respetar su deseo?

—Cuesta tan poco hacerlo; claro que sí. —Me di cuenta de que el ginecólogo no quería seguir hablando del caso de Luciana. Cambió de tema—: Su hijo tiene unos ojos muy bonitos. Va a ser alto y corpulento.

Sus palabras me tranquilizaron.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté mientras don Emeterio lo acercaba a mi pecho para que pudiera verle por primera vez.

—Por su estructura ósea. Será un buen mozo.

Como su padre, pensé en silencio.

Tenía mucho miedo, me temblaba todo el cuerpo. No sabía cómo coger al bebé que acaba de traer al mundo. El buen médico, que conocía mi tragedia, me ayudó a incorporarme ligeramente para que

pudiera tenerlo entre mis brazos. Eso no lo hacía con aquellas madres que de antemano habían decidido renunciar a sus vástagos.

Aquel cuerpecillo diminuto que emitía un llanto entrecortado era parte de mi ser. Una personita que habíamos concebido Íñigo y yo sin desearlo, pero fruto del amor tan tierno como puro entre dos jóvenes que se amaban de forma profunda.

Si hasta entonces había albergado alguna duda sobre la decisión que iba a tomar, cuando acaricié su pelo embadurnado de líquido amniótico, todavía con restos de placenta, supe que jamás iba a separarme de él.

—Miguel, cariño mío, *nire laztana*.

En ese momento supe que ya no iba a estar sola nunca. Ahora no podía pensar en cómo iba a ser mi vida a partir de entonces, solo que aquel bebé que había crecido durante nueve meses en mi vientre contaría con mi protección incondicional hasta el último día de mi existencia.

—Vamos a lavarlo y se lo llevaremos a su habitación cuando esté guapo.

Estaba empapada de sudor. Sentía un agotamiento desconocido para mí hasta entonces.

—Ahora tiene que descansar. —Don Emeterio se dirigía a mí en ese tono cómplice con el que solo se habla a esa hija que queremos mimar.

—Gracias, doctor.

La luz de la lámpara me estaba aturdiendo un poco. Era la primera vez que pisaba un quirófano como paciente. Por suerte, fui una niña sana. Durante mi adolescencia tampoco tuve ningún problema de salud. Pero, al haber estado como voluntaria primero y luego estudiando en el hospital de la Cruz Roja de Bilbao, todo el instrumental me resultaba familiar.

La luz que proyectaba procedía del foco central. Tenía un cabezal con todos sus cristales de espejo y un pie con contrapeso. Era muy similar a la que había en el hospital donde desempeñé mis funciones como auxiliar de enfermería hasta que me fui de allí. Es probable que

fuera una lámpara Scialytique BBT, fabricada en Francia hacía poco tiempo. Se trataba de una magnífica herramienta porque tenía movilidad en todos los ángulos. Era como la que teníamos en la Cruz Roja.

~

Ya sola en mi dormitorio, rompí a llorar, pero no sabía muy bien si era de la emoción por ver el rostro de mi bebé o por la tensión de aquellos últimos meses que llevaba ingresada en la maternidad, donde el jolgorio de los niños correteando por la explanada me hacía olvidar la pena que llevaba dentro.

Alguien llamó suavemente a la puerta.

—¿Puedo pasar?

Conocía aquella voz algo ronca y rotunda que me pedía permiso para acceder a mi habitación. Solíamos coincidir en la galería aquellos días en los que brillaba el sol que calentaba tenuemente a través de los cristales. Hablábamos de cuestiones bizantinas, nada comprometedoras.

—¿Quién llama? —Antes quise saber de quién se trataba.

—Soy Jimena.

—Pasa. —A pesar de que no estaba en condiciones de recibir a nadie, algo me impulsó a permitirle que accediera.

Su barriga era prominente. También le faltaba poco para dar a luz. Me llamó la atención su sonrisa. Franca. Llevaba el pelo recogido en la nuca. Algo cardado. Parecía estar ligeramente maquillada. Al menos, sus labios brillaban.

Se acercó hasta la cabecera de la cama. Miró al nido vacío. Después, se fijó en Miguel que estaba junto a mí.

—¿Cómo te encuentras? Ha sido duro, ¿verdad?

—Sí. No voy a decirte lo contrario. Muchísimo más de lo que imaginé.

—A mí todavía me falta un mes, pero parece que voy a explotar.

Yo estaba muy cansada para poder hablar mucho. Jimena, sin embargo, parecía querer mantener una conversación.

—¿Vas a quedarte con el niño? Es precioso. —Me intimidó la forma de dirigirse a mí en aquella situación.

Me dio pie a que yo también le preguntara en los mismos términos.

—¿Tú qué vas a hacer?

—No me queda más remedio que dejarlo aquí. Su padre es un hombre casado.

Estremecía la rotundidad con la que hablaba. Pese a ello, de pronto observé cómo se le humedecían sus ojos.

—Todas tenemos que ocultarlo, Jimena. Por eso estamos aquí.

En realidad, no era una mujer tan fuerte como aparentaba serlo con su voz de fumadora y conducta algo altiva.

—Yo querría quedarme con él y su padre también, pero es imposible. Francisco se preocupa por mí. Llama casi todos los días.

Me contó que se enamoraron poco a poco y fueron fraguando su amor oculto en la capital donostiarra donde ambos vivían.

—Es íntimo amigo de mi padre. Van juntos de caza.

—Así que es mucho mayor que tú…

—Tampoco tanto. Quince años más que yo, pero no es un obstáculo para querernos. —Parecía enamorada, pero también consciente de que se trataba de un amor imposible—. Estoy resignada a que nuestra relación siga siendo clandestina, Alejandra.

Mi historia, a las realidades que se vivían en el orfanato, añadía la tragedia de una muerte a manos de mi propio padre.

Dudé en contarle lo que sucedió aquella madrugada cuando las hortensias se tiñeron de sangre. Estaba débil. Con dolor por todo el cuerpo. Tenía la sensación de sentirme sucia sin estarlo, porque percibía las compresas empapadas de sangre como si fuera una menstruación demasiado abundante, sin final.

Quizá fuese mejor que le hiciera partícipe de todo aquello cuando me encontrara algo mejor.

—Volveré mañana a verte. Ha sido un placer hablar contigo.

Agradecí que se marchara.

—Para mí, también, Jimena.

Cuando abandonó la habitación, intenté conciliar algo el sueño. Estaba exhausta y, por suerte, Miguel dormía.

El giro de la manilla me sobresaltó de nuevo. Esta vez era sor Carmen quien irrumpía con delicadeza en la habitación.

—Aquí le traigo el caldo que siempre damos después del parto. Tómelo. Le hará bien.

Me explicó que lo hacían con los espinazos de las gallinas que criaban en el establo junto con algunos conejos y pollos. En la huerta, donde daba el sol del mediodía, las berzas se mezclaban con coliflores, puerros, patatas, zanahorias, ajos y multitud de cebollas. También había plantas de enormes calabazas que se extendían por una superficie de tierra algo empinada, que culminaba en un manzanal repleto de frutos.

—Son reinetas. En temporada, las hacemos al horno o en compota —me comentó la religiosa. Parecía que le interesaba la cocina—. También elaboramos kilos de mermelada para el desayuno o la merienda.

Efectivamente, desde que llegué, la taza de leche venía acompañada de pan crujiente, una porción de mantequilla sin refinar cortada a cuchillo y mermelada de manzana.

Por mi obsesión a no engordar más de la cuenta, puesto que era una mujer de poca cintura y algo rolliza, desde mi adolescencia me acostumbré a no tomar azúcar. Así que prefería comer las manzanas sin manipular. De piel verdosa y multitud de motas, tenían un intenso sabor agridulce bien distinto a las que mi madre mandaba traer del mercado.

—También se cría otra variedad autóctona. Es con la que elaboramos los postres en días de fiesta.

Yo no sabía nada de manzanas, pero estaba interesada en aprender. Era curiosa por naturaleza.

—¿Cuál?

—Errezil. No la conocerá. Se llama como un pueblo que hay en la cuenca del Urola.

Sí que me había fijado, en mis paseos por el manzanal, que había dos tipos de frutos. Ahora ya sabía cuál era cuál. Esta segunda variedad era de un color verde amarilleado a veces, y curiosamente de forma más bien plana. Áspera al tacto y de sabor ácido, porque la había probado en alguna ocasión.

—¿Cuándo se recolectan? —Quise saber.

—En otoño o invierno. Es de cosecha tardía. Nada más cogerlas es cuando tienen mejor sabor, pero se pueden guardar hasta cuatro o cinco meses en un lugar seco.

Me acordé de mis veranos en un internado británico donde la manzana estaba muy presente en los postres, pero también la tomábamos a la hora del desayuno junto con otra fruta. *«An apple a day keeps the doctor away»*, era una frase que a menudo repetía el personal del colegio a aquellas chicas que rechazaban comérsela. Quería decir algo así como «Una manzana al día mantiene al médico en la lejanía».

—En todos los caseríos de por aquí cerca también hacen sidra con ella. —Siguió explicando la monja—. Ahora tiene que alimentarse bien, Alejandra. Además de manzanas, tómese este caldo.

Evitó preguntarme por el bebé. Envuelto en una gruesa toquilla, la carita de Miguel reflejaba un sueño profundo. Estaba junto a mí. Algo inusual en un orfanato donde la inmensa mayoría de las muchachas renunciaban a sus hijos porque la vida y aquella sociedad rígida no les dejaban otra opción. Por falta de recursos, o bien para acallar un escándalo entre la clase más pudiente, Fraisoro se había convertido en el lugar idóneo para ocultar una realidad conocida, pero sin visibilidad alguna a los ojos de los demás. Como un fantasma que vaga en la oscuridad.

Por suerte, se trataba de una institución pública en la que todas las mujeres que acudían al centro para dar a luz contaban con unas medidas de higiene y condiciones sanitarias excelentes. Si bien estábamos separadas para preservar nuestro anonimato, la atención médica era la misma para todas nosotras. También la alimentación.

En el carrito donde sor Carmen me había traído el tazón del caldo de gallina, vi que en la parte baja había una bolsa oscura de proporciones importantes.

—Esto es para usted, se lo envían desde Bilbao.

¿Cómo era posible que alguien supiera que yo estaba allí?

—¿Quién lo manda? —me alarmé.

La religiosa observó mi sobresalto.

—No se asuste, es sor Castora, que ha querido hacerle llegar esta pequeña canastilla para su bebé.

Respiré aliviada. Ella era la única persona que conocía mi estado. Mi mentora y aquella mujer que me acogió como huésped en su modesta vivienda de Bilbao la Vieja, solo que a ella no le comuniqué a dónde me iba cuando abandoné la casa.

En ese momento recordé que sor Castora me había dado una estampa de la Virgen de Begoña para que me acompañara al partir. En mi desazón constante, no me había acordado de aquel detalle. Ahora no estaba en condiciones de poner los pies en el suelo para acercarme hasta el armario para besar a nuestra Virgen que parecía protegerme.

—Quizá sea prematuro, pero ¿ha tomado ya una decisión?

—Sí. Ya se lo dije. —Me sorprendió que volviera a preguntarme por ello.

—En ese caso, usted dirá.

Sor Carmen ya sabía qué había decidido, pero, aun así, quería que le ratificase si iba a renunciar o no a mi hijo.

—Miguel se quedará conmigo.

Su rostro simuló cierta sorpresa. Probablemente, hasta el último momento había acariciado la idea de que aquel niño nacido del amor se quedaría allí a la espera de una buena familia que lo criara de forma cristiana, en un hogar de férreas costumbres como del que procedía yo.

—La felicito por ello. —A pesar de sus palabras, su expresión reflejaba cierta contrariedad o pena; no supe distinguir entre una cosa u otra en aquel instante.

Al fin y al cabo, si yo hubiera renunciado a mi hijo para entregarlo en adopción, mi bebé no era un cualquiera, sino todo un niño con pedigrí que iría a parar a una familia con dinero y de buena reputación.

Cuando nos quedamos los dos solos, lo estreché contra mi cuerpo. Estaba junto a mí, dentro de mi cama, durmiendo plácidamente. Cogí una de sus diminutas manitas para acariciarle esos deditos de fragilísimas uñas aún por terminar de salir a la vida.

Mientras lo abrazaba suavemente, recordé las últimas palabras de su padre: «Lo que llevas dentro es fruto de nuestro amor». Lloré, pero esta vez no era de pena, sino por la felicidad de tener conmigo a un ser que llevaba su sangre, a un bebé que algún día sería un hombre del que él hubiera estado orgulloso.

Nadie sabría de su existencia. O al menos nadie sabría que era mi hijo.

De Neguri me había ido sin dejar rastro.

Ni siquiera mi madre conocía el lugar exacto dónde me encontraba mejorando, supuestamente, la dicción de mi francés. Ella menos que nadie debía saber que acababa de dar a luz. Iban a ser muy pocos meses sin vernos. Ya quedaba menos para volver a reunirnos las dos. Cuando saliera de allí, sí que tenía previsto recuperar el contacto. Pero aún no sabía cómo iba a gestionar mi futuro. Tan solo que jamás abandonaría a mi pequeño en brazos de nadie.

—Miguel, mi amor, tu *ama* no va a dejarte nunca, a pesar de lo difícil que será para los dos.

Como si mi pequeño me hubiera oído, abrió sus ojitos sin ver. El tiempo justo para que yo apreciara el color del mar en ellos.

Después de tanto dolor, la llama de la esperanza me abría la puerta a una nueva vida en la que iba a proponerme salir adelante, lejos de don Fausto y de un entorno al que no tenía previsto regresar.

8

La confesión de sor Castora

Había días en los que, sin que hubiera amanecido, se vislumbraba una lucecita lejana por la que podía adivinarse que en aquella casa alguien estaba despierto. Teófilo Madariaga tenía la costumbre de madrugar, porque le gustaba trabajar en su despacho antes de que nadie se levantara. Ahora, más que nunca, era una forma de evadirse tras la tragedia de haber perdido a Íñigo, su único hijo.

Hubiera querido encarcelar para siempre a don Fausto, pero el poder de este era tan enorme que la demanda no prosperó.

Posicionarse en privado contra quien ganó la guerra a los Maradiaga les costó estar señalados por la oligarquía a la que pertenecía el poder.

—Tenemos que seguir viviendo, Ana. No hay más remedio.

Su esposa no solo lloraba por el dolor de perder a su único hijo de forma tan violenta, sino también de rabia ante la impotencia de no conseguir que quien asesinó a Íñigo pagara por ello y se muriera en la cárcel.

Cuando Teófilo falleciera, nadie iba a hacerse cargo de la importante flota de barcos que gestionaba con éxito. Algunos de ellos

eran embarcaciones de bajura. Traían a puerto la mejor mercancía que iba a parar a restaurantes, pero también a familias adineradas que no escatimaban en precio. Con los barcos de altura, por el contrario, Casa Madariaga se adentraba en las aguas profundas y lejanas de la costa cantábrica. Diez años atrás, en 1955, la familia había comenzado la pesca en Terranova. Fue el momento de volver a la expansión. Con Íñigo a su lado, que apenas contaba catorce años, Teófilo vio en él al futuro de la saga. El señor no le había dado más hijos, pero sí aquel tesoro que también amaba la mar, aunque fuera a su modo. Con su muerte, el sueño de la continuidad quedó roto para siempre.

Durante la mañana quiso despachar rápido todos los asuntos pendientes porque tenía que acudir al consejo de la beneficencia, del que era uno de los patronos.

Por la tarde, a él y a Ana, su esposa, les aguardaba una reunión con sor Castora. La religiosa a la que ayudaban en sus iniciativas, tanto desde el centro sanitario de la Cruz Roja como en la Casa de la Misericordia de Bilbao, donde las hermanas de la caridad tenían una presencia importante en la gestión de los más desfavorecidos.

—Si no les importa, esta vez me acercaré a su domicilio —les pidió la religiosa.

—Como usted quiera. Puedo enviarle un coche, si lo desea —le contestó Teófilo, algo extrañado.

—No se preocupe, iré por mi cuenta.

Le sorprendió que en aquella ocasión la religiosa quisiera ir hasta Getxo. Habitualmente, el matrimonio acudía al hospital de la Cruz Roja, conocido con el nombre de Victoria Eugenia por haber sido inaugurado en su día por la reina. Estaba ubicado en el número 65 de la alameda de Urquijo, una de las arterias neurálgicas de la ciudad de Bilbao.

No le dio mayor importancia. A Ana le serviría para estar una tarde entretenida, organizando la merienda. Desde la muerte de Íñigo, su esposa apenas salía de casa y vivía sumida en una profunda depresión de la que resultaba imposible sacarla.

Entre las vajillas, había un juego de café que le gustaba especialmente. A todas sus amigas les parecía una exquisitez que les sirviera el té en unas tazas de Sèvres, pero ella sentía debilidad por la porcelana checa, especialmente la de Karlsbad, mucho más dura debido a que su cocción se llevaba a cabo a bastante más temperatura que las demás.

—Tienes una colección magnífica. —Nieves, su íntima amiga y paño de lágrimas, no exageraba.

Tanto las tazas de café como las vajillas me recordaban a la extraordinaria colección de porcelanas y piezas únicas que tenía tío Antoine. Lo que más abundaba en el salón de aquella vivienda de San Sebastián donde tía Elvira decidió colocarlas tras la boda eran chocolateras: ese aparato en forma de cafetera cilíndrica o ligeramente cónica que se utilizaba para preparar una buena taza de cacao.

La primera vez que vi una de ellas recuerdo el entusiasmo con el que el tío Antoine me explicó cómo aquel aparato, provisto de una tapadera con agujero, servía para agitar circularmente el chocolate.

—A través de este orificio se hace pasar el mango del molinillo y así puedes batirlo. Verás.

Entonces, mi tío le hacía dar vueltas entre las manos sin destaparla, mientras yo observaba aturdida aquella operación que me parecía mágica. Cuando él consideraba que el cacao se había mezclado lo suficiente con la leche, lo vertía en la taza que mi tía había dispuesto para que yo, su sobrina más querida, disfrutara con la merienda que acababa de preparar.

A sor Castora también le gustaba el chocolate, pero se inclinaba más por el buen café. Conocedora de sus gustos, la madre de Íñigo le había preparado un buen Blue Mountain, tan difícil de conseguir en aquella época.

—Es un café jamaicano dulce y cremoso que tiene cierto sabor a chocolate. Pruébelo —le dijo, cuando ya se sentaron en la salita a

degustar.

Ana sabía que la religiosa no era en absoluto una experta en sabores ni mucho menos, pero le gustaba ofrecerle el mismo café que tomaba ella, de tarde en tarde, porque, debido a su hipertensión, el médico le había recomendado eliminarlo de la vida diaria.

—Pues sí que está bueno, doña Ana. Nunca había probado nada igual. Es verdad que tiene cierto sabor a cacao.

—Me alegro de que le guste. Es un café muy especial. Se cultiva a mil metros de altura, en la cordillera de las Montañas Azules. Es curioso el nombre, ¿verdad, sor Castora?

La religiosa asintió con la cabeza, disfrutando de aquel sabor tan singular.

Mientras las dos mujeres hablaban sobre la exquisitez del Blue Mountain, Teófilo escuchaba simulando atención, a la vez que ojeaba el último balance económico que la religiosa acaba de darle.

—Veo que, afortunadamente, estos últimos años se ha destinado bastante más dinero al cuidado y la educación de los niños.

—Así es, don Teófilo.

—Desde la muerte de nuestro hijo, mi esposa y yo hemos hablado mucho sobre este asunto.

—Usted dirá.

—Como sabe, no tenemos herederos directos y estábamos pensando en apadrinar algún niño que se adivine despierto, formal. Usted ya sabe a lo que me refiero.

Sor Castora entendió de inmediato que el matrimonio Madariaga buscaba un heredero sin tacha. No el hijo de una cualquiera.

—Sí, don Teófilo.

La religiosa se había acercado hasta el domicilio de Neguri para comunicarles el secreto que compartía conmigo sin hacerme partícipe de ello. Durante todo el embarazo no lo consideró oportuno; sin embargo, ahora que acababa de dar a luz, quería que los padres de Íñigo conocieran la verdad.

—Bien, ¿hay algún chaval que se ajuste a lo que buscamos?

Durante el diálogo que mantenían Teófilo y la hermana Castora, Ana guardaba silencio. No quería intervenir en aquella solicitud que su esposo le estaba haciendo a la religiosa. Ella prefería mitigar su dolor implicándose más en las obras de caridad, pero sin que ningún extraño entrara en su casa. Su hijo jamás podría ser sustituido por nadie y menos por un bebé de hospicio.

—Verá, señor. Si he venido a su casa es porque lo que tengo que comunicarles un asunto muy delicado.

Ambos mostraron su extrañeza. Ana dejó sobre la mesa la taza de la que estaba sorbiendo lo poco que quedaba del café, mientras su esposo se incorporaba ligeramente de la butaca orejera donde permanecía sentado.

—¿De qué se trata? —Fue Teófilo quien tomó la palabra.

—Alejandra Abaria, señor.

El matrimonio cambió de color. Sus rostros se tornaron tensos.

—¿Sabe usted algo de la chica? —preguntó Ana.

—Sí, doña Ana. Está bien —quiso tranquilizar a la pareja desde el primer momento.

—¿Dónde está?

Sor Castora había pensado muy bien lo que iba a decirles y por qué. Así que fue tan directa que el matrimonio no supo cómo reaccionar en un primer momento.

—Alejandra acaba de dar a luz a un bebé.

—¿Cómo es posible? —Teófilo no daba crédito a lo que acababa de oír.

Fue tal la impresión que Ana sintió desmayarse.

—¡Qué está diciendo! Nuestro hijo jamás nos dijo nada. Lo hubiéramos sabido.

—No pongan en duda el buen nombre de la chica. Su honorabilidad es intachable.

De inmediato, el hombre quiso explicarse ante la religiosa.

—Le ruego, sor Castora, que no nos malinterprete.

—Por supuesto que no, señores.

El matrimonio entró en estado de shock. Una noticia de semejante magnitud les acababa de provocar tal impacto que ninguno de los dos sabía muy bien cómo reaccionar. Tras el desconcierto inicial, fue Ana quien se adelantó a hacerle la pregunta que ambos querían formularle.

—¿Ha venido a decirnos que tenemos un nieto? —La mujer estaba tan impresionada que balbuceaba al hablar.

—Miguel Abaria es su nieto, doña Ana. Es un bebé sano y lleno de vida.

Don Teófilo estaba tan estupefacto como su esposa, solo que se mantenía en silencio con la mirada perdida en la biblioteca que presidía aquel salón, desde donde veía el paso de las aves camino de la montaña.

Sobre la mesa baja continuaban las tazas de porcelana checa, ya sin café, junto al trozo de bizcocho que quedaba por degustar. En un gesto reflejo, el hombre tomó una de las servilletas para secarse los labios y de paso atusarse el bigote *chevron* que lucía desde su juventud. Todavía no tenía problemas de pelo. Su mostacho seguía siendo bastante frondoso y ancho, aunque deliberadamente no llegaba a tapar el labio superior ni la comisura que ahora estaba repasando con la servilleta.

—Disculpe, sor Castora, pero ¿cómo lo ha sabido? —Mientras doña Ana se reponía de la impresión, su esposo, más analítico, quería conocer los detalles.

La religiosa comenzó a relatarles la secuencia del hospital, concretamente la mañana en la que me desmayé. Y cómo ella fue quien se había encargado de que diera a luz en el más absoluto anonimato, lejos de Bilbao.

—Les ruego mantengamos esta cuestión en secreto. Su familia menos que nadie debe saberlo. —Sor Castora era consciente del nivel de confidencialidad que todos tenían que mantener. Pero a la vez, de alguna forma, deseaba ayudar a todas las partes.

—Esté absolutamente tranquila. Los Abaria son nuestros enemigos desde hace muchos años. —El hombre no quiso darle más

detalles sobre su vieja y cruenta enemistad.

En ese momento, sin quererlo, pensó en lo que su padre, Vicente Madariaga, le contó: «Desiderio Abaria asaltó nuestro barco sin piedad para cambiar la ruta de navegación, matar a quien se enfrentó a él, y entregarlo a los nazis». Aquello fue solo el principio de una guerra en la que él no tuvo parte, pero sí sufrió las consecuencias.

Teófilo y su esposa se miraron entre sí. Por supuesto, ninguno de los dos iba a hablar.

—¿Cómo podemos contactar con ella? Queremos ayudarla y, sobre todo, conocer al bebé. —El hombre intentaba reponerse de la emoción sin perder la compostura.

—Dígale que cuente con nuestra ayuda —apuntó su esposa, muy nerviosa—, pero sobre todo con nuestra discreción. Nadie lo sabrá, pero quiero conocerlo, tenerlo en mis brazos. —En ese momento, la mujer, incapaz de contener tanta emoción, se levantó para abrazar a su marido mientras rompía a llorar—: Ha sido un milagro del Señor. —Entre sollozos, ella ahora solo quería saber dónde me encontraba y conocer a su pequeño.

Sor Castora contemplaba la escena desde la serenidad de haber hecho feliz a aquella pareja que hasta entonces había vivido sumida en una honda tristeza.

—Podemos ofrecerle un buen refugio lejos de aquí.

A la monja le inquietó la propuesta que acababa de hacerle doña Ana.

Empezó a contarle que su padre, Ramón Zabala, junto con el resto de la familia, se refugió en tierras labortanas durante la Guerra Civil, en una casa que seguía manteniendo el patriarca de la familia como residencia estival.

—Es el mejor lugar para que nuestro nieto y ella vivan en el anonimato. No te parece, ¿Teófilo?

Su esposo asintió con la cabeza.

Ambos no cabían en sí de gozo tras la felicidad que acababa de apoderarse de ellos, a pesar de la tristeza que sufrían. El destino les había compensado con ese nieto que acababa de nacer y que

devolvería la alegría a un hogar donde la muerte de Íñigo había teñido de negro toda su existencia.

Quizá fuese una buena idea que creciera en el mismo hogar donde su único hijo muerto disfrutó de los veranos más felices en el corazón de la Côte Basque.

Allí, Miguel disfrutaría del anonimato que ahora necesitábamos ambos. Lejos de Villa Abaria, donde mi hermano Álvaro continuaba llevando una vida impúdica a la que don Fausto hacía la vista gorda. A él, lo único que le importaba era que su heredero natural cumpliera su función cuando llegara el momento.

9

Lágrimas de hielo

Desde que Flora llegó a la casa, mostró gran interés en mejorar. Quería superarse cada día. Y aprovechaba sus espacios muertos para aprender a cocinar siguiendo la sugerencia que le hizo mi madre.

—Es muy importante saber guisar. Y más en este país donde todo gira en torno a una buena mesa —le dijo un buen día mientras le ajustaba la cintura de un vestido de diario.

—Por supuesto, doña Blanca.

—Puedes estar dos días por semana con Anita en la cocina y los viernes me ayudas con la repostería.

No tenía duda de que con la guisandera iba a aprovechar el tiempo más que con nadie.

Anita tenía diez años más que ella. Nunca la veía fuera de la cocina, salvo para recoger las cestas de verduras y hortalizas que traía Nicolás desde un caserío del valle de Asúa. O cuando venía Sabino, el chaval de la tienda de ultramarinos desde donde servían las hermosas bacaladas que ella preparaba con mimo al pilpil. Dio la casualidad de que yo conocía ese colmado situado en Artekale, 22,

donde su propietario, Gregorio Martín, podía enorgullecerse con razón de vender uno de los mejores bacalaos del País Vasco.

Entre cubas llenas de agua donde desalaban las piezas, en aquel establecimiento se podían adquirir exquisitos encurtidos, legumbres al peso o conservas de renombre, todo de excelente calidad.

Hasta aquella mañana, Flora no había cruzado palabra alguna con el muchacho.

—¿De dónde eres? —le preguntó él.

—No creo que conozcas mi pueblo.

—¿Está muy lejos?

—Más allá de las tierras del Cid.

Sabino se encogió de hombros. No tenía ni idea de quién era ese tal Cid, pero le importaba poco. A él le gustaba mucho aquella chica.

—¿Y tú de dónde eres? —quiso saber ella.

—De un poco más cerca —contestó el chaval, sonriendo—. Mi pueblo está aquí al lado, en el Duranguesado. Se llama Ochandiano.

Tampoco ella había oído hablar de ese pueblo. En la escuela, la maestra nunca había mencionado el País Vasco. Solo la nación española, y las cuatro reglas: la tabla de sumar, restar, multiplicar y dividir.

—¿Eso está muy lejos de aquí?

—No, hay un autobús que llega hasta allí. Yo vengo todos los días.

En sus manos, Flora solo vio callos, como en las de sus padres. Bajo la boina con la que cubría su cabellera sobresalía un pelo rizado como nunca había visto antes. El chico era algo colorado. Le llamó la atención su indumentaria. Los pantalones le quedaban cortos, en la camisa se adivinaba un cerco importante de sudor bajo las axilas, mientras que sus andares delataban una forma de caminar algo irregular, como si fuera dando tumbos sin haber bebido. «Será por el peso», pensó. Porque Sabino era ciertamente orondo y mofletudo, a pesar de su juventud. Parecía un buen chico. Alguien con quien, si se lo pedía, iría a bailar el domingo por la tarde.

Mientras hablaban, Álvaro apareció por sorpresa en la cocina.

—¿Qué haces aquí tú hablando con el servicio?

El recadero del colmado mostró su sorpresa. Dubitativo, el chico se atrevió a contestarle:

—Disculpe señor, solo le estaba diciendo que soy de Ochandiano. Yo, ya me marchaba.

—Vete. A partir de ahora, tienes prohibido hablar con ninguna de nuestras muchachas. Es una orden.

Cabizbajo y algo avergonzado, Sabino tomó el camino que le conducía hasta el exterior de la casa sin atreverse siquiera a despedirse de Flora.

—Es mejor que no hables con ningún recadero. Tú tienes que aspirar a más que un simple muchacho como ese. —A Flora aquellas palabras no le sonaron bien. Era de pueblo, pero no tonta—. Eres demasiado guapa para el chico que lleva bacalao de casa en casa.

Casi sin que Flora se diera cuenta, Álvaro había comenzado a acariciarle los pechos por encima del uniforme.

—Déjeme, don Álvaro. —Mi hermano continuó sobrepasándose. Esta vez su alargada mano subía por una de sus piernas deslizándose sobre la media. Ella se resistió—: Le he dicho que me deje, por favor.

—¿Acaso no te gusta?

—Déjeme. —Profundamente molesta, pero sin perder la compostura a pesar de la situación, la chica logró zafarse de su agresor.

—Me excita que me llames señor.

Flora lo empujó de golpe. No quería que aquello fuera más lejos o de lo contrario se vería en la obligación de gritar.

—Márchese ya. —Esta vez alzó la voz.

No había terminado de pronunciar la frase, cuando Casilda entró en la cocina por sorpresa. Aunque no llegó a ver el acoso al que el joven estaba sometiendo a la muchacha, sí que intuyó lo que allí acababa de ocurrir.

Sin mediar palabra, el joven abandonó la cocina.

—Cuidado con don Álvaro, no vayas a poner los ojos donde no debes.

—Descuide, Casilda, que no me gustan ese tipo de chicos.

—Así tiene que ser, porque te evitarás muchos problemas.

El ama de llaves sospechó que algo había sucedido que no había sido del agrado de la chica. De todas formas, Flora no se atrevió a confesarle que el joven se había sobrepasado con ella.

La forma amenazante con la que la miró al abandonar la cocina se había quedado grabada en la retina de la muchacha. Ahora sentía miedo. Temía que, por cualquier pasillo, Álvaro volviera a acosarla.

Flora quiso acostarse más temprano de lo habitual. Tampoco cenó.

—¿Te ocurre algo? —Para Casilda no había pasado desapercibido su cambio de actitud.

—No. Estoy un poco cansada, nada más.

El ama de llaves no insistió, pero sabía que le estaba mintiendo.

Ambas mujeres se despidieron en el rellano de la escalera para dirigirse a sus respectivas habitaciones situadas en la parte alta del palacete.

Tanto don Fausto como mi madre no se encontraban en casa. Estaban asistiendo al concierto que esa noche ofrecía la Orquesta Sinfónica de Bilbao en el teatro Arriaga. Regresarían tarde.

Ninguno de los tres hijos solíamos acceder a la zona donde se encontraban las habitaciones de servicio. Nuestros padres nos lo prohibieron desde pequeños, aunque alguna que otra vez sí que, de niños, nos escapábamos a corretear por el pasillo, ya que nunca podíamos hacerlo en la planta noble de la casa.

Flora cayó rendida en la cama. Nada más acostarse, se durmió. Su sueño era profundo, como el de cualquier chica a esa edad después de una intensa jornada planchando toda la ropa blanca y almidonando los cuellos de una colección interminable de camisas.

El sigilo con el que Álvaro abrió la puerta se parecía a la destreza de un fugitivo. Aunque la puerta tenía una cerradura, Flora no acostumbraba a echar la llave.

Cuando se percató de que alguien había entrado en su habitación fue demasiado tarde. De nada servía que gritara. La rapidez con la que Álvaro le tapó la boca no le permitió vociferar para que Casilda

corriera en su ayuda. Empezó a ser consciente de la situación, cuando este ya estaba terminando de anudar un pañuelo de seda a cada uno de sus tobillos. Los extremos de cada uno de ellos los estaba atando al piecero de la cama. Flora permanecía prácticamente inmóvil.

—No te muevas.

—Suélteme o gritaré. —A pesar de estar horrorizada por lo que estaba ocurriendo, tuvo la suficiente valentía para plantarle cara. Pero su arrojo duró tan solo unos segundos.

Álvaro acababa de poner sobre su sien una pistola.

—Cómo no pares quieta, disparo.

Era absurdo continuar enfrentándose a un sicópata dispuesto a matarla si no conseguía doblegar a su presa.

Quizá no se atrevería a disparar. Sería tan solo una amenaza para intimidarla. ¿Y si llamaba a Casilda? Dormía en la habitación de al lado. Seguro que la oiría. Pero ¿y si Álvaro era capaz de cumplir la amenaza?

A ella nunca le había tocado un hombre. No sabía lo que era amar en la oscuridad ni a plena luz del día. Él de forma compulsiva le mordía suavemente los pezones. La corpulencia del joven hacía que se sintiera mucho más frágil de lo que era en realidad. La anatomía de Álvaro cubría todo el cuerpo de la muchacha con creces. Como si hubiera caído un meteorito sobre toda ella.

Mientras la penetraba sintió un dolor indescriptible. Como si alguien le estuviera clavando un objeto punzante. Seguía oliendo a la misma fragancia que dejaba a su paso. Esa colonia que a partir de ahora le produciría náuseas. Ganas de vomitar. Como su figura, siempre que se lo encontrara en cualquier parte de la casa.

Cuando su violador abandonó la habitación, decidió que Álvaro pagaría por ello, no sabía cuándo ni dónde, pero pagaría, de eso estaba segura.

Con el camisón rasgado, notó la humedad en su cuerpo. Quizá fuera el sudor que aquel cerdo indomable había dejado sobre ella. Pasó un tiempo hasta que pudo incorporarse y encender la luz de la

lámpara de noche. Fue entonces cuando vio la sangre que había sobre la sábana mezclada con el semen de alguien que pagaría por lo que acababa de hacer. Fue la primera vez que Flora supo lo que eran las lágrimas de hielo. Ese frío que penetra no solo hasta las entrañas, sino que se clava sobre la piel ultrajada.

10

Veraneo en la Côte Basque

Nada más cruzar la calle, a dos manzanas de la casa, había un bistró en el que servían unos calamares rebozados deliciosos. Ramón Zabala, el abuelo de Íñigo, disfrutaba tomándolos con los dedos y llevándoselos a la boca sin coger el tenedor. Era su lujo estival siempre que acudía a Atherpea, el caserón en el que vivió la familia durante la Guerra Civil y los años posteriores. Era allí a donde tenía previsto trasladarse el matrimonio tras descubrir la existencia de su nieto recién nacido.

—Se comen así. Dejaos de tonterías —solía decirles siempre que acudía junto con su hija y el pequeño Íñigo a degustarlos.

Ana y su hijo se miraban sin decir palabra, porque, aunque les pareciera de mala educación, hacían lo mismo que el abuelo. Aquellos calamares recién fritos, cubiertos de una capa esponjosa a base de harina, un poco de aceite y probablemente unas cucharaditas de bicarbonato, cerveza o agua gasificada, estaban realmente para chuparse los dedos, en el significado literal de la expresión.

—Este lugar cerrará cualquier día, así que ya podéis empezar a aprender a hacerlos en casa. —Ramón le hizo ese comentario a su

hija Ana con la esperanza de que ella se interesara en adquirir el conocimiento culinario necesario para hacerlos.

Él no quería que al desaparecer Kantú, una taberna sin grandes sofisticaciones, pero con un producto de temporada extraordinario, ellos se privaran de tomarlos como aperitivo cuando se desplazaran a Biarritz durante sus vacaciones.

Con no poca vergüenza, una mañana, cuando todavía el establecimiento tenía la persiana a medio abrir, Ana se aventuró a llamar a la puerta del bistró. Un local algo anticuado, de carpintería metálica ligeramente roñosa, donde las sillas parisinas y el estilo *vintage* llamaban la atención en una terraza decorada por flores estacionales y ficus perennes.

François, su dueño, conocía sobradamente a la familia; en cuanto la vio, corrió a franquearle la entrada del establecimiento. Juntos, fueron caminando hasta el almacén, donde el hombre estaba organizando las cajas de las bebidas y reponiendo botellas de vino.

—¿Cómo tan temprano por aquí?

En un primer momento, la timidez de la joven Ana le impedía explicarle la razón de su madrugadora visita, hasta que se lanzó a contárselo.

—Sabemos que el próximo verano Kantú cerrará —se decidió a hablar.

—Así es. —Suspiró el dueño, mientras su rostro se entristecía—. A Florence ya no le responden las piernas y ninguno de nuestros hijos quiere seguir con el negocio.

La mujer de François era la típica ama de casa abnegada, que, al perder su empleo en la conservera del puerto, había decidido ponerse al frente de la cocina en una taberna. Su buen hacer en los fogones le había granjeado no poca fama entre su clientela habitual. La «sopa de ttoro», un consistente caldo de pescado parecido a la bullabesa tan popular en San Juan de Luz, la encumbraron en algunas de las guías gastronómicas más populares en toda Francia.

El abuelo materno de Íñigo, sin embargo, tenía debilidad por la que se hacía a este lado de la frontera. Quizá porque era de sabor

algo menos contundente.

—Nuestra sopa de pescado es mejor. —A Ramón le gustaba más la que preparaba la cocinera de la familia que salió de Casa Nicolasa, un afamado restaurante ubicado en el primer piso de calle Aldamar en San Sebastián, para ponerse a su servicio.

Lo que más le gustaba del Kantú eran los fritos y rebozados que con tanto mimo elaboraba Florence a partir de *begi haundis* (calamares de tamaño medio o grande), gambas, langostinos o bacalao desmigado.

—De eso quería hablarle —prosiguió Ana.

—Dígame, señorita Zabala, usted dirá. —François la miró algo sorprendido.

—Verá, a mi madre y a mí nos gustaría aprender a hacer esos calamares tan deliciosos que prepara su esposa —decidió ir al grano.

A él se le iluminó el rostro de pronto, como a quien le visita la felicidad por sorpresa. Que la señorita Zabala estuviera interesada en conocer los secretos de cocina de Florence le produjo una enorme satisfacción.

—Eso tendrá que preguntárselo a ella. Pero seguro que estará encantada de desvelarle sus trucos.

A la madre del pequeño Íñigo le pareció que estaba agradablemente sorprendido. François se dio la vuelta para dejar en el suelo la caja de cervezas que tenía entre las manos y se secó el sudor de la frente con un pañuelo blanco de hilo que sacó del bolsillo.

—Vamos a la cocina y a ver qué le dice —señaló.

La sonrisa con la que se dirigía François hacia la cocina, mientras Ana le seguía por un pasillo estrecho y algo desconchado, hasta llegar al fregadero de mármol entreverado donde Florence ya había empezado a limpiar los *txipirones,* delataba una satisfacción que iba a ser compartida por su mujer.

—Creo que nuestra clienta quiere algo de ti —le adelantó, pícaro, mientras enarcaba las cejas para mostrarle una cierta sorpresa.

Su esposa saludó a Ana con calidez y se quitó los guantes de goma que cubrían unas manos demasiado trabajadas de acarrear cajas de

madera, repletas de bonitos en tiempo de verano, durante los años que estuvo contratada por la conservera.

—Buenos días, señorita Zabala. ¿Qué le trae por aquí? —Florence se alegró tanto como su marido de verla en su establecimiento.

François, que estaba impaciente por facilitarle las cosas, le adelantó sus intenciones, a lo que su esposa no dudó en responder complacida y muy agradecida por el interés de Ana en aprender los secretos de un buen rebozado.

Le confesó, no sin cierta tristeza, que a ninguno de sus hijos le interesaba lo más mínimo aquel bistró que con tanto sacrificio y trabajo se había colocado en las guías gastronómicas como un lugar de cocina popular, de excelente calidad.

—Ellos prefieren trabajar en París y venir aquí de vacaciones —comentó, pesarosa por la decisión de sus vástagos.

Para Ana, aquella tasca frente al mar siempre había tenido un encanto especial. Quizá porque allí había compartido con su familia parte de los momentos más hermosos de su vida. Y quizá también, porque, en la terraza del Kantú, descubrió el hechizo de un buen guiso marinero. Cuando la magia del amor surgía al caer la tarde, mientras el brillo de unos ojos enamorados, se fundían con el deseo de quien los miraba. Porque, curiosamente, allí había conocido a Teófilo Madariaga durante un almuerzo estival.

Después de la conversación con los dueños del bistró, Ana, pletórica, antes de dirigirse a casa, cogió de la mano a Íñigo y decidió acercarse hasta el puerto. Todavía no era mediodía, así que posiblemente los últimos barcos de bajura continuarían descargando pescado y quizá podría adquirir un par de *txipirones* en la lonja como los que Florence rebanaba en el Kantú.

—Si se lleva los cuatro que quedan en esta caja, se los dejo al coste. —La oferta inesperada del asentador de la lonja le pareció una auténtica oportunidad—. Los calamares todavía están vivos, señora —le dijo el buen hombre, que lucía una boina algo ajada—. Son una ganga.

Ana no dudó y se llevó los estupendos *txipirones*. Nada más llegar a casa, dejó la bolsa con la mercancía en el fregadero antes de ir a cambiarse de ropa. Lo primero que hizo fue colgarse el delantal al cuello para empezar a limpiar los *begihaundis* tal y como había visto hacer a Florence.

—Tú haz la pasta para el rebozo, que yo ya me encargo del pescado —le ordenó Francisca, su madre, que se encontraba en casa, preparando la comida de aquel día.

Buscó la harina que solía estar dentro de la alacena, junto con el pan rallado, las legumbres y la pasta. De otro armario, donde guardaba los productos para el desayuno, Ana sacó un sobrecito de gasificante, bicarbonato en realidad. A la mezcla con ambos ingredientes añadió dos cucharadas de aceite de oliva virgen, una pizca de sal, más el agua con gas. Una vez que había amasado concienzudamente tal y como le había dicho Florence, metió la mezcla en el frigorífico para que reposara un tiempo. Mientras tanto, su madre no solo había limpiado con pulcritud los *begihaundis*, sino que ya estaban debidamente cortados en arandelas y listos para ir a la sartén.

Solo tenían que esperar a que la masa se asentara un par de horas con el frío de la nevera para degustar semejante delicia en el jardín de la casa.

—Hoy disfrutaremos del primer aperitivo hecho por nosotras siguiendo la receta del Kantú. —Ana estaba pletórica con su hazaña.

Al colocar el papel absorbente bajo los fritos, estos habían desprendido todo el aceite sobrante. ¡Estaban realmente deliciosos! Resultó toda una sorpresa inesperada, en especial para Ramón, el patriarca de la familia.

—Tan exquisitos como los que hace Florence. —El abuelo Ramón estaba entusiasmado con la iniciativa casera.

—Mejores que los del bistró, *ama* —dijo de pronto el pequeño Íñigo, de ojos vivarachos.

—Menos aceitosos también —apuntó Ana.

Madre e hija se sintieron satisfechas y muy animadas al descubrir que eran capaces de preparar, sin la ayuda de la cocinera, los fritos que durante tantos años habían admirado en la cantina de François y Florence.

Aunque el Kantú cerrase, la costumbre del aperitivo estival iba a continuar viva en la terraza del jardín de Atherpea a donde acudían cada verano.

En torno a la mesa de madera que había en el porche de la parte posterior de la vivienda, donde, aquel mediodía disfrutaron de los primeros calamares elaborados por ambas mujeres, solía reunirse en verano toda la familia. Eran los días más felices para los Zabala, y para Ana, Teófilo y su hijo también, porque oían con enorme interés las peripecias y el sufrimiento vividos allí durante los años de exilio.

—Desde entonces, nuestro corazón está partido entre esta casa y el otro lado de la frontera —decía el abuelo, esbozando una sonrisa.

Desde que Ramón adquiriera aquella casona, primero como refugio y años después como residencia estival, Atherpea se convirtió en el punto de encuentro no solo de todos los Zabala, sino también de amigos que frecuentaban la costa vascofrancesa durante sus vacaciones.

Veranear en Biarritz era signo de distinción y también refugio de exiliados adinerados.

Empresarios de primer nivel acudían con la intención de aprovechar las vacaciones para cerrar también algún negocio con Ramón, uno de los hombres que mejor controlaba el negocio del acero en España.

—Este árbol tiene mucha historia —acostumbraba a repetir a los postres, durante las cenas de verano, mientras contemplaba el manzano que presidía el jardín.

Lo lógico hubiera sido plantar un roble por el significado que tenía ese árbol para los vascos que conocieron el exilio.

Íñigo, con diez años, al oírle una vez más aquella frase, le preguntó con curiosidad e inocencia:

—Abuelo, ¿por qué un árbol tiene historia?

—Porque tiene vida como tú y como yo, ¡y ojos! Para poder ver lo que pasa a su alrededor —contestó Ramón, enarcando las cejas para enfatizar aún más sus palabras.

—¿También llora? —Mi prometido fue curioso desde la cuna.

—Sí, claro. Este manzano vino de Tolare, mi hogar. El caserío donde nací. —Lo agarró de la mano y fueron juntos hasta árbol—. Ven, que voy a contarte su historia…

Abuelo y nieto se sentaron sobre el césped protegiéndose, entre sus frondosas ramas, de un sol cenital difícil de soportar en pleno mes de julio. Ramón vino al mundo en el corazón del Goierri guipuzcoano, rodeado de un extenso manzanal fértil. Creció impregnado por el intenso aroma de la sidra, jugando entre *kupelas* y olor a oveja.

—En el Goierri no hay mar como aquí, pero sí montañas y pastos en Enirio-Aralar, donde la leche de las ovejas da un sabor único al queso que hacíamos en casa.

—¿Hacíais queso? Cuéntame, *aitona*. —Íñigo estaba entusiasmado oyendo lo que Ramón estaba diciendo.

—Queso y sidra, Íñigo.

Cuando estalló la Guerra Civil, Ramón tenía ya una importante empresa vinculada al sector de la siderurgia. Con apenas catorce años, un buen día, harto de perder al rebaño camino de los pastos, decidió abandonar el caserío para aprender el oficio de tornero con su tío en el pueblo de al lado.

—Aunque me haya enriquecido con el hierro y el acero, a mí lo que me gustaría es hacer sidra y recoger manzanas. El queso lo dejo para mi hermano José, que sigue en el caserío con el rebaño.

—¿Por qué no me llevas un día a ese sitio?

El hombre se quedó pensativo. Quizá podría llevar a Íñigo cuando concluyeran las vacaciones estivales.

—Tienes razón. Iremos en otoño. Así le ayudaremos a mi hermano en la recogida de la manzana. Te advierto que vas a cansarte. —Por un momento, Ramón volvió a su infancia feliz, en Tolare.

Mientras el resto de la familia aprovechaba ese momento para echar la siesta en las calurosas jornadas veraniegas, abuelo y nieto acostumbraban a sentarse en el porche para contemplar aquel manzano tan misterioso para el pequeño, que los miraba, mimoso.

—Es un símbolo de nuestra cultura, parte del patrimonio de nuestros caseríos, y, como tal, debemos amarlo —le dijo, al tiempo que escuchaban la leve caricia del viento sobre sus frondosas hojas—. Los manzanos son ciertamente caprichosos. Únicamente dan buenos frutos cada dos años. Y solo entonces, brillan las manzanas.

11

Una visita inesperada

Micaela se desvivía no solo por mí, sino también por Miguel. Aunque no dormía al lado de mi habitación, se acercaba un par de veces para ver cómo me encontraba o si requería algún tipo de ayuda.

Primero abría la puerta sigilosamente, como si fuera una fugitiva en la madrugada. Si observaba que dormía, abandonaba el cuarto sin preguntarme nada. Siempre tuve un sueño bastante ligero, así que oía sus pasos antes de que girara la manilla de la puerta, que, por otra parte, estaba mal engrasada y chirriaba ligeramente al manipularla.

—¿Necesita algo?

—No, Micaela, pero pasa, ya que has venido.

Enfrentarme a la maternidad sola, sin el calor de una voz amiga que me consolara de mi tragedia, salvo la compañía de Luciana o Jimena, hizo que aquella muchacha se fuera convirtiendo en alguien importante. No teníamos nada en común y, aun sí, me despertaba el deseo de ayudarla.

—Miguel duerme plácidamente. Se ha quedado llenito tras la toma.

—Es una bendición de niño, señorita —comentó la chica mientras lo observaba—. Nunca he visto uno tan bonito como este. —Su lenguaje era sencillo, como ella. Las palabras le brotaban del corazón, sin dobleces ni falsedades—. Hace bien en quedarse con él. Los hijos necesitan estar con la madre —continuó—. La mía se quedó conmigo, solo que luego murió y me quedé sola.

Seguía sin levantar la vista de Miguel. Observé que se le humedecían los ojos, a pesar de que la chiquilla intentaba que no fuera así.

—No estás sola, Micaela. Aquí te quieren mucho.

—Sí, pero pronto tendré que marcharme.

Su tristeza me conmovió. Parecía una buena chica con la que el destino se había ensañado. No tenía a nadie en el mundo. Ninguna referencia familiar ni emocional. Tan solo conocía unos pocos detalles como el nombre del caserío donde nació su madre.

—Era de Tolosa. Me contaba que había un mercado al que iban a vender de toda la comarca.

—¿Un mercado? —Me intrigó aquel detalle.

—Sí, a ella la mandaban con la leche y las verduras todos los sábados. —Sus ojos se tornaron vidriosos.

—¿Está lejos de aquí?

En ese momento, Micaela salió a la ventana para indicarme con su dedo el sentido de la dirección donde estaba el pueblo.

—Cerca de su casa había una papelera.

Me sorprendió ese último comentario. Quizá fuera algo fantasiosa la chica.

—Entonces no era un pueblo pequeño.

—Noooo. —Enarcó las cejas—. Mi madre decía que era grande, que había muchas casas, pero que ella vivía en un caserío en la falda del monte, alejado del centro.

Me prometí no abandonar a su suerte a Micaela, ni condenarla a que terminara sus días limpiando casas o fregando suelos de

madrugada. Era despierta, lista, y aunque fuera casi analfabeta podía aspirar a un mejor futuro.

Ahora tenía que centrarme en mi propio futuro, incierto a todas luces, junto a mi hijo.



Cuando al dar a luz le manifesté mi decisión de quedarme con el bebé, sor Carmen hizo una excepción.

—Si ese es su deseo, dormirá con usted.

—No quiero separarme de él en ningún momento, hermana, espero que lo entienda.

—Si algo hacemos aquí es tratar de comprender la situación por la que atraviesan todas las que llegan a este lugar. Nunca juzgamos a nadie. —Hizo una pausa, como si no estuviera segura de querer continuar precisando algo más, aunque al final sí lo hizo—: Y menos a usted. —Intuí que la superiora de Fraisoro conocía hasta los más mínimos detalles de mi caso. Ella prosiguió—: Para mí, no existen chicas buenas o malas, ricas, ni pobres, sino mujeres desesperadas luchando por sobrevivir cada una a su propia tragedia, que nada tiene que ver con la de otra.

Era sincera al hablar. Lo vi en sus ojos. Por más que intentara ocultar sus sentimientos, aquella religiosa de marcado acento vasco, sufriría probablemente cada vez que viera partir a las muchachas de incierto futuro, intentando dejar atrás un pasado de sufrimiento y dolor.

—¿Cuándo cree que estaré recuperada como para abandonar esta casa?

Me importaba poco que contestara o no a la pregunta que le acababa de hacer, solo que con ello quería desviar la conversación.

—Cuando usted quiera. En un mes podrá llevar una vida normal. Tiene a dónde ir, supongo. —Qué le importaba a ella si yo disponía de una casa en la que vivir con mi hijo—. Disculpe la intromisión, Alejandra. Simplemente, era por asegurarme de que tendrá un buen entorno cuando nos deje. Además…

Parecía que no quisiera terminar de pronunciar la frase, hasta que le pedí que continuara:

—¿Qué más quería decirme hermana?

Inclinó ligeramente el rostro a la vez que desviaba la mirada.

—Verá, esta mañana ha llamado un señor preguntando por usted.

Se me heló la sangre. Nadie sabía que yo estaba allí, salvo sor Castora.

—Usted dijo que mi anonimato estaba garantizado. ¿Quién era?

—Aquí será siempre así. Nadie conocerá su identidad, a menos que usted lo quiera. —Percibió que estaba alterándome, aunque yo trataba de disimular mi sorpresa—. Esté tranquila. El día que llegó le comuniqué que su única cédula de identificación iba a ser un número y así seguirá siendo.

—Pero ¿quién era? —insistí, desencajada.

—Teófilo Madariaga. No dijo nada más.

—Déjeme sola, por favor —Le pedí.

En las siguientes horas no pude pensar en otra cosa que no fuera aquella llamada.

Fui incapaz de conciliar el sueño durante toda la noche. Miraba a mi hijo y pensaba en Íñigo. Contemplaba cómo dormía. «Nunca estarás solo», le dije mientras acariciaba su cabecita recién lavada, como el resto de su cuerpecillo diminuto pero fuerte. «Eres un Madariaga». A veces me parecía que Miguel oía lo que yo hablaba, aunque fuera un pensamiento absurdo a todas luces.

Desde el momento en que lo vi todavía sucio, nada más salir del vientre y con el cordón umbilical recién cortado, supe que nunca lo abandonaría.

Quise darle pecho desde el primer día y quedarme con mi hijo en la habitación. Temía que me «robaran» a mi pequeño, o que lo cambiaran por otro del hospicio. Recordaba las palabras de sor Castora. «Conocemos a muchas familias que lo criarán bien y le

darán un buen futuro». No tenía ningún sentido mi obsesión, pero me desazonaba la sola idea de que me lo arrebataran.

Todavía faltaban unas horas para que anocheciera cuando sor Carmen vino a verme de forma imprevista.

—Verá, Alejandra, hay algo que tengo que decirle.

Por el tono de su voz y el semblante supe que lo que iba a comunicarme me impactaría.

—Dígame, ¿qué pasa?

—Teófilo Madariaga y su esposa están abajo.

Mantuve el silencio. Intenté transmitir cierta frialdad, sin que me alterara la noticia que acababa de darme la superiora de aquella comunidad.

—¿Qué les ha dicho?

—Que no damos ningún tipo de información.

—¿Y qué le han contestado?

—Que aguardarán hasta el cierre de la puerta por si alguien quiere bajar a hablar con ellos. En caso contrario, nunca volverán por aquí.

—Gracias, sor Carmen, déjeme sola.

—Como quiera. Las puertas del centro se cierran a las siete de la tarde.

Tenía la oportunidad de sentir el calor de una familia que me quiso casi sin tratarme. Si se habían trasladado desde Neguri hasta allí, en un viaje ciertamente incómodo, aunque hubieran venido en coche, sería porque de algún modo querrían ayudarme.

Desde la ventana de mi habitación veía la entrada principal. Me asomé discretamente corriendo la cortina apenas unos centímetros. Lo suficiente para apreciar qué tipo de vehículo estaba aparcado junto a la verja de acceso.

Allí estaba el tiburón azul que tanto envidiaban algunos vecinos. El vehículo francés con el que Teófilo, en cierto modo, quería que su esposa se sintiera la reina de sus sueños. Se trataba del coche más lujoso que acababa de ponerse en circulación en el país galo. Toda una auténtica joya del automovilismo, al alcance de muy pocos.

Íñigo llegó a conducirlo en algunas ocasiones. Como la vez en la que fuimos juntos por la costa vizcaína hasta llegar a Ondárroa, después de sortear no pocas curvas.

—¿Qué te parece el tiburón de las aguas? —Su sonrisa, marcada por la frescura de la juventud, se mantenía nítida en mi cerebro.

—¡Es verdad! Se parece hasta en el color —contesté, impactada por la impresión.

En su diseño recordaba a las facciones de un escualo en su aspecto exterior, algo con lo que mi novio bromeaba cuando íbamos montados en él.

—Cuidado, Alejandra, que va a darte un mordisco en cuanto te descuides. —Solía ser un juego en el que participábamos ambos, cómplices.

Estaba aparcado lo suficientemente cerca como para apreciar que en su interior no había nadie. Supuse que los padres de Íñigo permanecerían sentados en la salita que había junto a la entrada, aguardando en una espera de la que desconocían si tendría buen final.

Miguel acababa de terminar su toma. Esa vez no quise que Micaela me ayudara a cambiarle el pañal de algodón empapado, anudado con dos lazos a su diminuta cinturita. Era blanco como la nieve. Igual a la camiseta que cubría su cuerpecillo frágil, recién salido a la vida.

Saqué de la bolsa toda aquella ropita pulcramente ordenada. Vi unos patucos azules que se ataban con sendas cintas de muselina ribeteadas. A juego, una chaquetita de calados, tejida a mano, en el mismo tono. También había un faldón de piqué blanco que contaba con otro lazo celeste, este infinitamente más ancho, para ajustarlo al cuerpecito de mi hijo.

Al cerrar la bolsa para volver a meterla en el armario, oí un leve tintineo. No sabía de dónde procedía exactamente, pero sí que estaba muy cerca. Agité la bolsa levemente. Volvió a sonar.

La puse sobre la cama y saqué todo lo que había dentro. En un pequeño neceser vi un saquito de terciopelo oscuro que escondía un

sonajero de plata. Fui hasta la ventana para examinarlo a la luz del día.

La pieza que sonaba al agitarlo llevaba las iniciales de mi novio muerto. Era un sonajero de plata precioso.

12

Dos historias paralelas

El hijo de Luciana, como el mío, era un niño sano, pero aquel era inusualmente grande, de tez algo oscura e intenso pelo negro.

—Será corpulento. —Don Emeterio nada más ver a un neófito sabía si sería alto o bajo, fuerte o enjuto, porque la estructura ósea delimitaba o al menos condicionaba el desarrollo futuro. Le ocultó, sin embargo, que apreciaba cierta malformación en la cadera que afectaba a su piernita izquierda y también un problema en el brazo.

Luciana solo le preguntó si estaba sano. No quería saber nada más. Tampoco mostró interés en volver a verlo. Quería recuperarse cuanto antes y borrar aquella huella que la había llevado hasta allí sin quererlo. Para sorpresa de todos, la joven hizo una petición inusual.

—Quiero que lo bauticen con el nombre de Luis.

A mí me llamó la atención por su apariencia enclenque desde que la vi por primera vez cuando llegué. Parecía atormentada. Se resistía a mirar de frente cuando me dirigía a ella. Sus ojos centelleantes eran rápidos para evitar a la otra persona.

—¿Cómo estás? —le pregunté cuando nos cruzamos en la escalera. Ella bajaba apoyándose en la barandilla arrastrando una pierna, mientras yo subía con paso apresurado hacia mi habitación.

—Bien, pronto me marcharé. —Esta vez parecía querer hablar. Sus pupilas me miraron buscando prolongar aquel breve diálogo que acabábamos de comenzar.

—Antes de irnos las dos, quizá estaría bien que nos conociéramos un poco más —me atreví a sugerirle.

—Usted no es como las demás chicas.

Su comentario hizo que me inquietara un poco.

—¿Por qué lo dices? Ambas estamos por la misma razón aquí. —De pronto observé un cambio en su semblante. Como si el temor se hubiera apoderado de ella—. ¿Quieres que demos un paseo por el prado? Hace buena mañana —le sugerí.

Quizá si saliéramos al exterior y camináseme lejos de otras miradas, Luciana se decidiría a contarme algo más.

—Si usted quiere…

—Claro, de lo contrario, no te lo hubiera propuesto. Y no me hables de usted.

Esta vez sonrió y su expresión se relajó un poco.

—Podemos acercarnos hasta el manzanal.

Aquel enclave dentro del recinto me produjo cierto sosiego la primera vez que contemplé los árboles frutales donde maduraban los frutos. Ahora, además, sabía algo más sobre las manzanas después de la clase improvisada que me había dado sor Carmen.

A Luciana no me la imaginaba casquivana, ni frívola, sino una joven atormentada por la tragedia de un embarazo no deseado. Tenía una mirada inteligente. Tal vez su actitud escurridiza se debía al deseo de pasar desapercibida, en un sitio donde todas teníamos una circunstancia que ocultar. La mía nada tenía que ver con la de aquellas decenas de muchachas a las que las hermanas de la caridad intentaban ayudar para que pudieran abrirse un nuevo camino en la vida.

Lo único que habíamos tenido en común eran embarazos a punto de llegar a puerto. Luego, cada una de nosotras emprenderíamos caminos distintos en los que jamás volveríamos a vernos.

Luciana parecía diferente a las otras.

—¿Eres de por aquí cerca? —le pregunté.

—No. De un pueblo muy pequeño perdido de la meseta. —Me sorprendió que de tan lejos hubiera venido a dar a luz—. ¿Y tú? —se interesó.

—Yo soy vasca. —Evité concretarle más.

—Cuando me fui del pueblo no sabía que estaba embarazada.

Su confesión me desconcertó.

Mientras caminábamos por la hierba entre decenas de manzanos recién podados, íbamos tejiendo el clima idóneo que nos invitaba a confidencias. Ambas teníamos todavía el vientre hinchado y los pechos cargados de leche. Mientras yo seguía amamantando a Miguel, me confesó que ella no quiso ver al pequeño Luis tras el parto.

—Mi novio, bueno, el chico con el que salía en el pueblo, no sabe nada.

Me sorprendió su afirmación.

—¿Por qué no le has dicho algo tan importante?

—Eso nunca. Para mis padres sería una deshonra. Quedarían manchados para toda la vida. Y yo, como una cualquiera.

—Pero él tiene que saberlo, Luciana. Es el padre del niño.

—Luis es buen chico, muy guapo, pero poco decidido. Nunca ha tenido que asumir responsabilidad alguna. Sería incapaz de venirse aquí conmigo y empezar juntos una nueva vida. —Me costaba entender su argumentación. Si se querían, ¿qué importancia tenía lo que los demás dijeran? Ella continuó su relato—: Sus padres nunca le dejarían marchar. Son los encargados de la taberna y también venden fruta, patatas…

Luis era el que iba por los pueblos con una vieja furgoneta repartiendo pan y los pocos ultramarinos que llegaban hasta allí, según me contó.

Parecía tener claras las ideas, así que decidí no insistir.

—Lo importante es que ya estás aquí y, cuando salgas, tu suerte cambiará, ya lo verás. —No se me ocurría decirle nada mejor para intentar consolarla. Para borrar esa mezcla de tristeza y amargura que se dibujaba en el rostro anguloso de aquella chica.

—Cuando llegué a Lasarte intenté empezar una nueva vida y de pronto descubrí que iba a ser madre. Vine con una maleta cargada de sueños y ahora estoy aquí recién parida y abandonando a mi hijo. —Se echó a llorar de manera desconsolada.

Aquello todavía me impresionó más. No supe qué contestarle.

Lasarte era un pequeño pueblo que giraba en torno al convento de estilo barroco, donde vivían las reverendas madres Brígidas. Ubicado a poco menos de cuatro kilómetros de la capital, la llegada de la inmigración, a la vera del asentamiento de fábricas importantes como Michelin, Hilaturas y Tejidos del Oria o Bianchi, estaba transformando la estética de sus barrios con la construcción de nuevos inmuebles. Bloques de casas modestas que iban acogiendo a cientos de personas que llegaron en tromba durante la década de los años cincuenta y sesenta, en busca de una vida mejor. Como el matrimonio de su mismo pueblo que le proporcionó un hogar hasta que la sorpresa del embarazo cambió el destino que ella buscaba: trabajar como modista en una tienda de San Sebastián.

—Recuerdo mi viaje en tren hasta aquí. —A partir de ese momento Luciana comenzó a hacer una narración lineal desde que se fue del pueblo. Fue un largo monólogo ante el que me quedé estupefacta.

Aquella mujer que cojeaba desde niña se merecía algo mejor: que alguien la ayudara a superar la miseria. Sin cumplir los veinte años había sufrido más de lo que nadie pudiera imaginar. Burlas, desprecios y mofas desde la infancia por parte de algunos compañeros de pupitre, en una escuela donde se mezclaban niños y niñas de todas las edades en una misma clase.

A su lado, a pesar de mi tragedia personal, yo era una auténtica privilegiada que jamás había conocido estrecheces ni miserias. Ella acababa de abrirme los ojos a un mundo totalmente desconocido y

ajeno para una joven de Neguri como yo, que nací destinada a seguir disfrutando de las riquezas de mi familia.

13

El relato de Luciana

En un momento del paseo, ambas decidimos sentarnos bajo un manzano yermo, algo salvaje, que parecía querer vivir al margen de los demás, como si él mismo escondiera algún otro secreto que guardar. Se erguía solitario, en una esquina del prado donde se respiraba una paz infinita, junto a la fuente de piedra centenaria.

Ahora Luciana parecía sentirse libre.

—Quizá no volvamos a vernos, o quizá sí —empezó diciendo, con voz pausada—. Y quizá por ello necesito desahogarme, seguir abriéndote mi corazón.

Hasta entonces, a nadie le había hecho partícipe de su tragedia y menos aún de la consecuencia de aquel reiterado dolor, ahogado en la miseria de su pueblo, donde su madre la despidió con la esperanza de que volviera si no rica o por lo menos con la fortuna de haberse superado en la vida.

—Puedes confiar en mí, Luciana, nunca te decepcionaré, tienes mi palabra. —Fui sincera. Deseaba escuchar cómo había sido su partida hasta que llegó a Fraisoro para dar a luz.

Hasta entonces no presté atención al cuaderno que llevaba en la mano. Era una especie de libreta manoseada, con una tapa de cartón gris.

—Aquí está mi vida, Alejandra, y me gustaría que te la quedaras.

Su desgraciada vida, pensé.

Con menos de veinte años, ciertamente, aquella muchacha tenía una vida que contar, rodeada de miseria, pero a la vez parecía que también un sueño por cumplir.

—¿Por qué? Deberías guardarlo tú.

—Porque cuando abandone este sitio, nunca más volveré a ser Luciana, el pasado quedará aquí enterrado.

No supe qué contestarle. Simplemente cogí el cuaderno de hojas cosidas con hilo y cuerda de saco en los extremos, para guardarlo como ella me pidió.

—Es una responsabilidad para mí, Luciana.

—Siempre me gustó escribir y me siento mucho mejor.

Acababa de empezar a descubrir, ciertamente, otra persona.

Lo que más me sorprendió fue la potencial sensibilidad literaria que se escondía bajo su apariencia corriente, sin pulir. Tenía unos pómulos secos, labios finos que protegían la nariz algo aguileña. Su mirada parecía enigmática, aunque al confiarse se tornaba cálida.

—Puedes empezar a leerlo cuando quieras.

Comencé en aquel mismo instante, mientras Luciana, tumbada sobre la hierba que calentaba el sol entre las ramas del manzano, perdía la mirada en un cielo serpenteado de nubes.

25 de febrero de 1964

Mis huesudas posaderas estaban doloridas por aquel viejo asiento de madera donde llevaba sentada demasiadas horas sin moverme. En una bolsa tejida con trozos de sacos y forrada con retales de algodón basto que portaba al hombro, mi madre me puso un chorizo con varias rebanadas de hogaza algo duras, una botella de gaseosa La Casera y una tableta de chocolate que solo comíamos por la fiesta del verano, cuando lo traía un vendedor

ambulante. El hombre solía ocultarlas entre unos pequeñitos sacos de tierra para que no se calentara con el trasiego de pueblo en pueblo.

A mí me gustaba mucho, más que las tortas de azúcar que hacía el panadero o las madalenas que tenían un regusto amargo. «Es por el aceite, que está sin filtrar», decía madre cuando yo me refería al intenso sabor de aquellos dulces. Soñaba con tiendas en las que pudiera comprar algún día onzas, tabletas o pasteles de chocolate, y, ¿por qué no?, cacao también, para tomarlo con leche a media tarde como hacía Maruja cuando se acercaba al pueblo.

Aquel viejo tren atestado de gentes amontonadas en vagones destartalados donde olía a sudor viejo tenía su última estación en el País Vasco. «Allá por el norte —me dijeron en el pueblo—, pero tú bájate cuando te diga el Anselmo».

Anselmo era un buen hombre, anciano, o al menos a mí me lo parecía. Siempre acudía al pueblo cuando llegaba la fiesta, que solía ser a finales de agosto. A veces también lo veíamos por Navidad. Fue quien convenció a mis padres. «La muchacha tendrá porvenir en la ciudad», les insistía cada verano cuando venía a Estepa y se acercaba hasta nuestra casa a merendar unas veces o a la hora del almuerzo otras, cuando sabía que estábamos toda la familia. Mi madre acostumbraba a tratarlo con mucha familiaridad. «Él nos ayudó cuando se nos murieron las vacas». Era de la quinta del primo Leandro, que ya había muerto. Al parecer, estuvieron en el mismo acuartelamiento de regulares, en Ceuta.

Eso de la mili, desconozco por qué razón, pero parece que, antaño, unía mucho. En el caso de mi padre fue la primera y la única vez que salió del pueblo. Como otros tantos, que volvieron a Estepa, asustados de la disciplina militar.

Cuando Anselmo llegó a la estación de San Sebastián en pleno centro de la ciudad, le fascinó la capital. Eran tiempos en los que en el País Vasco había trabajo para todos. Enseguida encontró empleo. Primero, como botones en el hotel María Cristina, junto a la desembocadura del río Urumea. A medida que iba conociendo más gente fue cambiando de trabajo hasta que consiguió abrir su propio negocio. Un modesto taller en el que reparaba todo tipo de utensilios, en una de las adyacentes a la calle Miracruz, la arteria principal del barrio de Gros, donde se asentaban mecánicos y garajes de reparación de vehículos.

Durante el viaje intentó, sin demasiado éxito, dar conversación a una adolescente asustadiza como yo, que sentía el miedo por todo el cuerpo. Al terminar la escuela, con catorce años, mi madre me mandó a un pueblo cercano, infinitamente más grande que el nuestro, para que aprendiera a

coser y bordar. Fui a parar a casa de las Pericas: unas hermanas solteras que dominaban con destreza tanto la aguja como el patronaje, famosas en toda la provincia.

Con mi escaso conocimiento en otras materias, pero sí una creatividad desbordante que llamó la atención desde el primer momento a las modistas, enseguida pude plasmar tanto sobre el papel como con jaboncillo sobre las telas todas las ideas que emanaban de mi cerebro.

—Luciana es buena moza y llegará lejos en la capital —dijeron Petra y Abundia al unísono. No fue un cumplido. Ellas raramente acostumbraban a dar coba o a regalar los oídos a nadie. Cuando me despedí de ellas, junto a mi madre que fue a buscarme el último día, sentí que durante aquellos diez meses aprendí mucho más de lo que pude imaginar el día que llegué a mi primera clase de costura.

Antes de marcharme para San Sebastián, remendé todos los pantalones que había en casa y estuve zurciendo varios días los calcetines de los hombres de nuestra familia. En total, una docena de pares que quedaron como nuevos. O eso me pareció a mí.

Yo misma confeccioné el vestido que llevaba puesto. Era negro, con un cuello blanco y puños también. Hasta media pierna, como los que lucían las maniquís en las revistas de moda que las Pericas tenían en la sala de costura. El abrigo quise que fuera reversible. Todo un reto para una principianta como yo. Entre puntada y puntada, comprobé lo laborioso que resultaba casar bien las costuras para que por ambos lados el pespunte fuera el mismo.

A mi muñeca de infancia la dejé en el pueblo, sobre mi camastro. Tejida con viejas lanas y telas ciertamente raídas. Pero, a mí, Panza siempre me pareció la más bonita del mundo. Porque era mi tesoro infantil. Ese querido juguete al que te aferras en días de tristeza, hambre a veces, e incluso miseria como la que se vivía en aquella aldea. No quise traérmela conmigo por miedo a perderla y porque también esperaba volver algún día para vestirla con sedas y enaguas elegantes como las que se merecía mi muñeca.

Antes de partir, subí hasta la habitación para abrazarme a ella. Mis lágrimas humedecieron el paño con el que confeccioné su rostro. En los dos garbanzos que hacían de ojos percibí su tristeza fundida con la mía, pero a la vez ese rayo de esperanza que me iluminó para ir en busca de mejor fortuna y huir de la miseria…

El impacto que me acababa de producir aquel relato impecablemente escrito por alguien que había sufrido desde que se hizo mujer merecía que le escuchara de viva voz lo que quisiera contarme a la sombra del manzano. ¿Cómo era posible que una chica sin estudios elaborara un discurso con un lenguaje tan cuidado?

—¿Con quién has aprendido a escribir tan bien? —le pregunté intrigada.

—Con la señorita Juana, la maestra del pueblo.

—Pero no creo que todos sus alumnos hagan una redacción así de cuidada…

—Bueno, a mí siempre me gustó escribir y contar fábulas. La maestra me pidió que escribiera lo que hacía cada día y ella iba corrigiéndome hasta que ya me dijo que escribía mejor que ella.

Esbozó una sonrisa franca, de cierta nostalgia por una infancia en la que leía todos los libros que la señorita Juana les llevaba de la biblioteca provincial.

—Así que sabes coser, por lo que dices en tu diario.

—Es lo que más me gusta. Si quieres, luego puedo enseñarte el abrigo que confeccioné con las modistas antes de venir aquí. —Era una pieza de la que se sentía ciertamente orgullosa.

Al hablar de costura, a Luciana se le iluminaba la cara. Su rostro cambiaba totalmente de expresión.

—¿Qué te gustaría ser?

—Modista en una gran casa de costura —no dudó en la respuesta.

Se merecía que yo la animara.

—No, Luciana. Serás la dueña de una firma de moda que llevará tu nombre.

Percibí su alegría espontánea cuando escuchó mi augurio.

—Eres muy amable conmigo, Alejandra, pero yo sé que no pasaré de coser bajos a la ropa y hacer festones.

—¿Qué es un festón? —Nunca había oído esa palabra.

—Verás, un festón es un tipo de puntada que se puede utilizar para coser bordados y rematar bordes sin que sea necesario hacer un dobladillo.

—Dominas bien la técnica.

Se sintió halagada con mis palabras.

—Bueno, intenté aprender todo lo que me enseñaron las Pericas, Petra y Abundia.

Nunca hubiese imaginado que, tras aquella muchacha de aspecto frágil, menuda como ninguna otra allí, se ocultase una persona de tantos recursos. La vida se había ensañado con ella, pero también le dio armas para salir delante. De eso no tenía la menor duda.

14

De viaje en el tiburón azul

Me dolían especialmente los pezones por las grietas que habían aparecido cuando comencé la lactancia. Durante los primeros días no dije nada. Prefería guardar silencio, para que nadie me hiciera preguntas. El parto había ido bien y supuse que sería una consecuencia de la adaptación de mi cuerpo a la nueva realidad.

Cada vez que llevaba uno de ellos a la boquita de mi hijo, comenzaba el dolor que se prolongaba durante todo el tiempo que Miguel se alimentaba. Cambiaba de pecho, pero el sufrimiento era similar. Como no remitía, decidí hablar con don Emeterio.

—Esté tranquila, Alejandra. Póngase esta crema y espere a que penetre. Verá cómo mejora en unos días. —Me recomendó una hidratante para que la piel la absorbiera—. Tendrá que esperar a que se le curen las heridas y después podrá retomar la lactancia con normalidad.

—¿Cómo se va a alimentar mi hijo mientras tanto? Quise saber; esa era mi preocupación.

Cuando le ocurría esto a una de las chicas del orfanato, el bebé pasaba a ser amamantado por las nodrizas, pero, en mi caso, yo en

ningún momento contemplé que mi hijo succionara de ningún otro pecho que no fuera el mío.

—En ese caso, le traerán leche de la granja. —Don Emeterio ya supuso de antemano que no iba a aceptar la práctica habitual del centro en estos casos.

Durante mis años de voluntaria en el hospital de Bilbao, vi a varias madres con el mismo problema que yo tenía ahora, solo que allí la matrona les recomendaba untarse el pezón con su propia leche y esperar a que se secara al aire antes de cubrirlo. Aunque fuera una práctica natural, a mí siempre me pareció un poco antihigiénico. Preferí decantarme por aplicar aquella crema que tenía cierto olor a menta sobre cada uno de mis pezones.

Sentí un gran alivio la primera vez. Ese bálsamo que tanto anhelas cuando tienes la nariz en carne viva de tanto sonarte o quemada la piel por el sol después de un intenso día de playa.

Mi hijo estaba impoluto. Parecía un ángel recién nacido a la vida, mientras que yo me sentía sucia sin estarlo. Miguel dormía plácidamente en la cuna. Al mirarme al espejo casi no me reconocía. Veía a una joven demacrada de sonrisa borrada y greñas despuntadas. Aun así, en mis ojos parecía quedar algún atisbo de esperanza para salir adelante cuando abandonara el orfanato.

El atardecer estaba a punto de dar paso a una noche cerrada de invierno. Todavía tenía unos minutos para decidir si bajaba o no hasta la entrada para aceptar la mano que me estaban tendiendo los que hubieran sido mis suegros.

Miré a Miguel y observé parte de mi cuerpo en el espejo del baño. Aún quedaba algo de vida en unos ojos que habían sufrido demasiado siendo tan joven.

Era la primera vez que me vestía de calle desde que llegué allí. Incluso me puse el abrigo de paño oscuro que tanto me estilizaba, como si fuera a salir al exterior.

Bajé las escaleras despacio. De una en una. Con sumo cuidado para evitar caerme. Un desafortunado tropiezo podría hacerme perder el equilibro y caernos los dos. Cuando alcancé el rellano de la entrada con mi hijo en brazos, la estancia estaba desierta, pero desde la puerta entreabierta de la sala de visitas oí el caminar de unos pasos decididos.

Teófilo y Ana se pararon en seco al vernos. Fueron unos pocos segundos.

—¡Alejandra! —Ella pronunció mi nombre entre sollozos—. ¡Hija mía!

Su emoción hizo que yo también estallara en una cascada de suspiros que me llevaron al llanto.

Intentamos abrazarnos a pesar de que tenía al niño en mis brazos, envuelto en una toquilla tejida por unas manos prodigiosas. Quizá fueran las suyas.

Lejos de la efusividad mostrada por su esposa, Teófilo observaba la escena de una forma más contenida, pero no por ello carente de sentimientos, sino que tanto las alegrías como las tristezas las llevaba desde la discreción de alguien que vive las emociones a su modo, sin estridencias ni protagonismos.

—Es un bebé hermoso —dijo Ana nada más verlo—. Igual que su padre cuando nació. —Empezó a llorar sin importarle lo más mínimo —. ¿Cómo se llama?

—Miguel. —Fueron suficientes esas dos sílabas que pronuncié para que los tres nos fundiéramos en un abrazo.

—¿Puedo coger a mi nieto? —Con los ojos empapados de unas lágrimas felices que parecía le devolvieran a la vida, Ana estrechó al bebé con ternura mientras este hacía amago de despertarse, probablemente por el timbre de tantas voces.

A su lado, Teófilo contemplaba aquella estampa. Ambos parecían unos padres sin serlo, pero con la felicidad de que la sangre derramada de su hijo corría por las venas del recién nacido. Todavía eran jóvenes, aunque a mí no me lo pareciera. Ninguno de los dos

había superado los cincuenta y bien podrían ser unos padres tardíos, pensé.

Pasada la emoción del primer momento, ya más calmados, Teófilo llevó la iniciativa:

—Es tal la tensión acumulada durante este largo viaje que te agradecería nos disculparas si no hemos sido todo lo correctos que debiéramos.

—Al verte con el niño en brazos, me he dejado llevar por el corazón. —Ana también quiso excusarse, solo que yo no veía el porqué.

Superada la primera impresión, ya un poco más relajados, Teófilo me preguntó si conocía algún espacio más discreto.

—Nos gustaría hablar contigo de forma sincera.

—Queremos ayudarte a ti y al bebé, por supuesto —le interrumpió su esposa.

Evitaron referirse a mi familia. Si bien la presencia del matrimonio Madariaga en el orfanato había provocado un cierto cataclismo en mi mundo emocional, yo sentía que ya no estaría sola a partir de aquel encuentro.

Para mantenernos lejos de miradas furtivas, fui a pedirle a sor Carmen una salita de la planta baja para conversar con ellos discretamente.

—Los acompañaré a mi despacho. Allí podrán estar tranquilos. Nadie los molestará.

Era una habitación no muy grande, de paredes claras, mobiliario tallado en madera y una mesa en torno a la cual nos sentamos. Por suerte, Miguel seguía plácidamente dormido en mis brazos.

—Como sabrás, tenemos una casa en Biarritz. —Ana tomó la iniciativa.

—Nos parece que es un buen lugar para el niño y para ti, lejos de Neguri —prosiguió Teófilo.

—Sí. Íñigo me habló de esa casa la noche en que murió.

Ambos, pero especialmente ella, sollozaron de nuevo; aun así, mientras Ana se sacaba las lágrimas con un fino pañuelo de tela, me

preguntó:

—¿Por qué te habló de Atherpea?

—Fue aquella madrugada cuando le comuniqué mi embarazo. Me propuso refugiarnos en Biarritz y casarnos allí.

—Nosotros cumpliremos la palabra de nuestro hijo. —Ninguno de los dos dudaron en confirmarlo.

No tenía a dónde ir, aunque en el orfanato pensaran que me esperaba una vida confortable cuando abandonase el centro.

Durante toda mi estancia en Zizurkil, en ningún momento se me pasó por la cabeza pedir ayuda a la familia Madariaga. Sin embargo, ahora que compartía con ellos mi secreto, ¿por qué iba a rechazar su ofrecimiento?

—Es una casa muy bonita, frente al mar. Está en la colina, junto al faro. —Ana empezó a hablarme del periodo en que vivió allí y del frondoso manzano que su padre plantó en medio del jardín.

—Además, esconde mucha historia.

Eso me llamó la atención.

—¿Historia? ¿Una casa con historia? —Inquirí, intrigada.

—Sí. La biblioteca y el archivo de mi padre guardan muchos secretos.

No me atreví a preguntarle de qué tipo.

A mí, que siempre me había gustado la historia, a pesar de que me decanté por formarme como dama de la Cruz Roja, el destino había puesto en mi camino la posibilidad de poder bucear entre legajos y viejos documentos a los que nadie les había dedicado tiempo. Me serviría como distracción.

De pronto, mi vida estaba dando un giro inesperado. Teófilo y ella estaban tendiendo su mano para que nosotros dos viviéramos como hubiera deseado su hijo: lejos de Neguri, sin tener que avergonzarnos por un embarazo tras el que ahora ellos recuperaban la ilusión por vivir.

—Son demasiado generosos conmigo. —Así lo sentía yo.

—En absoluto, te mereces toda nuestra ayuda. Además, estamos deseando ver crecer a nuestro nieto.

—Él es nuestra esperanza. Es el futuro, Alejandra —apostilló Teófilo, emocionado.

¿Por qué no? En ese momento pensé en mi pobre madre a la que seguía ocultándole el nacimiento de mi hijo. ¿Estaba siendo injusta? ¿O lo que hacía era evitarle un nuevo sufrimiento a alguien que tenía que vivir con un asesino?

Cuando abandoné Neguri, quise dejar atrás el dolor, pero también ocultar el embarazo a mi *ama*, a la que le escribía sin que ella pudiera contestarme. Por lo menos, pensé, tiene noticias mías y sabe que estoy bien, aunque ella no supiera dónde me encontraba.

—¿Cómo está mi madre? —me interesé; seguro que habrían coincidido con ella en algún momento.

Antes de responderme se miraron entre sí.

—La vimos hace unos días. Bajó la cabeza cuando nos cruzamos, pero yo me acerqué a ella y nos fundimos en un abrazo.

Como madre, Ana comprendía el dolor que también sufría la mía por aquella tragedia que había arrastrado a dos familias destrozándolas por completo.

—Nuestro hijo siempre nos habló con mucho cariño de ella. Sabemos cuánto se implicó en vuestra relación. Es una gran mujer.

No pude reprimir las lágrimas. Me sentía frágil, pero asimismo algo más fuerte con la protección que me estaban ofreciendo ambos. De alguna forma, a partir de ahora, iba a ser mi nueva familia.

—Si tú quieres, yo podría hablar con ella. —Ana se refería a comunicarle la existencia de Miguel.

—Prefiero dejar las cosas así, al menos, de momento.

Estaba completamente segura de que mi madre me apoyaría si lo supiera, pero al mismo tiempo sufriría por la deshonra que entrañaba algo así. No quería provocarle más dolor. El hundimiento moral que supuso el asesinato de Íñigo en nuestro jardín a manos de don Fausto había sumido a la familia en un aislamiento social del que muy probablemente jamás se sobrepondrían.

El tiburón azul continuaba aparcado junto a la verja del centro, esperando a sus dueños. En su maletero, acostumbrado a viajar

poco, siempre vacío, entrarían mi maleta y la canastilla de Miguel. Como el día en que llegué a aquella institución provincial, saldría ligera de equipaje también, pero con un bagaje emocional que me había hecho madurar más que a cualquier mujer de mi clase en toda su vida.

Dentro ya del vehículo, sentí que iba camino de una nueva existencia, lejos de mi entorno y de aquel lugar donde tan bien me habían tratado monjas, médicos e internas como yo.

Luciana y Micaela lloraron con mi marcha. Por sus mejillas derramaron lágrimas reales de afecto sincero hacia alguien que se va.

—Volveremos a vernos, no os preocupéis —les sorprendió mi afirmación.

A cada una de ellas les di un papel en donde Ana escribió la dirección de Atherpea. Quiso, además, que les diera el teléfono de su casa en Neguri.

Luciana sí que me dejó la dirección de Anselmo y Otilia, el matrimonio de su pueblo que la acogió en Lasarte, porque, de alguna forma, ella tenía intención de no perder el contacto con ellos.

Por razones bien distintas tomé a ambas un cariño especial. A la primera, porque vivía la misma situación que yo, solo que ella entregaría a su hijo en adopción. Nadie la esperaría al marchar, tampoco en su familia la echarían en falta porque desconocían su tragedia y aguardaban que, algún día, volviese al pueblo con algo de fortuna.

Micaela tampoco tenía a nadie. Eran almas abandonadas a su suerte, vagando por una vida que las estaba maltratando sin tregua. Se merecían salir adelante, tener una existencia mejor. Ahora no podía hacerlo, pero algún día las sacaría de la paupérrima situación que les esperaba a las dos en cuanto abandonasen el orfelinato.

Jimena y yo nos fundimos en un profundo y sincero abrazo. La vida en Fraisoro nos había unido para siempre, aunque, posiblemente, no volviéramos a encontrarnos.

—Eso nunca se sabe, Alejandra. —Parecía estar segura de lo que decía.

Preferí abandonar la casa cuna muy de mañana, cuando todavía la vida dormía y los frutos del manzanal estaban cubiertos de rocío. En Biarritz me aguardaba lo desconocido, pero era la protección de un hogar donde no volvería a sentirme sola.

15

Miradas furtivas al compás de la música

Durante los meses que estuve viviendo en el orfanato, descubrí el sabor de la amargura y el punzante dolor de la desgracia. Yo había nacido para continuar en la confortabilidad de un entorno envidiable a los ojos de los demás. Envuelta en algodones, rodeada de riqueza y con el destino trazado para recoger el testigo de una saga poderosa.

Hasta que don Fausto acabó con la vida de Íñigo, nunca imaginé que pudiera haber otro tipo de existencia. Conocía, vagamente, las costumbres del servicio. Flora, Anita y Casilda se arreglaban con esmero para acudir al baile de los domingos por la tarde, las únicas horas que tenían libres. Ni siquiera soñaban enamorarse de verdad. Tan solo aspiraban a casarse con un buen hombre que les proporcionara una vida mejor que la de estar sirviendo, hasta envejecer, en una casa.

A veces, oía, por casualidad, las penurias que se contaban entre ellas mientras troceaban la verdura, planchaban la ropa blanca o

arreglaban nuestros armarios para que estuvieran pulcramente ordenados.

En Fraisoro, una parte de las chicas que iban a dar a luz trabajaban en el servicio doméstico. En otros casos, se trataba de mujeres violadas reiteradamente en el entorno familiar. También había alguna madre de familia paupérrima a la que le resultaba imposible dar de comer a más bocas. Prostitutas, pocas. Pude saber que las hermanas de la caridad del hospicio se hacían responsables de aquellos bebés que se quedaban sin padres, porque tenían alguna limitación o incapacidad intelectual. La casuística era de lo más variada.

Luego estábamos nosotras. A las que la vida nos trataba como a reinas sin trono, pero con la misma tragedia que nos igualaba a ellas: la renuncia no deseada a una maternidad inesperada.

Entre todos, mi caso quizá fuera el más excepcional, porque, además, estaba manchado de sangre. Jimena se estremeció al conocerlo.

—Lo peor de todo esto es que no podemos compartir nuestro dolor con nadie, Alejandra.

—Ni siquiera con mi madre.

No le sorprendió lo que le respondí, porque quizá en ese sentido, ella estaba en la misma situación que yo.

—Nuestra familia lo sabe, no te engañes, Alejandra, solo que mira para otro lado. —Jimena estaba segura de lo que decía.

¿Pudo sospechar mi madre el embarazo que le oculté al partir? ¿Y la suya? ¿Quién le habría recomendado acudir a Fraisoro?

—En mi caso, fue Pepita, la muchacha de servicio que tenemos en casa. Lleva toda la vida con nosotros y no hay secretos para ella. —La complicidad que solía existir entre criadas y señoritas era bastante habitual, salvo excepciones. Especialmente, una vez que se alcanzaba la adolescencia y comenzaban los primeros besos furtivos—. Casi quiero a Pepita más que a mi madre. —Jimena estaba siendo sincera. Su voz ronca no impedía que aflorara una sensibilidad que, en algunos momentos, provocaba que se le humedecieran los ojos—. Lo

sabe todo sobre mí —continuó diciendo—. Ella nunca me juzga, Alejandra.

Era posible que, si yo le hubiera contado a mi madre lo que me sucedía, ella tampoco me habría juzgado. Pero no me atreví. Fui débil. Tenía miedo y estaba tan aterrada que no pude sincerarme.

—Cuando abandonemos este lugar, todo volverá a ser como antes. Como si nunca nos hubiéramos conocido —concluyó.

—No te engañes, Jimena. Nada será igual. Nuestro mundo emocional está lastimado para siempre. Tendremos que aprender a vivir la tragedia en silencio. Tú la tuya y yo la mía. Pero si algún día nos encontramos por casualidad en algún lugar, siempre podremos decir que nos conocimos durante un viaje a Londres.

A Jimena le sorprendió mi comentario.

—No creo que eso suceda, pero es una buena idea. Después de todo, estamos disfrutando de unas vacaciones a los ojos de mi familia. —Su voz ronca ahora parecía algo más dulce.

Tuve la sensación de que a ella también le apenaba que no volviéramos a vernos. Habíamos establecido cierta amistad en un entorno difícil para ambas, mientras vivíamos una situación extraordinariamente complicada.

—Pero si ocurre, nos diremos: «Vamos a merendar». Y así podremos contarnos la una a la otra qué fue de nuestras vidas.

Sus ojos se tornaron algo vidriosos. Como si la fortaleza que transmitía ahora se estuviera desvaneciendo para dar paso a una mujer frágil que contenía el llanto.

Dejé de oír su voz. Se hizo el silencio. En mi habitación, con Miguel como único testigo de nuestras confidencias, Jimena miró al bebé durante largo rato.

—¿Me permites cogerlo?

—Sí, claro, pero no lo despiertes.

Su enorme barriga casi no le dejaba alargar los brazos lo suficiente para alcanzar el cuerpo recién nacido de mi hijo, que dormía plácidamente en la cuna junto a la cama.

—Es tan frágil. —Instintivamente acarició su cabecita a la vez que le besaba en la frente con una delicadeza extrema.

No imaginé que aquella mujer, a punto de cumplir los treinta, pudiera desprender tanta sensibilidad. Hasta aquel momento, la supuse rotunda, vehemente, en cierto modo, sin mayores problemas de conciencia por la decisión que había tomado de abandonar al bebé cuando naciera.

Acunando a Miguel, vi en ella a otra persona. Alguien a quien el instinto maternal le había traicionado por encima de lo que su lógica le decía. Con el bebé en sus brazos, Jimena parecía una madre más que mecía al hijo con ternura. Esa ternura oculta bajo la voz ronca y rotunda de quien no quiere que nadie sepa lo que en realidad siente.

—Yo no puedo quedarme con él, Alejandra. No puedo. Ya te lo dije. Sería un escándalo sin precedentes en mi familia y en todo San Sebastián.

Comprendía lo que me estaba diciendo. En Neguri ocurriría algo parecido si trascendiera mi embarazo, aunque, en su caso, al tratarse de un hombre casado, la situación era más inmoral a los ojos de una sociedad sustentada sobre la mentira que todos alimentaban, cada uno a su modo. El nacionalcatolicismo tenía tanta fuerza, estaba tan arraigado en todos los estamentos de la sociedad, que quien osara desafiarlo estaría proscrito para siempre.

—¿Cuándo sales de cuentas? —le pregunté.

—En tres semanas más o menos.

—Todavía tienes tiempo para pensarlo.

Jimena rompió a llorar desconsoladamente. El castillo de mujer que había visto hasta entonces se desvaneció.

—Francisco me quiere, pero nunca aceptaría que nuestro amor saliera a la luz, y menos este hijo que llevo en mis entrañas.

Apenas le entendía las frases que balbuceaba. Jimena se había transformado en un ser frágil, indefenso, roto por el dolor.

—Intenta calmarte. Buscaremos una solución.

—¿Cómo? Una vez que nazca, me marcharé. Francisco vendrá a buscarme y todo volverá a ser como antes. Este hijo nunca habrá

existido. ¡Nunca!

Cuando abandonó mi habitación, sentí una enorme tristeza. Quizá también algo de compasión hacia ella. Mientras daba de mamar a Miguel pensé en el futuro de Jimena cuando abandonase el hospicio.

—Seguiremos mirándonos de forma furtiva al compás de la música.

—¿Por qué al compás de la música?

Entonces me contó que solían coincidir deliberadamente en el club de tenis. Durante el verano, la oferta musical era variada. No solo había bailes de salón, a los que acudía lo más granado de la sociedad donostiarra. También ofrecían conciertos estrellas internacionales de primer nivel como Johnny Hallyday o Silvie Vartan, entre otros.

—A Francisco le excita verme bailar.

Él, naturalmente, acudía con su esposa. En algunas ocasiones, me dijo que también los acompañaban sus padres, mayores que su amante.

—¿Qué excusa has puesto en casa para ausentarte? No habrá sido fácil.

—Una temporada en Inglaterra siempre es una coartada creíble. Además, yo siempre he viajado mucho. Así que a nadie le habrá sorprendido mi ausencia.

Definió a Francisco como un hombre de mundo, esclavo de la hipocresía, en una sociedad donde la Iglesia dictaba la moral.

—Cuando te enamoras no te fijas en las reglas. Tu corazón late por quien ama.

Llevaban queriéndose ocho largos años.

—No es flor de un día, ni una aventura cualquiera, Alejandra.

Parecía tratarse de una historia de amor consolidada. Si se mantenía durante tanto tiempo, era obvio que Francisco y Jimena eran una pareja oculta, pero con una relación sólida.

—¿Qué futuro te espera amando a un hombre casado?

—Ninguno. —La frialdad de su respuesta me estremeció.

—¿Entonces?

—Soy feliz así. A lo mejor, me caso con alguien sin grandes pretensiones que busque desesperadamente cubrir las apariencias o necesite mi dinero.

Jimena marcó una profunda huella en mí, a pesar de que convivimos unas pocas semanas. Nunca olvidaría la frialdad con la que abordaba su existencia, pero tampoco las lágrimas derramadas cuando me abrió su corazón. En ella cohabitaban dos mujeres: la resolutiva de aparente insensibilidad, que alternaba con una de fragilidad emocional que llegaba a conmover.

16

Muerte blanca

En un par de ocasiones, Francisco se acercó hasta el orfanato para visitar a Jimena. Le resultaba arriesgado entrar a plena luz del día en Fraisoro. No por las chicas, sino porque entre el personal médico o las monjas podría haber alguien que le conociera.

Jimena había insistido tanto en su desesperación que no tuvo más remedio que acudir a calmarla. Estaba descubriendo otra mujer que en nada se parecía a la joven con la que llevaba tantos años de relación.

Le impresionó su abultada barriga.

—¿Qué esperabas? Estoy a punto de dar a luz.

Su impetuosidad lo desconcertó.

—¿Por qué me hablas así? He venido porque me lo has pedido. Sabes lo arriesgado que es para mí.

Al verme con mi hijo en brazos, Jimena pensó en su inminente maternidad. Y en si sería capaz de abandonar a su suerte lo que naciera, tal y como se había propuesto. Cuando llegó a la inclusa estaba fuerte, convencida de la decisión que tomaron juntos Francisco y ella.

En unos días aquella pesadilla habría concluido. Dejaría allí al bebé y volvería a la vida de siempre. Fiestas de glamur en las que luciría los vestidos más atrevidos, mientras su amante se excitaba observándola en silencio. Le gustaba bailar todos los ritmos de moda, como la *yenka* o el *twist*, el primer estilo de baile basado en el *rock and roll* donde las parejas no tenían contacto físico. Por eso la dejaba que se moviera al ritmo de la música, porque ningún otro hombre la rozaría. Estaba causando furor en todo mundo y también en La Perla del Océano, una sala de fiestas construida sobre el antiguo balneario donde se daban cita las orquestas más pujantes de la época.

—Más lo es para mí.

Francisco calló. No sabía qué contestarle, porque Jimena tenía razón. La relación que mantenían no se podía visualizar, pero aquel vientre prominente era imposible ocultar ante los ojos de nadie.

—No discutamos. ¿Para qué me has hecho venir? —Parecía incómodo.

Sor Carmen les había cedido su despacho. Le pareció mejor que la sala de visitas.

—No estoy segura de querer entregar al bebé.

La mirada del hombre se tornó violenta. Su mandíbula parecía acumular toda la tensión de semanas. Elevó el tono de voz, sin quererlo.

—¡Qué estás diciendo, Jimena! ¿Acaso te has vuelto loca?

—Podríamos entregarlo a alguien de nuestra confianza para que lo criara —continuó la joven, visiblemente ofuscada—. Este hijo es cosa de dos.

—¿Qué me quieres decir con eso? Te estoy pagando todo esto. ¿Qué más quieres?

Jimena no salía de su asombro. El hombre solícito, cariñoso, pasional cuando se querían, acababa de convertirse en alguien sin alma.

Cómo podía hablarle así a la mujer de su vida, como tantas veces le había dicho que era ella. No lo reconocía. Sentía que tenía frente a

él a un ser despiadado, carente de sentimientos y a quien su futuro ahora le importaba bien poco.

—Quiero que asumas tu responsabilidad, como a mí no me ha quedado más remedio que asumirla.

—No te entiendo Jimena. ¿De qué responsabilidad me hablas? En mis planes nunca entró tener un hijo contigo. Nunca.

En ese momento, a Jimena le entraron ganas de abofetearlo. Agarrarle por las solapas del abrigo y zarandearlo. Pero era un hombre corpulento, de bigote a lo Clark Gable, que había jurado los principios del Movimiento Nacional para seguir haciendo negocios con tranquilidad.

—¿Cómo he podido estar enamorada de alguien tan ruin como tú? ¿Cómo?

Tantos años amando a un ser a quien su situación actual le importaba bien poco, se dijo para sí.

Jimena no era mujer de montar escenas. Al contrario, vivía el momento, el amor, con la misma pasión que se entregaba a los compases de un *twist* en la pista de baile.

—Márchate por favor, ¡no quiero verte más en mi vida!

Le importaba poco que le oyeran las religiosas que intentaban escuchar la discusión al otro lado del tabique.

Como Francisco no hizo ademán alguno de abandonar el despacho de sor Carmen, Jimena lo agarró del brazo mientras lo empujaba hacia la puerta de salida.

—¡He dicho que te vayas!

El hombre no insistió en quedarse. Antes de alcanzar la puerta que estaba cerrada, Jimena lo estampó contra la vidriera incrustada en la hoja de madera.

Fue un golpe seco. Los cristales cayeron hechos añicos al suelo de mármol tan frío como el corazón de aquel sinvergüenza, que durante años le había hecho creer que la amaba locamente.

Aquella madrugada se puso de parto. Todavía le faltaban un par de semanas para salir de cuentas. Nunca hasta aquella noche Jimena lloró tanto y de forma tan desconsolada.

A sor Carmen le impresionó la escena. Sabía que buena parte de los hombres que habían concebido aquellos hijos mal llamados del pecado, en ocasiones se trataba de personas sin tacha, honorables padres de familia o hijos con bodas ya acordadas, acostumbrados a amores furtivos.

Por un momento quiso acudir a consolar a Jimena. Quizá necesitara el abrazo de alguien con quien compartir su dolor. Sin embargo, la monja no se atrevió a subir las escaleras que conducían a la zona donde las «distinguidas» aguardaban la ácida espera del parto.



—¿Qué ha sido, doctor? —preguntó Jimena, tras el esfuerzo de traer al mundo a nueva vida

—Una niña preciosa.

Rompió a llorar desconsoladamente. Hubiera preferido que fuera un chico. «El mundo es de los hombres», murmulló entre sollozos que don Emeterio no alcanzó a oír, pero sí la religiosa que estaba ayudando en el parto.

Como en mi caso, sor Carmen le preguntó que iba a hacer con la bebé.

—Me quedaré con ella.

La madre superiora no pudo menos que sorprenderse tras conocer su intención.

—Entonces se la subiremos a su habitación.

Jimena amamantó a la pequeña durante tres días. Evitaba contemplar sus manitas o el semblante de la niña que parecía dulce mientras dormía en la cunita, junto a su cama.

Colocaba bocabajo aquel cuerpo diminuto de huesos cartilaginosos cuando lo acostaba.

Una de las veces que sor Carmen entró en la habitación, le recriminó su actitud.

—No ponga nunca a la niña en esa postura. Puede ahogarse y morir. Hemos tenido que enterrar a más de un bebé por esa razón.

Cuando Jimena se quedó sola en la habitación, no quiso encender la luz. Había oscurecido lo suficiente para que ya no se distinguiera con nitidez el mobiliario de la estancia. Sentía una decepción indescriptible. Francisco ni siquiera había querido escuchar lo que iba a proponerle. Estaba segura de que entre los dos hubieran encontrado a alguien que se hiciera cargo de la niña para no renunciar a ella. En el futuro, podían cambiar las cosas. Tenían dinero para ofrecerle una vida confortable a la pequeña en algún internado cuando tuviera la edad suficiente y, mientras tanto, mantenerla al cuidado de alguien.

En vez de prestarle atención, la había tratado como a una cualquiera. Como se trata a alguien a quien no te une ningún tipo de lazo afectivo. De pronto, todos los años de amor se habían esfumado. Sola, sin su apoyo, no se sentía capaz de buscar a esa persona que cuidara de su hija.

Aquella bebé llevaba en sus genes la sangre de semejante indeseable. La penumbra le permitía ver la cuna y palpar el diminuto cuerpecillo. Volvió a colocarlo bocabajo.

Antes de llevar a cabo lo que estaba pensando, cerró los ojos con fuerza para que sus lágrimas no le hicieran dudar de su decisión. Después de aguardar unos segundos, se acercó hasta su cama para coger la almohada. Tragándose las lágrimas como podía, la puso sobre la cabecita de la bebé. Sus dos manos comenzaron a presionar con fuerza los extremos.

No tenía apenas equipaje que cargar. Tan solo una maleta que se fundió en el mismo camino que ahora deshacía para regresar a un hogar donde podría desahogar su pena en el hombro de Pepita, a quien quería mucho más que a su propia madre.

17

La bebé sin nombre

Aquella noche llovía bastante. La verja del recinto estaba cerrada a pesar de que todavía no era la hora a la que acostumbraban a echar la llave. Era la costumbre, especialmente para que nadie entrara a robar en la huerta de la que se alimentaban todas las chicas que vivían allí. Durante los tres meses que Jimena permaneció en el orfanato, se dedicó a pasear mucho por las campas del recinto. Por eso sabía que, en la parte trasera, junto al manzanal, había otra verja de salida para los carros de bueyes que araban la tierra.

Se trataba de una zona apenas iluminada, hasta donde solo llegaba el haz de las farolas que daban luz al edificio. Sus zapatos enseguida se llenaron de barro. A cada paso, los tacones iban hundiéndose en la tierra mojada. Para cuando alcanzó la verja trasera, Jimena estaba empapada.

El agua que corría por su rostro se mezclaba con las lágrimas que derramaba sin consuelo. Se sintió una asesina. Alguien despreciable a quien cualquiera condenaría por el crimen que acababa de cometer.

Francisco tenía que pagar por su abandono, por desentenderse de aquella bebé sin nombre después de jurarle amor eterno durante ocho largos años. ¿Cómo había podido ser tan ingenua de creerle? Por mucho dolor que le produjera, al menos lo había desenmascarado en su última visita al orfanato. Ahora ya sabía a quién tenía enfrente y sin duda iba a costarle caro.

Mientras descendía por el camino más corto hacia el centro de Zizurkil pensó en la niña. Aquel cuerpecillo al que ella le había arrebatado la vida yacía en su cunita a la espera de que alguien lo descubriera por la mañana. Estaría frío, amoratado con la cabecita hundida bajo la almohada. Ni siquiera oyó su llanto al segarle la vida.

Nadie podía hacerse a la idea del sufrimiento que la invadía. Ante los ojos de los demás era una vulgar asesina, sí. Aceptaba su culpa. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Después de la ruindad de Francisco no quería que nada le uniera a aquel malnacido sin alma. Ni a la luz del día, ni en la clandestinidad de un amor furtivo cuyo fruto había sido aquella bebé.

Todavía le quedaban unos cuantos metros para alcanzar el centro del pueblo. Estaba completamente mojada por dentro y por fuera. Sus piernas parecían estar más empapadas todavía que el resto de cuerpo. De pronto notó que algo más cálido corría por una de ellas. La sangre estaba dejando rastro por el camino que la conducía hasta la estación de tren.

En su precipitada huida, olvidó protegerse del habitual sangrado tras el parto con varias compresas más de tela.

A su espalda, una voz le dijo de pronto:

—¿Está usted bien? ¿Necesita que la ayude?

Era alguien a quien ella conocía. No tenía duda que se trataba de aquel joven al que observaba labrando la huerta desde la galería durante sus últimas semanas antes de parir.

Dudó entre acelerar el paso o detenerse. Estaba agotada. Se giró para comprobar que, efectivamente, era Jeremías. El muchacho que soñaba con comprar la casa grande. Aquel caserío de proporciones importantes. Cada mañana para ir a trabajar, tenía que pasar por

delante. A veces, se detenía unos segundos para contemplarlo y dar rienda suelta a su imaginación. «Algún día será mío», se decía.

Lo siguiente que Jimena recordaba de aquel episodio era un techo de vigas, mientras ella permanecía tumbada sobre un colchón en el que hundía su cuerpo.

Jeremías observaba con cierta curiosidad y a la vez dubitativo a la «distinguida señorita», como se llamaba a las jóvenes adineradas que recalaban en el hospicio.

—No podía dejarla en el camino bajo la lluvia —dijo el muchacho.

Mientras el joven iba encadenando pequeñas frases una tras de otra, Jimena trataba de reaccionar. Ahora ya no sentía el frío, ni la sangre corriendo por sus piernas. Las sábanas no eran tan delicadas como las de su casa. Se parecían más a las del orfanato. Pero olía a limpio.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—La traje a casa de Antonia. Es la partera del pueblo.

El chaval tenía buena voluntad, pero ¿qué diablos hacía acompañada de una partera si ya había dado a luz?

Olía a gallina. A establo. Se oían algunos mugidos del ganado sobre el que parecía estar la vivienda. También se oía en la lejanía el sonido de pequeños cencerros. Probablemente algún rebaño de ovejas estaría pastando por las inmediaciones.

Necesitaba asearse rápido. Dar pocas explicaciones y huir de aquel caserío cuanto antes.

En un segundo plano, como si quisiera esconderse, pero a la suficiente distancia que le permitiera observar la escena, Antonia seguía atenta a cualquier movimiento que hiciera la joven. Parecía gruesa, con los pechos caídos que le llegaban casi hasta la cintura, donde ataba un viejo delantal zurcido. Cubría sus cabellos con un pañuelo anudado en la nuca sobre el que se habían posado algunas hebras de paja. A Jimena le llamaron la atención sus manos. Se había acercado hasta el cabezal de la cama y ahora podía observarlas sin llamar mucho la atención. Estaban deformadas. Le parecieron manos de hombre. Cada uno de los dedos acababa en una uña entre

las que había suciedad o negrura incrustada en aquellas que eran más largas.

Antes de que la mujer pronunciara palabra alguna, Jimena se incorporó de la cama.

—Estoy bien. Puedo levantarme sola —le contestó a la mujer cuando esta se acercó con la intención de ayudarla.

—Le traeré un caldo entonces.

Parca en palabras, de gesto rudo, la partera, no obstante, a su modo, trató de demostrarle que en aquel humilde caserío le ofrecían la hospitalidad de un hogar pobre, pero de buenos sentimientos.

—¿A dónde va? No puede ir sola por ahí.

—A la estación.

Jimena no quiso darle más explicaciones. Lo único que deseaba era vestirse de nuevo y marcharse de allí.

—Creo que su ropa ya está seca. Mire.

La partera se había encargado de poner junto al fuego bajo de la cocina el vestido y el resto de la indumentaria que llevaba puesta cuando salió del orfanato. Junto a la lumbre, sobre las cuerdas que atravesaban la estancia de pared a pared, siempre había ropa colgando. «Huele a leña», se dijo. Sin duda, toda la ropa de Jimena olía a humo. Pero estaba seca y hasta conservaba ligeramente algo de calor.

—Jeremías la llevará hasta el tren, si es lo que quiere.

—Puedo ir sola —insistió.

—Estamos demasiado lejos del pueblo, señorita. Es mejor que vaya en el carro.

Si aquella mujer bienintencionada y voluntariosa, a pesar de su frialdad en las formas, insistía para que el demandadero del orfanato la llevara hasta la estación, sería verdad que la línea del ferrocarril estaba lejos de aquel caserío.

Con toda seguridad sabría que ella había dado a luz en Fraisoro. Jeremías no habría tardado en contárselo. Lo que la partera no podría imaginar era que estaba ayudando a una asesina. A alguien que había decidido quitarle la vida a una bebé sin nombre.

Se ajustó bien la ropa que acababa de ponerse antes de despedirse y abandonar aquel caserío donde le habían dado cobijo.

Aceptó que Jeremías la llevara a la estación. Y una vez en el tren, a medida que se alejaba de Fraisoro, no pudo evitar que una congoja enorme invadiera su alma. Pensó en el cuerpecito de su hija. Esa losa sobre su conciencia iba a convivir con ella el resto de sus días. Tendría que aprender a soportar ese peso. En absoluto silencio. Como toda su historia de amor que ahora se había transformado en un sueño de terror nocturno.

A ella, que la habían educado para ser una señorita de intachable moral y que se salió de la norma cuando se enamoró de Francisco. Tras aquel primer beso furtivo, aprendió a vivir el amor en la clandestinidad, mientras el resto de sus amigas iban casándose y formando una familia. En ocasiones, enamoradas, pero la mayoría de las veces empujadas por el interés de seguir viviendo como princesas sin serlo.

Con el dolor anclado en sus entrañas, Jimena por primera vez pensó en su futuro. Ya no podía cambiar el pasado, pero sí al menos afrontar su realidad. A pesar de la debilidad que sentía, desde la ventana del vagón, perdió la mirada en el infinito. Entre metas de hierba que en lontananza serpenteaban los prados, intentaba que su mundo emocional comenzara de nuevo. Desde pequeña, le enseñaron a ocultar la desdicha y a mentir sin sonrojo. A proyectar una vida plena cuando la realidad escondía existencias tristes. Era una mujer fuerte. Siempre lo había sido. No podía hundirse ni por ese miserable y tampoco por esa bebé sin nombre que tenía que formar parte del pasado.

Ella no estaba acostumbrada a coger el tren y menos a viajar en vagones atestados de gentes anónimas como en el que se encontraba ahora. Siempre le molestó el olor a humanidad, los empujones a la hora de descender del vagón o esperar bajo la lluvia en una parada. Quizá por ello, por encontrarse en un entorno diametralmente opuesto al mundo en el que se movía, sentía que su vida acababa de dar un giro total. Aunque cuando llegara a la estación del Norte de la

capital donostiarra, volvería al domicilio familiar de la calle Peñaflorida, frente a la bahía de la Concha, donde su vida ya no iba a ser la misma.

18

Un plato bien frío

Desde el patio de las cocinas, Pepita oía cada vez que el ascensor subía o bajaba. Estaba acostumbrada al ruido del contrapeso que discurría por el hueco contiguo.

La llegada al domicilio de Jimena, casualmente, había coincidido con un viaje de sus progenitores a tierras alavesas, donde poseían una de las bodegas con mayor proyección internacional. Así que Jimena pudo llorar en el hombro de la criada, que más que una muchacha del servicio era una segunda madre para ella. Llegó a la casa para encargarse de su cuidado. La vio nacer. En sus brazos esbozó la primera sonrisa de bebé.

Pepita conocía sus amores. También sus desdichas, pero la asistenta sabía, sobre todo, que Jimena era una mujer testaruda, de personalidad fuerte, capaz de sobreponerse a cualquier embate.

—He roto con Francisco.

A la muchacha le sorprendió su entereza después de tantos años de relación.

—¿Qué ha pasado?

La narración de Jimena no la dejó tan estupefacta como pudiera esperar.

—Nunca fue trigo limpio, y usted lo sabe, señorita.

Pepita conocía algunos detalles de la vida de aquel hombre que Jimena quiso ignorar. Quería tanto a la chica que, por no hacerle daño, le ocultó que Francisco, aparte de tener con ella una relación estable, también mantenía otros escarceos esporádicos.

—Jamás imaginé que fuera capaz de tratarme así en esta situación.

—Quizá debiera darle un escarmiento, señorita.

Se quedó pensativa tras lo que acababa de decirle la mujer.

—¿Cómo?

—Tiene todo el tiempo del mundo para pensarlo. No olvide que la venganza es un plato que se sirve bien frío.

Francisco representaba a pies juntillas los valores que inculcaba el nacionalcatolicismo. A los ojos de la Iglesia, era un hombre sin tacha. Miembro de la Falange, amante de las tradiciones más conservadoras, que disfrutaba de una doble vida con la mayor naturalidad.

Como era médico, durante las guardias de hospital, tenía el campo abierto a la conquista. La bata de quirófano era el reclamo perfecto para atraer a enfermeras en busca de mejor fortuna o jovencitas obnubiladas por la labia del médico. Luego, en la consulta privada que tenía a pocos metros de su domicilio, acostumbraba a citar no solo a Jimena, sino también a alguna chica de la que se encaprichaba de cuando en cuando.

La propuesta de Pepita no le pareció ninguna tontería. Jimena estaba rota por el dolor, pero también dispuesta a maquinar algún tipo de venganza. Francisco era un reconocido cirujano. Contaba con el prestigio de la sociedad y era admirado por todos los estamentos. Alguien a quien cualquier piedra en su perfecto engranaje bastaría para arruinar su reputación.

Después de conocer por la muchacha de servicio que su hasta entonces amante alternaba su relación con otras mujeres, Jimena acarició la idea de tenderle una trampa. Ella mejor que nadie sabía qué tipo de mujer encandilaba al galeno. Con curvas como las suyas y de pechos grandes. En la intimidad disfrutaba con actitudes de cortesana a las que ella tuvo que ir acostumbrándose para no perderlo. Aprendió a ser una prostituta sin serlo.

Entre los garitos de alterne que había en la ciudad, había uno que destacaba sobre los demás. Se llamaba Maitetxe, algo así como la casa del amor. Estaba ubicado en el barrio del antiguo. Aparentemente, era un bar donde se servía alcohol. Pero no era una cafetería cualquiera, sino todo un inmueble de dos plantas en el que había habitaciones para huéspedes.

—¿Cómo podemos contactar con alguien que trabaje allí?

La pregunta sorprendió a Pepita.

—¿Para qué le interesa? ¿Señorita, se ha vuelto usted loca?

—En absoluto. —Con un cigarro en la mano, sin parar de fumar, Jimena hacía pompas circulares cada vez que expulsaba el aire de sus pulmones.

La voz ronca de la joven se oía pausada. Transmitía cierta frialdad controlada. Su imagen volvía a ser la misma de antes. Sin aparente atisbo de tristeza en el rostro. «Que nadie sepa mi dolor». Es lo que le habían enseñado desde pequeña.

—Me dijiste que la venganza es un plato que se sirve muy frío. Pues es lo que voy a hacer, Pepita. —Al pronunciar la frase, a Jimena no se le movió ni un cabello del moño cardado que lucía.

También se había maquillado con esmero. La sombra de ojos oscura daba una profundidad a su mirada que volvía a ser tan enigmática como antes. A decir verdad, le gustaba crear cierto aire de misterio en torno a su persona, con el que reforzaba su fuerte personalidad.

Resignada a hacer de alcahueta una vez más, Pepita sabía quién podía ayudarles.

—Tendremos que preguntarle a Pío, el carbonero.

Jimena apenas había reparado en el hombre que regularmente les llevaba varios sacos para la calefacción. No sabía si era joven o mayor, alto o bajo.

—¿Crees que podrá ayudarnos?

—Una buena recompensa allana el camino.

La mujer sabía que el dinero no iba a ser un problema. Jimena lo que necesitaba era contratar a una profesional. Del resto se encargaría ella.

—Entonces, habla con él.

Pío era un hombre joven, extraordinariamente tímido e incapaz de abordar a una chica por vergüenza. Su oficio no atraía precisamente a muchachas con aspiraciones por la suciedad que conllevaba. Tampoco era especialmente agraciado, así que, arrastrado por la cuadrilla de amigos, terminó aficionándose a visitar prostíbulos. Acudía al Maitetxe del Barrio Antiguo con cierta frecuencia, especialmente en días de fiesta.

Al olor del dinero, todas las chicas querían acostarse con el carbonero, porque dejaba buenas propinas.

—Voy a proponerte algo. —Pepita se decidió a hablarle entre susurros cuando fue a llevarle el carbón aquella semana.

Ambos eran de Santa Marina de Argisain, un barrio de Albiztur, situado sobre el valle del Oria. Sus caseríos no estaban lejos uno del otro. Entre familias habían tenido alguna que otra rencilla por cuestión de tierras heredadas, pero ahora gozaban de una relación fluida. De ahí que, para Pepita, fuera una especie de sobrino al que podía pedir cualquier favor por delicado que fuera, como este.

—Necesito que contrates a una de esas chicas que trabajan allí. —Empezó a contarle el plan que había diseñado Jimena.

—Veré qué puedo hacer. —Desde el asombro más absoluto, el muchacho aceptó el encargo de la mujer, no muy convencido de que pudiera persuadir a alguna chica—.

Jimena tenía claro lo que quería provocar. Si la chica aceptaba su plan, la reputación de Francisco se hundiría para siempre. O para unos cuantos años como mínimo. Los suficientes para que lo

expulsaran de todos los movimientos católicos en los que participaba. Sería objeto de una cascada de críticas por todos los rincones de la ciudad y le mirarían de reojo a su paso entre murmullos, allá por donde fuera. San Sebastián era una ciudad muy pequeña en la que ese tipo de noticias corrían como la pólvora.

El buen hombre hizo la gestión aquel mismo día y, ya de noche, acudió de nuevo al domicilio donde servía el carbón.

—Dile a tu señorita que vaya mañana antes de las cuatro. Y que pregunte por Angustias. —Pío parecía haber hecho la gestión con éxito.

Cuando Pepita hizo ademán de pagarle, Pío rechazó el dinero que la mujer tenía en la mano.

—No es nada. —En realidad, el carbonero quería evitar verse involucrado en aquella operación que no sabía a ciencia cierta para qué era.

Siguiendo la recomendación del hombre, Jimena se acercó al día siguiente hasta aquel sórdido lugar del que ya había oído hablar. Al traspasar la puerta del prostíbulo, Jimena se encontró con un lugar mucho más corriente de lo que pudiera imaginar. Estaban encendidas las luces fluorescentes del techo. Todos los multicolores farolillos de feria que se activaban cuando se abría la barra permanecían apagados. Como la música. Así, a la luz del día, le pareció un antro sin pretensiones.

Con la cara lavada, Angustias parecía demasiado joven para dedicarse al oficio más viejo del mundo. Le llamó la atención su pelo oscuro. Pepita le había comentado que lucía una cabellera rubia platino.

—Cuando trabajo siempre llevo una peluca y las uñas postizas.

—Haces bien, así puedes proteger tu identidad.

Jimena comenzó a adelantarle algunas pinceladas de su plan.

—Algo me ha dicho Pío.

Tras ponerle al corriente con más detalle, la joven le respondió con toda naturalidad.

—Me han pedido cosas peores.

A Jimena no dejó de sorprenderle el comentario de la chica.

—¿A cuánto ascienden tus honorarios?

—¿Honorarios? ¿Qué es eso?

—¿Cuánto vas a cobrarme? Es lo que te preguntaba.

Por la descripción que le hizo de Francisco, a Angustias le pareció un hombre rico.

—Un médico siempre tiene mucho dinero y encima estará limpio.

«Limpio». A Jimena le sorprendió el comentario. ¿Es que acaso podía haber hombres desaseados? ¿Caballeros que requirieran los servicios de profesionales que no se ducharan?

—No te imaginas lo que vemos aquí.

Aquel sí que era otro mundo, pensó.

—Nosotras seremos putas, pero limpias como ninguna —apostilló Angustias.

Angustias era una joven algo deslenguada, pero parecía buena gente. La vida debía haberla azotado con saña para estar, a su edad, siendo tan joven, detrás de una barra ofreciendo su cuerpo al mejor postor.

Le entraron ganas de preguntarle por su origen. Hablaba un castellano claro. Sin acento. Tenía un cuerpo bonito y una mirada penetrante. También llevaba un moño no demasiado alto, recogido en la nuca.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—A ti qué te importa. —Su altanería hizo recular a Jimena, que la observaba con cierta curiosidad.

Ella nunca había entrado en un prostíbulo. Olía a tabaco. A cuarto sin ventilar. El escay de los sofás y los asientos de las sillas estaban algo desgastados, al igual que las cortinas que colgaban de un techo ennegrecido por el humo de los cigarros. Allí olía a tugurio.

—Disculpa, no quería importunarte.

—¿Qué quiere decir «importunarte»?

—Que no quería molestarte.

La muchacha bajó ligeramente la cabeza. Parecía algo avergonzada.

—Lo siento, pero soy casi analfabeta. Yo firmo con el dedo y no sé escribir bien ni mi nombre.

A Jimena le impresionó su confesión. Estaba ante alguien muy golpeada por la vida.

—¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

—Cumpliré veintidós el mes que viene.

No se atrevió a continuar haciendo más preguntas.

Le enseñó dos fotos de Francisco. Una de carné y otra en la que se le veía de cuerpo entero, apoyado en la barandilla de la Concha.

—Memoriza bien su imagen.

Primero iría como paciente a su consulta simulando una dolencia. Después, acudiría con una amiga al baile de la sala de fiestas que había en La Perla, donde tendría lugar la escena del escándalo.

—Él te hablará con respeto cuando lo abordes, porque ya te conocerá como paciente en su consulta.

De esa forma, no podría negar la relación. Una vez que intercambiaran varias frases con educación, Angustias pasaría al ataque.

—Tienes que acusarle de haberte dejado embarazada y desentenderse del bebé. —En el receso de un baile, al que Francisco acudiría con su esposa, el escándalo iba a ser mayúsculo—. Recuerda que no nos hemos visto nunca. Tú a mí no me conoces. —Ya se lo había dicho, pero no estaba de más insistir en ello.

—No te preocupes por eso. Estoy acostumbrada a no conocer ni a mi propia madre.

El escándalo corrió durante meses, mientras Jimena sentía que, al menos en parte, había podido resarcir su dolor. Presenciarlo desde la zona más discreta de la sala de fiestas le produjo una felicidad indescriptible.

Ahora podía comenzar a pensar en cómo rehacer su vida. Aunque la imagen de aquella bebé sin nombre viviría en su memoria para siempre, Francisco, de alguna manera, había pagado por ello con la pérdida de su honorabilidad y el ostracismo profesional.

SEGUNDA PARTE

19

Secretos

A Ramón Zabala no le incomodaban los viajes, y menos desplazarse hasta Atherpea donde conservaba parte de su biblioteca. Concretamente, la que correspondía a sus años de exilio durante la Guerra Civil. Fue un periodo convulso e intenso en el que, además de incipiente empresario, como hombre de partido, custodió buena parte de documentación sensible que hubo que esconder. Se necesitaban voluntarios capaces de arriesgar y ahí estuvo el padre de Ana poniendo no solo su dinero, sino también la vivienda de Biarritz al servicio del partido en el que sus padres militaron de forma clandestina hasta la muerte.

De profundas y férreas convicciones religiosas, Ramón era, no obstante, un hombre ciertamente abierto para su época. Cuando su hija le puso al corriente de la situación, alabó la decisión que esta había tomado.

—Es lo mejor que has podido hacer. En nuestra casa ese niño se criará como corresponde.

Tras la sorpresa inicial, el patriarca de la familia aceptó con cierta naturalidad el nacimiento inesperado de su primer biznieto. Después

de la tristeza causada por la muerte de Íñigo, la noticia fue una gran alegría para un hombre que era consciente de que su retiro no estaba lejos por una simple cuestión de edad, ya que derrochaba energía y salud.

—Es un niño precioso. El vivo retrato de mi hijo cuando nació. —Las palabras de Ana lo impacientaron en el deseo de conocer al pequeño.

—Más razón aún para que te hagas cargo de él y viva con nosotros. —Conocía el odio visceral que mantenían su yerno y don Fausto. Se felicitó de mi valentía.

Al descubrir nuestra historia de amor, por parte de Teófilo sí que hubo un intento de acercamiento para apaciguar las aguas, a pesar de que su padre Vicente Madariaga fue el damnificado. La felicidad de su hijo estaba por encima de todo. Pero don Fausto, en vez de adoptar la misma actitud, continuó alimentando esa ira visceral incomprensible hacia el apellido Madariaga, y especialmente hacia Teófilo.



Por el contrario, Ana se mantenía en silencio, intentando estar al margen de una historia en la que ella también tenía parte.

A mí me lo contó mi madre en una tarde de confidencias mientras ambas hablábamos de los secretos de familia.

—Tu padre estuvo enamorado de Ana Zabala antes de conocerme a mí.

Sus palabras me dejaron boquiabierta.

—¿Cómo lo sabes?

—Neguri es muy pequeño y aquí se sabe cuándo alguien bebe los vientos por otra. —Recuerdo el rictus de su cara, la expresión ausente mientras comenzaba a contarme el amor juvenil que vivieron don Fausto y Ana hasta que apareció en escena Teófilo Madariaga—. Su matrimonio estaba destinado a unir las armas y el acero, pero Cupido apareció por sorpresa y deshizo la boda más esperada de la

época. —Hablaba de ello desde la serenidad, como si estuviera contándome una historia totalmente ajena a nuestra familia.

Iban a contraer matrimonio dos dinastías poderosas y fundir todo el dinero en una sola fortuna. La operación perfecta con la que Desiderio Abaria culminaría el sueño de su vida, si no hubiera sido porque Teófilo Madariaga apareció una soleada tarde de verano por Kantú, el bistró frecuentado por los Zabala en Biarritz.

Vicente Madariaga era uno de los nacionalistas que acudía a la costa vascofrancesa para visitar a sus amigos refugiados y dio la casualidad de que aquel verano decidió disfrutar de unos días de vacaciones en la localidad vascofrancesa con toda la familia.

—A mi suegro siempre le pudo la codicia, pero tu padre sí que se enamoró perdidamente de Ana —me contó mi madre. Parecían traerle sin cuidado los sentimientos que don Fausto pudiera anidar en su mundo emocional.

—¿Por qué se casó contigo, entonces?

—Yo, en aquella época era muy guapa, para qué engañarnos, Alejandra —me contestó finalmente, tras unos instantes de silencio. Yo creo que, después de que Ana lo dejara para casarse con Teófilo, tu padre únicamente buscaba a alguien que pudiera darle herederos.

— No se puede detestar tanto a alguien solo por eso. —Era lo que yo pensaba.

—Tenía esa y otras razones, Alejandra. —Hizo una pausa antes de continuar—: Mi suegro, además, traicionó a Vicente Madariaga de la forma más vil.

Entonces comprendí que confluían varios elementos en aquel odio tan visceral.

—Desiderio Abaria y Vicente Madariaga acordaron enviar armas al Gobierno británico, pero tu abuelo asaltó el buque de la consignataria de su socio para entregárselas a los nazis que pagaban el triple.

Mi madre me explicó que, en el abordaje, falleció el capitán bermeano Juantxo Aurrekoetxea, gran amigo de Vicente, y dos marineros más. Acompañado de tres hombres, Madariaga se

presentó una madrugada en Villa Abaria para pedirle cuentas a mi abuelo. En el forcejeo, Desiderio lanzó varios tiros al aire. Don Fausto recordaba con absoluta nitidez aquella escena en el salón de casa, hasta donde corrió descalzo al oír las voces.

—Quizá por ello, tu padre sigue teniendo un sueño extraordinariamente ligero que se interrumpe con el leve aleteo de cualquier pájaro que se posa junto a su ventana. —Mi madre narró aquel suceso con una frialdad que me impresionó.



Por supuesto, Ramón Zabala conocía todo aquello, pero siempre lo vio como algo ajeno. A diferencia de lo que codiciaba Desiderio Abaria, a él solo le importaba la felicidad de su hija, a quien ahora veía volver a sonreír con la llegada de Miguel, ese nieto inesperado para ella que les estaba haciendo tan felices a todos.

—No habrá sido fácil para esa chica enfrentarse a semejante situación. —Parecía impactado por lo que acababa de contarle Ana sobre mi tragedia.

—En absoluto. Pero Alejandra siempre ha sido una mujer fuerte, a pesar de su juventud. Más de lo que pueda parecer, *aita*.

—Seguro que haré buenas migas con ella entonces. Me gustan las personas que se crecen ante la adversidad. —Sin conocerme todavía, parecía querer empatizar conmigo cuando nos viéramos.

Estaba nerviosa ante su inminente llegada, porque me producía mucha inseguridad. Un hombre como él, que de la nada había construido el imperio del acero.

—Verás, mi padre es una persona de mundo, extraordinariamente discreto. Ha visto muchas cosas, pero sobre todo adora a su familia. Y querrá al niño en cuanto lo tenga en sus brazos, ya lo verás.

—No quiero que nadie más conozca su existencia, Ana —insistí algo temerosa.

Me obsesionaba la sola idea de que llegara a los oídos tanto de mi madre como de don Fausto, por razones bien distintas. Quería ser yo quien, cuando llegara el momento, le diera la noticia.

—Estate tranquila, Miguel será el secreto de la familia hasta que tú así lo quieras. —Sus palabras me tranquilizaron—. Mi padre, además, es una persona jovial y muy divertida. Ya lo verás. Un gran lector al que le fascina la historia.

—Tenemos algo en común, entonces, porque a mí también me gusta conocer el pasado. —Me alegré de encontrarme con alguien con quien iba a compartir mi afición.

—Entonces disfrutarás en su biblioteca. Pero eso lo dejo para que te lo cuente él. ¡Está llena de secretos! —Ana hizo un gesto con el que quiso decirme que allí se escondían documentos confidenciales de muchísimo valor.

En cuanto lo vi descender de su exclusivo Chrysler Imperial, supe que se trataba de un hombre afable. Tanto por el modo en que despidió al chófer que lo había traído hasta Atherpea como por la amplia sonrisa que esbozó al ver a su hija.

No como don Fausto, ante el que todo el personal que servía en nuestra casa tenía que inclinarse a su paso.

—Ya estoy aquí otra vez.

Tras la correspondiente presentación inicial, se dirigió a mí con gran ternura.

—Bienvenida a tu casa, Alejandra. ¿Dónde está mi biznieto? —No paraba de sonreírme mientras su vivaracha mirada intentaba crear cierta complicidad con quien acababa de conocer.

—Está dormido, pero pronto se despertará. —También le sonreí, agradecida a su calidez.

A pesar de su edad, Ramón me cautivó desde el primer momento.

Era una persona afable, jovial, de diálogo fácil y extraordinaria lucidez mental. Alguien que inspiraba confianza y complicidad a vez. Ataviado con un sombrero flexible de ala ancha elaborado con fieltro de pelo de conejo, parecía más un caballero francés que un vasco de pura cepa como era. El estilo con el que vestía aquel complemento me recordaba a Humphrey Bogart, quien mejor lucía el sombrero

Fedora: toda una creación del diseño que con el paso de los años se había convertido en uno de los sombreros más carismáticos de todos los tiempos por su textura sedosa y forma depurada.

—Vayamos a ver a ese niño. —Ya dentro de la casa, instintivamente subió hasta la primera planta donde se encontraban todas las habitaciones.

Miguel dormía plácidamente en su cunita de madera tallada, tan antigua como la vivienda. Era de roble, sin nudos, meticulosamente lijada y bien encerada en cada una de las partes para que se apreciara el brillo.

Ana quiso asignarle la habitación en la que siempre durmió Íñigo. Como si con ese gesto deseara que Miguel se impregnara del espíritu de su padre. Yo hubiera preferido que durmiera en cualquier otra estancia, pero no me atreví a contrariarla. Después de todo, aunque me consideraran parte de la familia, continuaría siendo una invitada especial.

Ramón llegó con la intención de no quedarse muchos días, solo que, a medida que iba encariñándose con el bebé, cambió de opinión.

—Además, he sabido que tú y yo tenemos una afición común. —Me inquietó en un primer momento porque no sabía a qué se refería —. Verás. —Me invitó a que lo acompañara hasta la segunda biblioteca que había en la casa.

Aparentemente, la más importante y voluminosa estaba en el salón de la planta baja, desde donde se podía contemplar la bahía de Biarritz en todo su esplendor. Pero había una segunda en su despacho, bastante más sencilla, en donde no me llamaron la atención los libros, sino un archivador de madera de importantes proporciones cerrado con llave.

—Por las venas de este niño corre mi sangre —fueron las primeras palabras que pronunció mientras giraba la llave para abrirlo—. Me gustaría que toda esta documentación que iba a ser para su padre vaya a parar a sus manos algún día.

Estaba intrigada con lo que acababa de escuchar.

Cuando corrió la persiana de aquel mueble macizo de cerezo, observé el tesoro que escondía.

Se trataba de una extensa colección de cuadernos clásicos, tipo libreta y cierre de goma elástica.

—Noventa y ocho unidades y catorce archivadores metálicos de mesa con fichas ordenadas por temática y personas.

Su afirmación me inquietó.

Todo un tesoro de valor incalculable para los historiadores, pero especialmente para el partido político al que perteneció su padre que, ahora, por distintas vías estaba intentando, sin éxito, que Ramón lo devolviera.

—Arriesgué la vida para traerlos y el pago no ha sido el que esperaba. —No se refería, por supuesto, a ningún abono en metálico, sino a la conducta de determinados compañeros que lo acusaron de traidor sin serlo—. Hay quien no perdona la riqueza del prójimo —dijo con naturalidad.

Ramón siempre había sido un verso suelto. Todo lo que tenía se lo había ganado a pulso, trabajando duro y aprovechando las oportunidades que el destino fue poniendo en su camino.

—Salí de Tolare, el caserío en que nací, con catorce años. Nadie me ha regalado nada.

Percibí cierto resquemor en sus palabras. Hablaba con tristeza y decepción de sus años de militancia activa en un partido que ahora lo acusaba de pertenecer al «régimen» sin serlo.

—¿Por qué?

—Verás, Alejandra. El dinero no tiene ideología. —Hizo una pausa —. Uno de mis negocios dentro de la acería trabaja mucho para el Gobierno. Por eso dicen que soy un «vendido al franquismo».

En nuestra casa por distintas razones, también se hablaba en el mismo sentido de acusaciones parecidas que se vertían sobre nuestro apellido. Pero don Fausto siempre hacía el mismo comentario. «El poder y el dinero provocan envidia y odio en los débiles».

A diferencia de Ramón Zabala, los Abaria nunca comulgaron con los nacionalistas vascos, ni tampoco se manifestaron públicamente a

favor del régimen dictatorial, sino con quien les ayudaba a obtener pingües beneficios, según la realidad de cada momento. El negocio de las armas hacía que se relacionaran tanto con dictadores como con gobiernos democráticos.

—Si hay que ser falangista, lo somos, y si mañana hay que vestir la *lekeitiarra* y cantar el *Eusko gudariak* también. —Aunque esto último don Fausto lo decía bajito, casi para que no se oyera, a modo de susurro.

La *lekeitiarra* era una chaqueta de paño, normalmente azul marino o bien de cuadros verdes y negros, cuello redondo cerrado y corte recto que acostumbraban a vestir los pescadores. Con tres bolsillos delanteros y cierre abotonado, antiguamente se confeccionaba con lana muy tupida para abrigarse ante los temporales y el viento del norte.

En la actualidad, estaba asociada a quienes amaban la cultura vasca. Solían lucirla los hombres en las fiestas de los pueblos marineros de la costa.

Don Fausto siempre se manifestaba en el mismo sentido, aunque en nuestra casa la balanza se inclinara bastante más hacia la dictadura que gobernaba el país.

En lo único que coincidían don Fausto y Ramón era en afirmar que el dinero no tenía color.

Hasta llegar a Atherpea nunca me había interesado la política, pero ahora que estaba contemplando aquella extensa colección de manuscritos guardados en el archivador, quizá fuera el momento de retomar mi afición por el pasado reciente de nuestro país.

20

Chamontais *a media tarde*

Desde que llegué a Biarritz, parecía haber cambiado mi suerte. Escribía a mi madre con cierta regularidad y ella también me contestaba a vuelta de correo. A veces se impacientaba por querer verme. No entendía por qué, estando relativamente cerca, me negaba a que viniera de visita.

«Espero que seas feliz ahí», escribió al despedirse en una de sus cartas.

«Intento alcanzar cierto sosiego, aunque te echo mucho en falta, *ama*», le respondí.

Ella sabía que su ausencia me estaba haciendo mella, pero, por otra parte, era importante que me mantuviera alejada. ¿Hasta cuándo iba a ocultarle la existencia de mi hijo? Ni yo misma lo sabía.

Ahora que había nacido, tenía que extremar el anonimato y nada mejor para ello que vivir en la casa en la que generosamente me habían acogido al otro lado de la frontera, lejos de Neguri.

Miguel iba creciendo sano y robusto. Hasta entonces, Ana y yo fuimos encargándonos de la casa y de su cuidado. Tan solo acudía por las mañanas Catherine para limpiar y hacer la plancha, una

señora entrada en años, discreta, que, tras enviudar, vio sus ingresos mermados, lo que lo obligó a ponerse a trabajar en el servicio doméstico.

—Es una mujer muy eficaz y responsable. —Ana la conocía desde hacía tiempo cuando regentaba una panadería no lejos de Atherpea. Su esposo, Jean Louis, elaboraba exquisitos brioches y panes de distintos tipos en el obrador, mientras Catherine atendía a un público fiel entre el que estaba la familia Madariaga—. Cuando murió su esposo, intentó seguir en la panadería, pero ya nada era igual. Ninguno de los dos panaderos que contrató consiguió igualar la calidad de los brioches de Jean Louis.

Así que, cuando supieron de la mala situación por la que atravesaba la mujer, le ofrecieron encargarse del mantenimiento de la casa, y ahora que yo vivía allí, nos resultaba de gran ayuda.

Mientras Teófilo iba y venía a Getxo, nosotras establecimos una complicidad en torno a Miguel, que, sin hacernos olvidar la tragedia, hacía la vida diaria mucho más llevadera.

—Este niño me ha dado la vida. —Ana iba recuperando cierta alegría, la misma por la que yo luchaba viendo al bebé risueño y sano.

Desde la casa, situada frente al faro, tenía el privilegio de poder contemplar también la mar, como en Neguri. Conocía bien esa parte de Francia. Había disfrutado de varios veranos en un colegio de la zona, donde mejoré mi francés de manera importante. Así que, si bien tenía un ligero acento español, me desenvolvía con fluidez cuando salía a hacer algunas compras o simplemente a tomar un buen chocolate acompañado de los populares *financiers* en Miramont, la pastelería ubicada junto al casino y relativamente cerca del hotel du Palais.

—Hay una tienda que quiero que conozcas. —A Ana, como a mí, le gustaba descubrir espacios donde se pudieran degustar o adquirir novedades gastronómicas, bien de la comarca o de otras latitudes más lejanas.

—¿Cómo se llama?

—Arosteguy. Está en el número 5 de la avenue Victor Hugo, a un paso del mercado municipal. Acércate dando un paseo, ya verás cómo te gustará.

Sus estanterías rebosantes de productos exclusivos y deliciosos me hicieron darme cuenta de que yo también adoraba la gastronomía. Entrar en el establecimiento era iniciar un viaje entre sorpresas marinas, extensiones de viñedos, huertas mimadas y plantaciones de tés indios. Su historia resultaba fascinante: una farmacia transformada por el destino y la guerra en un colmado que ofrecía viajar en el tiempo y por el mundo a la vez.

Allí, en el corazón de Biarritz, podía adquirir las mejores infusiones del planeta, *foies*, caviar y *champagnes* únicos y también alimentos populares de calidad excepcional cultivados a ambos lados de la frontera.

Mientras comenzaba una nueva vida, entre gente anónima de pequeños *châteaux* y granjeros que vendían sus productos en el mercado local, descubrí también la «paradoja francesa» de la que hasta entonces no había oído hablar. Una dieta regada con buen vino protagonizada por *foies* y patés, guisos de carne, la popular *garbure* —una sopa de col mezclada con otras hortalizas— y la *axoa*, tan arraigada en la comarca. Una auténtica delicia a la que normalmente acompañaba la tortilla francesa. Se trataba este último —la *axoa*— de un plato contundente elaborado a partir de carne de ternera muy picada manualmente, guisada con cebolla, un diente de ajo, pimiento rojo y verde en proporciones equilibradas, al que se le añadía una salsa de tomate.

Ana lo preparaba con maestría. Para que quedara un poco más jugoso agregaba también un veinte por ciento de carne de cerdo, «porque le da un sabor especial», decía. En realidad, lo que le aportaba era una grasa ante la que resultaba difícil no sucumbir.

En ocasiones, espolvoreábamos sobre la *axoa*, polvo del pimiento de Ezpelette que adquiríamos a los agricultores en días de mercado.

—Disculpe, señorita, ¿me permite el paso? —La voz de aquel desconocido que entraba en Arosteguy portando unas bandejas con varias cajas me sobresaltó. Parecía llevar pasteles.

—Sí, claro. Perdone.

Me hice a un lado para que pudiera acceder con más espacio a la trastienda del establecimiento.

Al salir, antes de marcharse, volvió a dirigirse a mí. Tendría algunos años más que yo. No parecía un recadero al uso. Me fijé en sus manos. Eran dedos limpios, de uñas pulcras bien cuidadas. Sus cabellos algo ondulados estaban peinados con esmero. Nos miramos a los ojos como si la mirada del uno buscara la del otro sin quererlo.

—Soy, Valéry, o Valerio, como más le guste. Encantado de conocerla. —Me ofreció su mano para que se la estrechara. Algo que acepté—. Es española, ¿verdad?

Su afirmación me inquietó.

—Sí. —Tampoco quise precisarle más.

—¿Vive usted aquí?

En un primer momento no supe qué contestarle.

—Solo por un tiempo. —Fue una respuesta que se ajustaba bastante a mi realidad.

Parecía un chico amable, simpático. Irradiaba una frescura que no me resultaba indiferente.

—Mi madre es de Fuenterrabía. Creo que sé reconocer a las chicas vascas, porque son diferentes a las francesas.

—¿Ah, sí? ¿En qué? —Estaba sorprendida ante su comentario.

Era la primera vez que hablaba con un hombre desde mi llegada a Biarritz y tenía que ser hijo de madre española. Vaya mala suerte, pensé.

—Son ciertamente más… como diría yo, un poco distintas.

Aquellas palabras me perturbaron. Hasta cierto punto lo consideré inoportuno. Consciente de mi incomodidad, Valéry intentó explicarse sin mucho éxito.

—Verá, disculpe si le ha molestado mi observación, A veces, digo algunas inconveniencias. Simplemente quise destacar que ustedes

son más vascas que las chicas de aquí.

—No intente arreglarlo. Déjelo —manifesté mi incomodidad sin disimulo.

Ambos estábamos en el exterior de la tienda, junto a uno de los escaparates del colmado. Ya un poco más calmados ambos, Valéry quiso apaciguar la situación. Calmar aquel desencuentro. Un desafortunado malentendido, sin duda, para ambos.

—Escúcheme, señorita. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Alejandra.

—Usted es una mujer muy hermosa. —A pesar de su supuesta grosería inicial, parecía un chico educado, nada que ver con la imagen de un recadero corriente—. Verá, yo no me dedico a esto, aunque adoro la pastelería y especialmente el mundo del chocolate. Solo ayudo a mis tíos, que son mayores, cuando andan saturados de trabajo algún fin de semana, como este.

Era Sábado Santo, y, por lo tanto, en Biarritz había bastantes visitantes. Por una parte, gente que iba a pasar la jornada y también cientos de parisinos que se acercaban a disfrutar de unos días en sus casas de veraneo.

Qué más me daba saber qué hacía. De cualquier forma, algo había en él que me atraía de algún modo.

—Entiendo que se haya enfadado por mi comentario —continuó él —. Le ruego me disculpe. —Me miró con ojos de arrepentimiento, esperando a que yo fuera capaz de perdonarlo—. No ha sido mi intención causarle ninguna molestia.

Ahora dudé. No sabía si continuar con aquella conversación imprevista. Después de todo, estaba siendo amable. Tampoco era para tanto.

—Acepto sus disculpas, pero ahora deje que me vaya.

—Si quiere, para endulzar este mal rato, puedo regalarle un *chamontais*.

—¿Qué es un *chamontais*? —pregunté, curiosa. Al menos antes de abandonar la tienda quería saber de qué se trataba.

—Venga.

Juntos volvimos a entrar de nuevo.

Me llevó hasta una cámara frigorífica donde había unos pasteles de forma ligeramente ovalada, espolvoreados con azúcar glas y almendra picada poco tostada.

También había varias tartas redondas con igual apariencia.

—Los hace mi tío en Saint-Jean-Pied-de-Port.

Tenían un aspecto delicioso. A fin de cuentas, no perdía nada con probar alguno de los que me estaba ofreciendo aquel desconocido. Parecía estar sinceramente arrepentido de su comentario inicial.

—Así que usted es de familia pastelera —me interesé.

—No exactamente. Trabajo en el balneario de Cambo-les-Bains. Soy médico.

Vaya sorpresa, pensé.

—¿Está lejos de aquí? —Sabía perfectamente dónde estaba Cambo-les-Bains, pero simulé desconocerlo.

—En absoluto. Si quiere, un día puede venir a visitar las aguas termales.

Todavía no había salido de la tienda cuando Valéry tomó una tarta para dármela. Antes, la colocó en una cajita de cartón blanco en la que se podía leer el nombre de la pastelería: «Artizarra».

—Es un nombre vasco.

—Sí —confirmó él—. En Saint-Jean-Pied-de-Port se habla el vascuence más que aquí.

—Para nosotros, los vascos, Saint-Jean es Donibane Garazi. El nombre en euskara.

Insistió en acompañarme hacia casa, pero preferí evitar que supiera dónde vivía.

—Espero verla en el balneario para decirme si le gustó el *chamontais*.

—Quizá. —Mi respuesta era de hecho un sí, pero no me pareció decoroso en aquel momento confirmarle que a lo mejor iría a conocer el balneario.

Como yo, Ana también era golosa. Nos perdían los dulces, aunque yo los evitaba desde la infancia debido a mi ligero sobrepeso. En

Biarritz teníamos nuestro pequeño paraíso. Para mí, cada día que salía a pasear era un descubrimiento.

—Mira lo que he traído.

—¡Qué ven mis ojos! —exclamó al leer el nombre de la pastelería escrito en tinta roja, en la parte superior de la caja—. *Chamontais*, mi pastel favorito.

Desde aquel día también fue el mío. En Bilbao nunca había degustado un merengue crocante tan exquisito como aquel, relleno de una crema praliné de untuosa mantequilla. No solo una delicia para el paladar, sino también para el alma, porque aquel pastel parecía querer abrir de nuevo la puerta al amor.

21

Biarritz

Tanto a Ana como a Teófilo les gustaba frecuentar las aguas termales de Cambo-les-Bains. Siempre que acudían a Biarritz, acostumbraban acercarse hasta el balneario para recibir alguno de los tratamientos basados en terapias medicinales.

—Nuestros huesos rejuvenecen, ¿verdad, Ana?

—No exageres, que todavía somos jóvenes. Tenemos energía para criar a Miguel, ¿o no? Pues olvídate de la edad.

—Por supuesto, este niño sí que nos ha devuelto a la juventud.

Ambos tenían casi los mismos años. Mientras la indumentaria de él solía ser más clásica, a ella le gustaba lucir las últimas tendencias de la moda parisina.

Para ese cometido, contaba con la ayuda de Pierre Daraspe, un modisto local que, sin embargo, tenía gran influencia en algunas de las casas de moda más importantes de la capital gala. De personalidad arrolladora, el carisma de Pierre contrastaba con la discreción de Marcel, su íntimo colaborador. Vivían en una villa próxima a Atherpea, no tan suntuosa, pero sí lo suficientemente espaciosa y con personalidad ciertamente autóctona. Como otros

tantos inmuebles, su arquitectura se asemejaba a la de un caserío vasco.

Allí organizaban encuentros intelectuales con lo más granado de la ciudad durante los días de verano. Era en esa época cuando Biarritz se convertía en el centro neurálgico del glamur discreto, donde se dejaba ver toda la elegancia de una forma de ser, tanto en las coloridas carpas de la playa como en los cafés al caer la tarde.

—A nosotros lo que nos gustan son las meriendas en *petit comité* al compás del piano.

La pareja de modistos amaba la música clásica, la voz rasgada de Édith Piaf o las operetas de Luis Mariano, gran amigo de ambos y habitual en las tertulias veraniegas. Este acudía a visitarlos desde el pequeño pueblo de Arcangues, donde el cantante irunés afincado en Francia pasaba largas temporadas junto a su madre, cuando no estaba de gira. Pero si algo adoraban ambos era el folklore vasco. La raíz baztanesa materna de Marcel afloraba en él cuando tocaba al piano algunas de las melodías más populares del cancionero vasco recopilado por el padre Donostia, el gran musicólogo capuchino que vivió en Lecaroz, donde murió y donde la orden tenía uno de los internados más prestigiosos de España.

Hijos de importantes empresarios, herederos de títulos nobiliarios, así como chavales un poco descarriados a los que sus progenitores adinerados querían enderezar, estudiaban tras las paredes del colegio Nuestra Señora del Buen Consejo junto a la localidad de Elizondo, cabeza administrativa y capital de la comarca del Baztán.

Cuando las ventanas de casa estaban abiertas, no era raro que oyéramos algunas de las melodías más populares que protagonizaban las fiestas y verbenas de los pueblos de alrededor.

—La música es vida —decía Marcel con frecuencia.

Había aprendido a tocar el piano con su madre, que ejercía como profesora particular en domicilios aristocráticos y familias con sensibilidad hacia las artes. Creció entre pentagramas, pero también agujas, sedalinas y tijeras con las que su abuela cortaba los vestidos

que cosía para clientas habituales. Así que cuando Marcel tuvo que decantarse entre sus dos «amores», optó por la costura, sin dejar de lado la melodía del piano.

—El atelier es mi esposa y la música mi amante —afirmaba entre risas.

Definición muy acertada al modo de vida que compartía con Pierre, quien aconsejaba a Ana sobre los diseños que mejor sentaban a su silueta espigada. Parecía no cumplir años. Quizá porque siempre fue muy andarina y disfrutaba haciendo ejercicio nada más levantarse, algo nada habitual en la época.

Como a mí, a ella también le gustaba mucho caminar. Afición que yo empezaba a practicar entre toma y toma de Miguel, que crecía casi sin que nos diéramos cuenta. Darle el pecho significaba cierta limitación a la hora de moverme, pero a medida que transcurrían los meses, las tomas eran mucho más espaciadas, lo que me permitía callejear por una ciudad envuelta en cierto halo melancólico, tan distinta a Neguri.

En Biarritz, cualquier rincón respiraba cierto misterio: también elegancia y distinción de un pasado que supo ir adaptándose a la realidad de cada época, sin perder la arquitectura singular del estilo vasco. Quizá por ello, la majestuosidad de una construcción que recordaba edificaciones bávaras como lo era Villa Belza llamaba la atención tanto de sus habitantes y también de turistas que curioseaban por la zona.

Meciéndose sobre un acantilado poco pronunciado, Villa Belza emulaba un pequeño castillo centroeuropeo que se acunaba al vaivén de las olas, atrapado entre la mar y una carretera interior estrecha, algo empinada. El tejado de pizarra en caída libre a cuatro aguas, junto a una torre vigía que nunca desarrolló su función, reproducía fielmente la arquitectura germana del Imperio austrohúngaro en plena costa vascofrancesa. Toda una rareza, sin duda.

En días desapacibles de cielos plomizos coloreados por amenazantes nubes, cuando la melancolía invadía los paseos entre calles estrechas y solitarias avenidas, Biarritz invitaba al

recogimiento sosegado. También a perderse o caminar sin rumbo fijo, durante las fuertes tormentas que la hacían más bella que cuando brillaba el sol sobre la arena.

Ir paseando despacio hasta Villa Belza, donde la lujuria y el juego moraron durante años, me resultaba gratificante; porque aquella edificación, admirada, contaba con un pasado novelesco. Convertido en cabaret en el periodo de entreguerras, fue escenario de encuentros de reyes destronados, cortesanas anónimas o amantes ilustres.

Enfundada en el chubasquero de pescador y unas viejas katiuskas, callejear en días de lluvia solía ser uno de mis quehaceres favoritos y muchas veces me acercaba caminando hasta aquella edificación tan enigmática como misteriosa por el pasado que escondía tras sus muros de piedra.

Entre leyendas, realidades y algo de fantasía, Villa tenía un aura mágica. Cuando Ramón Zabala se asentó junto con su familia en Biarritz, huyendo de la Guerra Civil, el edificio estaba deshabitado, aunque todavía conservaba vestigios de su antiguo esplendor.

Lejos de Neguri, comenzaba a normalizar mi nueva vida bajo la protección de la familia Madariaga que se estaba convirtiendo en la mía propia.

~

Uno de los días en que regresé a casa tras mi largo paseo, me encontré con una sorpresa inesperada.

—Mira quién te ha escrito. Es alguien a quien tú aprecias —me informó Ana, segura de que iba a alegrarme.

Enseguida cogí la carta para ver el remitente.

Luciana. Me escribía desde Bilbao. «Qué raro», pensé. Si me dijo que cuando llegó al País Vasco solo conocía al matrimonio que la acogió en Lasarte.

Como quien aguarda la carta de alguien querido sentí el mismo nerviosismo por saber qué me contaba.

~

Querida Alejandra:

Por fin me he decidido a escribirte. Me daba un poco de vergüenza, pero Maruja, una paisana del pueblo que me ha dado trabajo en su casa, me ha animado a hacerlo.

Vive en Bilbao. Por eso me he venido aquí. ¡Qué grande es esta ciudad! Trabajo con ella en el bar que tiene y también me encargo de hacer las labores de casa. Es soltera y me trata muy bien. Pero yo sigo soñando con hacer vestidos, coser para chicas de tu clase. Cuando Maruja trabaja hasta la madrugada, que suele ser los fines de semana, yo aprovecho para coserle algunas combinaciones con puntillas que ella me trae, bonitas y elegantes.

Como me dijiste que podía escribirte, me he atrevido a mandarte esas pocas líneas para preguntarte si conoces algún sitio donde pueda coser unas pocas horas por las tardes, con eso me ayudarías mucho.

Te mando la dirección y el número del teléfono que hay en casa. A la espera de tus noticias.

Muy agradecida,

Luciana

22

Entre hilos de seda

La casa de la modista Conchita, de manos prodigiosas con la aguja y las tijeras, estaba situada en Campo de Volantín. Era un piso acogedor. Ni grande ni pequeño, pero contaba con un mirador fantástico desde el que se veía toda la ría de Bilbao y donde tenía colocados un par de maniquíes como reclamo, a los que cambiaba de indumentaria con frecuencia.

Hasta que conocí a Luciana no me había llamado la atención un taller de costura, a pesar de que solía ir con mi madre a la modista que le hacía toda la ropa a medida.

No siempre íbamos porque ella tuviera que probarse una prenda. También acudíamos para elegir telas de abrigo, lanas para las chaquetas de corte clásico o el *tweed* escocés, por el que tenía especial debilidad. Cuando llegaba la primavera, el muestrario cambiaba totalmente. Entonces la selección estaba compuesta por sedas salvajes, tafetanes, organzas, rasos o crepés con los que Conchita confeccionaba la colección de verano que mi madre lucía con una elegancia innata. En los actos de sociedad a los que acudía, a

pesar de que no le gustaban especialmente, a menudo se convertía en el centro de atención.

—Esas fiestas son nidos de víboras —me confesó mi madre cuando ya me hice mayor, en uno de esos días que fui con ella al taller de Conchita.

—¿Por qué? —pregunté, sorprendida, ante semejante aseveración.

—Todo el mundo miente, Alejandra. Se guardan las formas de la buena educación, pero nunca nada es lo que parece. Créeme.

—¿Qué dices, *ama*? —Yo no daba crédito a lo que oía.

—Así es. Las esposas adorables aman en silencio y los maridos perfectos, tienen querida a la que le pagan los caprichos.

Pocas veces mi madre hablaba con tanta crudeza. No me atreví a preguntarle nada más, porque su afirmación me dejó helada. De pronto, con tan solo tres frases, había destrozado la sociedad idílica en la que creía haber nacido.

—Las apariencias engañan y más cuando eres rica —apostilló.

Por sus palabras comprendí, sin que ella confesara nada, que la vida de mi madre, como la de tantas otras mujeres de su época, era una existencia triste en la que cada una se refugiaba emocionalmente donde podía.

A los ojos de los demás, su vida parecía envidiable. Había contraído matrimonio con uno de los hombres más ricos de Neguri. Tenía tres hijos a cuál más guapo. Y su cuerpo todavía podía resultar atractivo, esas formas marcadas que Conchita conseguía realzar para que todos siguieran admirando su belleza serena.

—A doña Blanca es muy fácil hacerle un vestido. Todo le queda bien —decía la mujer, mientras sostenía en una mano la caja de los alfileres y con la otra le ajustaba las pinzas de la espalda hilvanadas previamente.

A Luciana le convendría trabajar de aprendiza con Conchita. O con Pierre, ayudándolo en la confección de piezas exclusivas para damas de la alta sociedad francesa que veraneaban en Biarritz. Para esta segunda opción había un problema: el idioma. Eso sí, Luciana

era una muchacha muy lista, de reflejos rápidos, capaz de afrontar el desafío que suponía una nueva oportunidad en otro país.

Con Pierre trabajaban varias aprendizas, oficiales, modistas y costureras. Conchita, por el contrario, contaba con cuatro mujeres que hacían un poco de todo. A veces contrataba a alguna muchacha para que le echara una mano a la hora de coser y montar las piezas de los trajes de noche, que eran los más espectaculares y que mi madre lucía con una elegancia extraordinaria.

—Quizá podría hablar con ella. ¿Qué te parece? —Ana también quería ayudar a Luciana. Solo la había visto el día en que abandonamos Fraisoro, muy de mañana, pero había percibido algo en la mirada, en los gestos de despedida, que no pasaron desapercibidos para ella.

—Me parece una idea magnífica. Bilbao es muy grande y podrá encontrar nuevas oportunidades en cuanto conozca la ciudad.

La chica tenía ganas de aprender y de superarse allá donde fuera.

Al igual que mi madre, Ana también acudía con cierta regularidad al taller de Conchita. Tenía muchas clientas de Neguri. Había quien le llevaba fotografías para que, con sus manos prodigiosas, confeccionaran copias, si no iguales, sí muy parecidas a los vestidos de alta costura que recogían las revistas de moda.

—Hablaré con ella, entonces. Pero antes escríbele y le preguntas si podría seguir viviendo en casa de esa tal Maruja. —Ambas estábamos dispuestas a que Luciana se abriera camino.

Por las referencias que hacía de esa persona que acababa de acogerla en su casa de Bilbao, parecía alguien misterioso. En aquella época no era habitual que una mujer sola regentara un bar hasta la madrugada.

Cogí el sobre y volví a fijarme en la dirección que figuraba en él. Era una calle céntrica, donde abundaban edificios de raigambre impecablemente conservados. Algunos de ellos tenían vistas al parque de Doña Casilda. Por el paseo de José Anselmo Clavé se podía caminar entre árboles frondosos y el césped bien cuidado que, a

veces, algunos niños lo pisaban cuando se escapaban de la mirada de sus muchachas.

—Ha tenido suerte con su paisana, como ella dice. Vive en una de las mejores zonas de Bilbao. —Al igual que yo, Ana también estaba sorprendida—. Por lo menos está en una buena casa, que no es poco, después de semejante sufrimiento. —Tomó en sus manos la carta para leerla ella también.

Yo ya le había puesto al corriente de su desdicha.

Ambas queríamos que le fuera bien en la vida y, que, en algún momento, conociera un nuevo amor con el que todas hemos soñado desde niñas.

Que tuviera nociones de costura adquiridas en su pueblo le facilitaba las cosas para poder de trabajar con alguna de las muchas modistas con las que podría perfeccionar el oficio.

Cuando le escribí casi a vuelta de correo, le pregunté por Maruja. Quería saber algo más de aquella mujer de pueblo que podía permitirse vivir en un piso tan lujoso en plena Gran Vía de Don Diego López de Haro. Aunque, en realidad, a mí lo que más me importaba era contribuir a que Luciana pudiera abrirse camino dedicándose a lo que más le gustaba.

Cuando me enseñó en el orfanato el abrigo que ella misma hizo con sus manos, comprobé que aquella muchacha menuda, que en ocasiones se ayudaba de una muleta para caminar, tenía una gran creatividad, aparte de una excelente destreza en el dominio de la tijera y el patronaje.

En su carta también me hablaba de lo impresionada que se quedó la misteriosa Maruja cuando le confeccionó su primer salto de cama.

—Nadie me ha cosido unos camisones tan bonitos como estos. —Maruja estaba sorprendida con la habilidad de la muchacha.

Tenía entre sus manos una pieza única. A la seda burdeos de aquel picardías, Luciana había añadido un encaje de bordado suizo de color ocre que brillaba por sí solo. Destacaba sobre el resto de la

prenda. Lo acompañó con unas flores de organza, que había almidonado antes de coserlas para que tuvieran suficiente cuerpo.

—Tienes mucha creatividad a la hora de coser las puntillas sobre el raso.

La mujer estaba harta de la clásica lencería roja o negra. Quería algo sensual pero elegante a la vez. Por eso se decantó por la gama de los tonos burdeos «como el buen vino», decía.

—Gracias, Maruja —respondió Luciana.

Cuando llegó, como cualquier otra muchacha del servicio, trató de usted a la «señora», aunque fueran del mismo pueblo. Algo que ella no aceptó de ningún modo.

—A mí me llamas Maruja y ya está. ¿O no somos paisanas? Aunque aquí nadie lo sepa. Será nuestro secreto.

—Gracias.

La mujer se acercó hasta Luciana para darle un cálido abrazo, que la joven agradeció especialmente. Se emocionó, incluso.

—Pero ¿por qué lloras?

—Es que a mí nadie me había abrazado nunca, salvo mi madre cuando era pequeña. Bueno, y Panza, a quien dejé en el pueblo.

—¿Panza? ¿Quién es? ¿Alguna amiga tuya?

—Es mi muñeca. La hice yo cuando todavía era una niña. Me abrazaba mucho a ella, sobre todo, a la hora de dormir.

A Luciana parecía darle vergüenza hablar de eso. Más que a una sirvienta, Maruja ahora estaba viendo una joven desvalida que buscaba el cariño que nunca había tenido. Como a ella, para quien la vida tampoco había sido muy benévola.

—Bueno, pues aquí, con lo que te vaya sobrando de las sedas y los encajes, puedes confeccionarle una hermana a Panza. —Le sonrió con el corazón, como si fuera la pequeña de la familia.

Quería que Luciana se sintiera bien en su casa. Aunque fuera la persona que se encargara de la gestión doméstica, de coserle toda la lencería y ropa de calle, intentaba ofrecerle calor de hogar.

—Esta noche impresionaré a mi novio gracias a ti, Luciana. —Maruja parecía sentirse feliz ante aquella camisola atrevida que la

chica había estado confeccionando pacientemente.

Sabía que su patrona la mentía. Aquel hombre elegante que acudía al domicilio cada semana no era su novio, sino su amante, porque nunca se veían fuera de la casa. Pero eso qué más le daba. Con ella era muy buena e intentaba que se sintiera bien viviendo allí, donde empezaba a percibir la calidez de un hogar que hasta entonces apenas había conocido.

El día que ese hombre acudía al domicilio, Maruja no iba al bar. Acudía a la peluquería para que le hicieran un buen peinado, normalmente un recogido ligeramente marcado para que cuando se despojara de las horquillas ante él, quedara al viento su poblada melena.

—Es un hombre muy importante, Luciana.

—¿Por qué es importante?

—Porque tiene mucho dinero.

Desde el primer día en que le abrió la puerta, supo que aquel caballero de cabellos engominados rubios y mirada fría era una persona oscura.

23

Bajo el manzano de Atherpea

Mientras viví en Biarritz, en mis largos paseos no veía manzanos ni otros árboles frutales en los jardines privados, sino muchas hortensias, en las que evitaba fijarme por el recuerdo trágico que traían a mi memoria.

A lo sumo, observaba algún que otro limonero o cerezos bien podados para que dieran frutos en temporada. En la ornamentación callejera abundaban tulipanes, rosales multicolores y muchas plantas verdes. También hierbas aromáticas en algunas esquinas, que no pasaban inadvertidas para el caminante por el agradable aroma que despedían y que llegaba a quien paseaba cerca.

Así que el frondoso manzano que cuidaba con mimo Ramón en Atherpea se convirtió, sin querer, en una seña de identidad de la finca. Su pequeño tamaño no le impedía tener un porte erguido, lo que le daba cierta personalidad.

—Es hijo de Tolare, como yo —le gustaba recordar—. La tierra donde nació.

Cuando murieron sus padres, se encargó de rehabilitar todo el caserío manteniendo la estructura original de madera.

—Ahora parece un museo. —Sonrió con cierta ironía.

Allí vivían Crescencia y José, sus dos hermanos menores. Ambos solteros, se encargaban del cuidado de una huerta sin grandes pretensiones y del manzanal con el que seguían haciendo una sidra deliciosa.

—Esta manzana tiene el punto exacto de acidez para elaborar una buena bebida. —Se refería a los frutos que veíamos frente a nosotros, ya que estábamos sentados contemplando el jardín.

Pertenecía a la variedad errezil, curiosamente la misma que abundaba en los prados del orfanato. De maduración extraordinariamente tardía, se recolectaba entre el otoño e invierno, poco antes de Navidad. De ahí que en la feria de Santo Tomás, en pleno mes diciembre, se vieran ejemplares excepcionales que los *baserritarras* exponían con orgullo.

Me llamaba la atención el nombre, vasco y autóctono. Era, además, la denominación de una pequeña localidad guipuzcoana protegida por el monte Ernio, a caballo entre Azpeitia y el alto de Bidania, según me explicó.

—¿Por qué se llama así? —Tenía cierta curiosidad.

—En realidad, su verdadero nombre es Ibarbi, pero toma el nombre del pueblo donde se empezó a criar.

—¿Qué significa *errezil*?

—Como en otras tantas denominaciones y topónimos, hay mucho de leyenda y la de *errezil* es un poco negra.

Parecía inquietante lo que el buen hombre iba a contarme.

—Errezil surgió tras una guerra que se produjo entre vascones y romanos en Zelatun, una montaña próxima al lugar —continuó, mientras yo escuchaba con sorpresa su relato. Me explicó que fue tal el número de personas que murieron en la contienda que aquel lugar donde hoy estaba el pueblo se empezó a llamar *errez hil* que en euskara significa «morir fácil»—. Con el paso del tiempo, evolucionó hacia el nombre que hoy conocemos: Errezil.

Curiosa historia la de la denominación de aquellas manzanas que estaban madurando en el jardín de Atherpea.

Ramón, aparte de gran conversador, tenía una memoria privilegiada. Mientras ambos contemplábamos el manzano desde el porche de la casa, empezó a narrarme cómo llegó a Biarritz con su familia cuando estalló la Guerra Civil.

—Recuerdo la sensación de libertad que tuve al cruzar la frontera. —Su empresa estaba en Villafranca de Oria, junto a la explanada de CAF, locomotoras y vagones de tren. Entonces Ramón ya despuntaba como hombre de negocios, al que el mundo nacionalista le pidió ayuda—. Sin dudarlo, les facilité todo lo que me pidieron. Incluso importantes cantidades de dinero. Mi empresa iba viento en popa, pero, como no quería implicarme demasiado, me trasladé aquí, temporalmente, para proteger a mi familia.

En el caserío donde nació no se hablaba otro idioma que el euskara. A él la política le traía sin cuidado, porque lo único que le interesaba era superarse en la vida y ofrecer a sus hijos un futuro mejor del que le dieron sus padres a él. Siendo niño, cada domingo y fiesta de guardar, iban a oír misa a la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, ubicada en la calle Santa María, donde sus padres se sabían de memoria todos los cánticos religiosos que recordaba con precisión.

—Crecí en un mundo rural de profundas convicciones religiosas, hasta el punto que mi padre iba a Ezquioga a darse latigazos porque así se lo había pedido la Virgen María que presuntamente allí se aparecía. —No pudo evitar reírse de las hazañas tan peregrinas de un bondadoso, pero ignorante, padre.

Aquello parecía una fábula ridícula. Sin embargo, lo que me estaba contando, era cierto.

—La Iglesia católica nunca reconoció aquellas supuestas apariciones de la Virgen entre manzanos, que a mi padre le costaron no pocas lesiones.

Ocurrió antes de que estallara la Guerra Civil.

Ezquioga era un pueblo muy pequeño de no más que medio millar de habitantes, cercano a Zumárraga, a unos diez kilómetros de Villafranca de Oria.

—Ante ese fervor religioso, unido al que mi familia sentía por sus ideales políticos, cuando me pidieron ayuda no dudé en dársela y afiliarme. —Con ello, de alguna manera, Ramón quería decirme que a él las ideologías le traían sin cuidado. Que si les echó una mano ocultando el grueso del archivo en Atherpea fue por su padre—. Yo creo en las personas. Jamás en unas siglas. Porque en todos los colectivos hay gente honesta, pero también villanos que se aprovechan en beneficio propio.

De estos últimos debía de saber bastante, porque eran los mismos que ahora intentaban chantajearle para que les devolviera los archivos del partido.

—No pienso hacerlo. Pasará a manos de Miguel cuando sea mayor. Mientras tanto, ese archivo será parte de esta casa.

Había despertado mi curiosidad. ¿Qué era lo que contenía aquel armario de madera con persiana que cerraba bajo llave? Y el manzano, ¿qué ocultaba bajo sus raíces?

—Verás, Alejandra. —Hizo una pausa antes de continuar. Parecía querer pensar bien cada palabra antes de pronunciarla—. Es importante que sepas todo esto porque, cuando yo no esté, Ana y tú seréis las encargadas de su custodia, hasta que Miguel cumpla la mayoría de edad.

Empezó a contarme una historia increíble. Alguien estaba enterrado bajo el manzano de Atherpea, convertido en un cementerio sin que nadie lo supiera. ¡Era algo extraordinario!

—No solamente traje la parte más importante de los archivos, sino también los restos de su fundador.

—¿Un cadáver? —exclamé. Me pareció truculento, macabro, todo aquello.

—Cuando se produjo el bombardeo de Gernika, el 26 de abril de 1937, sus dirigentes temían que, con el avance de las tropas franquistas en Vizcaya, estas pudieran profanar la tumba de su fundador. —Un día después, alguien le pidió a Ramón Zabala que los acompañara hasta el cementerio de Pedernales donde estaba enterrado para exhumar sus restos al amanecer. La historia todavía

me resultó más macabra cuando le oí hablar de reparto—: Los restos se llevaron a la sede central, donde se repartieron en dos urnas de zinc ante los máximos dirigentes del partido.

—¿Por qué en dos? —No daba crédito a lo que estaba contándome. Todo aquello resultaba más fascinante que cualquiera de las películas que veía los domingos en el Gran Cinema de Algorta, junto a mis hermanos y la muchacha del servicio que nos acompañaba.

—En una de ellas se colocó tan solo una pequeña parte de los restos, la que se depositó en el panteón familiar de un militante, enclavado en la comarca de las Encartaciones. —El grueso, estaba allí, frente a nosotros, oculto bajo el manzano que nos observaba en silencio mientras florecía—. En un partido todo es simbología, Alejandra. Por eso me invitaron a que plantara un roble que cobijara a su fundador. El árbol de los vascos.

Para él, por el contrario, el verdadero símbolo era el manzano que crecía en los caseríos como elemento de identidad y fuente de subsistencia. Se comían sus frutos de varias formas: en compota, asadas o crudas para saciar el apetito en días de verano o durante las largas noches de invierno, alrededor del fuego bajo. También se elaboraba sidra que se vendía a tabernas y en los mercados semanales de distintos pueblos. Más o menos modesto, en cada caserío había siempre un pequeño lagar.

Luego, en época de campaña, la sidra se intercambiaba por bacalao a pescadores de la costa que faenaban durante meses en ultramar.

—Planté el roble, pero en otro extremo de la casa. —Sonrió de forma pícara.

Efectivamente, cerca del garaje anexo, donde era más visible a los ojos de quien pretendiera husmear por encima de la verja de hierro entrelazada con frondosos arbustos, crecía el retoño que llegó desde Gernika.

—Solo vosotras sabéis lo que oculta este manzano entre sus raíces. Algún día, cuando yo no esté y muera Franco, alguien vendrá a por los restos.

Me sorprendió la naturalidad con la que lo dijo, convencido de que así sucedería.

A mí, toda aquella historia me parecía una novela de terror. Trasegando como si fuera vino, en vez de una barrica a otra, de una caja otra, huesos humanos.

Durante el tiempo que traté a Ramón, descubrí en él un hombre afable, vital como nadie a su edad y humano. Algo nada habitual esto último en alguien que había forjado el imperio del acero desde la nada.

—Comencé con un negocio de chatarra. Luego me dediqué a la compra-venta de coches y, poco a poco un negocio te lleva a otro, pero para hacer dinero no hay nada como la siderurgia. —Se sentía orgulloso de su triunfo—. Decían que cambié de «chaqueta», pero no fue así. Ayude a quién me pidió. —Sintió el deber de echar una mano al partido que veneraban sus padres—. Es lo que hice. Y luego me dediqué a los negocios con todo aquel que consideré oportuno.

Prefirió que la familia continuara viviendo en Biarritz hasta que se normalizara la situación, mientras él iba y venía de un lado a otro. Una vez que se fueron casando o haciendo sus propias vidas, su esposa y él decidieron fijar su residencia en San Sebastián.

Añoraba, sin embargo, sus días de niñez. De tarde en tarde, volvía a Tolare por sorpresa a recoger manzanas con sus hermanos para hacer la sidra en temporada.

—Hay algo que quisiera pedirte, Alejandra, algo muy sencillo.

—¿De qué se trata?

—Miguel debe amar las manzanas tanto como yo. Cuando crezca, llévale a Tolare y háblale de sus raíces, porque entonces yo ya no estaré para acompañarlo.

Emocionado, también me contó lo que Íñigo disfrutaba sacudiendo los árboles con él para que cayeran las manzanas.

Se me nubló la vista cuando empezó a narrar la infancia del que hubiera sido mi esposo si don Fausto no hubiera tirado a matar aquella noche.

24

«Sin pasado»

Después de casi un año lejos de Neguri, seguía echando en falta a mi madre. También a mi hermano Isidro —que había decidido ingresar en los padres franciscanos—, el trabajo en el hospital Victoria Eugenia y a mis amigas.

A pesar de todo, en Atherpea había comenzado una nueva vida junto a mi pequeño que me hacía tan feliz.

—Creo que Miguel va a tener dos madres. Tú y yo. —Ana estaba pletórica. El bebé había mitigado de algún modo el dolor de ambas por la pérdida violenta de Íñigo.

—Y dos padres, aunque uno sea tan longevo. —La voz de Ramón irrumpió por sorpresa en la habitación donde ambas estábamos terminando de vestir al niño.

Cuando abandoné Fraisoro, la situación legal de mi hijo fue absolutamente extraordinaria. Sor Carmen permitió llevarme al pequeño hasta que tomara una decisión definitiva. Antes de partir, la religiosa me habló de una norma no escrita establecida en el centro, dirigida especialmente a aquellas madres que, por cualquier

circunstancia, decidieran modificar la identidad de sus hijos durante los meses siguientes.

La madre superiora, me recordó al marcharme:

—La espero para cerrar definitivamente el expediente.

Antes de partir, sor Carmen me hizo saber que veía difícil que yo pudiera adoptar a mi propio hijo debido a la legislación vigente en aquellos años. Técnicamente, salió con la identidad que le dieron las religiosas, porque no quise que llevara mi apellido para no dejar rastro alguno.

Era un hijo sin padres. Hijo de Fraisoro.

Hasta 1958 los progenitores tenían que tener más de cuarenta y cinco años para llevar a cabo una adopción.

A mí me faltaban unas semanas para cumplir los veintidós.

—Desde hace seis años, la edad mínima son treinta y cinco años —me dijo sor Carmen.

Obviamente, seguía sin poder ser yo la adoptante.

En la documentación de mi hijo solo figuraba el nombre con el que decidí bautizarlo y el apellido que le puso la madre superiora, puesto que yo le pedí que mantuviera mi anonimato.

Desde que llegué a Biarritz, en ningún momento me atreví a hablar sobre ello con Ana y Teófilo. Pero ahora que estaba a punto de expirar la fecha que me dio la religiosa, debía tomar una decisión definitiva. En unos días, Miguel cumpliría un año y tenía que hablar con sor Carmen para comunicarle cuál había sido la alternativa que había elegido y concluir el proceso en uno u otro sentido.

Quizá me ayudaría hablar con ellos antes de trasladarme hasta Zizurkil. El clima de absoluta confianza, la complicidad que fuimos tejiendo a lo largo de todo este tiempo, estaba contribuyendo a sincerarme sobre una cuestión realmente tan difícil como delicada.

—Verás, Ana, hay algo de lo que te quería hablar. —Por el tono de mi voz intuyó que se trataba de algo serio.

Había estado toda la noche pensando en ello, sin conciliar el sueño apenas. Tenía que pensar en el futuro de Miguel. Cuando le

pregunten en el colegio por su padre qué iba a responder: «Está muerto». O si era todavía demasiado pequeño: «Está en el cielo».

Pero eso no era lo que más me preocupaba, sino el apellido. Si decidía quedarme a vivir en Biarritz todo sería distinto. En Francia nadie iba a indagar sobre su origen.

—Tú dirás, si puedo ayudarte…

Respiré hondo antes de empezar a contarle la situación legal del pequeño.

—Es demasiado difícil para mí. —Tengo que decidir sobre el futuro legal de Miguel.

Ana se mantuvo en silencio durante lo que a mí me pareció una eternidad. Desvió la mirada hacia el ventanal que teníamos junto a nosotras. Desde la primera planta donde nos encontrábamos en la habitación del niño, se podía contemplar la bahía de Biarritz aún mejor que desde el salón situado en el piso principal. La mar estaba calmada. Solo algunas pequeñas embarcaciones serpenteaban las olas que durante aquella mañana se rizaban ligeramente ante nosotras.

—Para mí también resulta complicado decirte lo que pienso en este momento. —Me inquietó aquella respuesta inesperada. ¿Qué era lo iba a decirme? No tardó mucho en proseguir—: ¿Has pensado en que lo adoptemos nosotros? Llevaría el apellido de su padre.

Jamás imaginé ni de lejos lo que acababa de decirme. En ningún momento había barajado la posibilidad que ahora ella estaba poniendo sobre la mesa.

Miguel, hijo de sus abuelos.

—Tú seguirías siendo una joven sin tacha, no tendrías nada de lo que avergonzarte.

Necesitaba sentarme para digerir lo que había oído antes de que me desplomara de la impresión.

Yo era una mujer fuerte, a pesar de mi juventud, pero también absolutamente vulnerable en cuanto a sentimientos y afectos. Aquella sugerencia desbarataba todo mi mundo emocional.

—Piénsalo, Alejandra, piénsalo bien antes de dar cualquier paso del que puedas arrepentirte en el futuro. —Si aceptaba su propuesta, ¿ellos cómo iban a presentar a Miguel ante la sociedad?—. Aunque seamos un poco mayores, todo el mundo entenderá que después de la tragedia que hemos vivido, hayamos buscado un sucesor tan necesario para nuestros negocios. —Parecía estar decidida a convencerme para que aceptara—. Además, somos patronos de la Misericordia. A nadie le sorprenderá que hayamos adoptado un niño del hospicio.

En aquella época, era muy importante tener herederos futuros para la continuidad de las empresas familiares.

Siendo patronos de la beneficencia donde decenas de niños buscaban hogar, tampoco iba a ser algo descabellado. Todavía estaban en condiciones de criar un bebé. Tenían ambos más de treinta y cinco años. Así que cumplían la legalidad de la que me habló sor Carmen.

Cuando me acosté aquella noche no podía olvidar la conversación que habíamos mantenido durante la tarde, a la que se sumaron Teófilo y Ramón. Fue demasiado impactante la propuesta del matrimonio, porque jamás se me habría ocurrido esa posibilidad. «Tú siempre serás su madre, jamás usurparé tu puesto», fue la afirmación que repitió en varias ocasiones. «Pero, piénsalo; si aceptas serás una mujer sin pasado». «Sin pasado». Esas dos palabras habían calado en mí. «Sin pasado».

Con la experiencia que da la edad, Ramón, sin ahondar demasiado, también quiso hacerme ver que esa idea era la mejor para todos.

—Pensé lo mismo cuando me contó lo que había ocurrido, pero no me atreví a proponértelo. —Intervino el hombre con ánimo de contribuir a perfilar la mejor solución ante una situación tan extraordinariamente delicada—. Miguel se criaría en su propia familia. Con sus abuelos, con su bisabuelo y con su «tía» Alejandra, que iba a velar por él desde cerca. —Era obvio que las palabras de

patriarca no eran fruto de la improvisación, sino que habían sido maduradas.

Parecía una nueva estampa familiar en la que cuadraban todas las piezas. Tomar una decisión ante aquella escena que recomponía mi reputación no era fácil, entre otras cosas, porque significaba renunciar para siempre al lazo biológico que nos unía a Miguel y a mí.

Miré la esfera del reloj. Eran las cuatro de la mañana y seguía sin poder dormir. Lo llevaba ajustado en la muñeca izquierda desde el día en que mi madre me lo dio antes de partir de Neguri. Curiosamente, hasta aquella noche no me había fijado con detenimiento en él. Era un reloj precioso. De forma ovalada y pulsera de oro, la esfera también estaba bañada en la misma aleación, pero no era como el resto de los relojes que solía ponerse mi madre. Aquel jamás se lo había visto hasta el día en que me lo regaló antes de abandonar Neguri.

Era un Omega De Ville suizo realizado en oro amarillo de dieciocho quilates. Hasta aquella noche no había sentido la curiosidad de fijarme en el reverso. Quizá don Fausto mandó grabar sus iniciales. O alguna fecha determinada que fuera importante para ellos. Antes de dejarlo sobre la mesilla de noche, solté el cierre para quitármelo y descubrir esta vez que sí había algo escrito.

El insomnio no me dejaba dormir. Me sentía desasosegada y también confusa por la decisión que tenía que tomar aquellos días. De pie, junto al ventanal desde el que estaba contemplando la noche, la luna llena brillaba inusualmente sobre una ciudad serena. El haz de luz entraba hasta casi el cabezal de la cama, junto al cual se encontraba la cuna de Miguel, que dormía plácidamente. No era, por lo tanto, necesario que encendiera la lámpara de noche para descubrir si el reloj tenía alguna inscripción.

Para ver mejor, me acerqué un poco más hasta colocarme pegada al cristal de la ventana mientras lo tomé entre mis manos. En el reverso del reloj, efectivamente había una palabra grabada y una fecha: «Los Frailes, 1953 A. B.».

«A». Mi madre se llamaba Blanca María. Don Fausto no tenía más nombres.

Recordé sus palabras cuando se despojó del reloj para dármelo: «Póntelo, algún día te contaré su historia y el origen de tu nombre».

¿Acaso nuestra abnegada madre cariñosa, pendiente de cada uno de sus hijos siempre, generosa hasta el extremo, escondía algún secreto inconfesable a los ojos de los demás? Me vino a la memoria un comentario suyo una tarde, mientras estaba probándose alguno de sus vestidos en el taller de Conchita, la modista. «Nunca nada es lo que parece. Créeme». «Las esposas adorables aman en silencio y los maridos perfectos tienen querida a la que le pagan los caprichos».

En vez de ajustarme de nuevo el reloj a la muñeca, lo dejé sobre la mesilla. Cuando me despertara a la mañana siguiente con las risas de Miguel, quería volver a leer el reverso e intentar descubrir qué significaba «Los Frailes» y una fecha en la que nosotros tres ya habíamos nacido años atrás.

~

Podría amanecer siendo una joven «sin pasado». No iba a separarme de mi hijo, porque crecería cerca de mí, con su familia también, que ya la consideraba mía. En las fotos repartidas por las distintas estancias de Atherpea, había varias de la infancia de Íñigo correteando por el jardín o bien por la plage du Port-Vieux, que estaba a cierta distancia desde casa, al fondo de una cala rocosa, resguardada del viento y las olas. La playa del Puerto Viejo era frecuentada todo el año por vecinos de Biarritz, pero especialmente en verano acudían a ella familias con niños pequeños.

—Miguel también se dará los primeros baños en la misma playa en la que se los dio su padre. —Ese era mi deseo para que, de algún modo, Íñigo siguiera vivo en su hijo.

Ana ya había interiorizado si no su papel de madre, sí de abuela y toda su existencia giraba en torno al bebé.

Pasaron varios días hasta que decidí volver hablar de ello. En una semana tenía que desplazarme a Fraisoro para darle una respuesta

definitiva a sor Carmen. No tenía ya más tiempo.

Aproveché el momento en que nos quedamos las dos solas en casa para comentarle a Ana la decisión que había tomado. Difícil, delicada, pero la mejor que consideré en aquellas circunstancias. Nos encontrábamos las dos en el salón.

—He estado pensando sobre el futuro de Miguel —le anuncié— y ya he tomado una decisión después de la conversación que mantuvimos.

—Dime, Alejandra. —Al acercarse unos pasos hasta mí, observé cierto nerviosismo en su rostro algo tenso—. Tomemos asiento.

—Como imaginarás, todo esto está siendo muy difícil para mí. —Percibía que salía adelante, sí, pero había días en los que sentía haber recuperado la ilusión, aunque todavía estaba atravesando momentos de melancolía y cierta tristeza.

—Te comprendo perfectamente. —Ana me estaba hablando desde el corazón—. Sé cuánto dolor llevas vivido, porque es el mismo que el mío. —Una vez más, ambas nos sinceramos.

—Hay que seguir adelante y Miguel es la esperanza, el futuro. —Mis palabras eran sentidas, sinceras.

—Sí, también es nuestra razón de vida. —Sus ojos se humedecieron mientras pronunciaba aquellas palabras—. Como te dijimos, cumpliremos la palabra que te dio Íñigo poco antes de que muriera.

No pudimos evitar abrazarnos con la misma ternura que brota entre una madre y una hija, sin serlo.

Durante los días anteriores también había pensado en ello. En su deseo de que ambos nos refugiáramos allí, lejos de Neguri, fuera de España, donde nadie pudiera murmurar sobre un embarazo prematuro, a los ojos de los rígidos convencionalismos sociales de la época.

Sin duda, aquellas palabras de mi prometido antes de que don Fausto tirara a matar estaban grabadas en mi mente.

—Por eso, quisiera que el niño creciera aquí, en esta casa, donde su padre fue tan feliz durante sus veranos de infancia.

No reprimió las lágrimas que ya humedecían sus pómulos.

Desconozco hasta qué punto fui consciente en aquel momento de la decisión que tomé. Pero fue la mejor que consideré en mi situación y por el bien de mi hijo.

—Tendremos que ir los tres a Fraisoro —proseguí con cierta serenidad.

Bastó que dijera esa frase para que Ana rompiera a llorar sin importarle que la viera. Era de absoluta felicidad. La vida le había arrebatado a su único hijo, pero a la vez había puesto en su camino a Miguel.

Cuando días después salimos de la notaría de Tolosa donde se llevó a cabo toda la tramitación legal, me sentí vacía, pero con la tranquilidad de que mi pequeño iba a ser educado como un Madariaga. Íñigo se sentiría feliz allá donde estuviera.

—Siempre será tu hijo, Alejandra, algún día lo sabrá. Y Atherpea, tu hogar.

Ciertamente, durante los años que viví en Biarritz, aquella casa sobre el acantilado del faro se fue convirtiendo en mi hogar. Los tres supieron darme todo el amor que yo necesitaba tras la tragedia en la que compartíamos el mismo dolor.

Comenzaba una nueva vida «sin pasado». Sin ser consciente, en aquel momento, de que el pasado, tarde o temprano, siempre vuelve de alguna forma.

25

Ese humeante aroma de cacao

Al abandonar Biarritz sentí que dejaba atrás una existencia para empezar otra nueva vida «sin pasado» como me insistió Ana. En las circunstancias que yo estaba viviendo, a una mujer de mi condición era lo mejor que podía sucederle. Solo que las heridas de perder violentamente a Íñigo todavía no habían cicatrizado lo suficiente. El hijo del amor se mecía en los brazos de sus abuelos, que acababan de convertirse en unos padres añosos, pero vitales.

—Seré su madrina. —Decidí que esa era la denominación que quería para mí ante mi hijo que jamás me llamaría *ama*.

—Como quieras, Alejandra. —También podía ser su tía, una prima o cualquier vecina querida de Neguri que lo visitara en días de verano.

Pero ser madrina implicaba que podría acudir con naturalidad a cualquier celebración familiar. Llevarlo a la playa o al cine. Alguien a quien Miguel aprendería a querer desde pequeño porque yo no iba a dejar de ir a Biarritz.

En Atherpea mi bebé estaría protegido. De algún modo era una afortunada, porque le iban a dar todo el amor que merecía. Quedaba

en buenas manos. Nunca perdería el contacto. Siempre iba a acompañarle, aunque fuera de otra forma, desde el silencio de una madre oculta.

Rota por el dolor, durante todo el viaje hasta San Sebastián, no paré de llorar. El chófer que conducía el Chrysler Imperial de Ramón Zabala oía mi llanto ahogado por el pañuelo con el que intentaba acallarlo sin éxito.

¿Qué otra cosa podía hacer? Sola no podía luchar contra una sociedad rígida e intransigente que condenaba los «pecados» de pureza, las relaciones sexuales fuera del matrimonio y hasta el simple deseo que despertaba en la pubertad.

Aquella situación hizo que madurara en pocos meses bastante más que muchas mujeres en toda su vida. Con tanto sufrimiento acumulado, ahora que se abría una nueva existencia junto a mi tía Elvira en San Sebastián, comenzaba a percibir cierta serenidad en mi interior. Ya nada podía ser peor que ver morir en mis brazos, por las balas de don Fausto, al hombre que amaba.

Conocía la ciudad bastante bien. En verano teníamos la costumbre de ir a pasar unos días. A mi madre le gustaba ver a sus viejas amigas, saber cómo les iba en sus vidas, y tía Elvira disfrutaba con todos nosotros, aunque mis hermanos cometieran travesuras. Ante alguna de sus quejas, mi madre siempre le respondía lo mismo:

—La culpa la tienes tú, que les dejas hacer lo que quieren.

En parte, era cierto, porque mi tía nunca nos reprendía.

Por el contrario, yo siempre fui una niña tranquila. A mí, lo que más me gustaba era escaparme a la fábrica de chocolate cuando nadie me veía. Estaba junto a la casa. Ese humeante aroma de cacao impregnaba toda la vivienda, y aunque resultara agradable, había días en los que Elvira mostraba su contrariedad.

—Vivimos en una cacaotera, en medio de la selva.

A lo que tío Antoine le respondía con cierto humor cuando se cansaba de oír su queja.

—Entonces, aprovecha las maracas para bailar un son cubano.

Eso la enfurecía todavía más. En realidad, el fruto que protegía el cacao no era una maraca —aunque popularmente se conociera así por su forma, similar a la del instrumento musical cubano—, sino una mazorca que, habitualmente, pesaba la friolera de medio kilo. Dentro se criaban entre treinta y cuarenta semillas de cacao que estaban incrustadas en una masa de pulpa.

Conocedora de la tragedia que aquella noche tiñó de sangre las hortensias de nuestra casa, tía Elvira me recibió con ternura. Esa misma calidez que derrochaba con los niños y niñas del asilo de donde era una gran benefactora. Como miembro de la junta rectora, acudía tres veces por semana. Se encargaba de que nunca le faltara un plato de sopa caliente y una porción de pollo o pescado a cada escolar. Y, por supuesto, la taza de leche bien caliente al llegar y un bocadillo de pan con una onza de chocolate al abandonar el centro.

Sin descendencia propia, para tía Elvira el asilo de la calle Prim fue convirtiéndose, en cierta manera, en su segundo hogar donde disfrutaba viendo avanzar en los estudios a sus protegidos que acudían cada día. Procedían de familias con pocos recursos, sí, pero conscientes de lo importante que era darles una educación a sus hijos para que avanzaran en la vida. Por eso, cada vez que se reunía la junta de señoras de la institución, mi tía hacía especial hincapié no solo en la educación, sino también en darles una buena alimentación para que crecieran sanos y fuertes.

—Tienen que comer bien. Tres veces al día —insistía.

Ya había avisado a Elvira de la hora de mi llegada. Aun así, a pesar de que hice sonar la campanilla exterior, mi tía estaba mirando por la ventana. Bajó por las escaleras que había a un lado de la fachada, para acercarse hasta la verja, y cuando la abrió, nuestro encuentro fue especialmente emotivo al fundirnos en un largo abrazo que interrumpió tío Antoine.

—Bienvenida a tu nueva casa —dijo mi tío, y Elvira se hizo a un lado para que su esposo también pudiera abrazarme.

—Por fin, ¡has venido! Este será tu hogar para siempre. —Con ese «para siempre», mi tía quiso enfatizar que allí, junto a ellos, empezaría esa nueva vida donde el pasado no iba a existir.

Conocía bien la vivienda. Las habitaciones que ocupábamos mis dos hermanos y yo cuando íbamos en verano estaban en la última planta. Tenían el techo más bajo. Por lo tanto, hacía más calor. Pero lo bueno de estar toda la chiquillería una planta más arriba era que implicaba cierta libertad, como poder corretear antes de dormir durante las batallas campales de almohadas que organizábamos entre nosotros tres y en las que siempre perdía.

Como era el hermano mayor, Álvaro solía ser el encargado de liderar la batalla con su arrogancia innata. Desde pequeño, mostró ciertas dotes de liderazgo, a pesar de que nunca le hicimos mucho caso. Ahora estaba trabajando con don Fausto. Aprendiendo a capitanear la empresa que heredaría en un futuro. Mientras, Isidro se licenciaba en filosofía e historia ya con el hábito.

Álvaro y yo nunca tuvimos especial sintonía. Mientras a él le gustaba manifestar el poderío de nuestra familia, yo prefería pasar desapercibida. Para mi madre era un hijo más, el mayor, sí, pero nunca hizo distinción alguna, ni mostró sus preferencias. Pero yo sabía que le enervaba su comportamiento, que tuviera un carácter tan similar al de don Fausto. Desde pequeño se había empeñado en exhibir esa prepotencia chulesca que al hacerse adulto ya no se molestaba en contener.

A medida que íbamos haciéndonos mayores, mis tíos fueron acomodándonos en las estancias de la zona noble, donde dormían ellos y mi madre.

—Esta será tu habitación, pero si quieres elegir alguna otra, no tienes más que decírmelo.

Tía Elvira había redecorado toda la estancia. Las paredes ya no eran oscuras, sino que estaban tapizadas en un tono pastel a juego con la pasamanería y las cortinas ligeramente estampadas. Sobre la cama, hasta media altura, observé una espesa manta de mohair. En el embozo de la sábana, mis iniciales.

—Te las ha mandado mi madre, ¿verdad? —pregunté.

Elvira asintió con la cabeza.

—Sí, las dos queremos que este sea tu hogar.

—Ya lo es, tía.

Volvimos a abrazarnos. No pude evitar derramar algunas lágrimas.

—Bueno, y ahora vamos a tomar esa taza de chocolate que ha preparado Antoine para nosotras.

En la cocina se podían encontrar todo tipo de utensilios, no solo los habituales, sino también aquellos artilugios que le ayudaban a hacer una fina masa de crema frita o lograr las texturas perfectas a la hora de elaborar diferentes tartas.

Antoine, además de chocolatero, era un gran aficionado a la repostería.

—La vida es una constante amargura, así que nosotros tenemos que endulzarla. —Me divertía el tono gracioso que utilizaba para remarcar determinadas palabras, así como su gestualidad que también era cómica—. Nací para ser chocolatero, pero en el camino quise trabajar como actor de vodevil —dijo, con un tono en el que pude apreciar una nota de nostalgia.

Cuando mi tía le escuchaba decir esas cosas se enfurecía un poco.

—Titiritero querrás decir —le soltaba.

Era entonces cuando Antoine, con cierta guasa, comenzaba a interpretar alguno de sus papeles favoritos. Como el del trovador doliente. En ese momento, se atusaba su bigote fernandino para gesticular de forma pronunciada su dolor, enarcando las cejas y llevándose la mano al pecho como si se le encogiera el corazón.

Tenía la capacidad innata de hacer reír, aunque quien estuviera con él no quisiera esbozar una sonrisa. Te devolvía la alegría, a pesar de que estuvieras triste. Tío Antoine, aparte de un gran empresario del cacao, era sobre todo un hombre divertido, bonachón hasta el extremo, y que adoraba las artes, pero especialmente el cine y el teatro.

—Los actores frustrados no somos titiriteros, Elvira —replicaba con cierto fastidio. Le molestaba que su esposa no mostrara interés por el vodevil, ya que lo consideraba poco serio.

Se trataba un género teatral surgido en Francia a finales del siglo XIX y, como buen francés —aunque hubiera nacido en San Sebastián —, Antoine todo lo que procedía de su país tenía que explorarlo. Aficionado al teatro desde niño, a pesar de que estaba predestinado a dedicarse al negocio del cacao, su familia le permitió cultivar su afición artística antes de acceder a la universidad. Por tratarse de un género sin grandes pretensiones, que únicamente perseguía hacer pasar un buen rato al espectador, a mi tía le parecía algo menor. Sin la entidad suficiente que ella consideraba para que fuera una afición intelectual. Porque el vodevil era una comedia sin grandes pretensiones. Simplemente partía de situaciones cómicas que se escenificaban acompañadas de baile en algunos casos o un modesto repertorio de canciones.

—El humor es lo mejor que hay en la vida, Elvirita.

Mi tía simulaba cierto enfado, para terminar, sin embargo, cantando alguna estrofa de las muchas que ella había aprendido a su pesar, mientras le oía actuar en solitario en una de las habitaciones de la casa destinada a despacho.

A pesar de no haber tenido descendencia, era una pareja mucho mejor avenida que cualquiera de las que frecuentaban, porque, entre otras cosas, se habían casado por amor y tenían aficiones parecidas, aunque les separara el vodevil. De todas formas, yo no estaba muy segura de ello, porque creía que era más una pose de mi tía que una realidad.

Su casa, ubicada en una de las arterias principales del barrio de Gros, contaba con un amplio espacio en el semisótano, donde al menos un par de veces al año mi tío llevaba a cabo pequeñas representaciones teatrales con actores noveles a los que apoyaba en sus respectivas carreras.

Como buen chocolatero, a Antoine también le gustaba realizar diversas catas con los nuevos sabores que periódicamente iba

sacando al mercado. Antes de comercializar un producto, tenía la costumbre de reunir a expertos del sector que acudían desde Francia, entre los que incluía también a confiteros de algunas de las pastelerías más importantes de la ciudad.

—Este año, Elvira y tú podéis ofrecer un pequeño concierto a cuatro manos. ¿Qué te parece?

—Hace tiempo que no toco el piano. Tendré que practicar un poco. —Su inesperada propuesta me pilló por sorpresa.

—No te preocupes por eso. Tenéis varias semanas para ensayar juntas.

Durante los veranos que disfrutábamos en aquella casa, mi madre y yo solíamos tocar el piano con tía Elvira. Conocía bien algunas de las partituras que estaban en el cuarto de música.

—Además —prosiguió mi tío—, este año vendrá Valéry, el sobrino de los pasteleros de Saint-Jean-Pied-de-Port, así que estaría bien que tocaras alguna pieza de Maurice Ravel en su honor.

Yo recordaba la obra *Mi madre, la oca*, que en su día compuso el músico vascofrancés para la colección de cuentos infantiles del escritor Charles Perrault. La tocaban a cuatro manos tía Elvira y mi madre para nosotros durante las tardes que hacía mal tiempo y no podíamos ir a la playa.

¿Se refería a Valéry? ¿El chico que conocí en Arosteguy, el colmado de Biarritz donde vendían los deliciosos *chamontais*? No podía ser otro.

—¿El tal Valéry es también chocolatero? —Quería saber algo más sobre aquel joven que no me resultó indiferente.

—No, de momento. Su madre es hija de Chocolates La Bahía. Algún día tendrá que tomar las riendas del negocio, aunque ahora ejerza como médico.

—Siendo un hombre de ciencia, ¿no le resultará complicado dedicarse a algo tan ajeno a la medicina? —pregunté. Me picaba la curiosidad.

—En absoluto. Siempre fue un chico muy despierto. Creció entre sacos de cacao, como yo.

Preferí no seguir preguntando, por si acaso a tío Antoine le llamaba la atención mi repentino interés por un joven al que, en principio, no conocía de nada.

26

A medianoche, te besé

Cuando llegó el día de la reunión de expertos chocolateros, Valéry y yo, sin saber muy bien por qué, simulamos que no nos conocíamos.

—Será nuestro secreto. —Me susurró al oído, pillándome desprevenida.

Le sonreí buscando esa complicidad con la que dejaba adivinar una continuidad en el juego de la seducción. Valéry me gustaba. No podía negarlo. Es más, me gustaba mucho. Su presencia me provocaba ese nerviosismo que te invade al sentir la proximidad de alguien que nos atrae irremediablemente.

—¿Quiere que salgamos al jardín? Hace muy buena temperatura. —Me propuso.

Tanto en el salón que tío Antoine habilitaba para las catas como en las mesas que se habían acondicionado en el exterior de la villa, podían probarse las nuevas texturas de los distintos cacaos y el chocolate a la taza elaborado para la ocasión.

—¿Por qué sabores se inclina más? ¿Amargo como yo o dulce como usted? —preguntó Valéry.

No estaba segura si tenía al lado a un auténtico seductor en toda regla o a un hombre que se había fijado en mí de forma especial. Lo que sí sentía era que mi corazón había empezado a ir a más velocidad de la normal.

—¿Cómo lo sabe si no me ha probado?

Me arrepentí de inmediato al darme cuenta de que en aquella pregunta iba implícita una provocación. ¿Cómo podía haber sido tan vulgar? Intenté enmendar mi error, pero fue demasiado tarde. Instintivamente, me llevé la mano a la boca como si con ello quisiera ahogar lo que acababa de decir.

—Estoy deseando hacerlo —replicó Valéry con rapidez.

Yo era una dama y a las chicas como yo no se las provocaba con semejantes ordinarieces. Pero, sin querer, yo le había dado pie a ello. Quizás mi subconsciente me estaba traicionando sin que yo pudiera evitarlo.

Aquel cortejo inesperado estaba yendo demasiado lejos.

A los ojos de los demás tan solo éramos un par de jóvenes que acabábamos de ser presentados por Antoine Dubois, el anfitrión de la cata. Pero la temperatura de nuestros cuerpos iba en aumento.

—No fue a conocer el balneario. —Más que un reproche, intuí que se trataba de una estrategia para que continuáramos la conversación.

—Es cierto, lo intentaré en otra ocasión. —Pensaba acudir, porque además Teófilo y Ana iban de vez en cuando para recibir algunos de los tratamientos termales que ofrecían.

—¿Suele ir con frecuencia a Biarritz?

—Sí, bastante a menudo.

Le aseguro que es una ciudad muy bella y cómoda para vivir. ¿No le parece?

—Sí, por supuesto. —Pero a mí no me interesaba continuar hablando de Biarritz. Traté de darle un giro inesperado a la conversación—: Creo recordar que su madre era de Fuenterrabía. ¿No es así? ¿Le queda allí familia?

—Mis abuelos. Vamos bastante. Especialmente en verano a bañarnos a la playa de los Frailes.

Me sorprendió aquel nombre. Los Frailes.

—Un nombre curioso para una playa. ¿Dónde está exactamente?

Recordé la inscripción del reloj que me dio mi madre al partir. «Los Frailes, 1953 A. B.».

—A los pies del monte Jaizkibel. Es una cala preciosa, se lo aseguro. Dicen que es el refugio de los enamorados.

¿Tendría algo que ver aquella playa con la misteriosa inscripción? Quería seguir preguntándole sobre aquel enclave, pero a la vez me daba miedo.

Durante aquella velada, el chocolate nos unió, no solo por la sinfonía de variedades dulces que mi tío se encargó de elaborar minuciosamente maridando combinaciones perfectas, sino también porque esa dulzura fundió nuestros labios por primera vez.

A lo largo de la noche, poco a poco fue creándose entre nosotros una complicidad que nos iba llevando al deseo.

—Cuéntame, porque, en realidad, no sé nada de ti.

—Yo tampoco. —Mi respuesta fue rápida, algo que le sorprendió un poco.

—Hay poco que contar. Mi vida es muy corriente. —Trabajaba en el balneario de forma regular durante el verano, que era cuando había más volumen de ocupación—. El resto del tiempo sigo formándome, sin quitar el ojo al negocio familiar, al que tendré que dedicarme dentro de unos años y regresar a vivir a este lado de la frontera.

Parecía tener muy asumido su futuro, que no le disgustaba en absoluto.

No se veía toda la vida haciendo chequeos a clientes que buscaban curaciones imposibles o rejuvenecer sus cuerpos marchitos. Quizá lo más interesante de aquel trabajo era el gran conocimiento que le aportaba tratar con todo tipo de personas, porque no pertenecían a un perfil concreto. Entre sus pacientes había actrices de cierta proyección, hombres de negocios o comerciantes anónimos. Todos ellos en busca del milagro que nunca se producía.

¿Hace mucho que se dedica su familia al negocio del chocolate?

—Crecí con el aroma de cacao —afirmó, y me explicó que el negocio lo habían levantado sus abuelos maternos—. Espero que sea muy tarde, pero algún día tendré que trasladarme a Irún, donde está la fábrica.

A pesar de que la generosidad de su madre le permitió estudiar medicina, era muy consciente de que su destino ya estaba decidido y que tarde o temprano tendría que tomar las riendas de Chocolates La Bahía.

—Veo que tenemos algo en común.

—Así es.

Me di cuenta de que no se atrevía a preguntarme directamente qué hacía.

—A mí también me gusta la medicina. —Se alegró de que yo le hablara de mí sin que él tuviera que preguntarme—. Fui dama enfermera de la Cruz Roja.

—¡No me digas! ¡Vaya sorpresa!

—Además del aroma de cacao, también nos une la dedicación a los demás.

—Quizá haya algo más que pueda unirnos. —Sentí su cuerpo más cerca.

Nos habíamos quedado solos en el jardín. Todos los asistentes se encontraban en el interior de la vivienda charlando animadamente. Oíamos una sinfonía de voces en la que no era fácil distinguir quién era quién. Alguno acompañaba a mi tío en el tarareo de melodías francesas que tía Elvira se había animado a seguir con el piano.

Notaba más apretado el vestido de seda salvaje con talle alto. Mi cuerpo era el mismo que unas horas antes cuando me lo enfundé. La mirada de Valéry estaba clavada en las sutiles transparencias que dibujaba el encaje en la parte del escote.

—Alejandra.

Me estaba agarrando la cintura delicadamente. Como quien acaricia el suave y aterciopelado pétalo de una rosa. Quería que me estrechara contra su cuerpo y sentir su aliento cerca de mis húmedos labios que esperaban la caricia de los suyos.

Nunca un beso robado fue más dulce.

Deseaba que siguiera meciéndome en sus brazos, que no soltara mi cuerpo del suyo. Sentía cómo sus labios se posaban sobre ese cuello que pedía sus besos en silencio.

Mis dedos agitaban los cabellos de su nuca como quien busca fundirse con el deseo del otro.

Sentí sin quererlo que, por primera vez en mucho tiempo, mi sexo de nuevo estaba vivo. Volvía a latir por deseo.

27

Por las calles de Bilbao

—¿Qué te ha parecido Valéry? —Se apresuró mi tía a preguntarme; estaba deseosa de saber qué impresión me había causado aquel joven.

—Es simpático. —Tampoco consideré oportuno decirle que ya había coincidido con él en Arosteguy, el colmado de Biarritz a donde llevaba los *chamontais* desde la pastelería de sus tíos, en Saint-Jean-Pied-de-Port.

—Nos parece un buen partido para ti. —Acababa de conocerlo y mi tía ya estaba maniobrando sobre un posible noviazgo.

—¿Por qué? —Preferí seguirle la corriente en vez de enzarzarme en una discusión que no iba a conducir a nada.

—Su madre es la propietaria de Chocolates y Dulces La Bahía. Algún día tendrá que dejar la medicina y hacerse cargo de la empresa. —Intervino mi tío Antoine, que estaba muy interesado en que prosperara mi relación con él.

Aunque me sintiera atraída por el chico, no sabía si todavía estaba preparada para iniciar una relación seria. Mi cuerpo había vibrado

con intensidad al sentir el suyo. De lo que no tenía duda era de que volveríamos a vernos cuando yo fuera a Biarritz.

Ahora que volvía a estar en San Sebastián, también estaba más cerca de Zizurkil y ello me llevaba a pensar en Luciana y en Micaela. Aquellas dos muchachas que me impactaron de manera muy profunda por razones bien distintas. Como Jimena, a la que me unía nuestra pertenencia a la misma clase social, donde todos mentíamos sin sonrojo y con la mayor naturalidad. Nos habían educado para ello.

De Luciana sabía que estaba en una buena casa. Me lo contó en su carta. Asistía a una misteriosa mujer de su pueblo. Pero aspiraba a más. Quería coser. Abrirse camino como modista. Y yo iba a ayudarle poniéndole en contacto con Conchita, la modista de mi madre. Ahora que mi vida empezaba a normalizarse, sin ese «pasado» que quedó en Biarritz, quizá podría acercarme a Bilbao.

—Me gustaría ver a mi madre —le dije un buen día a mi tía tras el desayuno.

—Cuánto me alegra oír eso. Si quieres, podemos ir juntas, Antoine puede llevarnos.

Quería evitar ir acompañada. En mis planes no solo iba a encontrarme con mi madre. También quería visitar a Luciana y saber cómo se encontraba.

—No te preocupes, tía. Puedo ir en tren. Será un viaje agradable.

—Sí, Alejandra, pero largo.

Eso no me importaba. Durante el camino pensaría en mi pasado, ese que no existía ante los demás, pero que me había dado la dicha de tener un hijo del amor, aunque Íñigo ya no estuviera junto a mí.

El paso por Fraisoro había cambiado mi existencia para siempre. No solo por la dura circunstancia que me llevó a recalar en aquel orfanato, tan lejano de mi entorno. También porque allí tuve ocasión de conocer otra vida. Observar de cerca la tragedia silenciosa que nos igualaba a todas. En aquellos pasillos no existía pobreza ni riqueza que nos diferenciara, como ocurría en el exterior, en nuestros lugares de origen. Porque durante los meses que permanecí en aquella casa

cuna, solo vi gestos preocupados como el mío el día que llegué a la estación y miradas huidizas que evitaban el encuentro con los demás.

Todas nosotras estábamos unidas por ese insoportable dolor silencioso que ahogaba nuestra existencia. A unas las condenaba a la marginalidad sin remedio, mientras que, a otras, como Jimena o yo, tras el parto podríamos regresar a nuestro entorno para continuar con la vida que nos aguardaba en una absoluta normalidad, pese a la tristeza que siempre ocultaríamos bajo una apariencia envidiable a los ojos de los demás.

Nadie hablaba de su identidad. Por eso, al llegar, a todas nos asignaban un número. Yo era el 15513.

Pagamos nuestro alojamiento. Jimena y yo, así como el resto de las «distinguidas», cincuenta pesetas diarias por la estancia y manutención. Los honorarios del médico iban aparte.

A Luciana nadie le costeó su paso por allí, lo asumió la institución porque no tenía un céntimo. Llegó con siete meses de embarazo. Parió y se marchó casi al mismo tiempo que yo. Demacrada, arrastrando ligeramente una pierna, Luciana echaba en falta a alguien: a su muñeca. Quizá tan solo necesitaba estrechar a Panza contra su pecho rebosante de una leche que nadie iba a tomar.

—Puedes quedarte como nodriza. Te pagaremos trescientas pesetas al mes —le ofreció sor Carmen.

Era mucho dinero. Todo un capital para una joven como ella sin recursos ni casa donde ir.

—No, gracias. Necesito marcharme.

La religiosa insistió para que se quedara. Tenía buenas ubres a pesar de su aspecto casi famélico. Pero desde que llegó tuvo claro que se iría en cuanto el médico se lo permitiera.

Ahora que estaba en Bilbao, quería anunciarle mi visita. Primero, me acercaría a su casa y, después acudiría a la merienda que había concertado con mi madre, feliz de volver a verme después de tantos

meses. No entraba en mis planes acercarme a Villa Abaria bajo ningún concepto.

Desde la estación de Atxuri podía coger un taxi hasta Don Diego López de Haro. La casa en la que vivía Luciana estaba en la última manzana, antes de llegar al Sagrado Corazón. Dio la casualidad de que nuestra familia tenía varios inmuebles por allí.

Como todos en esa zona, tenía un portal regio, recubierto en mármol envejecido y herrajes oscuros. Había dos ascensores. Luciana tenía la orden de Maruja de utilizar el de los señores, porque para ella la muchacha no era una sirvienta, sino alguien con quien convivía en la zona noble de la casa. A decir verdad, alguien que la acompañaba en sus momentos de tristeza y soledad.

Antes de acercarme hasta la vivienda, me detuve en una pastelería que había frente al edificio de la Diputación de Bizkaia. Después de haber probado los *chamontais*, aquellos pasteles elaborados a partir de una plancha de clara de huevo montado con mantequilla y nata, me parecieron distintos. Aun así, adquirí un surtido con los dulces más emblemáticos de aquella pastelería centenaria.

Justo acababan de dar las tres en uno de los muchos relojes que sonaban por la ciudad, cuando me faltaban pocos metros para llegar al portal.

Estaba algo nerviosa. Me imaginaba a la tal Maruja como una mujer misteriosa ya mayor, pero de gran corazón. Quizá algo excéntrica en su indumentaria, de uñas largas bien cuidadas pintadas de rojo. A lo mejor tendría sobrepeso o bien podría ser extraordinariamente delgada como Luciana. ¿Qué sabía yo de su paisana? Nada.

—¿A dónde va? —me preguntó el portero del inmueble.

—Al quinto.

—Gracias, señora.

El hombre continuó en la garita de la conserjería mientras yo tomaba el ascensor.

Me detuve antes de tocar el timbre, porque dudé entre llamar a la puerta del servicio o pulsar el interruptor de la puerta noble, de

herrajes dorados bien lustrados. Se trataba de una hoja de madera oscura, barnizada pulcramente, a la que probablemente cada mañana Luciana le sacaría brillo.

Antes de que yo tocara el timbre, se abrió la puerta. Impávido al verme, don Fausto fue incapaz de pronunciar frase alguna.

—¿Qué haces aquí? —Le pregunté.

—Déjame pasar. Tengo que marcharme. —Nunca hasta ese momento vi que perdiera la compostura. Ni siquiera la noche que asesinó a Íñigo. En cuestión de segundos lo percibí cabizbajo, buscando la puerta del ascensor que todavía permanecía en la planta donde nos encontrábamos porque nadie lo había pedido—. ¿Qué haces aquí, Alejandra? —se atrevió a preguntarme ciertamente confuso.

—Lo mismo que tú. —Todavía no sé cómo se me ocurrió contestarle de aquella manera, arriesgándome a que me respondiera cualquier inconveniencia.

No nos habíamos visto desde la noche en la que tiñó las hortensias de sangre. Tenía frente a mí a quien me engendró, pero lo que sentí en aquel momento fue un desprecio infinito.

28

Frente a frente

Fue la primera vez en toda mi vida que veía a don Fausto dubitativo, inseguro. Sin ese halo temible ante el que todos temblábamos. Tenía frente a mí al hombre que me concibió, sí, pero también a quien había asesinado al joven al que yo tanto quería, destruyendo nuestra felicidad para siempre.

—Déjate de tonterías, ¿qué vienes a hacer a esta casa?

—¿Y tú? ¿Qué haces en ella?

Bajo ninguna circunstancia imaginó que yo iba a encararme a él de aquella manera, rotunda y sin asomo de duda.

Su hija se atrevía a plantarle cara.

—Eso no es de tu incumbencia, Alejandra. Negocios, nada más.

En ese instante, recordé la escena que se desarrollaba en mi casa cada noche, tras la cena, al despedirnos todos los miembros de la familia. Cada uno nos retirábamos a nuestra habitación. Mi padre y mi madre a dormitorios distintos.

Me armé de valor. Él jamás imaginó que fuera a atreverme a responderle de semejante forma.

—Maruja es tu amante, ¿verdad? Es tu amante —le repetí, enfatizando bien el adjetivo para desenmascararlo.

Sin mediar palabra, me abofeteó sin compasión. Me cruzó la cara por dos veces. Pero era tal el odio que desprendía hacia él que hice algo inimaginable. No sé de dónde saqué el coraje para hacerlo.

Le tiré del pelo y lo zarandeé con todas mis fuerzas. La puerta de la vivienda estaba cerrada, así que nadie presenció lo que estaba ocurriendo en el rellano de la escalera, junto al ascensor que él tomaría si yo le dejaba.

—Además de asesino, eres un putero —solté.

En ese momento don Fausto me agarró por los brazos hasta hacerme daño.

Casi me asusté de mi osadía cuando salió de mi boca esa palabra malsonante; sin embargo, conseguí pronunciarla porque era lo que realmente pensaba de él.

—Escúchame, niñata de mierda —me gritó, encolerizado. Parecía expulsar espuma por la boca sin hacerlo. Desprendía ira. Tenía las gafas desajustadas y la corbata se desplazaba al vaivén de cada movimiento. Parecíamos dos desconocidos frente a frente, rezumando un infinito odio recíproco—. Como vuelvas a decir eso, vas por el hueco del ascensor. ¿Me oyes?

Lejos de intimidarme, le contesté con furia:

—Hazlo si te atreves, entonces serán ya dos asesinatos los que habrás cometido y el mío será un filicidio.

Entró en shock. Don Fausto parecía reaccionar a lo que estaba haciendo y diciendo. Instintivamente, como si yo no estuviera junto a él, se apresuró hasta la puerta del ascensor para marcharse, como si allí no hubiera ocurrido nada, y yo fuera una extraña que se había encontrado a su paso al salir de aquella casa.

Con el pelo revuelto y un par de arañazos en sendas mejillas que le hice con mis uñas recién limadas, ahora no parecía don Fausto, sino un mequetrefe que huía sin rumbo.

Necesité un tiempo para recomponerme.

El ascensor inició su descenso. No tengo ni idea de lo que iría pensando don Fausto durante el trayecto que separaba la vivienda de su concubina del portal de aquel inmueble señorial, donde el conserje le diría: «Adiós, señor».

Ajenas a lo que acababa de ocurrir en la escalera, Maruja y Luciana estarían recuperando el pulso de la vida diaria después de que le dejara un buen fajo de billetes sobre la mesilla del dormitorio.

Luego me enteré de que el piso era de aquella mujer. Don Fausto se lo había donado ante notario. Al menos había sido generoso con quien le hacía feliz.

Solo que, en este caso, ella sabía demasiado bien que a don Fausto ni se le pasaba por la cabeza dejar a mi madre para irse a vivir con ella, y mucho menos en una sociedad en donde a nadie se le ocurría mostrar a las queridas. En plena dictadura se amaba igual que ahora, solo que siempre eran amores escondidos.

Una vez más recordé las palabras de mi madre durante una tarde en la modista: «Las esposas adorables aman en silencio y los maridos perfectos tienen querida a la que le pagan los caprichos».

En nuestra familia era un principio que, en el caso de alguno de sus miembros, se cumplía al pie de la letra.

Antes de llamar al timbre, miré al reloj de mi madre. ¿Qué secreto encerraría aquella misteriosa inscripción? Los Frailes, AB 1953.

Estaba descompuesta, pero tenía que aparentar una normalidad que no dejara entrever ni un solo atisbo del forcejeo que acaba de mantener con don Fausto. Así que preferí salir a la calle y dar un breve paseo antes. Las calles de Bilbao siempre ofrecían alguna distracción para tratar de aquietar mi corazón: pequeños comercios con escaparates sugerentes o algún nuevo café.

Cuando noté que mi desazón había remitido, me encaminé de nuevo hacia el inmueble, dispuesta a abrazar a Luciana, pero también a descubrir quién era la tal Maruja, la mujer por la que don Fausto había perdido la cabeza.

Llamé dos veces a la puerta. Tardé un minuto en oír la llave al otro lado.

—¡¡¡Alejandraaa!!! —La alegría de Luciana fue manifiestamente sincera.

—Luciana, qué guapa estás —le dije, tras el abrazo inicial. Y no mentía porque la encontré más rellena, con sus pómulos coloreados y una indumentaria que más se asemejaba a la de una muchacha con cierto estilo que a una criada cualquiera que servía en casa ajena.

—¡Qué alegría me has dado! Anda, pasa, no te quedes ahí.

—Gracias, Luciana. —Enseguida se dio cuenta de que llevaba una caja de dulces de una de las pastelerías más famosas de la ciudad—. No tenías que haber traído nada, mujer.

Yo deposité discretamente los pasteles sobre el aparador de nogal que había a la entrada de la casa, justo en la parte derecha, nada más traspasar el recibidor.

—Mira, voy a presentarte a Maruja —me dijo Luciana—, mi paisana, que me ha acogido como a una hija.

Tras el violento incidente con don Fausto, ahora tenía que aparentar una normalidad que quizá fuera a costarme un poco, pero lo intentaría de todos modos. A fin de cuentas, me educaron para mentir.

Desde el recibidor donde nos encontrábamos ambas, vislumbré dos pasillos: uno recubierto de madera noble hasta media altura, mientras que el otro estaba decorado con un papel pintado claro, rayado. Por este último se accedía a la cocina, el cuarto de plancha y a la habitación del servicio. El otro, por donde Luciana y yo nos dirigíamos al salón, distribuía todas las estancias por las que se movía Maruja.

—Bienvenida a esta casa. —Tenía una sonrisa algo marchita, pero que irradiaba cierta bondad. No me imaginé así a una prostituta de altos vuelos, sino a alguien más altiva de andares suntuosos que perdonara la vida a quien encontrara a su paso.

—Es una vieja amiga. —Luciana quería que supiera que yo era alguien muy especial para ella—. Pero cuéntame, ¿cómo has venido por aquí? —quiso saber Luciana.

—Quería ir a ver a mi madre y he aprovechado para hacerte una visita. Eso es todo. —Aunque estaba feliz de reencontrarme con ella, no podía evitar fijarme en Maruja.

A Luciana se le iluminó el rostro. Nadie iba a verla, ni se interesaba por ella. Tan solo su madre le escribía de vez en cuando para contarle cómo iban las cosas por el pueblo. Ella, por el contrario, la mentía un poco sabiendo que eso la haría feliz.

Querida madre:

Marcharme del pueblo fue un acierto, aunque a usted la echo mucho de menos, y a Panza, que ya sabe, aunque sea una muñeca, para mí es alguien muy importante. Iré a verla cuando las circunstancias me lo permitan. Que será cuando haya ahorrado un poco de dinero. Vivo en casa de Maruja, que ya sabe lo buena que siempre es con usted y conmigo cuando va al pueblo por la fiesta…

Antes de abandonar el pueblo, Luciana pensó que a lo mejor corría la misma suerte que Maruja. La hija del aguacil a la que todos envidiaban cuando, de tarde en tarde, aparecía por el pueblo con aires de marquesa, triunfante, con cestas de comida para los que tenían poco que llevarse a la boca y abrigos de buena lana para los niños con los que mitigasen el gélido invierno como el de Estepa.

Nadie sabía muy bien a qué se dedicaba en el País Vasco. Pero eso importaba poco a los paisanos de Maruja. Lo importante era que se acordaba de los más necesitados y siempre que iba proporcionaba algo de felicidad a todos.

—Ya me he enterado de que te vienes al País Vasco —le dijo con calidez la última vez que fue a casa de Luciana a regalarle unos zapatos de piel a su madre.

A sus ojos, ella era casi una niña todavía, aunque ya se había hecho mujer. Maruja sentía que le provocaba esa ternura de quien desea proteger a quien sale a la vida.

—Cuando estés por allí, pásate a visitarme. —Maruja le apuntó en un papel una dirección junto a su número de teléfono. Antes de marcharse, le insistió a su madre—: Juana, no te olvides de estrenarlos para la fiesta del pueblo.

—Así será, Maruja. Que Dios te bendiga, buena mujer.

Cuando se marchó, madre e hija examinaron los zapatos con detenimiento. Hasta entonces, ninguna de las dos había visto un par como aquellos. Eran negros, de tacón ancho, no muy altos, que se ajustaban con unos cordones de raso que brillaban.

La madre de Luciana quiso que su hija los incluyera en su escaso equipaje cuando emprendió su viaje. No sabía si se los pondría alguna vez, pero, al darle ese pequeño tesoro que le regaló Maruja, quiso que de alguna manera su hija no se sintiera tan distinta a las mujeres que habitaban por allá, en el norte, donde nadie iría con alpargatas por la calle, como en el pueblo.

Fueron sus primeros zapatos.

~

—¿Sigues cosiendo? —Yo quería saber si Luciana continuaba acariciando el sueño de ser costurera.

—Sí, claro. Confecciono toda la ropa para Maruja. Y luego limpio la casa y le hago la comida.

No me pude reprimir a hacerle la pregunta que me quemaba en la lengua desde mi encontronazo con don Fausto:

—¿A qué se dedica tu jefa? —Estaba impaciente por saber qué explicación iba a darme sobre una señora que se dedicaba a ser la amante de un hombre casado.

—Verás Alejandra. —Inmediatamente bajo el tono de voz. Maruja se había retirado para dejarnos a las dos que habláramos de nuestras cosas—. Tiene un bar de alterne, ya sabes. —No hacía falta que me diera más detalles—. Pero es muy buena mujer, de verdad. Muy buena. —Repitió con énfasis.

Como si el ser prostituta estuviera reñido con ser buena persona. Eran dos cosas bien distintas. Probablemente, aquella mujer madura

que mantenía una relación estable con don Fausto, no encontró una forma mejor de ganar infinitamente más dinero que limpiando casas o barriendo salas de cine.

¿Quién era yo para censurar su forma de vida? A quien sí podía condenar sin miramiento era a don Fausto, que era un hombre casado, con responsabilidades familiares, que sin embargo tenía una vida paralela totalmente normalizada, aunque fuera clandestina. «Los maridos perfectos tienen querida a la que le pagan los caprichos». Ya me lo había advertido mi madre.

—En el bar solo se encarga de gestionar y aquí recibe a su único amante. Es una mujer muy formal, aunque puedas pensar lo contrario.

Estaba atónita con lo que acababa de confesarme Luciana. Había ido para ayudarle a abrirse camino en el mundo de la costura y acababa de descubrir que era quien abría la puerta a don Fausto cuando iba a encontrarse con su concubina.

—No acostumbro a juzgar a aquellas personas que no conozco. He venido a proponerte algo que, pienso, te gustará.

Luciana parecía impaciente por saber de qué se trataba.

—Solo con verte ya soy feliz —admitió—. Que alguien se acuerde de la pobre Luciana es tan importante para mí, Alejandra.

Observé su emoción. Parecía una niña ante el regalo de Navidad a punto de abrir.

—He hablado con la modista de mi madre y, si quieres, puedes empezar a ir por las tardes.

—¿Qué me dices, Alejandra? ¿Estás segura?

—Completamente, mujer. —Nunca olvidaré la felicidad en aquel rostro tan golpeado por el sufrimiento en el que parecía ir renaciendo la vida—. Se llama Conchita. Tiene el taller en Campo de Volantín.

—¿Podrías acompañarme el primer día? —Me preguntó, con un gesto dudoso porque no sabía qué iba a responderle.

—Por supuesto.

29

El abrigo

De camino al taller de Conchita, Luciana y yo hablamos del pasado que nos había unido. A diferencia de mi situación, ella decidió entregar su hijo sin verlo. Sabía que era un niño sano, robusto, con buen peso. Tras nacer, ya había una familia esperando al bebé en la misma puerta de Fraisoro, donde las manzanas brillaban al madurar con el sol de otoño.

—Unos padres que le darán una buena educación y no le faltará de nada. —Era lo que acostumbraba a decir sor Carmen a cada joven que decidía salir del centro sin su retoño.

La muchacha me insistía en su deseo de que fuera feliz. Quería que su hijo creciera en un entorno donde se hiciera un hombre de principios y valores bien aprendidos.

—Tú has tenido mucha suerte con tus suegros, aunque el destino truncara tu sueño de casarte. —Guardé silencio; no quise remover la tragedia. Ella continuó—: En cambio, yo no tengo a nadie que me quiera. Si me hubiera quedado con Luisito, ninguno de los dos hubiéramos sobrevivido.

Callé. Durante aquel trayecto en trolebús, de camino hacia Campo de Volantín, nos sinceramos las dos. El sufrimiento nos igualaba a ambas, tanto si eras rica como míseramente pobre. Porque el dolor de tener que ocultar la existencia de un bebé era una tragedia universal que no sabía de clases.

Mientras yo veía a Miguel con cierta regularidad, a Luciana parecía empezar a pesarle no conocer el paradero de su hijo al que ella puso nombre.

—Siempre me tendrás para lo que necesites.

—Gracias, Alejandra. Has sido una bendición en mi vida. —Percibí que sus palabras eran sinceras.

La muchacha no paraba de expresar su agradecimiento mientras llegábamos al portal donde Conchita tenía su taller de corte y confección.

—Es aquí. —Le señalé.

Luciana se ajustó el abrigo, el mismo que había hecho con sus manos en el pueblo bajo la atenta mirada de aquellas hermanas solteronas que bien podían haber triunfado si hubieran emigrado a la gran ciudad.

Fue Conchita personalmente quien, por casualidad, nos abrió la puerta. Estaba despidiendo a una clienta. Habitualmente, era Amalia, la aprendiza, la que se encargaba de conducir a las clientas a la salita de espera. Allí, la propietaria del negocio atendía a cada una de las señoras que acudía.

—Esta es Luciana, la muchacha de la que te hablé.

Enseguida se fijó en las puntadas de las solapas de su abrigo. Parecían cosidas a máquina por el equilibrio que tenían entre una y otra. Echó una mirada rápida a toda la pieza que Luciana vestía con cierto nerviosismo. No estaba acostumbrada a que nadie la observara y menos una profesional de la moda como era aquella desconocida que la había recibido con afecto. Al entrar, dejó su muleta discretamente junto al paragüero en un intento absurdo de que nadie se fijara en su cojera.

—¿Quién te ha hecho este abrigo? —preguntó Conchita, que llevaba, como era su costumbre, la cinta métrica colgada al cuello—. ¿Me permites? —Y soltó el cinturón anudado que amarraba la pieza a la cintura de la joven—. Es reversible, ¿verdad?

—Sí, señora Conchita —contestó la joven, con voz temblorosa.

—No me llames señora. Aquí soy Conchita para todas vosotras. —Le sonrió a una Luciana asustada, que se sentía empequeñecida ante aquella mujer fuerte que se dirigía a ella con una calidez inusual—. Es una pieza perfecta. Cosida por unas manos prodigiosas. ¿Quién te lo ha hecho?

—Lo hice yo. —A quien ya consideraba mi amiga, se enorgulleció al decirlo.

—¿Quién te enseñó a coser? —Conchita parecía estupefacta al comprobar con qué delicadeza estaba confeccionada la pieza.

—Aprendí con unas hermanas solteras, en el pueblo de al lado.

—Es una pieza perfecta. Ninguna de mis aprendizas sería capaz de confeccionar algo así.

Conchita estaba realmente impresionada con el abrigo. ¿Cómo alguien sin grandes conocimientos ni estancias en prestigiosas casas de moda podía ser capaz de coser aquella joya?

—Muchas gracias —fue todo lo que acertó a decir Luciana, que sentía un inmenso orgullo en su interior.

—¿Quieres quedarte a trabajar conmigo? Tendrás un buen sueldo que te permita vivir sin grandes lujos, pero dignamente.

Yo sabía que pagaba bien a sus operarias, porque la plantilla era estable. Cuando se producía una baja era o bien porque se casaba la chica o porque le llegaba la hora de jubilarse.

Ninguna de las dos supimos qué contestar. Estaba tan sorprendida como ella. No se nos ocurrió que pudiera darle empleo sin haberla visto trabajar.

Instintivamente nos miramos, a la vez que esbozamos una sonrisa de alegría contenida.

—Me alegro mucho, Conchita, de que contrates a Luciana. No te decepcionará.

—Seguro. Tiene destreza y técnica. Un dominio que hacía tiempo no veía en alguien que empieza.

La mujer observaba el abrigo con la mirada de un entomólogo.

—Es reversible, de buena lana. ¿Dónde la compraste?

—No lo sé. Las Pericas traían varias piezas y luego nosotras elegíamos la que más nos gustaba.

Luciana le explicó que se crio en tierra fría, donde la nieve taponaba los accesos a las casas en invierno.

—Por eso cogí el paño que tenía más cuerpo, de lana más tupida, el que me pareció más caliente.

—¿Quién hizo el patrón? ¿También dabais clase de patronaje?

—Sí, claro, yo hice todo. Marcar con el jaboncillo sobre la tela, cortar, hilvanar, los pespuntes…

—No sigas —la interrumpió Conchita—. Basta ver el abrigo para saber que eres una gran modista, y, además, tienes gusto.

Al salir del taller sentí una felicidad inmensa. Luciana se merecía comenzar una nueva vida más allá del trabajo que desempeñaba en casa de Maruja, que, por otra parte, le permitió seguir viviendo con ella.

Supe por mi amiga que don Fausto continuaba frecuentando el domicilio cada semana. Algunas veces se quedaba incluso a dormir. Aunque la mayoría de las ocasiones almorzaban juntos y se iba al caer la tarde, antes de que anocheciera.

30

Cuando habla el corazón de una mujer

Tras despedirme de Luciana, crucé el puente del ayuntamiento. La dejé feliz. Su rostro irradiaba esa luz que solo emana cuando la dicha brota del corazón.

Mi madre me aguardaba en una discreta pastelería de toda la vida, ubicada junto a la plaza San José, no lejos de la plaza Circular, al lado de la estación de Abando.

Yo estaba contenta por el avance que suponía para Luciana comenzar a trabajar en el taller de costura con Conchita. Iba a conocer a mujeres importantes que podrían ayudarla a seguir avanzando. Sentía que había hecho algo bueno, aunque visitarla por sorpresa me hubiese puesto de nuevo frente a don Fausto y, esta vez, en algo que además afectaba directamente a mi madre.

Por supuesto, no tenía ninguna intención de mencionarle este asunto tan penoso que dañaba la reputación del matrimonio. Si bien la imagen idílica de mi familia se fue haciendo pedazos cuando me enamoré de Íñigo, descubrir que don Fausto tenía una amante que

vivía en un piso de los Abaria fue para mí todo un impacto de primera magnitud.

Cuando llegué a la pastelería me dio la impresión de que llevaba tiempo esperándome porque en su taza adiviné restos secos del chocolate consumido. En cuanto me vio entrar por la puerta se incorporó para que yo supiera dónde estaba sentada. Corrí hacia ella. Nunca un abrazo fue tan maternal; me envolvió con ese amor incondicional que se podía respirar por todos los poros de su piel.

—*Ama*.

—Alejandra. ¡Cuánto hemos tardado en vernos!

Mientras nos abrazábamos, rompimos a llorar sin consuelo, como si nos embargara la desgracia, cuando, por el contrario, sentíamos una felicidad suprema por estar juntas después de tantos meses. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos abrazadas sin parar de llorar, pero fue mucho.

—Siéntate aquí. —Me señaló la silla tapizada en un terciopelo burdeos que había a su lado, pero antes de hacerlo, yo me acerqué para elegir alguno de los pasteles que se exhibían tras la vitrina de cristal.

—Mejor que tomes un chocolate con algún bollo de mantequilla.

No pude resistirme a semejante sugerencia.

Casi tenía olvidados los que desayunábamos en Villa Abaria y el bollo untado de mantequilla batida que nos llevaban a casa cada mañana desde el obrador de la confitería donde nos encontrábamos.

La vi algo demacrada a pesar de que iba pulcramente arreglada, como era habitual en ella. Hasta entonces, nunca me había fijado en sus manos venosas de dedos incipientemente artríticos.

—Cuéntame, ¿qué tal te arreglas en casa de mi hermana?

—Estupendamente. Siempre ha sido mi segundo hogar. Ya lo sabes.

—Eso me tranquiliza mucho, Alejandra. Verte que estás bien y que eres feliz en San Sebastián.

—Tanto como feliz… —No fui capaz de responderle otra cosa.

En aquella pastelería se respiraba ese mismo aroma chocolatero que en el que ahora era mi hogar donostiarra. Su fundadora se propuso fomentar las meriendas sociales después de que sus padres abrieran una fábrica de chocolates en el edificio de la calle Correo, donde vivió la familia a principios del siglo XIX.

Fue la primera pastelería-chocolatería de todo Bilbao. Aunque su ubicación actual estaba lejos del Casco Viejo, y más cerca del centro neurálgico donde hervía la ciudad financiera.

—¿Por qué me has citado aquí? —Pensaba que el salón del hotel Carlton hubiera sido más cómodo para que habláramos las dos de manera distendida, sin la proximidad de otras personas que se encontrasen junto a nosotras.

—Creí que te gustaría tomar el chocolate tan rico que hacen en esta pastelería. Nada más. —Percibí cierta sorpresa en ella—. Pero podemos ir a otro sitio si quieres —continuó.

Cuando terminamos de hablar de banalidades cotidianas, pedimos un taxi para dirigirnos al hotel de la plaza Moyúa. Teníamos tanto de qué hablar, sin prisa. Por supuesto, que allí habría señoras a las que conocíamos, pero, como era lunes, quizá no tantas como las que acostumbraban a reunirse para tomar la merienda un miércoles o un jueves.

El conserje nos conocía, como al resto de la familia. Así que nos saludó con toda la cercanía posible, dentro de la distancia que separa al cliente del servicio.

Elegí deliberadamente un rincón discreto lejos de miradas inoportunas. No necesitábamos escondernos, pero tampoco quería que mi madre y yo fuéramos objeto de atención.

Ya sentadas, con la consumición en nuestros vasos, fue ella quien inició la conversación.

—Verás, Alejandra. Desde que te fuiste, nuestra casa ya no es la misma.

—Querrás decir desde que don Fausto asesinó a mi prometido.

Inclinó la cabeza como si quisiera buscar refugio en la falda oscura del vestido que llevaba. Era de lana fría, tejida en tonos marinos

hasta media pierna. Acompañaba con un suéter ligero de cuello redondo y manga corta, sobre el que lucía un collar de perlas de doble vuelta.

Yo me había puesto un camisero con estampado Liberty, salpicado de florecillas azules y violetas, de cuello alto, manga francesa y anudado a la cintura.

—Me gustaría que no habláramos de ello para no volver a abrir heridas —dijo mi madre. En sus ojos apreció que estaba a punto de romper a llorar.

—Las mías no sanarán jamás.

—Lo sé, y por eso deja que te ayude, Alejandra.

—¿Cómo? —¿Qué podía decirme mi madre que contribuyera a superar mi dolor? Simplemente había aprendido a vivir con la tragedia que había necrosado parte de mi corazón—. Soy una mujer sin pasado —repetí la frase que tantas veces oí a Ana durante el tiempo que viví en Biarritz y que había calado lo suficientemente hondo en mis entrañas como para ayudarme a comenzar esa nueva vida que estaba intentando dibujar.

—¿Por qué dices eso? —No entendió mi contestación.

—Porque es lo que me propuse cuando abandoné nuestra casa. Dejar atrás el pasado. No tener pasado —enfaticé.

Noté que le inquietaba mi discurso. Era como si tuviera frente a ella a una desconocida en vez de a su hija más querida. La única. Su pequeña. Siempre supe que era la preferida, por mucho que ella intentara ocultarlo ante mis hermanos.

—Yo, en cambio, soy una mujer con un pasado oculto —soltó, dejándome estupefacta.

—¿Qué quieres decir, *ama*?

—Lo que oyes, Alejandra. —Dudé entre preguntarle directamente a qué se refería o aguardar a que continuara abriéndome su corazón, ahogado durante quién sabía cuántos años. Opté por esto último y, tras un breve instante, ella prosiguió—: Yo también fui joven y amé hasta enloquecer en el silencio de la clandestinidad. —Me quedé bloqueada, de pronto estaba ante una absoluta desconocida que, sin

embargo, era mi madre. Entonces me pidió—: Dame ese reloj. —En cuanto lo cogió, empezó a llorar.

Tomó el pañuelo entre sus manos en un intento de ocultar el sollozo. No le importaba quién nos observara. Tampoco sentía pudor alguno por hablarme de una historia tan bella como triste. Me estaba resultando absolutamente extraordinaria su actitud. Jamás la hubiera imaginado así.

—Amar en silencio es tan duro como la soledad del amante enamorado —empezó—. Fue un episodio que jamás olvidaré.

Creía entender lo que mi madre me estaba diciendo, pero a la vez no quería aceptarlo. Era imposible que una mujer con sus principios, con sus valores, con esa rectitud de la que siempre había hecho gala, aunque luego fuera una madre adorable que rebosaba amor hacia sus hijos, pudiera ocultar un secreto como el que intuía. Semejante confesión, de pronto, sin rodeos, de forma tan directa, me produjo un impacto terrible.

—Quizá no sea lo mismo, pero a veces es más duro amar en silencio que nuestro amor haya muerto, como te ha ocurrido a ti —continuó.

Tenía junto a mí, hablando desde el corazón, a mi madre confesando un amor imposible. No podía ser cierto, pero lo era.

Acabábamos de convertirnos en dos confidentes sin pasado a los ojos de los demás, dispuestas a abrirnos en canal, a desnudarnos emocionalmente una ante la otra, olvidándonos de que éramos madre e hija.

—¿Sabes por qué te llamas Alejandra?

En ese momento no recordaba la razón, pero seguro que durante mi infancia mis padres me lo habrían dicho.

—No.

—Él se llama Alejandro. «Los Frailes, 1953 A. B.». —Hizo una pausa antes de proseguir—: Esa fecha corresponde a la última vez que nos amamos de madrugada, frente a una cala desierta de Fuenterrabía, aprovechando que veraneábamos en San Sebastián.

Era la inscripción que venía grabada en el reverso del reloj que me dio cuando abandoné Villa Abaria con Miguel en mis entrañas.

Vi pesar en su rostro, también cierta nostalgia de una felicidad vivida con el mar como único testigo.

—Quiero morir en paz, Alejandra, pero antes quiero que sepas toda la verdad. No me juzgues.

—Nunca haré eso, *ama*. Estate tranquila.

Sentía que me faltaba aire. Alguna fuerza sobrenatural estaba comenzando a presionar mi pecho. En el vaso ya no quedaba agua. Tenía la boca completamente seca.

—Son nuestras iniciales. Alejandro y Blanca. —Yo ya lo había imaginado—. ¿No quieres preguntarme nada? —inquirió.

Estaba tan aturdida que me resultaba difícil articular palabra.

—Ambas sabemos lo que es amar con el corazón —apostilló.

—Sí, *ama*, demasiado bien —le respondí.

Nos miramos a los ojos con emoción contenida.

—Las dos sabemos también lo que es querer a una persona en silencio. Tener que ahogar el amor ante los demás.

Me resultaba imposible imaginar a mi madre joven, risueña, enamorada y viviendo con pasión un amor prohibido. Porque a nuestros padres siempre nos los imaginamos sin sexo, como si jamás hubieran mantenido relaciones íntimas, incapaces de coquetear ni seducir.

—Todo eso ocurrió cuando ya estaba casada con Fausto.

La serenidad con la que me estaba haciendo semejante confesión hizo que viera a otra mujer distinta a mi madre. Traté de visualizarla cuando era joven y sonriente. Alguien ajeno a mi mundo emocional que me estaba contando sus amoríos de juventud. No era capaz de asociar a mi madre amando a otro hombre estando casada con don Fausto. ¡Me resistí a creerlo! Sentía escalofríos solo de oírla.

—Mis padres lo perdieron todo por una mala gestión y no tenían donde caerse muertos, pero fingieron nadar en cierta opulencia. —Guardó silencio antes de proseguir—: Tuvieron la suerte de tener dos hijas guapas, inteligentes y sin escrúpulos, a las que les dieron

formación para que fueran capaces de casarse únicamente por dinero.

En sus palabras capté cierto desprecio hacia sí misma.

—Eso no es verdad, los abuelos tenían una fábrica de gaseosas.

—Para ser más exactos, un almacén donde hacían gaseosas y vendían refrescos de dudosa calidad. Pero no daba tanto dinero como ellos hicieron creer a todo el mundo.

Hasta ese momento no le había oído jamás hablar en esos términos. Siempre creímos que su familia también era de buena posición, aunque, por supuesto, no del nivel de los Abaria.

—Vivieron, entonces, por encima de sus posibilidades —me atreví a comentarle.

—Sí, con el único objetivo de casarnos bien a Elvira y a mí. Cuando fallecieron, tuvimos que hacernos cargo las dos de una montaña de deudas.

—Por lo menos sí que lograron ver cumplido su anhelo.

Asintió levemente con la cabeza.

—Elvira fue tan interesada como yo a la hora de elegir marido, solo que ella logró ser feliz.

—¿Y tú?

Se hizo un silencio que tardó en romper.

—Me hacía feliz vivir en un palacete sin tener que preocuparme por el dinero y veros crecer en la opulencia que daba la fortuna de los Abaria. Una saga de forajidos que, a lo largo de los años, fue blanqueando su nombre desde el poder que da el dinero.

—¿Y don Fausto?

—Se casó por despecho con la primera que tuvo a mano. —Hasta aquella tarde en el salón del hotel Carlton, jamás había oído hablar a mi madre de aquel modo, ni con una sinceridad que jamás imaginé en ella—. Tu padre estaba profundamente enamorado de Ana, ya te lo dije, pero ella lo dejó para casarse con Teófilo Madariaga. —Continuó contándome aquel episodio de su vida con una frialdad impresionante, pero a la vez desde la amargura de quien apenas logró rozar la felicidad con la palma de su mano—. Necesitaba borrar

rápido la huella de Ana para evitar habladurías. Yo aparecí en el momento oportuno y en el lugar donde se cortejaba a las señoritas que buscaban marido, como era mi caso.

Estaba en estado de shock. Incapaz de reaccionar a lo que me decía. Desconocía por qué me confesaba la verdad de su origen precisamente ahora.

—No sé cuánto tiempo me queda, Alejandra y quiero morir en paz conmigo misma —dijo de repente.

—¿Qué estás diciendo?

—Tengo un tumor en el cerebro. Por eso quería verte antes de que fuera tarde.

Rompí a llorar desconsoladamente. No podía ser verdad. Me resistía a creer que una mujer todavía joven como ella estuviera enferma. Cuando ambas nos tranquilizamos un poco, le pregunté:

—¿Lo sabe don Fausto?

—No, se lo diré cuando llegue el momento. Así que haz el favor de guardarme el secreto.

Semejante entereza me estremeció.

¿Por qué había decidido contarme su vida amorosa? Podía dejar las cosas como estaban sin remover el pasado de sus emociones.

Me resultaba imposible contener el dolor.

—Cálmate, Alejandra, con llorar no hacemos nada.

Sin perder la compostura, hablaba desde una serenidad controlada que impresionaba.

Me contó que había amado en silencio durante veinte largos años, hasta que un buen día decidieron no seguir adelante por un error que hubiera podido llevar a don Fausto a cometer otro «accidente desgraciado».

—¿Quién es Alejandro? —Después de todo tenía una gran curiosidad por saber quién había sido el amor de su vida.

—Un hombre bello que, en días de verano, al caer la tarde se acercaba al club náutico para ver fundirse el sol en el horizonte. —Se le humedecieron los ojos.

Me daba pudor preguntarle, pero quería saber más de aquella historia que enamoró a mi madre durante toda su vida.

—¿Cómo es?

—Alguien que ama la mar y ama la belleza. Alguien que no pudo elegir.

—¿Por qué?

Entonces empezó a hablarme de la vida de aquel desconocido que amó a mi madre tanto como ella a él.

Si estaba siendo tan extraordinariamente sincera, porque veía a la muerte planear sobre ella, ¿por qué no iba a hacer yo lo mismo y confesarle también mi secreto?

31

Brota el fuego de la ira

Junto al armero, don Fausto acostumbraba a guardar un importante fichero, y también aquella documentación que consideraba más sensible la metía en una pequeña caja fuerte de la que solo él conocía la clave. Ni siquiera se la había facilitado a su hijo Álvaro, heredero natural de Abaria, Armas y Propulsión de Tanques. Ya tendría tiempo de hacerlo más adelante.

No quería que ninguno de sus empleados, por muy de confianza que fuera, tuviese la tentación de husmear aprovechando que salía del despacho momentáneamente. Por eso, las cosas realmente comprometedoras se las llevaba a casa. Cuando abandonaba la fábrica, siempre lo cerraba con dos llaves y nadie tenía una copia.

Esta vez sus negocios estaban siendo especialmente lucrativos. La alianza que había logrado sellar con CZ-Česká Zbrojovka, la fábrica de armas checa, le iba a reportar beneficios millonarios.

«El dinero no tiene color ni ideología», ya se lo había inculcado su padre desde la más tierna infancia. Aprendió rápido a aplicar los consejos de don Desiderio, que multiplicó la fortuna familiar gracias a la venta de armas al ejército nazi, aunque ello le supusiera la

ruptura abrupta de la sociedad con Vicente Madariaga y el odio recíproco entre ambas familias que se mantenía hasta hoy.

Los checos tenían destreza y dominio en el negocio armamentístico. Fabricaban piezas únicas. Eran realmente buenos, capaces de hacer cada una de ellas con una precisión extraordinaria. Algunos de sus productos se convirtieron en leyendas, como los fusiles modelo 58, las carabinas de aire comprimido, rifles o las pistolas CZ modelo 50/70 y CZ 75. En estas últimas se había fijado don Fausto para encargarles una variante más sofisticada de la que había sido diseñada por su equipo de investigación y desarrollo en Gernika.

Las primeras unidades que le permitieron firmar un contrato millonario con el Gobierno británico habían tenido un coste final mucho más elevado del que calculó cuando entregó el prototipo inicial al emisario del Ministerio de Defensa.

Se le había ocurrido una idea arriesgada. «¿Por qué no? —se dijo —. Son tan buenos como nosotros e infinitamente más baratos». Tenía que conseguir establecer algún buen contacto con alguien de aquella fábrica de armas ubicada en la ciudad morava de Uherský Brod. No iba a ser fácil para él llegar hasta los comunistas, pero había que intentarlo. Si lograba que saliera adelante la operación, los beneficios serían millonarios. Ganaría más que en varios ejercicios juntos. Así que merecía la pena correr el riesgo.

Don Fausto había oído hablar de Casimiro, al que llamaban «el Rojo de la Mina», un destacado astuto comunista de la margen izquierda, curtido en las minas de Gallarta, al que no lograban pillar con las manos en la masa. Se sabía que contaba con buenos enlaces a nivel internacional. «Seguro que también tiene un precio». Un Abaria siempre era capaz de sobornar a quien necesitara para lograr sus propios intereses.

No se equivocó. La operación le salió más cara de lo que había previsto, pero iba a amortizarla con creces.

—Con todo esto podremos financiarnos durante un par de años, por lo menos. —El Rojo de la Mina creía que el dinero procedía de las

arcas rusas.

A Eladio, su camarada más íntimo, que había hecho de correo, se lo entregó pocas horas antes alguien que gozaba de la absoluta confianza de don Fausto: Manuel, el jardinero de nuestra casa.

—Es de los nuestros. —Con esa frase corta, pero llena de significado, Eladio, el viejo anarquista de Astrabudua, ya había satisfecho la curiosidad del Rojo.

—No me digas más —apostilló el comunista de Portugalete, algo avaro, aunque se esforzara en postularse como el tesorero más honrado de la clandestinidad.

El Rojo de la Mina era de hecho Casimiro, hijo de «la Gibosa», una anciana algo cascarrabias que jamás se despojaba del pañuelo negro con el que cubría la cabeza. Siempre vestida de oscuro, era una mujer de joroba pronunciada a la que nadie llamaba por su nombre. Casimiro había heredado la misma acumulación de grasa en la parte superior de la espalda, entre los omoplatos. Sin embargo, era un hombre de rostro armonioso, mirada agradable que contrastaba con su vehemencia al hablar. Quizá la pobreza extrema en la que nació le hizo hacerse comunista, pero en su interior soñaba con sacar de la miseria a su anciana madre que se arrastraba por los mercados vendiendo las hortalizas que cultivaba en un pequeño huerto junto a la ría.

Tal vez por ello, Casimiro, siempre que tenía ocasión, se quedaba con algo del dinero que llegaba para el partido. Cantidades irrisorias, pero que le alcanzaban para abonar la renta atrasada o las medicinas que su madre necesitaba.

Don Fausto fraguó el encuentro por medio del enterrador de Getxo. «Nada más seguro que un cementerio para hacer una transacción de este tipo», pensó.

El hijo de don Desiderio aprovechó el atardecer para acercarse hasta el mausoleo familiar a rezar por sus antepasados. No resultaba extraño ver a don Fausto por allí porque acudía con cierta frecuencia, aunque creer, creyera poco. Allí estaba el cuerpo embalsamado de su

padre, quien sin duda aplaudiría la operación. «Fuiste un alumno aventajado», le diría desde el más allá.

Al panteón se podía acceder por una estrecha escalera que conducía a la zona subterránea donde se encontraban todos los sepulcros. Estaba situado en la primera manzana del camposanto, nada más entrar a la derecha. Allí yacían sus antepasados. Nadie conocía con precisión el origen del apellido Abaria, tan solo que su tatarabuelo llegó, al parecer, desde Guipúzcoa.

«Es único. No hay nadie más con este apellido». Al menos él no había logrado dar con ninguna otra rama ni en España y tampoco en América del Sur, a donde emigraron muchos vascos en distintas épocas.

Sobre la lápida central que presidía el mausoleo siempre había un ramo de flores frescas que el enterrador se encargaba de retirar cuando estaban marchitas y llamar a la floristería para que trajera uno nuevo.

La cámara subterránea era amplia. Todavía quedaban muchos nichos vacíos. Era un buen lugar para ocultar secretos. La reja que cerraba el acceso estaba pulcramente pintada de negro. En la pequeña capilla situada a pie de calle había un sagrario. Todo estaba dispuesto para que se celebrara una misa. El mantel de altar tenía bordados a los lados. Seguramente solo se abriría para rezar el responso antes de conducir el ataúd hasta el panteón. Consideró que era «el mejor lugar para depositar el dinero sin levantar sospecha». El resto del trabajo lo haría el jardinero.

Manuel y Eladio, el enterrador, el anarquista de Astrabudua, eran viejos compañeros de escuela que crecieron lavándose en las acequias. El primero tuvo la suerte de recalar en los viveros municipales donde aprendió el oficio. Allí trabajó hasta que fue a parar a Villa Abaria, donde desarrollaba toda su creatividad en la ornamentación a lo largo de la extensa parcela repleta de distintas especies de árboles, plantas aromáticas y muchos tipos de flores.

Don Fausto tardó algunas semanas en recibir la señal que aguardaba pacientemente, hasta que un buen día alguien se puso en

contacto con él. «Ha sido el dinero mejor invertido», se dijo.

Cuando llegaron las primeras unidades de la pistola, las contempló admirado: era imposible distinguir las que se habían fabricado en Gernika de aquellas piezas perfectas que tenía entre sus manos procedentes de la factoría morava de Uherský Brod.

Estaba feliz, tanto que fue a celebrarlo con Maruja, solo que, al encontrarse conmigo en el rellano de la escalera, la felicidad se tornó en un mayúsculo enojo. Al llegar a Villa Abaria, mi madre, como en otras tantas ocasiones, no salió a recibirlo. Oyó el tono con el que habló a la criada e intuyó que aquella tarde don Fausto estaba especialmente irritado.

—Que no me moleste nadie —le ordenó a Casilda, nuestra ama de llaves.

A Blanca le traía sin cuidado conocer la razón de su enfado. Mientras seguía en la biblioteca leyendo o releyendo alguno de sus libros favoritos, oyó sus pasos por el pasillo.

—¿Puedes venir al despacho? Necesito hablar contigo.

Mi madre no acostumbraba a contrariarle, más que nada para evitar disputas. Siempre intentaba discutir lo menos posible, entre otras cosas, porque le aburrían las discusiones bizantinas que no conducían a nada. Pero esta vez el rostro de don Fausto parecía más violento que nunca.

Nada más cerrar la puerta, fue al grano.

—¿Qué sabes de Alejandra? ¿Dónde está?

—No lo sé. Pero ¿a qué viene tu interés? Desde que se marchó no has querido saber nada de ella.

—Quiero que me digas lo que sepas.

Habían discutido pocas veces, pero cuando ocurría, mi madre temblaba de miedo.

Esta vez don Fausto escupía fuego por la boca. Su ira parecía haberlo transformado en un feroz animal capaz de arrasar con todo a

su paso. ¿Qué le había podido ocurrir para que estuviera tan agresivo?

—Desde que mataste a Íñigo Madariaga, jamás has querido conocer su paradero. ¿A qué viene ahora este interés?

Al oír aquel nombre, en cuestión de segundos, don Fausto empezó a dar golpes en la mesa.

—Yo no soy un asesino, Blanca. Me oyes, ¡no soy un asesino!

Sin mediar palabra, se acercó hasta ella, la agarró por los brazos y la zarandeó.

—¡Suéltame! ¿Te has vuelto loco? —exclamó ella—. He dicho que me dejes.

Encolerizado, don Fausto echaba chispas por los ojos, mientras seguía zarandeando a su esposa.

—¿Dónde está esa bastarda tuya?

Blanca logró zafarse de su marido para plantarle cara.

—Ya está bien, Fausto. No te permito que sigas insultándome. —A continuación, le dio el primer bofetón de su vida.

Aunque le temblaran las piernas por lo que acababa de hacer, mi madre siguió mostrando una entereza que dejó perplejo a su marido. Parecía que en unos pocos segundos hubiesen cambiado los roles. Ahora Blanca exhibía una supremacía sobre quien acababa de transformarse en un mequetrefe sin autoridad.

32

Entre veleros, frente a la bahía

De una impresión como aquella no era fácil reponerse. Tantas emociones juntas eran un terremoto afectivo imposible de asimilar. Ante semejante cascada de acontecimientos, me sentía desbordada, pero tenía que hacer frente a una realidad en la que no podía dejar a mi madre sin conocer a su nieto.

—*Ama* está enferma. —Me derrumbé nada más terminar la frase cuando llegué a casa de mis tíos.

—¿Qué estás diciendo, Alejandra?

—Lo que oyes.

Tía Elvira se quedó estupefacta, sin dar crédito a lo que le estaba contando.

—¡No es posible! —exclamó—. ¿Qué le pasa? Si hablé con ella hace unos días y no me dijo nada. La noté como siempre.

Cuando le expliqué lo que mi madre me había contado, ella también se descompuso. Semejante noticia hizo que se desencajara.

—¿No hay nada que hacer? Habrá algún médico en algún sitio que podrá operarla, no sé... —Al igual que yo, ella también se negaba a que mi madre pudiera abandonarnos.

Juntas nos hicimos la promesa de salir adelante. No podíamos hundirnos ante la adversidad. Teníamos que rezar para que se produjera un milagro, o mejor, que la ciencia le diera un poco más de vida.

—Debiéramos ir a Neguri para estar con ella.

Su propuesta era inviable.

—Jamás pisaré aquella casa mientras don Fausto esté allí. Tan solo iré para ajustar cuentas algún día.

A mi tía no podía contarle lo que había descubierto al visitar a Luciana. Pero si algo tenía claro era que no iba a cruzar aquella verja negra donde las iniciales de la familia estaban decoradas con pan de oro.

—Entonces habrá que encontrar la forma en que ella venga aquí.

—Me pidió que no se lo dijera a nadie, salvo a ti.

Como yo, mi tía se resistía a creer que no hubiera solución.

—Antoine conoce a mucha gente en Francia. También a reputados médicos en Burdeos. Alguien podrá ayudarnos. Su hermano, además, es neurocirujano.

Entre las dos organizamos el viaje a la capital de la región de nueva Aquitania con toda la celeridad que pudimos.

Mi tía se puso en movimiento para que su cuñado viera a mi madre. La convencimos e hicimos un viaje relámpago a la capital bordelesa, donde Carlos Dubois trabajaba en un prestigioso hospital especializado en cirugías cerebrales. Allí le realizaron un estudio preciso. Por suerte, nos dio una pequeña esperanza, aunque remota.

—El tumor está en un sitio prácticamente imposible de intervenir. —Con pesar, el hermano de tío Antoine nos informó de que solo había una pequeña posibilidad si la trasladábamos a un hospital de Suiza donde se estaban realizando operaciones experimentales en casos como ese.

Fue todo un regalo de la ciencia el que mi madre sobreviviera tras aquella intervención compleja y delicada que le devolvió la alegría de

vivir.

Comunicárselo a don Fausto no le resultó especialmente agradable. Más que nada porque él quería mantener las formas y acompañarla. Algo a lo que mi madre se negó.

Los días previos a su marcha fueron complicados. Mientras ella evitaba los encuentros, parecía como si don Fausto estuviera merodeando por la casa a todas horas.

—No insistas. Iré con mi hermana.

—¿Te has vuelto loca?

Entonces comenzaron los reproches, las discusiones bien entrada la noche, hasta que mi madre, a media mañana, aprovechando su ausencia partió hacia el aeropuerto donde le esperaba Elvira.

Aquella carta en la que me contaba mi verdadero origen parecía haberla escrito durante su estancia en la clínica. Al menos el matasellos era del país helvético. Sin embargo, tengo la sospecha de que la escribió antes de la intervención. Es más, el matasellos era del aeropuerto de Ginebra, lo que me hizo sospechar que nada más pisar suelo suizo, y antes de abandonar la terminal, mi madre echó la carta al correo. Queriendo asegurarse así de que, si le ocurría algo, al menos yo conocería la verdad.

Me costó tiempo asimilar aquella confesión. Pero al mismo tiempo me dio la fuerza suficiente para hablarle de la existencia de Miguel.

—Siempre tuve la sospecha de que ocultabas algo de lo que pudiéramos avergonzarnos la familia, Alejandra. —Sus palabras fueron sinceras—. Pero también entiendo que huyeras, porque, como yo, sabías bien el escándalo que iba a suponer. Hubiéramos sido la comidilla de todo Neguri.

Durante su convalecencia en casa de tía Elvira, pudimos hablar con absoluta franqueza de Alejandro, del pequeño Miguel o de la maldad que don Fausto había heredado de su padre. En ese clima de absoluta complicidad me atreví a mencionarle también la existencia de Maruja.

—Lo sabía desde hace años. Tu padre no se molestaba en quitarse el olor a otra mujer cuando llegaba a casa.

Admiré su serenidad, esa tranquilidad con la que hablaba de cuestiones que a otra persona la hubieran desestabilizado.

—¿Cómo has podido soportarlo, *ama*? ¿No te importaba?

—Claro que sí, Alejandra. Pero nuestra generación ha sido educada para aceptar la realidad sin dramatismos. Todo es una comunidad de intereses. No lo olvides nunca. Tanto el amor verdadero como la pasión casi siempre son clandestinos.

Esa, al menos, había sido su experiencia. En sus labios podía leer lo feliz que la hizo Alejandro, ese desconocido al que yo me había empeñado en ponerle cara.

—Acércate al club náutico antes de que anochezca —me dijo—. Suele llevar a su mujer impedida.

Nunca me atreví a preguntar por el final de aquella relación en la que ambos fueron muy felices, a juzgar no solo por sus palabras, sino por la expresión de su rostro cuando hablaba de su amor.

Durante varias tardes acudí al club. Desde la terraza, la vista de la bahía de San Sebastián era única. Contemplar cómo se fundía el sol en el horizonte era, sin duda, todo un espectáculo.

En varias ocasiones, vi a un hombre mayor empujando a una mujer en una silla de ruedas. Probablemente sería su esposa, porque debía de tener una edad similar a la suya. Siempre venía al caer la tarde, cuando faltaban pocos minutos para que desapareciera el sol.

Uno de los días en que yo estaba allí, lo vi llegar solo. Fue a sentarse en una de las butacas de mimbre un poco más alejada del resto. Nadie lo acompañaba. La campechanía con la que saludaba a todo el mundo me animó a acercarme a él.

—Disculpe, ¿es usted Alejandro?

—Sí. Nos conocemos, ¿verdad?

Él sabía que no me había visto nunca, pero su exquisita educación no le permitía hacerme una pregunta tan directa como la que yo le acababa de dirigir.

—¿Puedo tomar asiento?

A pesar del gesto de cierta sorpresa, me invitó a sentarme en la butaca que había a su lado.

—Sí, por favor. Faltaría más.

Tras un intercambio de banalidades, decidí identificarme con cierto nerviosismo.

—Soy Alejandra, la hija de Blanca Echaniz.

Preferí no identificarme con mi apellido. Al oír el nombre de mi madre, intentó no cambiar de actitud, pero el rictus de su rostro delataba que le había impresionado. Sin haber encajado todavía la situación, me preguntó:

—¿Cómo está su madre?

—Ahora bien, pero ha estado muy enferma. —A grandes rasgos, sin entrar en detalles minuciosos, le puse al corriente de la complicada operación a la que se había sometido.

Tendría algunos años más que ella, pero se conservaba bien. Su pelo canoso no mermaba esa madurez espléndida que da la edad en algunas personas. Me pareció un hombre infinitamente más guapo y atractivo que don Fausto.

Se quedó sobrecogido, sin saber qué decirme.

—Blanca, una gran mujer, de buen corazón. —Aunque tratara de disimularlo, en el fondo se percibía una pequeña sombra de tristeza.

Resultaba absurdo que le ofreciese cualquier explicación. Era evidente que yo estaba al corriente de la historia que mi madre y él vivieron. No hacía falta que nos refiriéramos a ello, porque la situación hablaba por sí sola. Ambos obviamos darnos más detalles de un pasado que ahora volvía a estar presente de algún modo.

Después de esa primera vez, nos vimos en varias ocasiones. Le dije que mi madre desconocía nuestros encuentros. Sin saber por qué, Alejandro y yo, durante aquellas conversaciones al caer la tarde, nos convertimos en confidentes de una historia que me hizo llorar. Pero no de pena, sino de emoción por lo bella que fue.

Lo sentía próximo. De una humanidad que afloraba en cada una de nuestras conversaciones. Algo poco común en aquellos años donde la masculinidad era un rasgo de hombría.

—Blanca siempre me hablaba de ti con un cariño muy especial, distinto al que se apreciaba cuando se refería a tus dos hermanos.

—Ella nos quiere a todos por igual, pero quizá conmigo tenga más afinidades. Además, soy la única chica, y la pequeña. Eso marca.

Siempre supe que era distinta al resto de sus hijos. Quizá porque tenía más carácter y además me atrevía a enfrentarme a don Fausto.

—Me decía que eras un poco rebelde.

—Quizá tuviera razón.

A pesar de que nos conocíamos desde hacía tan poco tiempo, yo sentía una gran afinidad hacia aquel hombre.

—Te conocí siendo una bebé. —Lo miré con incredulidad. Él se explicó—: Fue en el paseo de la Concha. Muy cerca de aquí. Entre los tamarindos, junto a la fuente que hay cerca de la calle Hernani.

Me contó que llevaba puesto un vestido tejido en nido de abeja tan popular en la época en la que nací. Y unas merceditas rojas, aunque yo aún no caminaba, a juego con la chaquetita confeccionada en punto bobo, posiblemente por mi tía Elvira, que era mi madrina de bautizo y le encantaba tejer piezas de lana.

—Ya entonces tenías los mismos ojos vivarachos que ahora. Esa mirada que nunca olvidaré —prosiguió narrando la escena de mi niñez.

Mientras hablaba, me di cuenta de que se había fijado en mi reloj. Lo miraba de reojo, como quien desea observar sin que nadie se dé cuenta. Yo sabía que la playa de los Frailes estaba en Fuenterrabía, pero intenté que Alejandro me dijera algo más ahora que no tenía duda de que él le había regalado a mi madre el Omega De Ville que llevaba puesto desde el día que ella me lo regaló cuando salí de Neguri.

—¿Conoce la playa de los Frailes? —le pregunté una tarde.

Bajó la mirada y durante un instante sus ojos se velaron por los recuerdos.

—Es un lugar mágico, donde los sueños cobran vida —replicó.

Ambos sabíamos a qué se refería.

33

Soy Blanca y esta fue mi realidad

Guardo dentro del mismo sobre en el que la envió, aquella carta llena de sinceridad en cada frase. De tarde en tarde me gusta releerla. Apreciar su caligrafía impecable, de trazo limpio y recto.

No conozco a ninguna madre que le haya confesado a su hija un amor clandestino, largo y apasionado, que dio lugar a la historia más bella entre dos personas que se aman desde la cárcel de sus respectivos matrimonios.

Cuando se nace en una falsa riqueza, el anhelo por disfrutar del dinero y la opulencia crece. A Elvira y a mí nos educaron para cazar un buen partido que nos permitiera a ambas cumplir ese sueño que, en mi caso, se convirtió en una auténtica pesadilla.

Nunca amé a Fausto. Tampoco él a mí, porque siempre estuvo enamorado de Ana. Maruja fue su desahogo. Esa mujer casquivana por necesidad, pero de buen corazón, que termina amando a un hombre por la misma razón que yo contraje matrimonio con él.

La codicia nos iguala a todas. A prostitutas, señoras de presumible buena reputación y a mujeres anónimas que vagan por la vida sin saber exactamente qué es lo que desean, si amar o que las amen.

Cuando descubrí el amor que unía a mi hija Alejandra e Íñigo, sentí dolor y tristeza. Sabía que Fausto jamás aceptaría aquella relación por el simple hecho de que era el hijo de su rival. No por el odio visceral que existía entre el padre de Teófilo y mi suegro Desiderio, sino porque le resultaría imposible normalizar una relación familiar con la mujer a la que amaba sin ser correspondido.

Tengo la conciencia tranquila. Quizá esto resulte difícil de comprender en una mujer de mi clase, pero tal vez entre los ricos sea más fácil asumir la desdicha porque se consigue ahogarla con el placer que da el dinero. A los ojos de los demás, soy una dama de intachable moral, que hasta hace poco acudía a fiestas de sociedad del brazo de su adinerado esposo. Sonriente, para envidia de mis enemigas, y actuando siempre desde la privilegiada posición que da el estar casada con uno de los hombres más poderosos de Neguri.

Tuvimos tres hijos. Más desde el deber de procrear para que perdurase la dinastía que fruto de una pasión amorosa desmedida. Nuestras relaciones sexuales llegaron a resultar satisfactorias, aunque fueran mecánicas. Sabíamos excitarnos como quien hace del amor una profesión lucrativa. Quizá por ello, cuando me enamoré de Alejandro, alcancé el cénit del deseo porque nos unió el amor. Resultó una explosión en cascada de la que jamás me arrepentiré. No me avergüenza la mentira en la que se tejió nuestra familia. La misma sobre la que se cimenta la de muchos de nuestros distinguidos vecinos que cada domingo, invariablemente, acuden a misa del brazo de su mujer y rodeados de sus vástagos, haciendo gala de una felicidad esculpida en la falsedad. Son mentiras de sociedad.

El poder que irradia un hombre es, a menudo, como el maquillaje de una mujer sobre la alfombra roja: brilla cuando están todos los focos encendidos, pero languidece y se acartona al apagar las luces. Algo similar a lo que ocurre en el inicio de cualquier relación amorosa, donde cada parte despliega su lado más atractivo para cazar a la presa, tratando de ocultar la cascada de limitaciones e inseguridades que afloran cuando se consolida la convivencia en pareja.

Quizá por ello, lo más interesante sea el juego de la seducción: y quizá el éxito de la relación que mantuve con Alejandro durante más de veinte años, nunca languideció porque siempre intentamos que cada encuentro fuera como aquella primera vez frente a la playa de los Frailes a bordo de su velero.

Buena parte de las infidelidades que ocurrían a mi alrededor tenían mucho más que ver con sentirse deseado o despertar interés en el otro, que con el mero hecho de hacer el amor una noche cualquiera.

Con frecuencia, el poder económico, bien político o social, resulta atractivo, y lo que es más terrible, hace seductores a mujeres u hombres tremendamente aburridos, de aficiones corrientes y auténticos analfabetos emocionales, con un ego desmesurado en la mayoría de las veces que los más astutos intentan ocultar bajo falsas modestias claramente perceptibles.

Conocí a Alejandro cuando ya vivía en Neguri. Fue por casualidad. Cosas del destino supongo. Esa cursilada que se acostumbra a decir «un amor a primera vista». Nuestras miradas se cruzaron en una cena de gala a la que asistimos Fausto y yo.

«Soy un hombre de mar», me dijo. Desde aquel momento, la mar fue testigo de nuestro amor. Su velero nos llevó por calas y ensenadas secretas donde nos amamos en silencio. En ocasiones excepcionales, hasta el amanecer.

Desde aquel día me convertí en otra persona. Mientras Fausto seguía siendo un hombre malhumorado y permanentemente atormentado, yo vivía esa felicidad que solo da ese amor oculto como el que yo estaba experimentado. Poco a poco, me acostumbré a la clandestinidad. Como mi esposo, que fue aficionándose a frecuentar prostíbulos lujosos en donde conoció a Maruja. Una buena mujer, por cierto, a la que no guardo ningún rencor, porque ambas siempre supimos estar en el lugar que nos correspondía.

Tras la zozobra, viene la aceptación de una realidad para la que cada cual marca los tiempos y el campo de juego. Fui lo suficientemente lista para que Fausto nunca quisiera abordar la realidad del amor que me unía a Alejandro. Quizá porque también le interesaba poco lo que hacía en mi parcela de libertad. Esa en la que las mujeres de mi época íbamos a tomar la merienda con las amigas, de compras para pasar la tarde, a la modista a que nos confeccionara los nuevos vestidos y hacíamos obras de caridad a través de instituciones de las que éramos patronas.

Cuando estaba en San Sebastián, mi ciudad natal, acudía al club náutico a jugar a las cartas. Normalmente al bridge, con baraja francesa. Me aburría soberanamente, solo que me servía para encontrarme con Alejandro en el bar y concretar nuestra habitual cita clandestina, que en verano eran mucho más frecuentes que durante el largo invierno cuando, para vernos, ambos teníamos que ingeniar excusas algo peregrinas.

La mañana en que abandonaste Neguri, recordarás mis palabras algo crípticas mientras me despojaba del reloj más querido para mí: «Póntelo. No lo pierdas. Algún día te contaré su historia y el origen de tu nombre». Pues

ahora ya sabes quién me lo regaló y lo que esconden esas iniciales de mi Omega De Ville, ahora tuyo. Te pertenece.

Me queda por contarte cuál era una de nuestras calas preferidas donde nos bañábamos al anochecer, justo cuando quedaba la suficiente luz que iluminara nuestros cuerpos en las cristalinas aguas de los acantilados de Fuenterrabía que permitían ver el fondo del mar en días de sol.

Los Frailes. Un nombre puro para un amor prohibido a los ojos de la Iglesia. Pero ¿y a los ojos de Dios? ¿No es acaso amor amar con el corazón?

Hasta que conocí a Alejandro no supe lo que era sentir de verdad. Me abrió la puerta a un mundo desconocido de sexo, que para mí tan solo era ese amor verdadero que brota del corazón. No me avergüenza confesarlo, porque junto a él viví una felicidad plena de la que no pueden alardear muchas mujeres. Esa dicha que se refleja en cada parte de nuestro cuerpo. Desde las entrañas hasta la piel erizada por el deseo. Nos quisimos de una forma distinta, salvaje y sensual a la vez. A ritmo acompasado y también en la anarquía de un amor loco.

No sé muy bien por qué decidimos poner fin a nuestra relación. Quizá por el sufrimiento que nos producía a ambos ser conscientes de que no podríamos envejecer juntos. O, a lo mejor, porque dejamos de amarnos de aquella manera. Sea cual fuere la razón, siempre supe que Alejandro viviría entre nosotras, porque, además, es tu padre.

Intentarás buscar mil razones a todo esto. Quizá hasta me reproches una conducta reprobable a los ojos de esta sociedad, cimentada sobre una mentira moral en la que nada es como lo que aparentamos representar. No lo hagas, porque tú tampoco sabes qué es lo que te va a deparar el destino.

A partir de la lectura de aquella carta escrita por mi madre, comencé a ver la vida de otra manera y, sobre todo, a no creer en lo que veía, sino a intuir lo que los ojos siempre esconden.

34

Luisito y las manzanas

Me gustaba ir a Bilbao con cierta frecuencia. Aunque hablábamos por teléfono, también disfrutábamos compartiendo almuerzos o meriendas en la ciudad. Nunca en Neguri para evitar cualquier encuentro con don Fausto. Poco a poco empecé a hablar con normalidad de mi hijo. Mi madre enseguida me preguntaba por él. Era su único nieto, aunque no podía compartir ese secreto con nadie. Por suerte, Miguel era un excelente estudiante. Y desde una situación difícil como la mía, intentaba estar muy presente en su vida. Acudía a las reuniones de padres con Ana y no me perdía ninguna de las fiestas que hacían en el colegio. Su «madrina» siempre estaba ahí.

—Me gustaría conocerlo algún día, aunque fuera de lejos, Alejandra.

Nunca tenía una respuesta a su pregunta. Quizá porque tampoco sabía yo si él llegaría a saber la verdad algún día.

En ocasiones también aprovechaba mi paso por la capital para ver a mi vieja amiga de orfelinato. Así descubrí a una Luciana radiante que progresaba en el taller de Conchita.

Evitábamos hablar del pasado que compartimos en Fraisoro. Aun así, una de las veces, al despedirnos, me hizo un comentario inquietante.

—Me gustaría saber qué ha sido de Luisito.

—Puedo acercarme hasta Zizurkil y hablar con sor Carmen para intentar averiguar algo —me ofrecí.

Sabiendo el grado de confidencialidad que reinaba en aquel centro, no creía que me dijera gran cosa.

Noté en la mirada agradecida de Luciana que le parecía una buena idea.

Me presenté sin previo aviso una mañana de otoño cuando todavía brillaba el sol, aunque los rayos llegaran debilitados hasta nuestra piel. La estación me pareció tan fría como cuando recalé allí embarazada. Esta vez no me esperaba nadie para llevarme hasta el hospicio. Decidí ir caminando.

Las plantas que vi repletas de tomates cuando me acompañó Jeremías, el muchacho que hacía los recados, ahora estaban secas y marchitas a la espera de que algún agricultor las arrancara para dejar la tierra despejada.

Entré sin llamar. Fui hasta el despacho de sor Carmen con la esperanza de que estuviera allí.

—¿Puedo pasar? —Pregunté, tras golpear con los nudillos en la puerta que permanecía entreabierta.

—Adelante, pase.

Estaba escribiendo algo. Cuando levantó la visita por encima de sus gafas de presbicia, no puedo afirmar que la religiosa se alegrara, pero sí que no le disgustó mi visita.

—¡Qué sorpresa, Alejandra! —exclamó. Mientras se incorporaba de la silla de madera, aprecié cierto cansancio en ella. Caminaba con cierta dificultad.

Tras el cálido abrazo con el que nos saludamos, tomé asiento en una de las pequeñas butaquitas que había en su despacho.

—¿Qué le trae por aquí? —No acostumbraba a andarse con rodeos. Más en mi caso. Nunca imaginó que yo pudiera volver por allí para nada.

Instintivamente, se acercó hasta la puerta para cerrarla y a continuación tomar asiento junto a mí en la otra butaca tapizada en tela verde. Solo nos separaba una pequeña mesa baja de mármol veteado.

—Luisito, el hijo de Luciana. —A mí también me gustaba ser directa.

Calló.

—Sabe que no damos ningún tipo de información —respondió, al fin.

—Lo sé. Ella no me ha pedido abiertamente que venga. Simplemente me ha dicho que le gustaría saber qué fue de su pequeño. Nada más.

—Luisito está aquí de nuevo.

—¿Cómo? —exclamé, perpleja; no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Lo adoptó una familia, pero cuando comprobaron sus problemas de movilidad, renunciaron a él.

Mientras veía la tristeza contenida en sus pupilas, la religiosa fue contándome la pena que sintió al volver a tener en sus brazos al pequeño.

—Es un niño precioso. Guapo como pocos.

Quise saber si don Emeterio había consultado con algún pediatra la limitación del niño y tener así un diagnóstico preciso.

—Le van a ver en la clínica San Juan de Dios de San Sebastián —me explicó la monja. Hacía pocas semanas que la familia adoptante lo había entregado de nuevo en Fraisoro para sorpresa de la religiosa —. Nosotras ya les advertimos que el bebé tenía problemas de movilidad en una pierna y el brazo. Pero ellos insistieron. Lo vieron tan bonito.

Cómo se podía ser tan despiadado para devolver un niño a la inclusa después de haberlo tenido en casa. Qué tipo de instinto

maternal podía tener una persona capaz de instrumentalizar a un recién nacido y repudiarlo de ese modo.

—¿Ese tipo de actitudes están recogidas en algún reglamento? Un bebé no es una mercancía.

Sor Carmen calló antes de contestarme porque quizá temía no medir bien las palabras.

—Aquí no juzgamos a nadie. Solo buscamos el bienestar de los bebés. El hijo de Luciana quizá encuentre otro hogar donde lo puedan querer mucho más. Mientras tanto, lo amaremos más que a ninguno. —Estaba segura de que ella pensaba lo mismo que yo, solo que su condición no le permitía verbalizar esa reflexión compartida —. Ahora lo importante es que la ciencia pueda ayudar a nuestro Luisito. —Se refirió a él con ternura. El tono de voz había cambiado.

El centro sanitario al que se refería la monja estaba regido también por una congregación religiosa. La Orden Hospitalaria de San Juan de Dios había sido fundada para atender a personas sin recursos. Niños lisiados y pobres que, en muchos casos, se habían quedado sin familia.

Estaba ubicado en el alto de Errondo, una pequeña loma a caballo entre el barrio de Amara y Aiete. Podía contemplarse la ciudad desde una altura suficiente como para alcanzar a ver la mar en lontananza. Toda la bahía de San Sebastián con la isla de Santa Clara en medio, entre el monte Igueldo y Urgull.

Don Emeterio conocía bien la clínica donostiarra, donde a menudo visitaba a aquellos niños enfermos a quienes nadie reclamaba.

—¿Puedo verlo?

Sor Carmen parecía no estar por la labor.

—Es mejor que evite visitarlo.

—¿Por qué? Solo serán unos minutos.

—Luciana nunca tiene que saber que su hijo está aquí.

—No se preocupe por eso. Seré discreta.

Dudó antes de pedirme que la acompañara. Recordaba bien la estructura del edificio. Subimos hasta la primera planta.

Sentado en el suelo, con el brazo izquierdo en cabestrillo y una de las piernitas entablillada, Luisito, efectivamente, me pareció el niño más guapo del planeta. Tenía un cabello ensortijado que crecía con fuerza. Sus ojos oscuros parecían reír en cuanto observaba alguien a su lado.

—Le gusta jugar con las manzanas.

Todavía no hablaba con fluidez, pero sí que encadenaba frases sueltas. Sus deditos cogían aquellos frutos más pequeños. A pesar de su destreza infantil, la mayoría de las manzanas escapaban a sus manitas. Intentaba arrastrarse hasta ellas, pero la tablilla que mantenía su piernita izquierda rígida le impedía hacerlo. Entonces, lloraba sin consuelo hasta que alguna de las nodrizas se acercaba para dárselas.

—Ahora que ya están madurando, cogemos unas pocas y se las traemos para que juegue. Es un bebé muy despierto.

Enseguida se percató de que alguien había entrado en la salita donde permanecía junto a otros niños como él. Como pudo, a pesar de sus limitaciones, giró la cabecita para ver quién había llegado. A sor Carmen le dirigió una sonrisa que dejaba entrever sus dientes de leche. La monja se arrodilló con cierta dificultad para intentar cogerlo en brazos y acercármelo.

Realmente era un niño singular. Distinto a los demás. Parecía tener un aura especial.

—Luisito, mi niño. Dame un beso. —La monja lo trataba con especial cariño. Quizá querría que se sintiera un poco más querido que los demás porque sabía que la vida iba a ser demasiado difícil para él.

Cuando lo tuvo en sus brazos se acercó hasta mí en un intento de que yo también tuviera la oportunidad de estrecharlo contra mi pecho.

Sentí una emoción indescriptible. Su bracito en cabestrillo no le dejaba mover el frágil cuerpo con soltura. La piernita también lo limitaba. Tenía la misma mirada despierta que Luciana. No obstante,

sus cabellos ensortijados no tenían nada que ver con la melena lacia de su madre.

—¿Quiere cogerlo?

Contra toda regla establecida en el orfanato, sor Carmen puso a Luisito en mis brazos.

Lo estreché con el mismo amor que acunaba a Miguel cuando lo visitaba en Biarritz. Aquel bebé sin padre se merecía más amor que mi hijo, porque quién sabía si algún día alguien podría quererlo como él se merecía.

Saqué de mi bolso un pequeño regalo que había comprado con la intención de dejarlo para los niños del hospicio. No era ningún muñeco, sino una ovejita de lana. Lucía un cencerrito al cuello, anudado con una cinta roja.

En cuanto lo vio, Luisito enseguida agitó tanto su brazo derecho como el izquierdo, a pesar de que este último lo tenía impedido también, en un intento de cogerla entre sus manitas.

—Dá-me-lo —balbuceó como pudo.

Al dejarlo de nuevo sobre la alfombra donde permanecía sentado cuando llegamos a la salita, puse la ovejita entre sus bracitos. El peluche parecía casi más grande que él. Lo cogió como pudo con su bracito derecho, ya que el izquierdo estaba inmovilizado por la tablilla. Con toda mi ternura se lo puse junto a su pecho.

Contemplé la escena sin darme cuenta de que por mis mejillas corrían unas cuantas lágrimas.

—Se llama Panza —le repetí el nombre con el que yo misma acababa de bautizar a la ovejita, con la intención de que para él aquel objeto cobrara la misma vida que la muñeca que su madre confeccionó con tanto mimo y dejó en el pueblo—. Pan-za, Pan-za —silabeé varias veces en un intento de que retuviera el nombre.

Me di la vuelta para secarme las lágrimas. No quería que me viera llorar. No sabía muy bien por qué. Quizá por la soledad que iba a condicionar la vida de aquel bebé inocente. Nunca me había costado tanto despedirme de alguien como de Luisito, que se abrazaba como podía a la ovejita Panza.

Desde la puerta, antes de abandonar la habitación, oí sus risas y asimismo percibí su ingenua mirada con la que intentó pedirme que no lo dejara.

Aquella visita al orfanato me hizo visualizar el futuro tan oscuro al que estaban condenados la mayoría de los bebés que allí se quedaban. Los más fuertes y sanos irían a parar a caseríos de la zona para trabajar como criados, arando la tierra y dando de comer al ganado. Otros los adoptarían familias de buena posición. Especialmente a las niñas con las que siempre soñaban muchas mujeres desde una maternidad frustrada.

—¿Qué va a ser de Luisito? —le pregunté a sor Carmen antes de irme.

—¿Por qué me lo pregunta si ya lo sabe?

—No estoy segura de ello, por eso quiero que me responda.

—Bien, pues un niño como él tiene pocas posibilidades de que nadie vuelva a adoptarlo.

Sor Carmen no hizo sino confirmar mis sospechas.

—En ese caso, quiero hacerme cargo de su educación.

Mi decisión pilló por sorpresa a la monja.

—Aquí solo podrá permanecer hasta los cinco años. Luego tendremos que trasladarlo a la Misericordia de Tolosa.

—A Micaela la acogieron cuando murió su madre y vive aquí —repliqué.

No parecía tener ganas de continuar aquella conversación para la que carecía de argumentos coherentes con los que rebatir lo que yo le estaba proponiendo.

—Es cierto, pero el caso de Micaela fue una excepción.

—Por esa razón, puede hacer otra en este caso.

Pensé en mi dinero. Y en lo que podía contribuir a que, a pesar de sus limitaciones físicas, aquel bebé, que tenía la misma edad que el mío, pudiera aspirar a una vida mejor.

—Quiero hacerme cargo de su educación y de que no le falte nada.

—No es fácil lo que me propone, Alejandra.

—¿Dónde está el problema?

—Nosotras aquí todo lo que podemos hacer es mandarle a la escuela del pueblo. Cuando vaya a Tolosa continuará sus estudios allí, en otro centro público.

Me explicó que al tratarse de una formación distinta como la que yo quería ofrecerle a Luisito en un colegio privado, viviendo en Fraisoro, no era posible.

—Lo primero que habría que buscar para el niño es un hogar. Una familia.

Eso ya lo sabía sin que ella me lo recordara.

—Veré qué puedo hacer en ese sentido.

Sor Carmen se quedó mirándome con cierta perplejidad.

—Es muy difícil, se lo aseguro.

Quizá, pensé, Pierre Daraspe podría echarme una mano. Él y Marcel estaban muy comprometidos con las obras de caridad que se realizaban desde la parroquia de Biarritz. O desde la institución parisina de la que les oía hablar con frecuencia, donde apadrinaban a niños sin hogar.

También pensé en Micaela. Era una chica despierta, lista y demasiado madura para su edad. ¿Por qué no podía hacerse cargo ella del niño fuera de aquel hospicio?

Cuando se lo planteé a sor Carmen, su respuesta no pudo ser más inesperada:

—Usted le ofrecerá una vida digna y estará protegido de burlas y maltratos.

Salí de Fraisoro con una responsabilidad de la que jamás me arrepentí.

TERCERA PARTE

35

Tolare

La primera vez que visité el corazón del valle del Goierri guipuzcoano, me impresionaron sus montañas tan verdes, la personalidad de la cima del Txindoki y el mercado de Villafranca de Oria. Para una señorita de Neguri como yo, todo aquello era absolutamente extraordinario. Como también lo era la nueva vida que estaba empezando en San Sebastián. Hasta entonces, nunca había tenido la oportunidad de mezclarme con gentes llanas como en Villafranca, oler a estiércol en la plaza Garagarza o en la calle de los burros donde se vendían animales vivos y admirar verduras u hortalizas recién extraídas de la huerta.

Pero si algo me llamó la atención del mercado fue el intenso aroma de los quesos. Los había ahumados o de corteza blanca. De mayor tamaño o más pequeños. Elaborados con leche de oveja *latxa* por pastores que pasaban un tiempo en las chabolas diseminadas por las campas de Enirio-Aralar, donde pastaba el ganado durante el verano.

Cortados en mitades para que los compradores pudieran observar si tenían ojos o no —esas bolsas de aire que se quedaban durante el

llenado de los moldes—, también había unos cuantos quesos elaborados a partir de la leche de vaca.

—Es un mercado único y, además, el más antiguo del que se tiene constancia. —A Ramón Zabala le gustaba explicarlo porque se sentía muy orgulloso de sus raíces.

—¿A cuándo se remonta su origen? —Para mí, todo aquello estaba resultando una experiencia nueva y miraba a todos lados con ojos abiertos como platos de asombro.

—Tiene una concesión real del siglo XVI.

Me contó que fue la reina Juana de Castilla quien en 1512 otorgó a la villa la autorización para que hubiese un mercado franco todos los miércoles. Al parecer, el pueblo había sido arrasado por las llamas tiempo atrás y con ello, desde la Corona, se quiso ayudar a la reconstrucción de la villa condonando los impuestos a los agricultores y ganaderos que vendían sus productos allí cada semana.

Gran aficionado a la gastronomía y apegado a las costumbres de su tierra, a pesar de que era un hombre de mundo, Ramón seguía unido a sus raíces. Fue mi cicerone en un enclave protegido por una sucesión de elevadas montañas salpicadas de caseríos, entre los que se encontraba Tolare. Se erguía con una torre vigía desde la falda del monte Arramendi, a pocos metros del cementerio. Era una absoluta rareza arquitectónica de cierto estilo mudéjar, en un entorno donde no existía ningún otro vestigio de ese cruce entre la cultura judía, musulmana y cristiana.

Antes de llegar al pueblo, sin saber que era su casa familiar, me llamó la atención la edificación por su gran torre de proporciones importantes. Rodeado de manzanos y frondosa vegetación, resultaba obvio que Tolare se trataba de una construcción anómala, en aquel entorno rural donde todos los caseríos eran iguales, y por ello encerraba cierto misterio.

—Esta es mi casa. Aquí nací y aquí vuelvo siempre que puedo. —Percibí su alegría en aquellas palabras.

—No me imaginaba que Tolare fuera así.

—Es normal. Nadie espera encontrarse una arquitectura de estas características aquí.

Entonces empezó a explicarme también cómo había encargado el árbol genealógico de sus ancestros con el que descubrió que su familia llevaba asentada allí más de un siglo. Algo completamente inusual, porque lo habitual era que los enlaces matrimoniales provocaran cierta movilidad entre unos pueblos y otros.

Sus hermanos menores, Crescencia y José, sabían que íbamos a ir a visitarlos. Esta vez fuimos con Miguel. Ambos se habían afanado para que el lagar estuviera impecable. Era la parte del caserío que más le gustaba a Ramón. El esqueleto sobre el que giraba la vida en aquel hogar donde él nació y al que regresaba como el salmón vuelve al río donde nace. Ese lagar que ahora permanecía sereno, e impoluto, a la espera de la cosecha para convertirse de nuevo en el latido viviente del caserío.

—Recuerdo lo mucho que me gustaba chapotear y chuparme el dedo del pie porque sabía a manzana —dijo con una sonrisa.

—¿A manzana? —pregunté, intrigada, porque no acababa de comprender lo que me estaba explicando.

Empezó a narrar cómo se llevaba a cabo el proceso que realizaban en el caserío para hacer sidra, cuando él era pequeño. Era imprescindible machacar las manzanas antes, manualmente, con el pisón. En todos los lagares había varios, al menos uno para cada miembro de la familia. Se trataba de un artilugio, normalmente de roble, compuesto por un palo engarzado a un trozo de madera maciza en forma de cono. El pisón tenía una base considerable, que podía llegar a ser de unos treinta centímetros. Se iba estrechando en la parte superior donde se unía al palo por el que se sujetaba para realizar la tarea de golpear y machacar el fruto.

—Verás, los niños a la vez que jugábamos en el lagar aplastábamos con nuestros piececillos descalzos las manzanas, previamente golpeadas. Las piernas se hundían entre los frutos que iban deshaciéndose en mil pedazos. El jugo resultante iba por este

tobogán hasta las barricas que había abajo, en el establo. —Señaló el recorrido de la futura sidra.

Veía la felicidad de un niño en el rostro de aquel anciano, mientras recordaba su experiencia infantil. A Ramón Zabala la vida le había curtido, pero conservaba intactos los recuerdos de una infancia feliz a pesar de las carencias.

—Me mojaba hasta las rodillas, pero ¡qué a gusto! —exclamó de pronto. Estaba realmente disfrutando contándome sus vivencias de infancia—. A Íñigo lo que más le divertía era coger las manzanas cuando caían al suelo desde el árbol, me dijo.

Desde el lagar, me llevó hasta el exterior del caserío, rodeado de manzanos y una huerta espléndida donde Crescencia y José cultivaban tomates, judías, cebollas y unas enormes calabazas que se extendían por el terreno, ligeramente empinado. Ramón se acercó hasta una de las ramas y la sacudió con energía.

—¿Ves cómo caen?

Quedaron desperdigadas, pero en un radio muy corto.

Miguel observaba la escena con sorpresa. No perdía detalle de cada paso que daba el hombre, a quien adoraba y hacía partícipe de sus juegos siempre que este acudía a Atherpea donde vivía mi hijo, mi ahijado ante los ojos de todos y, por supuesto, los de Valéry, con quien había establecido una relación estable y convencional. Fuimos enamorándonos poco a poco. Desde la serenidad. Con esa pasión algo más sosegada que en ese primer amor loco y desenfrenado.

Éramos jóvenes, aunque yo ya arrastraba un pasado, la vida había puesto en mi camino una nueva oportunidad para ser feliz.

En Tolare, contemplando aquella escena familiar, sentía que las piezas iban poco a poco encajando en la vida de mi hijo, y de algún modo en la mía propia también.

Ramón llamó a su hermano para que le trajera un cesto de mimbre.

—Alejandra, ¿no quieres ayudarme?

—Yo sí —se oyó la voz infantil de Miguel que ya corría hacia Ramón para participar en la recolección imprevista de los frutos, ya maduros.

—Sí, claro, pero no sé si seré capaz de agitar las ramas —dije yo también. Me pareció una experiencia divertida, en la que participé desde la curiosidad ante algo nuevo, de lo que había oído hablar a Ramón en infinitas ocasiones.

—Es fácil. Solo hay que tener maña —dijo convencido.

A pesar de mi atuendo urbano, no tuve reparo alguno en agarrar una de las ramas que estaba cargada de frutos y zarandearla hasta ver cómo se precipitaban al suelo, mientras Miguel nos observaba a los dos con sus ojitos vivarachos llenos de vida. Parecía que le interesaba aquel mundo desconocido para él hasta entonces.

La experiencia resultó de lo más curiosa. Me gustó. Después de recoger todas las manzanas que habían caído me acerqué a sacudir un par de ramas más.

Entre los dos, llenamos un par de cestos. Mi hijo ayudaba también, en una vivencia que había acaparado toda su atención y energía mientras, excitado, correteaba de un lado a otro para meter en el cesto aquellas manzanas que iba recogiendo del suelo con sus tiernas manitas.

Crescencia me observaba atónita, sin dar crédito a ver cómo una joven elegante que lucía tacones se había despojado de los zapatos para afanarse descalza en aquella tarea reservada a su hermano y ella.

Más que un caserío, Tolare parecía un museo. Lejos de ser una vivienda de labranza típica, con el ganado a las puertas, cierto olor a establo y ropa tendida en varias cuerdas a la entrada de la casa, allí nada hacía sospechar que habitaran dos ancianos.

—Cada año, a partir de octubre, esta casa se impregnaba de olor a manzana. —Ramón parecía viajar al pasado. A esa infancia a la que jamás se retorna.

Tanto las vigas del techo como las que asentaban el caserío se veían impecablemente barnizadas. Aun así, allí seguía estando muy

presente el aroma del fruto que ahora tenía entre mis manos. En un espacio de dimensiones importantes como era aquel lagar, había prensas, guadañas, azadas, cedazos y otros tantos aperos de labranza colocados de forma ordenada. También un par de *kaikus*. Ese cuenco tallado en madera que se utilizaba antiguamente en los caseríos vascos para recoger la leche durante el ordeño y, en ocasiones, también para calentarla. Se ponía previamente una piedra en la lumbre, donde alcanzaba temperaturas muy altas para introducirla a continuación en el interior del *kaiku* lleno de leche.

Parecía no haber pasado el tiempo por aquellos dos cuencos de madera, que ahora se habían convertido en unas piezas de decoración muy apreciadas por coleccionistas.

Al otro extremo de la sala, varios pisones algo escondidos parecían vigilantes desde un discreto ángulo del lagar.

—Era un trabajo duro para nuestros padres, que se acostaban con las piernas y los brazos cansados de machacar con el pisón y trasegar con la sidra en el lagar, que durante la guerra fue también una pieza importante.

—¿Por qué? —Yo iba de sorpresa en sorpresa, mientras Miguel parecía entretenerse con los utensilios que iba descubriendo.

—Te hablé de los archivos que se esconden en la casa de Biarritz, pero ahora voy a contarte lo que ocurrió aquí.

En la vida de Ramón parecía estar todo entrelazado de forma coherente. Como si alguien hubiera escrito minuciosamente el guion de su existencia, me iba relatando lo sucedido en cada escenario. Bajo el manzano de Atherpea se escondían los restos del fundador del partido y ahora quería desvelarme el secreto del lagar.

Nos acercamos hasta el lugar donde se encontraba aquella docena de pisones. Cogió uno. Todos parecían iguales, con las mismas imperfecciones y el desgaste que reflejaba el paso del tiempo y el trabajo acumulado.

Muy cuidadosamente, extrajo el palo de la base cónica que no parecía especialmente pesada, a pesar de que era grande. A

continuación, tomó entre sus manos la base de madera y la puso bocarriba.

—Acércate, Alejandra —me pidió, al tiempo que con un objeto punzante extraía toda la base. Estaba milimétricamente ajustada, pero se podía sacar si se sabía cómo hacerlo—. Mira. —La base del pisón estaba hueca—. Seis de los doce que hay aquí son como este. —Le miré, sin comprender. ¿Qué querría decirme?—. Aquí escondí una docena de pistolas, dos en cada pisón. —Se refería a la época de la Guerra Civil—. Mi padre me pidió ayuda y no dudé.

Estaba aturdida con todo lo que Ramón iba contándome. Era obvio que la militancia de sus padres había marcado su existencia.

—Él ya era muy mayor para ir al frente —prosiguió—, pero se encargó de dar cobertura a una de las compañías del batallón Saseta.

Jamás había oído hablar en mi casa de aquella parte de la historia de nuestro país que ahora estaba descubriendo. Empezaba a interesarme todo lo que el padre de Ana iba contándome en su caserío donde el olor a manzana estaba muy presente.

—¿De qué modo? —Sentí curiosidad.

—Escondiendo a *gudaris* y, en alguna ocasión, como correo. Tolare también fue depósito de pequeños cargamentos de armas.

Eso sí que me pareció extraordinario. Una historia fascinante que había transcurrido en el escenario donde me encontraba ahora.

36

Qué escondía el ataúd

Si no fuera por lo macabro de la historia, me hubiera reído junto a Ramón. En Tolare, estaba descubriendo no solo parte de las raíces de Íñigo, un entorno familiar muy distinto al mío, también otra versión de la Guerra Civil por parte de alguien que la vivió en primera persona.

Oyéndole, comprendí que había que conocer cómo se desarrolló aquella tragedia en un entorno ajeno al mío, en el que crecí pensando que todo había sido mucho más sencillo y que solo hubo vencedores y vencidos.

¿Qué fue de todas aquellas personas a las que les pilló por sorpresa una situación que cambió el destino de miles de familias?

En una comarca industrial como era la del Goierri, la guerra se dividió en silencios. Quienes exhibían su triunfo frente a rostros taciturnos sin expresión que soportaban estoicamente ver cómo afloraba lo peor del ser humano, bajo banderas que reflejaban la supremacía de quien se sabía vencedor.

—A mis padres no les despojaron de sus bienes porque logré que los nacionales hicieran la vista gorda. —En un pueblo relativamente

pequeño como aquel, se conocían todos—. De lo contrario, quizá hasta le hubieran prendido fuego al caserío.

—¿Cómo viviste tú la guerra? —me atreví a preguntarle sin rodeos.

—Los primeros meses fueron complicados. A mí, me salvó la chatarrería.

Ramón era lo suficientemente viejo como para que ya no le importara contar la verdad a alguien como yo, a la que había acogido como su nieta sin serlo. No tenía que simular, ni mentir, porque me consideraba parte de su familia. La mujer que le había dado su primer biznieto en una situación terrible. Quizá por ello despertaba una ternura muy especial en él.

—Mi padre se había significado mucho y hubiéramos terminado todos en la fosa, si no hubiera sido por mí. —Lo dijo sin falsa modestia, de forma natural.

—¿Por qué? —quise saber.

—Cuando estalló la guerra, me encargaba de retirar todo aquello que se pudiera convertir en chatarra. De forma simultánea, empecé a fabricar utensilios para el ejército: cubiertos, cantimploras, tazas con asa y distintos tipos de cadenas.

En la fábrica matriz, que se encontraba camino de Zaldibia, una de las localidades próximas a Villafranca de Oria, Ramón se arriesgó a construir un depósito de armas bajo el río al que se accedía desde un doble fondo de la empresa. Allí, bajo las aguas nada profundas del río Amundarain, aguardaban las armas hasta que desde el batallón requirieran suministros.

—Los mismos operarios que hacían los cubiertos y se los entregaban al ejército sublevado se encargaban de esconder las pistolas bajo el río.

Me estaba contando una historia extraordinaria. Casi imposible de creer para alguien como yo, que sabía tan poco sobre la Guerra Civil. Me pregunté si los archivos que descansaban en la biblioteca de Atherpea habrían pasado también por aquel escondite bajo las aguas del río Amundarain en su camino hacia el exilio de Biarritz.

Ramón parecía estar en paz. Asumía con serenidad aquel episodio de su vida.

—Hice lo que tenía que hacer en aquellas circunstancias —admitió.

Me costaba asociar su pensamiento a una sola ideología. Quizá Ramón siempre supo que únicamente desde el pragmatismo podría sobrevivir a una guerra sin razón en la que sus padres estuvieron demasiado involucrados.

—Amé mi cultura y mis raíces, y quizá por eso no me importó arriesgarme hasta el extremo —concluyó.

En Tolare se respiraba quietud. Parecía no transcurrir el tiempo. A veces se oía el murmullo de las hojas de los árboles. Era el viento quien las mecía lentamente, como si quisiera acariciarlas de una en una.

—El archivo que hiberna en la biblioteca de Atherpea algún día cobrará vida de nuevo. Cuando muera el dictador. —Semejante afirmación me desconcertó. Él continuó—: Yo ya no estaré, pero tú tienes la responsabilidad de velar por ello, porque Miguel será el depositario de todo lo que hay allí.

Nunca hubiera pensado que la relación entre el abuelo de Íñigo y yo pudiera ser tan estrecha, con ese grado de confidencialidad que me abrumaba.

—¿Cómo llegó el archivo a Biarritz? —pregunté.

Ramón se quedó pensativo, con la mirada ciertamente ausente.

—En un ataúd —respondió de pronto.

Aquello sí que no me lo esperaba.

—La frontera estaría cerrada… —me atreví a decirle.

—Sí, claro, pero los muertos tienen otras formas de viajar. —Soltó una sonora carcajada mientras me guiñaba un ojo buscando mi complicidad—. Se utilizó un ataúd para el traslado. —Tuvieron que esperar varias semanas hasta que se presentó la oportunidad. La muerte de un jesuita en el colegio de Indautxu de la capital vizcaína facilitó las cosas—. No fue sencillo. El archivo permaneció meses dentro de una fosa, en el cementerio del santuario de Loiola.

—¿En un panteón? —Me sorprendí, completamente aturdida.

—Es el lugar más seguro. También hoy en día.

Mi sorpresa iba en aumento. En eso parecía coincidir con don Fausto. Para ambos el camposanto era el lugar idóneo para la clandestinidad.

—Sin la colaboración de la Compañía de Jesús, no hubiera sido posible salvarlo.

Aprovecharon el traslado del ataúd desde Bilbao a Azpeitia para colocar bajo el cuerpo del jesuita fallecido todos los documentos fundacionales, en un doble fondo que se había hecho previamente. Cuadernos bien protegidos dentro de finos sacos de pequeñas dimensiones confeccionados para tal fin.

—Así que existía ya un féretro concreto para ello a la espera de un cadáver.

—Más o menos. Yo me encargué de que el carpintero funerario de la comarca fabricara un ataúd siguiendo mis indicaciones. —Nunca había oído hablar de un artesano semejante—. Las familias más pobres fabricaban ellas mismas la caja de muerto en el caserío. Pero lo habitual era que fuera el carpintero funerario de la zona quien se encargara de hacerla con la madera que traía de los bosques próximos. El cuerpo del jesuita finado que, por cierto, era un ilustre hombre de letras, lo llevaron hasta el santuario de Loiola en una camioneta de la Compañía de Jesús, que contaba con el correspondiente salvoconducto. La Iglesia tenía libertad para moverse, siempre y cuando estuvieran en zona nacional, donde, obviamente, no sufrieron ataque alguno.

Me habló con especial cariño de un viejo religioso adscrito a la comunidad de Azpeitia, entregado al estudio de la Biblia.

—Nadie sospechó que fue él quien nos ayudó. Ni siquiera sus compañeros de las celdas contiguas, donde había todo tipo de ideologías.

—¿Cómo lograste llevar el archivo después hasta Biarritz?

—Cuando se abrió la frontera al terminar la guerra, entre chatarra, bien protegido, por supuesto. —Ramón tenía una gran historia. Su

vida era digna de una novela extraordinaria—. Pero ahora lo importante es que Miguel coja mi testigo cuando sea mayor —apostilló.

Aquel anciano adoró a Íñigo desde que nació. Lo decía abiertamente en multitud de ocasiones. Tanto delante de su hija Ana, como cuando yo estaba presente.

—Era muy parecido a mí, y como él ya no está, espero y confío en que tú cumplas mi deseo. —Vi el brillo en sus ojos.

—Falta mucho para eso todavía —repliqué. Quizá no me sentía preparada para asumir su legado, pero había sufrido tanto que el dolor me había hecho madurar a una edad en la que mis amigas solo pensaban en acudir a fiestas y divertirse.

—Tú sabes como yo que cada vez me queda menos. Así que vete asumiendo lo que te tocará pronto. Ana te ayudará.

37

Aprendiendo en una nueva realidad

Cuando me casé, los matrimonios eran para siempre. Con Íñigo muerto, y nuestro hijo adoptado por sus abuelos paternos, no me había planteado rehacer mi vida amorosa de forma inminente. Fue un amor tan puro el que vivimos juntos en Neguri, que esa primera experiencia era imposible de borrar de un corazón lastimado como el mío, por su muerte violenta a manos de don Fausto.

Hasta que un buen día, Valéry, cargado de *chamontais* en una bandeja de pastelería, llegó a mi vida. Desde que lo conocí me resultó interesante. Era un hombre sereno, aunque sin el impulso vital de Íñigo, a pesar de su juventud. En cierto modo, tenía un punto enigmático, de misterio. De hecho, a veces, parecía que ocultase algo. A los ojos de los demás, reunía todas las condiciones envidiables para cualquier mujer. Sus cabellos engominados oscurecían el color natural de sus sienes doradas. Curiosamente, tenía en su forma de caminar un cierto aire francés, sin serlo del todo, menos masculino que la rotundidad vasca.

En una primera fase, nuestro noviazgo se afianzó más por mi deseo de ocultar el pasado, pero luego fue brotando el

enamoramiento de forma natural. Era muy joven y, sin embargo, yo sentía que había vivido tanto como una vieja. En casa de tía Elvira recuperé la ilusión por volver a verme guapa, pero una parte de mi corazón quedó necrosada para siempre tras la muerte Íñigo. Don Fausto, en algún momento, tendría que pagar por ello. Cada vez estaba más cerca ese día.

—Es un chico estupendo, Alejandra. No lo dejes escapar —me decía mi tía.

Al principio, tuve algunas dudas, que pronto se disiparon.

Si bien al comienzo de nuestra relación experimenté esa explosión de energía, lógica a una edad en la que las hormonas fluyen de forma incontrolada, a medida que transcurrían los meses, el noviazgo derivó en una sucesión de encuentros en los que nos íbamos amando de forma más serena, como era él, y también como yo agradecía que fuera.

—¿Cuándo os vais a prometer? —A mi tía lo que le interesaba era que nos casáramos cuanto antes—. Con treinta años nadie te va a pedir en matrimonio.

—¿Por qué? —pregunté; su comentario me dejó estupefacta.

—Tienes que aprovechar tu juventud y la belleza que tienes ahora. Tu madre y yo lo hicimos y mira lo bien que nos ha ido a las dos. —Eso era lo que ella creía o hacía ver ante los demás.

A ambas las habían educado desde pequeñas para simular una realidad distinta a sus sentimientos, que muy probablemente, con el paso de los años, mi tía se fue creyendo lo que aparentaba.

Mi madre, por el contrario, tuvo la valentía de mirarme de frente y confesarme la amargura de una vida junto a don Fausto, pero también la pasión prohibida de la que yo nací. ¿Quién se hubiera atrevido a hacer algo así? ¿A admitir ante su hija la verdad de su existencia? Yo no conocía ninguna mujer con semejante arrojo para hablar de esa manera.

—Quiero a Valéry y además lo deseo. —Mi tía se quedó anonadada al oírme. Parecía escandalizada, aunque yo sabía que era una pose,

fruto de esa educación en la que lo normal era fingir o simular constantemente. Mentir.

—¡No digas esas cosas, Alejandra! Una señorita como tú nunca se refiere a cuestiones carnales.

—Para casarse con un hombre también hay que desearlo, tía Elvira.

Calló. Le pilló tan desprevenida mi afirmación, que no acertó a buscar una respuesta rápida con la que rebatir lo que acababa de decirle.

A diferencia de su hermana Blanca, Elvira no era tan espectacular ni voluptuosa como ella. Carecía de la elegancia innata de la que mi madre siempre pudo alardear, sin hacerlo. Tenía sobrepeso y unos pómulos sonrosados que armonizaban con el rojo carmín de sus labios bien dibujados. Cuando dejaba los brazos al descubierto, estos lucían rollizos sin apenas vello, como sus pantorrillas que, a menudo, ocultaba bajo distintos modelos de pantalones que adquiría cuando iba a Burdeos con Antoine.

Me hacía gracia el cardado de su melena corta, inmovilizada por toneladas de laca con las que la fijaba muy de mañana, los días en que no iba a la peluquería.

—¿Por qué no te sueltas el pelo un poco? —le dije un día.

—Es lacio y si no me pusiera laca estaría siempre despeinada.

—Tienes una melena preciosa, estarías más guapa si la llevaras al viento. —Se quedó pensativa al oír la recomendación que le hacía.

—Quizá tengas razón. Lo pensaré.

Tía Elvira aceptaba las sugerencias, aunque luego decidía dependiendo del humor con el que se levantara cada mañana. Sus cabellos eran oscuros, del mismo color que el perfilador negro que utilizaba para dibujar la mirada rasgada que le gustaba lucir que, por cierto, rejuvenecía en algunos rostros como el suyo.

Por el contrario, cuando acudía al asilo infantil, no se arreglaba especialmente porque allí le gustaba mezclarse a la hora del recreo con los más pequeños y sentarse en el corro a jugar con ellos.

Era una de las pocas benefactoras que hacía esas cosas. Sus compañeras de la junta de señoras, como se llamaba el consejo rector, preferían observar a los niños y niñas desde la ventana o visitarlos durante la clase. Eran formas distintas de estar presentes en la vida de unos pequeños, agradecidos con el amor que todas ellas les daban, cada una a su modo. Quizá mi tía se involucraba más afectivamente porque no había tenido descendencia.

—Estaría bien que de vez en cuando me acompañaras, así conoces de cerca la labor que hacemos.

Acepté su propuesta con agrado. No me costaba nada acercarme hasta el número 33 de la calle Prim, donde el patio de recreo era un jolgorio.

Así que nada mejor que acompañar a tía Elvira e implicarme en su proyecto vital. Ayudar a los más necesitados.

Mientras me sumergía en aquella nueva realidad altruista no podía evitar pensar en las conversaciones que mantenía con mi madre. Desde su confesión, a partir de aquel día nuestra relación fue distinta. Superada la primera impresión que me conmocionó durante algunas semanas, la comunicación entre ambas fluía mejor, porque hablábamos con más franqueza de cuestiones íntimas.

Alejandro era un hombre tan distinto a don Fausto, que sin quererlo me encariñé con él. Hablaba con dulzura. Sentía su calor. Evitábamos hablar de mi madre porque ella así me lo pidió. Ninguno de los dos queríamos hacer referencia alguna a ese pasado en el que me concibieron. Nada podía cambiar en nuestras vidas. Todo seguiría igual que hasta entonces, aunque ambos supiéramos que desde que ella me confesara mi verdadero origen, yo me sentía ciertamente confundida.

¿Por qué la vida encerraba tantos secretos a los ojos de los demás? No entendía esa doble moral presente en la vida de ricos y pobres, donde nada era lo que se aparentaba en sociedad.

—Cuanto antes aprendas y asumas la mentira en la que todos vivimos será mejor para ti —me dijo mi madre una tarde mientras

paseábamos por las calles de Bilbao. Y lo expresó con pleno convencimiento.

Seguía siendo una mujer adorable, sí, pero cuando abordábamos temas existenciales, su semblante parecía endurecerse y perdía esa luz que irradiaba en otros momentos.

Con la recomendación de mi madre tatuada en el corazón, fui aprendiendo a desenvolverme en ese nuevo camino donde iba avanzando en busca de una felicidad que al menos en el amor sí había encontrado junto a Valéry. Solo que a nivel emocional se había convertido en un auténtico calvario del que no podía hablar con nadie. Estaba obligada a aparentar, a simular una situación que nada tenía que ver con mi realidad íntima.

Ocultar cada día la existencia de Miguel me resultaba más doloroso. Aun así, yo era una auténtica privilegiada porque tenía a mi hijo cerca, pero en la oscuridad de esa clandestinidad obligada.

Valéry parecía impaciente por formalizar nuestro compromiso.

—Creo que ha llegado el momento de casarnos. No hay por qué esperar más.

Tras un noviazgo como el nuestro, el matrimonio era el desenlace natural. Yo le quería. Nuestra complicidad era real, y gracias a él fui aprendiendo a vivir de nuevo. A ser feliz.

Junto a él me aguardaría una existencia sin sobresaltos en Cambo-les-Bains, donde Miguel crecía muy cerca de mí, rodeado de todo el amor que le dábamos su familia. Quizá fuera la mejor solución para seguir unida a mi hijo sin levantar sospecha alguna ante nadie.

Cuando le comuniqué a tía Elvira mi decisión, me abrazó alborozada.

—Llevaba meses soñando con esa noticia. —Me dijo, visiblemente emocionada y con los ojos humedecidos—. En un futuro no muy lejano vendréis a vivir aquí.

Eso era lo que ella anhelaba. Que Chocolates La Bahía y la empresa de tío Antoine se unieran.

—Falta mucho para eso, tía —repliqué, y era cierto, además.

—Eso no importa. Ahora tenemos que empezar a organizar tu boda.

Antes de comunicarle mi decisión de no hacer celebración alguna, pensé en una buena argumentación. Tenía que hacerle comprender que don Fausto no iba a asistir en ningún caso. Ni a un enlace multitudinario como el que había decidido no celebrar, y menos a la ceremonia discreta que iba a tener lugar en una pequeña iglesia, a un puñado de kilómetros de Biarritz.

—¿Cómo vas a darle a tus padres semejante disgusto, Alejandra?

Tuve que recordarle el episodio que jamás hubiera querido verbalizar. Cuando oyó la frialdad con la que le hablé del suceso, inclinó la cabeza incapaz de sostener mi mirada.

—Quizá tengas razón —acertó a decirme.

En ningún momento deseaba discutir con mi tía. Evité continuar hablando de ello. A fin de cuentas, me había acogido con mucho cariño, como si fuera esa hija que nunca tuvo.

—Valéry y yo queremos algo íntimo.

—¿Dónde pensáis casaros?

—En una pequeña iglesia que hay en Sokoa.

El enclave de Sokoa al que yo me refería no estaba en Hendaya, sino junto a San Juan de Luz. Era un barrio formado por unas pocas decenas de casas solitarias, que se encontraba sobre una colina de paradisiacas vistas al mar, donde todavía se distinguía un viejo castillo construido en el siglo XVI, del que solo quedaba el torreón circular y parte de la muralla que lo protegía de las aguas del golfo de Vizcaya. En días de tempestad, el salitre devoraba todo lo que encontraba a su paso, incluso las pequeñas embarcaciones *txipironeras* amarradas en el puerto, refugiadas tras el espigón que se prolongaba desde las ruinas del castillo. Las *txalupas* multicolores de madera, fabricadas por las manos de experimentados carpinteros en pequeños astilleros artesanales, componían una imagen viva sobre las aguas tranquilas durante el verano y bravas en el otoño próximo.

Al igual que yo, mi tía también conocía bien la costa vascofrancesa.

—¿No será la parroquia de los pescadores?

—Sí. Está en una colina sobre el mar.

A Valéry le gustaba ir a rezar allí. Era muy devoto de san Francisco Javier, y como aquella iglesia llevaba el nombre del santo que veneraba, sus visitas solían ser frecuentes. Para llegar, había que caminar por una estrecha carretera empinada hasta alcanzar la cima. Pulcramente pintadas de blanco, las cuatro paredes de la parroquia de Sokoa brillaban en momentos de radiante sol, que solía ser durante los largos días de verano. Llena de luz, con forma de embarcación en su interior, supe que aquella iglesia había sido construida pocos años atrás por el padre Pierre Larzabal, sacerdote de Ascain, una pequeña localidad próxima.

—Es muy bonita. —A mi tía le gustaban las iglesias originales y sencillas como aquella.

Su interior recordaba a un barco pesquero. Como tantos que cada día salían del pequeño puerto a faenar en aguas próximas. Hasta entonces los *arrantzales* no habían tenido una iglesia en su memoria. La primera vez que fui con Valéry me quedé impresionada por la sencillez de su ornamentación y la paz que se respiraba. No tenía nada que ver con la basílica de Begoña, a donde mi familia nos llevaba en fechas señaladas.

El día que Valéry me llevó allí, y después de que ambos rezáramos en su interior una solitaria mañana de lunes, que era el día que él tenía fiesta en el balneario, me abrazó como lo hace un hombre enamorado.

—Es un lugar mágico.

Mientras una ligera brisa de mar mecía mis cabellos, no pude evitar acariciar su nuca ligeramente engominada. Volvía a sentir que estaba viva. Valéry había logrado que albergara en mí la nueva ilusión de ser feliz. Y esta vez no se me iba a escapar.

38

Dos ríos que confluyen

Mi sueño era que Miguel llevara las arras. Tenía que estar presente en un día tan importante para mí. Era su madrina y nada podía impedirlo, salvo mi decisión de que fuera una ceremonia íntima y sin fastos. Regresé unos días a Atherpea donde volví a sentirme arropada, protegida por una familia que apoyaba mi felicidad. Y lo más importante, que podía disfrutar de Miguel en todo momento.

Cuando les comuniqué a Teófilo y a Ana la existencia de Valéry, ambos comprendieron sin ningún tipo de objeción que una mujer tan joven como yo debía rehacer su vida.

—Íñigo siempre estará en mi corazón.

—No hace falta que nos lo digas, porque sabemos que tu sufrimiento fue igual al nuestro.

Miguel era un niño hermoso, feliz. También algo inquieto. Revolucionaba la clase con sus travesuras infantiles.

Hablaba francés y español con la misma fluidez y sin acento alguno. Ana, además, se había encargado de contratar una institutriz vasca para que también aprendiera esa lengua que la chica dominaba perfectamente.

Sus mofletes regordetes, la vitalidad que derrochaba y ese punto de trasto que tenía, le hacían revivir a Ana la infancia de Íñigo.

—Ha sido el mayor regalo después de la tragedia.

Aunque la muerte de un hijo no se supera nunca, parecía que habían podido atenuar la huella hiriente del dolor, para dar paso al jolgorio continuo que se respiraba en Atherpea con la energía de Miguel.

Desde que le comuniqué la intención de contraer matrimonio, mi madre decidió quedarse al margen. No porque quisiera evitar acompañarme, sino para que don Fausto no sospechara lo más mínimo, ni tuviera conocimiento alguno sobre mi vida.

—Es mejor que siga desconociendo tu paradero.

Ese había sido mi deseo desde que abandoné Neguri y por suerte mi madre seguía apoyándome.

—Gracias, *ama*.

Nuestro noviazgo estuvo salpicado de algunos altibajos, pero siempre desde el respeto y el amor que nos profesábamos. Si bien la figura de Íñigo se fue desdibujando de alguna manera, el problema al que me enfrentaba ahora era como afrontar la existencia de mi hijo.

—No se lo digas jamás, Alejandra. Hazme caso —me recomendaba mi madre.

A veces, sentía la necesidad de confesarle mi secreto, de hacerle partícipe a Valéry de aquellas hortensias teñidas de sangre que cambiaron el destino de mi vida.

—Si decidiste ocultar tu maternidad entonces, no la hagas pública ahora. —Una y otra vez mi madre me repetía hasta la saciedad que no se me ocurriera hablarle a mi prometido de mi hijo—. ¿Qué ganas con decírselo?

Me quedé pensativa al oír su reflexión.

—Quizá liberar el alma de una presión que me carcome —repliqué.

—¿Has pensado en la reacción de Valéry? Él es un hombre profundamente religioso —insistía ella. Una vez más, mi madre tenía razón. Su religiosidad podría condicionar nuestra relación y poner en peligro la boda si descubría que Miguel era mi hijo. Que yo tenía un

pasado del que no podía sentirme demasiado orgullosa—. ¿Vas a poner en riesgo tu futuro por confesarle algo que no puedes cambiar?

Percibí su mirada como una orden. Ciertamente, tenía mucho que perder y poco que ganar. Salvo una liberación sicológica momentánea que en minutos se volvería contra mí. Me quedaría desnuda. Totalmente vulnerable a merced de lo que Valéry decidiera, si seguir adelante con nuestro enlace o cancelar la boda con la que yo me aseguraba una nueva vida sin pasado. Solo que el deseo era otra cosa.

—¿Estás enamorada de Valéry?

Sí sentía que lo estaba, porque cuando nuestros cuerpos se abrazaban se me erizaba la piel, me humedecía por dentro, como me ocurría con Íñigo durante nuestros furtivos encuentros.

—Sí, *ama*, lo estoy. Es una gran persona.

—Entonces, no le hagas daño. Deja las cosas como están.

Cuando mi madre abandonó la casa tras un par de visitas para regresar a Neguri, sentí el peso de un pasado que iba a acompañarme siempre, aunque comenzara una nueva vida junto al hombre al que amaba.

Desde la ventana del salón vi alejarse su figura caminando despacio, pero con decisión, antes de montar en el coche que la llevaría de nuevo a Villa Abaria. Tres largos años atrás, todos nos preparamos para el peor escenario. Por suerte, había sobrevivido a una operación que, en principio, ni el propio neurocirujano estaba seguro de que tuviera un buen desenlace.

Siempre había sido una mujer fuerte y adorable a la vez. De carácter, pero sensible ante el más mínimo atisbo del dolor ajeno.

Me sentía muy orgullosa de ella y de la valentía con la que me confesó el secreto de su vida cuando creía que iba a morir. Quizá yo no hubiera tenido el mismo arrojo, ese coraje con el que enfrentó una realidad oculta, y que si no hubiera sido por su enfermedad jamás me habría desvelado la verdadera identidad de mi padre biológico. Eso ahora ya importaba poco. Lo único que deseaba era casarme con

Valéry y que Miguel siguiera siendo un niño sano y feliz al que pudiera continuar viendo con frecuencia.

A la hora de elegir el vestido de novia pensé en Luciana. Quién mejor que ella para confeccionarlo. Seleccionaría con mimo cada hilo, el modelo que mejor realzara mi silueta algo rechoncha y los tejidos adecuados entre sedas salvajes, organzas y guipures suizos. Le daría una grandísima alegría, además.

Al otro lado del teléfono, Luciana no daba crédito a lo que le estaba contando.

—¡Cómo me alegro de que seas feliz! ¿Cuándo es la boda?

—Todavía hay tiempo.

La puse al corriente de los detalles, que no eran muchos, porque iba a ser una ceremonia íntima al otro lado de la frontera.

—Tendré que ir antes a conocer ese sitio.

—No te preocupes, porque nos veremos para que conozcas el taller de Pierre Daraspe.

—¿Quién es?

—Alguien que va a participar en la confección de mi traje de novia, pero solo como observador, porque quiero que tú tengas todo el protagonismo.

Durante los años que Luciana llevaba trabajando a las órdenes de Conchita en Bilbao no solo había adquirido destreza con la aguja, sino algo mucho más importante: dominaba todo lo relacionado con el patronaje mejor que su jefa. Una de las veces que hablé con la modista me confesó sin rodeos:

—Esta chica tiene un gran talento y debiera aspirar a más de lo que yo puedo ofrecerle.

Cuando decidí que fuera ella quien confeccionara mi vestido después de hablar con Pierre y Marcel, pensé que quizá el taller de Biarritz pudiera ser un buen lugar para que Luciana siguiera avanzando.

El vestido de novia era la excusa perfecta para que accediera al atelier con normalidad.

Fui a buscarla a la estación de Hendaya. Parecía otra persona. Su imagen nada tenía que ver con la muchacha escuálida que conocí en Fraisoro. Seguía siendo menuda, y continuaba arrastrando ligeramente una de sus piernas lo que le hacía cojear ligeramente, pero ya no se apoyaba en ningún bastón. La indumentaria era elegante, de depuradas formas bien dibujadas, ajustadas a una silueta que ahora no pasaba desapercibida.

Sus cabellos estaban semiocultos por un sombrero de aire desenfadado. Le sentaba como un guante. La envolvía en cierto halo de misterio. Nos abrazamos y rompimos a llorar de la emoción.

No parecía una joven anónima, sino más bien su aspecto se asemejaba al de una señorita con personalidad propia. Me llamaron especialmente la atención sus zapatos de lazo. Eran negros, de tacón ancho, no muy altos, que se ajustaban con unos cordones de raso brillantes. Su piel estaba meticulosamente cuidada.

—Me los dio mi madre al marcharme del pueblo. Ella nunca se los puso.

¿Cómo en una aldea como la que ella me había descrito alguien podía tener unos zapatos como aquellos? Le pregunté por ello.

—Se los regaló Maruja. Siempre fue una mujer muy espléndida con nosotros. Cuando iba a visitarnos, llevaba ropa de abrigo y calzado para todos.

Maruja, la amante de don Fausto. No me equivoqué con ella. Tenía buen corazón. Otra víctima de la miseria que huyó en busca de una vida mejor.

Pierre, que nos aguardaba con un encaje *chantilly* y algunos metros de muselina seleccionados para mi vestido, tenía sobre la mesa varios bocetos para enseñarnos.

A Luciana le impresionó la vivienda antes de acceder a ella.

—¿Esta es su casa o el taller donde trabajan?

Le expliqué que era ambas cosas. De hecho, desde el exterior podía apreciarse en una de las esquinas la luz de la sala donde las

modistas se afanaban en hilvanar las piezas. Otras estaban pespunteando a mano con música de fondo, porque, a veces, a Marcel le gustaba tocar el piano situado en el salón, al otro extremo del atelier.

—Bienvenidas. —Pierre nos recibió con sendos besos en la mejilla a ambas.

Instintivamente, a Luciana la miró con ojos de profesional.

—¡Llevas un vestido fantástico! —Se dirigió a ella en un español precario.

—Gracias. Es usted muy amable —fue lo único que acertó a pronunciar.

—¿Te lo has hecho tú?

—Sí, claro. —Ahora se sentía orgullosa de las horas que había invertido en coserlo a mano.

Se trataba de una pieza semientallada, de cintura alta, carente de mangas. Tenía unas costuras frontales en forma de V y la falda sin costuras laterales. Las solapas de los bolsillos falsos contaban con un ribete pespunteado. A Pierre la indumentaria que lucía mi amiga le entusiasmó.

—Esta chica es un diamante en bruto, Alejandra —me susurró al oído.

Por suerte, ambos simpatizaron enseguida. Surgió de forma espontánea. A pesar de que el español de Pierre era bastante limitado, Luciana se las arreglaba para hacerse entender y a la vez misteriosamente comprendía lo que él iba expresándole. Era el lenguaje de la moda donde sobraban las palabras.

De inmediato comenzaron a hablar de tejidos, botones forrados entelados, bordados… con la ayuda de Marcel, que dominaba un perfecto español debido al origen baztanés de su progenitora. Parecían más colegas que dos personas que acababan de conocerse.

—Lucienne, acompáñeme.

Le extrañó oír su nombre en francés, pero le gustó. Lucienne. Incluso hizo cierto gesto con el que quiso darme a entender que lo

que acababa de oír era más distinguido que cuando se pronunciaba en español.

—Me gustaría que a Miguel también le confeccionarais algo especial.

De camino hacia Atherpea, antes de que llegáramos a la casa, aprovechó para preguntarme si había averiguado algo sobre el destino de su hijo.

—Luisito está en buenas manos.

—¿Estás segura?

—No temas, se está criando como él se merece.

Luciana desconocía que su pequeño había nacido con un problema en la cadera y en uno de los brazos. Afortunadamente, los pediatras y traumatólogos del hospital San Juan de Dios de San Sebastián, a donde lo llevó don Emeterio, habían logrado que al menos las secuelas de la pierna fueran mínimas después de varias operaciones.

—¿Cómo lo sabes?

—Sor Carmen me confirmó lo que te estoy diciendo.

Mis palabras la tranquilizaron un poco. Aun así, cuando se refería a ese hijo al que dejó en el hospicio, Luciana parecía sentirse culpable de un delito que no había cometido.

Ninguna de las mujeres que fuimos a dar a luz a Fraisoro éramos culpables de nada, sino víctimas de amores o traiciones que nos abocaban a renunciar a unos bebés que nacían, de alguna manera, condenados. Aunque mi caso era excepcional por las circunstancias que rodearon mi huida, me sentía identificada con todas aquellas mujeres anónimas, ricas o pobres, que recalaron en aquella casa cuna, donde los embarazos no deseados nos igualaban sin distinción. ¿Qué habría sido de Jimena? ¿Cumpliría su palabra de casarse con alguien sin grandes pretensiones para mantener las apariencias o con alguien que necesitara desesperadamente su dinero?

Si alguien era culpable de aquella situación tan desgraciada era esa sociedad rígida, hipócrita e impasible ante el dolor de la mujer condenada a ocultar los mal llamados pecados de amor.

—Verás, Alejandra. —Ahora su mirada no era tan viva como cuando permaneció hablando con Pierre de bocetos y patronaje.

—Dime, Luciana.

—Durante estos años no he podido dejar de pensar en Luisito.

Permanecí callada en un intento de que se sintiera relajada.

—Mi situación económica ahora es más desahogada —prosiguió con cierta serenidad.

—Te mereces salir adelante, mujer, y ya verás cómo te va a ir mejor todavía — quise animarla, porque, además, estaba segura de que su suerte había cambiado.

—No sé si alguna vez alguien se enamorará de mí.

—¡Qué tontería estás diciendo! Más de un chico se ha fijado en ti y tú ni te has dado cuenta.

—Soy coja y eso te marca desde la infancia, Alejandra.

—Pero eres muy creativa y posees una sensibilidad fuera de lo común, que pocas personas tienen —repliqué, y no mentía. Era algo que pensaba ciertamente sobre ella.

—Eres muy generosa conmigo.

Quiso hablarme otra vez de su infancia y de Panza, esa muñeca que ella misma creó con sus propias manos.

—Se quedó en el pueblo, sobre mi camastro. No sé qué habrá sido de ella. —Sus ojos comenzaron a brillar. Conmovía ver su fragilidad —. Cuando me fui, soñé con volver algún día para vestirla como a una princesa, envuelta en sedas y joyas.

Hablaba de Panza como de alguien que había ido cobrando vida con el paso del tiempo y creciendo casi al mismo tiempo que ella, hasta esa despedida en la que los garbanzos de la muñeca se convirtieron en auténticos ojos vivos implorándole que no la dejara.

—Algún día volveremos las dos a por Panza.

—Los ratones ya se la habrán comido —dijo con pesar; Luciana ahora parecía una niña sin serlo. Sus sentimientos dejaban al descubierto un alma triste que luchaba por salir adelante en una realidad que, por suerte, parecía haber cambiado su destino.

—No digas eso, mujer. Seguirá sobre la cama, tal y como tú la dejaste. ¿Tienes alguna foto para que la conozca?

—A mi pueblo nunca llegaron las cámaras. —Sin querer, había hecho que sintiera de nuevo su origen humilde, en aquel pueblo miserable del que huyó sin saber que llevaba a Luisito en sus entrañas. Vi cómo por sus mejillas corrían las lágrimas—. ¿Crees que mi hijo estará bien? —insistía una y otra vez.

Callé por un instante. Respiré hondo. Quizá había llegado el momento de paliar en cierta medida el sufrimiento que la atormentaba sin tregua.

—Luisito está a cargo de Micaela —afirmé.

—¿Qué estás diciendo? Si ella es más pobre aún que yo…

La tranquilicé mientras recorríamos el último tramo para llegar a Atherpea.

—Escúchame, Luciana. —Esta vez le hablé con toda la ternura que pude—. Yo he asumido la educación de tu hijo y su bienestar. —Parecía conmocionada. La impresión que le había causado lo que acababa de decirle la dejó sin habla—. ¿No vas a decirme nada? ¿Acaso no te alegras?

Seguía sin articular palabra. Su mirada ahora parecía perderse en las aguas de la bahía de Biarritz desde la altura donde nos encontrábamos. Justo en la plaza que había al lado del faro, frente a la casa.

—Gracias, Alejandra.

Fue incapaz de decir nada más.

Nuestro pasado se parecía al de dos ríos que de alguna manera volvían a confluir.

39

Como gotas de agua

Durante la clase de francés, Luciana estaba atenta como ninguna otra alumna. La escuela oficial de idiomas de Bilbao se sumaba a las que ya existían en Madrid, donde funcionaban desde que en 1911 había abierto la primera. Barcelona y Valencia también contaban con estos centros educativos públicos que iban creándose en las grandes capitales.

Estudiar en ellos resultaba mucho más económico que acudir a una academia privada donde quizá la enseñanza fuera más personalizada. Pero como a ella lo que le interesaba era oír y aprender gramática para estructurar bien las frases y dominar el verbo, la escuela oficial de idiomas estaba cumpliendo ampliamente sus expectativas. Necesitaba, además, aprender rápido. Probablemente no terminaría el curso académico, porque Pierre Daraspe deseaba tenerla en su atelier cuanto antes.

—Quiero que me ayudes en la colección que presentaré en primavera —le adelantó al despedirse la última vez que visitó el taller de mi amigo, acostumbrado a correr de un lado al otro con la cinta métrica colgada al cuello.

Conchita conocía su intención de trasladarse a Biarritz y por ello le facilitaba el horario de trabajo para que pudiera asistir a clase.

—Es una chica muy trabajadora y extraordinariamente creativa.

A pesar de no vivir en Bilbao, yo continuaba manteniendo contacto con la modista de mi madre de toda la vida.

Por el taller de Conchita habían pasado decenas de aprendizas. Algunas de ellas con ganas de superarse como Luciana, pero ninguna con su tesón y creatividad.

—No solo tiene el dominio de la tijera, sino del patronaje —decía la modista, que en cuanto veía a una joven cómo se desenvolvía con el metro y el jaboncillo, Conchita sabía si iba a ser una modista con posibilidades de salir adelante.

Sentí una gran satisfacción al oír sus palabras. Ella se merecía que tanto su esfuerzo como el afán de superación le abrieran las puertas de un mundo donde tuviera la oportunidad de salir adelante.

Desde que había visto su vestido la primera vez que se encontraron, Pierre supo que aquella joven era distinta. Al igual que Conchita, él poseía un olfato innato para descubrir quién tenía aptitudes. Un par de chicos que habían trabajado con él ahora despuntaban en la ciudad del Sena.

—Lucienne posee un talento especial. —Afirmaba el modisto francés a quien le entusiasmó su forma de trabajar.

—Ella se merece triunfar. Ha sufrido mucho —le expliqué yo, y él, haciendo gala de su discreción, no me preguntó detalles. Pero yo sabía que tenía curiosidad por saber algo de su vida.

—Quizá podría verla un médico para intentar que pudiera mejorar su cojera. ¿Qué te parece? —Asentí sin dudarlo—. Mi padre es traumatólogo —me informó—. Podría hablar con él. ¿Sabes si es un problema de nacimiento o fruto de algún accidente? —Pierre quería ayudarla.

—No lo sé. Nunca se lo he preguntado. —Era cierto que Luciana y yo nunca hablamos de ello abiertamente.

Tal vez fuera una cosa congénita. Luisito también tenía problemas similares. Solo que, después de la intervención que le realizaron en el

hospital de San Juan de Dios, caminaba mucho mejor. Los médicos, de hecho, eran optimistas.

—Dentro de un tiempo le haremos otra pequeña operación más y podrá correr con los demás niños de su edad —había dicho el pediatra que seguía su evolución y que parecía haberle tomado cariño a Luisito. Ciertamente, era un niño muy despierto y guapo a rabiar.

A Luciana y a mí nos unía un pasado oculto que fue tejiéndose entre confidencias íntimas. Aun así, me resultaba algo violento preguntarle por la razón de su cojera.

Acostumbraba a calzar unos zapatos cerrados, de lengüeta alta y apenas tacón. Aproveché ese detalle, para hacer referencia a las botas que lucía aquel día.

—Tienen una piel muy lustrosa, seguro que son cómodas. —Eran bonitas.

Espontáneamente, ella misma hizo referencia a su limitación.

—Son un poco más altas que los zapatos, así que les pude poner una cuña para que se note menos. —No quiso precisar la obviedad.

Con ese comentario, sin quererlo, Luciana me dio pie a que le preguntara.

—¿Fue un accidente?

—¿A qué te refieres? ¿A mi cojera? Nací así, o eso es lo que dijo mi madre —me respondió con toda naturalidad.

Era curioso. No parecía que tuviera una pierna más corta que la otra. Simplemente se balanceaba hacia un lado al caminar.

—¿Nunca te llevaron al médico?

—No lo recuerdo. En el pueblo no había ninguno. —Respondió, como si hubiera asumido su realidad desde la infancia—. Como era la coja, siempre me esforcé en ser la mejor en la escuela, y lo conseguí.

Prueba de ello era lo bien que escribía y la atención especial que doña Juana, la maestra, siempre le dispensó. Las más envidiosas trataban de fastidiarla, rompiéndole a veces su cuaderno o, peor aún, echando a la estufa del colegio los dibujos que hacía.

—Nunca me di por vencida y yo ahora estoy aquí, mientras ellas limpian las boñigas de las cuadras envueltas en harapos.

Una vez más, admiré su entereza y perseverancia para salir adelante.

En su mirada no aprecié tristeza, sino cierto sentimiento de revancha. A ella le había golpeado la vida desde la cuna, pero, gracias a su esfuerzo incansable, comenzaba a recoger los primeros frutos.

—Cuando fui a aprender a coser con las Pericas, mi vida cambió, Alejandra.

Volvió a hablarme de Panza. Su muñeca de saco y ojos de garbanzos que se quedó en Estepa.

—Quizá tenía que habérmela traído conmigo. ¡La echo tanto de menos!

Cuando se refería a Panza, sus ojos se humedecían. A pesar de su juventud, ya era una mujer curtida por la vida, pero cuando le acechaba la melancolía y hablaba de aquella muñeca, Luciana parecía transformarse en la niña de la que todos se reían en la escuela.

—Irás a por ella algún día. Panza siempre te estará esperando.

Todavía seguía viviendo con Maruja, pero ya no se encargaba tanto del día a día. Ella también la animaba a que volara sola. Cuando la veía estudiando por la noche en la soledad de su habitación, la mujer se acercaba con la excusa de darle las buenas noches y aprovechaba para sincerarse.

—Yo también tuve sueños, pero no pude cumplirlos, así que yo te ayudaré a que los tuyos se hagan realidad —le dijo un día.

Luciana la miró algo sorprendida, pero sin atreverse a preguntarle cuál había sido sel suyo.

Sobre su cama, bien centrada en la pared, había una imagen de la Virgen a la que ella rezaba cada noche. De ella pendía un rosario.

—Está bendecido —le explicó Maruja, a la que le gustaba la imaginería religiosa. En el salón también había una reproducción de un Cristo sonriente y sobre un bargueño situado en el recibidor de la

casa, una foto suya vestida de oscuro, con mantilla, asistiendo a la procesión del Nazareno el Lunes Santo, al filo de la medianoche.

—Cuando llegué a Bilbao, soñaba con casarme y tener hijos —empezó su relato de forma serena—. Asterio se enamoró de mí como yo de él. Pero cuando le dije que me había quedado embarazada, huyó como un cobarde. —Luciana desconocía que Maruja hubiera tenido un hijo.

Sin dar crédito a lo que acababa de oír, no pudo resistirse a preguntarle qué había hecho.

—Aborté.

Se hizo un silencio, que al poco rato fue roto por el llanto desconsolado de aquella mujer. Aún recordaba el dolor punzante de las heridas internas. La huella imborrable de aquel aborto seguía en su mente. Grabada a fuego por las llamas de la necesidad. Parecía entrar en trance.

Asustada, la mente de Maruja ahora se estaba llenando de una sucesión de imágenes que corrían a toda velocidad. Como si estuviera ocurriendo en aquel preciso momento, rememoró cómo ella misma se había introducido con decisión una aguja de punto por su vagina. Nadie le había dicho cuántas veces tenía que hacer la misma operación. Alguna vez había oído en conversaciones clandestinas a las mujeres del pueblo hablar de ello. Pensó que a ella nunca iba a sucederle algo tan horrible.

En cuclillas, con las piernas semiabiertas, miró para ver si salía algo de su vagina. No sabía exactamente qué, pero algo tendría que salir, supuso. Después de un rato, empezó a sentirse húmeda.

«Ya está, será esto», se dijo.

Su cuerpo, azotado por el hambre y en el que se le notaban todas las costillas, empezó a estremecerse. No salía ningún coágulo importante, sino un goteo de sangre intermitente demasiado espaciado.

Por si acaso, y para asegurarse de que el feto no iba a prosperar en la gestación, Maruja en la soledad del cuartucho que habitaba

destinado al servicio, volvió a introducirse de nuevo la aguja de punto por su vagina contraída.

«Ahora sí que voy a conseguirlo», pensó.

En aquel domicilio de la calle Ercilla, de Bilbao, donde llevaba sirviendo poco más de un año, nadie imaginó lo que estaba sucediendo.

Cuando por la mañana la señora se dio cuenta de que Maruja no se había levantado y que el desayuno estaba sin preparar, se inquietó.

Algo preocupada fue hasta la habitación de la muchacha. Golpeó con los nudillos la puerta sin recibir respuesta. Volvió a realizar el mismo gesto con idénticos resultados.

Al abrir la robusta hoja de madera se encontró con una imagen que no habría querido presenciar jamás. El cuerpo de Maruja parecía inerte. Un reguero de sangre se deslizaba hasta la entrada de la habitación.

La mujer salió a toda prisa en busca de su esposo, que estaba en la ducha.

—Carlos, corre, ayúdame.

El hombre, como pudo, cogió la primera toalla que tenía a mano y cubriéndose el cuerpo por la cintura acudió en su ayuda.

Después de aquello, la siguiente imagen que Maruja recordaba era el rostro angelical de una enfermera que le decía:

—Ahora te recuperarás despacio. Todo irá bien, ya lo verás.

Tras aquel doloroso episodio, la señora la echó de casa, temerosa de que pudiera volver a suceder de nuevo.

—Esta es una casa de bien y aquí no hay lugar para las de tu clase.

Al oír el relato de Maruja, Luciana se sintió, de algún modo, identificada con la realidad de aquella mujer a la que en el pueblo todos creían una auténtica triunfadora.

Sola, sin nadie a quien recurrir, su paisana continuó hablándole de su vida mientras ella escuchaba con atención y sin atreverse a decir nada.

—Empecé a trabajar en un prostíbulo de mala muerte hasta que conocí a Silveria, a la que todos llamaban Lily, la dueña de La Seda Negra.

Era una especie de pequeño cabaret, elegante, pero sin grandes pretensiones, con la clase suficiente para que lo frecuentaran hombres de negocios y adinerados de la margen derecha bilbaína.

—Allí Fausto se cruzó en mi vida. —Hizo una pausa antes de continuar—: Hace tantos años que ya ni me acuerdo, Luciana. El resto de la historia ya la sabes.

Sentada junto a la pequeña mesa de caoba en la que cada noche al venir de clase hacía los ejercicios de gramática, mi amiga no salía de su asombro.

—¿Y tu sueño?

—Mi sueño era haber sido madre, pero aquel aborto me dejó estéril. Sin la posibilidad de volver a tener hijos. —A Maruja volvieron a saltarle las lágrimas—. Apadrino a muchos bebés en la Misericordia de Bilbao.

Mientras la escuchaba, Luisito volvió a su mente. En realidad, por mucho que lo intentara no podía olvidar a ese hijo alumbrado en Fraisoro y que ahora crecía junto a Micaela cerca del hospicio. Si Maruja le había abierto su corazón, ¿por qué no hacía ella lo mismo? A lo mejor había llegado el momento de contarle a ella también su secreto.

En ocasiones, las gotas de agua se fundían con las lágrimas de aquellas dos mujeres que lloraban por tragedias, de alguna forma, similares.

40

Les Enfants de Lucienne

De pronto, surgió la idea.

Además de confeccionar vestidos y ropa de abrigo para mujeres adineradas, ¿por qué Luciana no diseñaba también para niños y adolescentes? Se lo propuso a Pierre, a quien le pareció una idea con futuro.

Nunca hasta entonces se le había ocurrido pensar en el mundo infantil donde no le iba a faltar clientela entre las ricas familias numerosas que competían para que sus retoños lucieran los diseños más exclusivos.

Sentía cierta inseguridad, pero no perdía nada tampoco si se lo proponía. En el supuesto de que a Pierre la idea le pareciera descabellada, al menos vería que ella tenía propuestas creativas en su nuevo cometido junto a él.

—Déjame pensar, porque es una gran idea —le respondió el modisto, haciendo un gesto asertivo que ella enseguida captó.

A Luciana se le cambió la expresión. Ya no estaba dubitativa, e insegura, como otras tantas veces, sino pletórica. No cabía en sí de

gozo al saber que su nuevo patrón iba a estudiar la viabilidad de lo que ella acababa de proponerle.

—Pocas de las grandes firmas cuentan con una línea infantil de prestigio. Nosotros podemos sacar una colección. Sería algo revolucionario, Lucienne.

A medida que pasaban los días, a Pierre la idea iba atrapándole. Ambos empezaron a trabajar juntos tanto en la selección de tejidos como en los bocetos.

—Llevará tu nombre. —Luciana no sabía a qué se estaba refiriendo —. Quiero decir que la idea es tuya y que la colección infantil va a ser *Les Enfants de Lucienne*.

Aquello era mucho más de lo que ella jamás hubiera podido imaginar. Una colección de ropa infantil con su nombre.

Fue uno de los días más felices. Por fin veía recompensado todo su esfuerzo en aprender el arte de la costura con aquellas hermanas solteras en el pueblo y con Conchita en Bilbao, con las que aprendió todo lo que sabía de moda y confección.

Pensó en Panza. Aunque no estuviera con ella, de alguna forma iba a ser la protagonista. Tendría el lugar que se merecía, cuando presentara sus creaciones infantiles. Su muñeca, la que tejió con sus manos adolescentes y dedos sin curtir, iba a ser el símbolo de la colección, la etiqueta de marca.

Pero sobre todo quien estaba muy presente en el silencio de su vida era Luisito. Estaba al corriente de su educación, de sus avances y de lo buen niño que era, pero todavía no estaba preparada para encontrarse con él. Necesitaba verlo y abrazarlo. Decirle lo mucho que lo quería, pero sabía que, cuando ocurriera, se lo llevaría con ella y aún faltaba tiempo para eso.

—Quiero correr con todos los gastos, Alejandra. Ahora estoy en disposición de pagarle los estudios.

—No te preocupes de ello. Luisito está recibiendo una educación esmerada.

Al conocer la existencia del pequeño, Maruja le insistía con frecuencia que se lo llevara, porque en Bilbao tenía muchas más

posibilidades académicas cuando accediera a la universidad.

—No puedo dejar a Micaela. Ella se quedaría en la calle, sin tener a donde ir de nuevo.

—Entonces que vengan los dos. Esta casa es muy grande y a mí me vendrá bien una buena muchacha que me ayude.

Luciana no esperaba esa respuesta por parte de su paisana. Antes de aceptar, quería hablar conmigo, conocer mi opinión.

En aquella vivienda su hijo encontraría un hogar. No me atrevía a hablarle de su limitación al caminar. A causa de su discapacidad, los otros niños empezaban a gastarle bromas de mal gusto y a reírse de él. Las mismas burlas que ella recibió mientras fue a la escuela. Chanzas despiadadas que le hicieron llorar durante toda su infancia. Como ahora le ocurría a Luisito, a pesar de que asistía a uno de los colegios más elitistas de la ciudad, o quizá también por ello.

Don Emeterio, con quien yo continuaba teniendo contacto por su vinculación al hospital de San Juan de Dios, me aseguró que el niño se recuperaría. La ciencia iba avanzando y su problema motor tendría solución antes de que alcanzara la edad adulta.

—Es una intervención costosa, pero podrá caminar con normalidad —me repitió.

—No se preocupe, el dinero es lo de menos. Lo importante es que Luisito quede bien.

—Hay muchas posibilidades de que corra como los demás niños.

Sus palabras me resultaron muy esperanzadoras. Al menos, sería autónomo.

—¿Le quedará alguna secuela? ¿Algo que deje de manifiesto su limitación al andar? —le pregunté; deseaba precisar más cuál iba a ser el futuro del pequeño.

—No. Durante un tiempo tendrá que ayudarse con unas muletas, pero luego, tras la rehabilitación, caminará como cualquier otro niño.

—¿Y la lesión que tiene en el brazo?

Su rostro reflejó cierto pesar.

—Eso resultará más complicado de corregir —contestó.

Luisito sufría una pequeña parálisis en el antebrazo que nada tenía que ver con la limitación que afectaba a la pierna, aunque fuera en la misma mitad del cuerpo. La mala suerte parecía haberse ensañado con él.

—Lo importante es que haga una serie de ejercicios con un fisioterapeuta especializado e ir viendo cómo evoluciona.

No me atrevía a hablarle de ello con claridad a Luciana. A ella, de momento, le bastaba con saber que su hijo crecía al lado de Micaela y que yo lo visitaba con cierta frecuencia.

Para Luciana, lo que yo había hecho era un modelo a seguir, aunque las circunstancias de ambas fueran diametralmente opuestas. Tenía contacto frecuente con mi hijo y a ella le tranquilizaba saber que Luisito crecía bajo mi tutela. Todavía no se sentía preparada para afrontar su maternidad.

—Llegará el momento en que lo traiga conmigo, Alejandra. A él y a Micaela.

Yo veía que ese día cada vez estaba más cerca. Luciana iba labrándose cierto reconocimiento como modista mientras iba trabajando en el patronaje de su primera colección infantil en el atelier de Pierre Daraspe.

—Quiero que la lana merina esté muy presente en los abriguitos y las chaquetas de bebé.

Con ello deseaba, de algún modo, que la lana de las ovejas de Estepa tuviera ese reconocimiento que jamás iba a lograr de otra forma.

Sabía por su madre que Luis, su novio del pueblo, había intentado contactar con ella. Estuvo queriendo al chico en ese mismo silencio en el que ocultaba su maternidad, pero ahora que había descubierto otra vida, donde su pasión hacia la costura le estaba abriendo las puertas de un sueño que iba camino de hacerse realidad, sentía que sus sentimientos hacia el padre de su hijo habían cambiado. Continuaba viéndolo como un buen chico, sí, pero ahora de otro modo, porque ya formaba parte de su pasado, despojado de toda pasión juvenil en los prados del pueblo.

—Hice bien en no hablarle de mi embarazo, por varias razones —me dijo, desde una serenidad sincera—. Mi familia hubiera quedado marcada para siempre. Sus padres jamás habrían aceptado que se casara con la hija de una familia tan pobre como la mía, que dormíamos en colchones hechos de forraje seco.

Luisito algún día sabría quién era su padre. Ella se encargaría de contarle la verdad y el porqué de su decisión. Pero ahora tenía que trabajar duro para, cuando llegara el momento, ofrecerle el hogar que su hijo se merecía.

A Pierre le sorprendía la destreza que tenía con la tijera. El modo en que daba forma a las hombreras y la creatividad que plasmaba en los dibujos. Trabajaba en su colección, especialmente en el diseño de los abrigos, pero sin descuidar los bocetos de *Les Enfants de Lucienne*.

Por más que Ana y yo insistimos en que viviera en Atherpea, ella prefirió alquilar una habitación próxima a la estación, en una modesta pensión frecuentada por gente trabajadora. A veces, venía a almorzar con nosotras cuando yo iba a ver a Miguel.

—¿Te importa que le pruebe los primeros abriguitos que estamos confeccionando?

—Será un honor, Luciana. Puedes traer toda la colección. Pero quizá sea mejor que vaya con el niño al atelier.

Tanto a Ana como a mí, nos entusiasmó la idea de que mi hijo pudiera desfilar en los salones de París. Así que acudimos emocionadas al atelier para las pruebas.

A mi hijo no le gustaba nada andar poniéndose y quitándose atuendos hilvanados, algunos con alfileres incluso, pero aguantaba pacientemente sin rechistar.

Una de las empleadas más experimentadas tenía una nieta algo menor que mi hijo. También hacía las veces de modelo improvisada. Era una niña más movida, menos disciplinada, a la que le costaba parar quieta y protestaba mientras Luciana hacía pequeñas modificaciones sobre los vestidos de primavera.

Vimos cómo la felicidad se posaba en su rostro. Entre sus manos, el dedal que ocultaba la yema de su dedo corazón iba deslizándose como quien acaricia el terciopelo, sobre cada una de las telas.

De pronto hizo una pausa. Sin dejar de sostener los tejidos, con la cinta métrica que pendía del cuello sobre sus diminutos pechos, levantó la mirada para fijarla en mis ojos, de forma serena, pero rotunda a la vez.

—¿Qué te parece la colección? —me preguntó con la inseguridad de quien prepara la primera obra.

—Magnífica. Ha nacido un genio de la costura. —Mis palabras, espontáneas, pero cargadas de sentimiento, hicieron que corrieran algunas lágrimas por sus mejillas.

En aquel momento comprendí que la vida de Luciana había cambiado para siempre. Me sentía felizmente orgullosa de ello. Nos abrazamos gritando de felicidad. La muchacha escurridiza e insegura que conocí en Fraisoro ahora caminaba con paso firme y se había convertido en una mujer que se sentía segura ante una primera colección de ropa que marcaría un antes y un después en el mundo de la moda infantil.

Lucienne había enterrado para siempre a la chica de Estepa. En ese momento veía cumplido su sueño.

41

Entre el silencio se ilumina la vida

Amaba a Valéry de la única forma que se puede querer a un hombre que te mima, está pendiente de ti y, además, te hace feliz. Conocerlo fue un regalo del destino después de tanto sufrimiento, así que me propuse quererlo, de forma distinta a Íñigo, pero con una intensidad parecida.

La tentación de contarle a mi esposo la verdad planeaba de nuevo sobre mi cabeza. Sería una forma de liberación. Ya no tendría que ocultar más una maternidad secreta. Temía, sin embargo, su reacción. Entre nosotros el grado de confianza era tal que ninguno silenciaba al otro aquellos problemas que surgieran en el día a día o cuestiones emocionales que pudiesen desazonarnos.

—No lo hagas, Alejandra. —Ana fue tajante al darme el mismo consejo que mi madre cuando le anuncié que iba a casarme—. Eres una mujer sin pasado, recuérdalo —volvió a decirme.

—El pasado siempre vuelve, tarde o temprano, y a mí me acecha de vez en cuando —respondí. En mi caso, parecía imposible enterrarlo porque mi hijo estaba muy presente.

—Sí, pero ahora no creo que sea el momento más oportuno. Después de un noviazgo tan largo como fue el tuyo, a Valéry le

resultaría imposible comprender que durante todos aquellos años no se lo contaras. Deja las cosas como están.

Quizá Ana tuviera razón.

Sentía una profunda presión en el pecho cuando pensaba en ello. Además, llevaba algunos días en los que no me encontraba nada bien. Tenía mareos.

—Estás muy pálida, Alejandra, ¿qué te ocurre? —me preguntó Valéry.

No estaba segura de ello, pero tenía los mismos síntomas que entonces. Cuando perdí el conocimiento en el hospital Victoria Eugenia de Bilbao.

—Creo que estoy embarazada.

Valéry no daba crédito a lo que acababa de oír. Llevábamos no meses, sino varios años buscando ese bebé que tanto anhelaba mi esposo.

—¿Estás segura? —Quería que le confirmara lo que yo sospechaba desde hacía algunas semanas.

—Creo que sí. Pero lo mejor es que me vea un ginecólogo para asegurarnos.

Para él fue la felicidad plena, absoluta. Por fin iba a ser padre. Algo con lo que llevaba soñando desde que nos casamos en la iglesia marinera de Sokoa, prácticamente solos, un lunes algo lluvioso. Nos acompañaron Pierre, Marcel y Luciana, que lloraron al verme lucir aquella creación única confeccionada en su atelier.

Teófilo y Ana observaron emocionados a mi hijo llevando las arras en una ceremonia sencilla en la que a los padres de Valéry también se los vio felices. Me aceptaron desde el primer momento.

—Esta tarde iremos a ver a Fabien y nos confirmará lo que tanto hemos deseado, Alejandra. —Mi esposo no cabía en sí de gozo.

Fabien era un hombre casi anciano, que se resistía a cerrar la consulta. Tenía tantas clientas de todas las edades que su prestigio fue pasando de una generación a otra.

Asistía en pocos partos. Por suerte para él, su hijo cogió el testigo en la clínica que regentaba a las afueras de Biarritz, en una casona a

la que le habían realizado una reforma y que contaba con quirófanos bien equipados y un cuadro médico de profesionalidad contrastada.

Insistí en entrar sola en la consulta donde iba a explorarme para corroborar mi sospecha.

Por encima de sus gafas de presbicia el rostro del viejo ginecólogo irradiaba bondad. Me llamaron la atención sus patillas, inusualmente largas, muy pobladas y blancas como sus cejas. Era calvo, de tez sonrosada, nariz prominente y pómulos carnosos, como los dedos de sus manos que se asemejaban a las zarpas de los charcuteros, por más que las cuidara con una manicura esmerada. Regordete, el ginecólogo amigo de mi esposo era bajito, de vientre redondo que mantenía los pantalones a raya en la cintura gracias a los tirantes que lucía sobre la camisa de seda impecablemente planchada.

—Prepárate para no dormir durante varios meses cuando nazca lo que viene en camino —informó Fabien a mi marido cuando acabó el reconocimiento. Se le veía feliz de darle la noticia.

Cuando salimos de la consulta, todavía algo nervioso, Valéry me acarició el vientre por sorpresa.

—Es la felicidad plena, Alejandra. Por fin vemos cumplido nuestro deseo de ser padres.

Mientras continuaba pasando la palma de su mano sobre mi abdomen, pensé en lo distinto que iba a ser este embarazo del anterior.

Miguel era un hombrecito que jugaba a esconderse entre los arbustos del jardín, mientras Ramón simulaba no verlo. Él ya no tenía la energía de años atrás. Caminaba más lentamente, pero su lucidez era la misma.

—Desde que murió mi mujer, mi vida está aquí, junto a vosotros. —No quería perderse ver crecer a su biznieto. Deseaba aprovechar todo el tiempo que pudiera junto al niño. Llevarle caminando al colegio que no estaba lejos de casa, ver cómo escribía sus primeras

letras en el cuaderno de caligrafía o contarle un cuento sentado sobre su cama mientras mi pequeño se resistía a conciliar el sueño.

Para Ramón Zabala, una de las mayores satisfacciones fue verlo crecer.

—Mira lo que te ha traído tu madrina Alejandra. —Le estaba señalando una pequeña tortuga mecánica que le había llevado para que correteara con ella por el césped de la casa.

Al principio me resultaba demasiado duro oír que sus primeros balbuceos maternales los dirigiera a Ana. Hasta que fui familiarizándome con la situación.

Como cuando era un bebé, a mi hijo le seguía gustando corretear por el jardín donde los claveles se asustaban al ver sus manitas revoltosas intentar arrancar los pétalos multicolores. Eran de tonos intensos, llamativos, como los capullos de las rosas aterciopeladas que abarcaban casi toda la gama de colores habituales.

Parecía un niño risueño, feliz, entre las manzanas que florecían y los rosales que circundaban toda la propiedad. Ver corretear a aquella personita que crecía sana, nos emocionaba a todos, pero especialmente a Ramón.

—Cuando brillan las manzanas, se ilumina la vida. —Sentenció un día. Todavía no habían madurado, pero los rayos de luz que serpenteaban entre las hojas del árbol daban un color intenso a los frutos que se recolectarían al final del otoño.

Me intrigó su comentario.

—¿Por qué se ilumina la vida cuando brillan las manzanas? —le pregunté desde la perplejidad.

—La salud emana de ellas como un torrente salvaje lleno de vida que golpea la piedra con fuerza. Siempre que un rayo de sol ilumine una manzana y rebote en tu piel significa que la suerte estará a punto de llegarte —explicó Ramón, envolviendo sus palabras en cierto halo de misterio.

Manzanas. Brillar con un haz de la luz del sol. La suerte a punto de llegar.

42

Ese palacio frente al mar

En la zona más sombría de la tapia crecía algo de musgo que don Fausto evitaba arrancar. Le gustaba la humedad. Quizá por ello adoraba las hortensias, porque eran unos arbustos robustos que brotaban con intensidad cuanta más agua tuvieran sus raíces. Como a él, a sus flores preferidas no les gustaba el sol ni los días cálidos de verano, cuando el riego tenía que ser mayor, muy de mañana y al caer la tarde, al descender la temperatura.

Aunque Manuel fuera un jardinero experimentado, él acostumbraba a estar pendiente de sus hortensias.

—Tienes que enriquecer el suelo con más tierra ácida.

—Ya lo he hecho señor.

A pesar de que las manos expertas del buen hombre se afanaran en extenderla bien para que absorbieran los nutrientes, él tenía que ser el último en remover la tierra hasta que se hundieran a la profundidad idónea.

Todos temían a don Fausto en aquella casa. Desde mi madre hasta Flora, la última que había llegado a servir en la casa pocos meses antes de que yo abandonara la vivienda.

La chica llegó a Villa Abaria recomendada por un matrimonio al que conocía nuestra ama de llaves. Siempre solía ser así. Una muchacha conocía a otra, esta a una tercera. Entonces no había redes sociales. Tan solo la página de los «anuncios por palabras» en los periódicos locales. Mi madre prefería que las personas que vinieran a servir tuvieran algún nexo de unión con otras que ya estuvieran entre nosotros.

No sé por qué razón, pero con Flora establecí una relación especial desde el principio. Quizá porque teníamos una edad similar o también por su enorme candidez, esa ingenuidad de alguien que no ha salido nunca del pueblo.

Cuando conocí a Luciana, sus ademanes o bien la forma de huir cuando nos veía a alguna de las «distinguidas», me recordó a la extrema timidez de Flora, que me contaba a escondidas cómo fue su llegada a nuestra casa de la mano de Rogelio, un paisano que vivía en Bilbao la Vieja, con Saturnina, su mujer, ambos de la misma aldea.

—Cuando me desperté, la luz entraba por el ventanuco semiabierto de mi dormitorio. —Flora me confesó que agradeció la calidez de aquel sol que prometía una mañana primaveral.

La elasticidad del colchón compacto sobre el que acababa de pasar la noche era muy diferente al de lana ovina que abandonó en su camastro.

Me contó que cada año su madre lo aireaba para después cardar de nuevo los pequeños ovillos que componían un colchón irregular e incómodo, al que, sin embargo, todos iban acostumbrándose a medida que crecían. Solo que pocas semanas después de que ella, pacientemente, golpease la lana para ahuecarla, resultaba fácil hundirse de nuevo, porque sus cuerpos, rollizos unos o enjutos otros, configuraban hoyos irregulares por toda la superficie de unos viejos colchones heredados de una generación a otra.

Por eso, dormir en una cama compacta, lisa, sin hendiduras irregulares, resultó ser toda una novedad para Flora. Entre otras cosas, porque desconocía que un colchón pudiera ser tan confortable.

Cuando la esposa de Rogelio le preguntó qué tal había descansado, tras golpear con los nudillos la hoja de madera mil veces pintada de blanco, la muchacha le respondió:

—Mucho mejor que en el pueblo. —No se trataba de un cumplido. Era absolutamente cierto que había dormido como una bendita. Toda la noche sin despertarse.

Saturnina, además, se había afanado en vestir la cama con las mejores sábanas. El embozo tenía varios bordados, aparte de una puntilla bien ancha que lo remataba dándole un acabado impecable. A Flora le llamaron la atención los apliques bien bordados en el tejido: un algodón espectacular de Tolrá.

En aquellas sábanas, que para nada las hubiera imaginado en una casa sencilla como aquella, se conjugaba el bordado de realce con la técnica del aplique. «Quien las ha confeccionado tiene manos de ángel». Pensó.

—El Señor me ha imposibilitado para andar como yo quiero, pero no para bordar —le contestó Saturnina cuando Flora la felicitó por el ajuar de cama.

Aunque se desplazara en silla de ruedas, la mujer le contó que podía caminar. Con dificultad, sí, pero se esforzaba en no perder la estabilidad cuando estaba en pie, y tampoco la masa muscular de sus piernas, que entrenaba con un artilugio que sostenía unos pedales durante las largas horas que permanecía sentada.

—Gracias a esta especie de bicicleta mocha que me ha hecho Rogelio, mis piernas no han perdido agilidad —dijo la buena mujer.

Salía a la calle, pero poco, no porque su limitación se lo impidiera, sino por las cinco plantas que separaban su vivienda del acceso a la calle.

—Si viviéramos en el primero, saldría a comprar cada día —le dijo a Flora.

Cuando llegaba Rogelio a casa, aprovechaban para caminar agarrados. A Saturnina la muleta le daba seguridad suficiente, pero no se atrevía a desplazarse estando sola en el hogar, razón por la que

acostumbraba a valerse de una silla de ruedas cuando no había nadie en vivienda.

—¿Cuánta gente vive en la casa en la que voy a ir a servir? —le preguntó Flora, ansiosa de saberlo todo sobre el lugar donde iba a trabajar: Villa Abaria.

—Los señores y sus tres hijos. Son adorables, especialmente Alejandra, la pequeña. Es una joven muy considerada. Trabaja en la Cruz Roja como enfermera.

Flora me confesó con orgullo la descripción que su paisana le hizo de mí.

—Se quedó corta, señorita Alejandra. Usted es la mejor persona que he conocido, usted y su madre doña Blanca.

Las palabras de Saturnina la tranquilizaron de camino a Neguri, su nueva residencia, a la que se dirigiría de la mano de Rogelio aquella misma tarde.

Desde Bilbao había un autobús. También era posible atravesar la ría tomando una barca en Portugalete, que atracaba en la margen derecha, pero el buen hombre consideró más oportuno llevarle en su moto, porque, además, así, llegarían hasta la casa directamente.

En el pueblo nadie tenía un medio de transporte como aquel. Solo bicicletas; unas mejores que otras, en las que se desplazaban los hombres cuando era necesario. Así que a Flora, montarse en aquel sidecar le pareció todo un lujo inalcanzable hasta entonces para ella.

—Abróchate los botones del abrigo, que al cruzar el puente pega el viento. —Rogelio no quería que la joven se enfriara o pillara un constipado.

En Bilbao, al cierzo lo llamaban viento. Y sí que notó que caló hasta sus entrañas. Se trataba de un aire húmedo, penetrante. Le hizo sentir escalofríos durante el trayecto, mientras se agarraba con fuerza los brazos cruzados para tratar de evitar algo el frío.

Como si de una procesión se tratara, unos pocos vehículos les adelantaron por una calzada no demasiado ancha, pero que a ella le pareció que se perdía en el infinito.

Al otro lado de la ría, empezó a ver construcciones sobrias, algunas de fachadas de arenisca, otras pintadas, casi todas muy distintas a las que había visto en el casco viejo bilbaíno. Se erguían majestuosas, con tejados a dos o a cuatro aguas. Eran auténticos palacios con jardines inmensos a su alrededor. Flora jamás había visto casas de semejantes proporciones y ni siquiera imaginó que pudieran existir. En las contadas ocasiones que había ido con sus padres a la capital nunca había visto construcciones como aquellas.

Probablemente Rogelio no superara en ningún momento los cincuenta kilómetros por hora, pero a Flora le pareció que iban a gran velocidad por la intensidad con la que sentía el golpe del viento en su rostro descubierto.

Toda la vegetación era de un verde intenso al que ella no estaba acostumbrada. Árboles frondosos que ocupaban los jardines de aquellas construcciones impresionantes. Al girar hacia la izquierda, fueron adentrándose en una calle de escaso tránsito: «Atxekolandeta».

—¡Madre mía, no creo que me aprenda el nombre de la calle! —no pudo evitar exclamar Flora.

—Pues espera a que oigas hablar al resto del servicio. —Rogelio quiso advertirle que entre ellos hablaban un idioma ininteligible para su oído. El vascuence.

Solo se oía el ruido del sidecar que conducía el buen hombre. Entre tantos palacetes impecablemente cuidados, Flora me confesó que se sintió chiquita, mucho más diminuta, frágil, cuando llegó a nuestra casa por primera vez.

—Ya hemos llegado, Flora. —El sidecar paró en seco. A continuación, se bajó del vehículo para tocar el timbre.

—Desde aquí se ve toda la bahía. Tiene las mejores vistas de Neguri, frente al mar. —El hombre quería adelantarle que iba a servir en una de las mejores familias de Getxo. Neguri era el barrio más rico de todos, con gran diferencia. Donde se asentaban las mayores fortunas del país—. Casi todos los más ricos de España son vascos,

Flora. Gente seria que trata muy bien al servicio y da de comer como Dios manda.

Me hicieron mucha gracia todas aquellas descripciones de su llegada. Hasta entonces nadie me había descrito cómo nos veían quienes estaban a nuestro servicio y se encargaban de que todo estuviera impecable en nuestra casa.

Flora no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Toda aquella agua en la inmensidad. Era imposible que su vista alcanzara donde terminaba la mar.

—Muchacha, no te quedes muda. ¿Qué te parece? —Rogelio estaba impaciente por conocer la impresión que le había causado todo aquello.

—Me da un poco de miedo —respondió ella, intimidada por aquella bahía.

—¿Por qué? No debes tener ningún miedo. Aquí vivirás mucho mejor que en el pueblo. Nunca te faltará de comer y el calor cuando haga frío.

—Es todo tan grande.

Rogelio la sonrió ante su comentario mientras intentaba tranquilizarla.

—No te preocupes. Casilda va a ser como una madre para ti. Ya lo verás.

Aguardaron un tiempo que a Flora se le hizo largo, aunque no lo fue, hasta que una mujer ataviada con un uniforme oscuro se acercó a abrirles la verja.

—Buenos días, Rogelio.

—Buenos días, Casilda, ¿qué tal estamos?

—Como siempre, aquí no falta trabajo. Anda pasa.

Dejaron atrás la verja que cerraba la finca. Una pieza de dos hojas labrada en hierro fundido pintada de negro, sobre las que podían apreciarse las iniciales de la familia barnizadas con pan de oro.

Antes de dirigirse a la muchacha la miró con cierta calidez. Flora percibió en su rostro esa sonrisa con la que se intenta romper el hielo en una primera aproximación entre desconocidos.

—Es esta la muchacha de la que me hablaste, ¿verdad? —Hizo una pausa antes de dirigirse a ella directamente—: ¿Cómo te llamas?

—Flora, señora —contestó de inmediato. Casi no se atrevía a mirarla. Se sentía pequeña, diminuta en aquel entorno totalmente desconocido.

—Bienvenida Flora, tienes un nombre muy bonito. —Apreció una leve sonrisa en sus labios—. Me han dicho que almidonas y planchas con primor y que tienes ganas de aprender. Lo que necesitamos en esta casa. —Continuó sonriéndola, intentando que no se sintiera intimidada por la nueva situación.

Casilda llevaba muchos años sirviendo en Villa Abaria. Como ama de llaves, era quien gestionaba el gobierno de la casa. Contrataba al servicio, se encargaba de los proveedores e incluso hacía las veces de alcahueta con Álvaro, mi hermano mayor.

Rogelio ya le había advertido a Flora sobre el idioma que hablaban los vascos. Casilda tenía un acento desconocido para ella. Marcaba mucho la «s». Hablaba un poco duro, con cierta contundencia. Le pareció una mujer rotunda, pero cálida a la vez. Aunque por el tono de voz, no se sabía si estaba riñéndole o dándole la bienvenida.

—Es vasca —le susurró al oído, Rogelio—. Y habla el vascuence. No entenderás una sola palabra.

El ama de llaves era seca, de pómulos pronunciados, enjuta, su figura más bien se asemejaba a la de una mojama en curación. También era alta, como ella. Aunque a Flora le pareciera mayor, todavía era una mujer joven que conservaba esa belleza que da sosiego con el paso del tiempo.

No habían terminado de atravesar el jardín cuando oyeron el motor de un coche.

—Es don Fausto. El señor, Flora. Inclina ligeramente la cabeza cuando lo veamos pasar.

Efectivamente. Pocos segundos después, el vehículo paraba delante de la puerta principal. Vio a un hombre alto, de cabello rubio engominado, que descendía del coche sin percatarse apenas de su presencia. Nunca antes había visto una piel tan blanca, lechosa,

como el color de la nieve entre la hojarasca, pero una mirada oscura, tan oscura como la que percibió Luciana el día que lo vio en casa de Maruja.

CUARTA PARTE

43

Almidón para la despedida

En el colmado de Artekale, Sabino se sentía como en casa. Descargaba con cuidado las cajas en las que llegaban las bacaladas. Siempre procedían del norte, de aguas frías próximas a Terranova. Luego, seleccionaba aquellas que iba a desalar en las cubas de la trastienda. No solían ser muchas, porque la mayoría de la clientela prefería adquirir el pescado tal y como llegaba de origen en los bous. Los bous eran unos barcos de arrastre, rápidos, abiertos, de gran tonelaje, capaces de afrontar el hielo de los mares de Terranova, en los que los marineros hacían el procesado del bacalao a la intemperie. Solían hacer dos campañas al año, con lo que los pescadores no regresaban a puerto en cinco o seis meses, pero con muchos fajos de billetes en el bolsillo del pantalón.

—Algún día me gustaría ir a pescar bacalao, por allá, mar adentro y traer más dinero a casa —acostumbraba a decirle Sabino a Flora, cuando ambos soñaban con una vida juntos sin estrecheces.

Los marineros sabían que era un trabajo duro, soportando el embate de la mar y dedicados al despiece a dieciocho y veinte grados bajo cero durante el invierno. Con el pescado en cubierta, los

primeros que tocaban el bacalao eran los abridores. Perforaban una por una cada pieza para que, a continuación, los tronchadores las descabezaran. A continuación, había que limpiar bien y para eso se extraían las vísceras que eran arrojadas al mar. El hígado del bacalao, sin embargo, era una pieza muy cotizada porque con él se hacía aceite, así que se guardaba con sumo cuidado en una zona refrigerada.

Era un trabajo muy bien remunerado, porque, aparte del dinero fresco que llevaban a casa al final de la campaña, cada marinero también recibía un importante fardel de pescado que algunos vendían para sacarse un dinero extra.

Mi madre sintió mucho la marcha de Flora. Durante el tiempo que estuvo en Villa Abaria, nunca faltó una toalla de textura suave junto a la bañera y las sábanas de hilo impecablemente planchadas.

—Ha sido la mejor muchacha que ha habido en esta casa —le dijo Casilda cuando le comunicó que Flora había decidido casarse con Sabino. Aquel muchacho al que Álvaro echó de malas formas la primera vez que lo vio hablando con la planchadora en la cocina de nuestra casa.

—Tienes razón. Me alegro de que haya encontrado un buen chico y pueda formar esa familia con la que todas hemos soñado desde jovencitas. —Las palabras de mi madre eran sinceras.

Ella siempre quería lo mejor para aquellas personas que le habían demostrado no solo lealtad, sino también una gran bondad como era el caso de Flora.

—Así que te casas con ese gordo sudoroso que reparte bacalao. —Si algo sabía Álvaro hacer bien era herir a quien se lo proponía.

La pilló desprevenida en el cuarto de la lencería, donde se guardaba la ropa blanca de toda la casa. Ya había planchado los pantalones. También un par de vestidos de doña Blanca. Ahora tenía que almidonar los cuellos y los puños de las camisas de don Fausto. Eso le requería algo más de tiempo, porque tenía que preparar la

mezcla en la cocina. Una vez que el agua estaba caliente añadía el almidón. A Flora le gustaba que estuviera muy caliente, casi hirviendo, antes de sumergir la prenda.

—Se diluye mejor —le decía a Casilda, y esta asentía, porque ella también coincidía en que cuanta más temperatura tuviera la mezcla, el almidón daría mejor resultado.

El cazo permanecía en un extremo de la mesa donde Flora estaba planchando.

—Le ruego, señorito Álvaro, que no se refiera así a mi prometido.

—¿Te molesta que diga lo que es?

—Repartir el bacalao entre los clientes no es ninguna deshonra. —Visiblemente malhumorada, Flora continuó planchando sin levantar la cabeza de la tarea.

—Tienes que darme una despedida que recuerde siempre. Algo inolvidable.

—Márchese por favor.

—Tú no eres quien para decirme lo que tengo que hacer.

—Disculpe, señorito, si lo he molestado.

—Tú no me molestas nunca. Solo quiero que nos despidamos antes de que te vayas.

Mi hermano estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya. A hacer lo que le viniera en gana, sin considerar a la otra persona. Como don Fausto, se sabía poderoso, en su caso como heredero de una dinastía que no conocía renuncias.

Había elegido a Begoña como prometida por el simple hecho de que su familia también pertenecía al mismo círculo que nosotros. Era una chica sin personalidad, a la que lo único que le interesaba de mi hermano era el dinero y alardear del apellido que adoptaría al casarse. No era guapa, tampoco fea. Tenía un cuerpo lo suficientemente atractivo que sabía lucir con vestidos que favorecían sus piernas bonitas y pechos firmes.

Se casarían cuando don Fausto lo considerara oportuno. Ni muy tarde ni tampoco en unos meses, porque quería que su hijo se desfogara con todas aquellas que le viniera en gana. Luego ya vendría

el momento de procrear e ir a misa los domingos, mientras Begoña participase en la organización del mercado navideño y recaudar fondos para los niños sin hogar.

Por eso ahora necesitaba quemar los «últimos cartuchos». Esas correrías en las que se aprovechaba de mujeres como Flora, la frutera del mercado, algún otro eventual encuentro esporádico con desconocidas en guateques o en sus primeros viajes de negocios.

—Voy a echar mucho de menos tu cuerpo, Flora.

Cuando terminó la frase ya la tenía agarrada por la cintura, mientras comenzaba a besarla en el cuello.

Ella también sabía que iba a ser la última vez que se aprovecharía de ella porque en unos días abandonaría la casa para comenzar una nueva vida con Sabino. Acababan de alquilar una habitación con derecho a cocina cerca del colmado. Tenía mucha luz. Además, era ventilada, con un gran balcón a la misma calle donde se encontraba la tienda de ultramarinos.

Por fin sentía que aquella pesadilla llegaba a su fin.

Casi se había acostumbrado a que la atacara por sorpresa en cualquier rincón, porque no siempre ocurría en la habitación de la lencería. Desde aquella lejana noche en que la desvirgó, la chica cerraba siempre la puerta con llave.

Esta vez, para sorpresa de Álvaro, Flora le desabrochó la bragueta del pantalón. Mi hermano no daba crédito. Nunca hasta entonces lo había hecho, así que la excitación fue máxima. Instintivamente, la invitó a que tomara el miembro entre sus manos. No cabía en sí de gozo. De placer, sin que todavía hubiera eyaculado.

—Veo que has aprendido mucho. —Cerró los ojos mientras le dejaba hacer a la chica, que aprovechó el momento.

«Ahora o nunca», se dijo.

A Álvaro no le dio tiempo a reaccionar. Flora cogió la cazuela con el agua casi hirviendo que contenía la mezcla de almidón y se la echó sobre el miembro erecto.

El grito de dolor se oyó en toda aquella zona de la casa. Por suerte, Casilda no se encontraba por allí. La cocina estaba lo suficientemente

lejos, y Anita, la cocinera, tampoco se percató de los alaridos que lanzaba mientras su pene enrojecía y la mezcla de almidón provocaba las primeras quemaduras en los testículos.

44

Por la lejana bruma del pasado

De camino a Gernika, a don Fausto le gustaba ir escuchando ópera. Otras veces prefería la zarzuela, cuando estaba de mejor humor. Pero lo que más oía era música clásica. Aquella mañana le había pedido al chófer que le pusiera el casete en el que tenía grabadas varias composiciones de Johann Pachelbel. El *Canon en Re Mayor* le daba paz, sosiego a una vida atormentada como la suya. Con los acordes de aquella melodía, viajaba a un breve espacio de tiempo en el que fue feliz durante su juventud. Cuando amaba a Ana con un corazón que aún no había sido curtido por el odio y la venganza que lo invadió después. Especialmente desde que asesinó a Íñigo aquella madrugada en la que sus adoradas hortensias se tiñeron de sangre.

La sonoridad del violín penetraba en su mundo emocional. Ese que ya creía perdido por la constante amargura en la que nadaba desde que abría la ventana cada día al levantarse y contemplaba la escena del crimen.

Sabía que era una mala persona. Que hería a cuantos tenía a su alrededor, y no podía evitar dañar, lastimar a quien se le acercaba. En su interior, se odiaba a sí mismo. Quizá por ello pasaba poco

tiempo frente al espejo. Los minutos justos para afeitarse o hacerse bien el nudo Windsor de la corbata.

A él nadie lo había amado. Tampoco su padre, que solo vio un sucesor en aquel cuerpecillo que echaba andar, intentando corretear por el césped del inmenso jardín frente al mar.

La imagen de su madre se desdibujaba al intentar recordarla. Apenas guardaba unas pinceladas de su silueta, corpulenta e inalcanzable, aunque supo de mayor que fue una mujer menuda pero espigada, de elegancia innata. Mientras continuaba escuchando el *Canon en Re Mayor*, trataba de evocar en su frágil memoria infantil el rostro de mamá. Pero solo acudía a su mente la imagen de su melena rubia, sus ojos vivos como el mar, su sonrisa cuando se acercaba a ella y dos palabras: *«Meine Kleine»*, «mi pequeño». En ese momento, su madre lo cogía en brazos para acariciarlo. Ahí se detenían los escasos recuerdos maternales.

Lo siguiente que recordaba era un catafalco ante el que todos lloraban en el salón de Villa Abaria. Tuvo que permanecer allí horas junto a su única hermana, tres años mayor, que sollozaba sin que él supiera por qué. «Condolencias». «Pésame». Eran las palabras con las que asociaba el entierro de su madre. Ella siempre le habló en una lengua que nunca más usó, salvo con *Fräulein* María, la institutriz alemana que hizo las veces de educadora fría y despiadada junto a quien aprendió a tratar con desprecio a quien consideraba inferior.

A don Fausto nadie le comunicó de qué murió su madre, hasta que, por accidente, escuchó una conversación en el club de golf, donde alguien se refirió a la muerte de Odetta Hecht como un suicidio anunciado.

¿Cómo pudo su madre quitarse la vida y dejarlos huérfanos a él y a su hermana Hannah? ¿Por qué un suicidio tan cruel frente al mar después de clavarse un cuchillo en el cuerpo? ¿Qué papel tuvo su padre al que todavía las murmuraciones lo consideraban instigador de aquella muerte?

Cuando lo supo ya era demasiado tarde. Desiderio había fallecido. No podía preguntar a nadie sobre aquella muerte de la que todavía, tantos años después, se susurraba en Neguri y que todos asociaban a los celos y amoríos constantes de su padre.

A pesar de que su familia materna vivía también en Getxo, nunca tuvo relación con ella. Desiderio se encargó de cortar de raíz todo contacto con «esos alemanes bastardos» que lo acusaban de la muerte de su mujer. En ocasiones, don Fausto tuvo la tentación de acercarse hasta casa de los Hecht, pero nunca se decidió.

Le pidió al chófer que rebobinara el casete Basf para volver a escuchar la melodía de Pachelbel. No sabía por qué le ocurría, pero siempre asociaba esa música con la niñez y la imagen de su madre diluida en la bruma del pasado.

Mientras el vehículo iba aminorando la marcha, don Fausto volvió a su realidad cotidiana, dejando atrás esa infancia difusa donde su madre continuaba siendo un episodio sin cerrar.

—Estaré toda la tarde. No venga a recogerme antes de las ocho —le ordenó al chófer.

—Muy bien, señor.

Durante todo ese tiempo muerto, Manuel, el chófer, aprovechaba para acercarse hasta el vivero de jardinería situado a las afueras de la localidad. De vez en cuando, descubría nuevas variedades de algunas rosas o arbustos más resistentes a las plagas. Entonces aprovechaba para adquirir sacos de nitrato con los que abonar los parterres donde crecían las flores en Villa Abaria.

Sobre la mesa del despacho de Gernika siempre había mucho trabajo. Clientes nuevos que explorar, mientras en la fábrica se probaban las innovaciones que se hacían a algunos modelos de armas. A don Fausto le llamó la atención un sobre que procedía de Londres, del comercial que allí gestionaba las cosas de la empresa. Thomas le había llamado un par de veces aquella semana, pero decidió no devolverle la llamada. En realidad, no lo había hecho porque en numerosas ocasiones eran cuestiones de poca importancia relacionadas con la infraestructura de la oficina. Thomas quería que

se mudaran a un enclave mejor, pero don Fausto no estaba dispuesto a pagar decenas de libras más por un alquiler que le sirviera al comercial para alardear entre sus colegas.

«Un ejemplar de periódico. ¿Para qué?», pensó mientras desdoblaba el tabloide con olor a tinta todavía.

Era de un diario escocés. *The Scotsman*. Le sorprendió. Pero si se lo había enviado por correo sería algo relevante. Después de echar un vistazo a las primeras hojas, fue directamente a la sección de economía. En un faldón de la página impar, había un artículo acerca de un fraude en el sector armamentístico años atrás que afectaba a la defensa británica.

A medida que iba leyendo el texto, don Fausto parecía ir tensionándose. Los músculos del rostro se adivinaban rígidos mientras abría los ojos como platos. Leyó y releyó el artículo que no llevaba firma. Un cobarde, pensó. Alguien sin hombría que se atrevía a acusarlo de estafa sin identificarse. Semejante infamia no podía quedar así. Abaria, Armas y Propulsión de Tanques en el punto de mira. ¿Quién le había facilitado toda aquella información tan precisa? ¿Cómo podía haber sabido aquel periodista escocés el acuerdo clandestino que firmó con los checos?

La frialdad que siempre le inculcó *Fräulein* María, y que era uno de los rasgos de su identidad, ahora parecía disiparse. Apretó sus puños. Golpeó la mesa hasta hacerse daño. A continuación, se levantó y caminó unos pocos metros hasta alcanzar la ventana.

¿Qué podía hacer? De momento, tan solo se había hecho eco un periódico escocés, pero no era cualquier medio ni Edimburgo cualquier ciudad, sino la segunda más importante de toda Gran Bretaña.

Habían transcurrido demasiados años como para que ahora alguien husmeara en el pasado. ¿Por qué lo sacaban a la luz en ese momento? ¿Qué objeto tenía?

Sobre la mesa de caoba el teléfono no paraba de sonar. Nunca acostumbraba a levantar la voz a su secretaria, pero esta vez salió del despacho visiblemente nervioso.

—No me pase ninguna llamada.

—De acuerdo, don Fausto.

Al entrar de nuevo en el despacho, no se preocupó en guardar las formas y cerrar la puerta de forma exquisita, con decoro. Dio un portazo sin importarle lo que pensaran sus empleados.

Con semejante noticia sobre la mesa, estaba seguro de que, tarde o temprano, alguien iba a enterarse en España del fraude. Aquella información llegaría hasta sus competidores eibarreses en cuestión de días. O peor aún, quizá ya estaban al corriente.

Los británicos seguro que interpondrían una demanda millonaria, pero a él lo que le aterraba era perder la hegemonía. Dejar de ser la primera empresa del sector en España que fabricaba para importantes ejércitos de todo el mundo. Y no estar relegado a sacar al mercado escopetas de caza o componentes para tanques de países tercermundistas.

~

Faltaban pocos minutos para las ocho. Aquella tarde don Fausto no pudo despachar todos los asuntos que tenía sobre la mesa cuando llegó. Se quedaron en la bandeja de temas pendientes cuando cerró la llave de la puerta para regresar a casa.

Ya en el coche, le pidió al chófer que encendiera el radiocasete para escuchar esta vez a Wagner.

No quería escuchar el *Canon en Re Mayor* de Pachelbel, sino algo con lo que su estado de ánimo se identificara.

—Necesito oír otra cosa, Manuel.

—¿Cuál desea que le ponga, señor?

En el maletín que siempre iba en la parte delantera del coche, el chófer llevaba la selección que don Fausto hacía cada mes. Pero había algunas composiciones que siempre iban en el vehículo. Como el *Canon* de Pachelbel y *Der fliegende Holländer*.

—*El holandés errante*, por favor.

Su cólera contenida era, sin duda, un componente esencial para escuchar a Wagner. Porque el pánico que se acababa de apoderar de

él debía de ser similar al terror sufrido por el compositor alemán en una tormenta en alta mar en la que se inspiró para componer la famosa obertura de su ópera.

45

Junta de señoras

La enfermedad de tío Antoine hizo que nuestras visitas a San Sebastián se intensificaran. Su precaria salud venía de lejos, pero mi tía se resistía a aceptar el deterioro de su esposo.

Era una simple cuestión de edad. Continuaba teniendo todas sus facultades mentales intactas, solo que el tener que desplazarse en una silla de ruedas lo exasperaba, a pesar de su buen humor. Arrastraba desde su juventud varias hernias discales, pero ahora la situación había empeorado debido a la nueva lesión que le acababan de diagnosticar en la cadera.

—Valéry tendrá que empezar a ayudarme en la empresa.

—No te preocupes por eso, que lo hará con gusto. Se crio entre sacos de cacao. —Le recordé a mi tío que mi esposo aguardaba el relevo con cierto conformismo y sosiego.

Tanto él como mi tía veían en nosotros esa descendencia que «el Señor no nos dio», como acostumbraban a decir.

Como nuestros viajes empezaron a ser más frecuentes, decidimos que las niñas se escolarizaran en San Sebastián. La ciudad contaba ya con dos campus privados de excelente reputación y una vida

estudiantil muy agradable, para Teresa y Elena, a las que entusiasmaba el jolgorio que se vivía en las calles donostiarras.

—Mis francesitas —solía decirles Antoine cuando nos oía llegar.

—Qué alegría que has venido, Alejandra. —A mi tía se le iluminaba el rostro al vernos de nuevo.

Nos instalamos en su casa. Era lo suficientemente grande y, además, estaba junto a la fábrica de chocolate, lo que a Valéry le resultaba mucho más cómodo a la hora de despachar con Antoine, que estaba impedido.

Por mi parte, le hacía compañía a tía Elvira e intentaba que dejara de lamentarse de una situación que en absoluto era trágica; simplemente, tenía que ir aprendiendo a asumir el paso de la vida, algo en lo que ella nunca había pensado.

Su única distracción era acudir tres veces por semana al asilo ubicado al otro lado del puente, en el número 33 del paseo de los Fueros de San Sebastián. Allí, mi tía era feliz. Contribuía al bienestar de las decenas de niños y niñas desamparados que cada día iban a estudiar. Algunos eran brillantes, otros un poco más holgazanes, pero con un denominador común: a todos ellos les unía la pobreza extrema.

Como gran benefactora, pertenecía a la junta de señoras del centro, que elaboraba las directrices por las que se regía el asilo, gestionado por las hermanas de la caridad de San Vicente de Paúl.

Me estremecí cuando mi tía me habló de la inclusa con la que había contado el colegio en el pasado.

—Tienes que venir un día conmigo. Allí toda ayuda es poca. Como dama de la Cruz Roja que fuiste, podrás hacer muchas cosas —me propuso, aludiendo a mi paso por el hospital Victoria Eugenia de Bilbao.

Lo primero que recuerdo de aquel centro de cuatro plantas que ocupaba una manzana, entre la calle Prim y el paseo junto al río, era la inscripción que se leía sobre el viejo torno donde entregaban a los bebés. «Mi padre y mi madre me arrojan de sí, la caridad divina me recoge aquí». La misma que había en Fraisoro. Se me heló la sangre.

La única diferencia entre un texto y otro era que en el orfanato donde di a luz a Miguel «recoge» estaba escrito con una falta de ortografía grave: «recoje».

Tía Elvira, obviamente, no se dio cuenta del impacto que me produjo leer aquella frase. Ella continuaba hablándome de enseñanza, comidas y la primera comunión para la que impartían catecismo a todos los pequeños. Mientras que yo, ajena a lo que me estaba contando durante la visita, no podía dejar de pensar en los meses que pasé en Zizurkil.

A la derecha del portal había un ropero que contenía decenas de armarios numerados en los que se guardan las batitas que lucían los pequeños. Cada día, al entrar al colegio, se colgaban al cuello una cadenita con el número que le correspondía a cada uno. Así, las monjas tenían identificados a todos los niños y niñas en caso de que surgiera algún problema.

El asilo contaba también con una pequeña enfermería, además del comedor y una amplia lavandería.

—Son hijos de jornaleras, pescadoras… —empezó a explicarme en mi primera visita al centro aquella mañana de primavera—. Los traen a las siete de la mañana y los recogen por la noche.

En cuanto llegaban al colegio, las monjas los aseaban y, a continuación, tomaban el desayuno. Pero sobre todo les daban cariño, ese amor que tanto necesitaban aquellos miles de niños que pasaron por aquel colegio desde que se abriera en 1891. Primero, en su ubicación inicial en el número 28 de la calle San Marcial, esquina Fuenterrabía, hasta que en 1903 fue trasladado al enclave donde se encontraba ahora.

—Las once benefactoras que integramos la junta de señoras somos muy mayores y necesitamos savia nueva.

Enseguida adiviné las intenciones que tenía tía Elvira. Solo que yo no estaba segura de ser capaz de afrontar aquel reto. Miguel acababa de cumplir veinte años. Estudiaba leyes y era un joven reservado, muy inteligente y con el destino profesional escrito. Adoraba la mar y

durante el verano ayudaba a Teófilo en la empresa. Sabía que su futuro estaba en la naviera familiar.

—Me gusta lo que hago con *aita*, madrina. —Cada vez que le oía «con *aita*» pensaba en Íñigo y en lo orgulloso que se sentiría de su pequeño, que ya era un joven responsable.

Desde el nacimiento de mis dos hijas, me preocupé especialmente de que se trataran como hermanos. Entre los tres, fueron tejiendo una complicidad de la que me enorgullecía.

Yo ya había superado los cuarenta y me sentía plena, feliz de la familia que había formado junto a mi esposo. Valéry comenzaba a adaptarse a la nueva realidad en la fábrica de chocolate, aunque echaba de menos sus días como médico en el balneario de Camboles-Bains. Pero yo seguía viviendo en silencio la pena de no poder confesarle a mi hijo la verdad de su existencia.

Un buen día, mi tía me propuso lo que yo ya intuía hacía meses:

—Creo que ya ha llegado la hora en que me sustituyas en la junta.

—Todavía estás bien, no veo razón alguna para que renuncies a tus funciones —repliqué.

—Verás, Alejandra. —Hizo una pausa. Luego continuó—: Quiero estar junto a Antoine todo el tiempo que nos quede, hasta que llegue la hora del adiós.

Sus ojos se humedecieron y de pronto empezó a llorar.

Elvira se había vuelto frágil, más vulnerable que nunca. La percibí temblorosa, invadida por el miedo, más insegura que nunca.

—Yo no sabré vivir sola.

—¿Por qué dices eso? Nos tienes a nosotros. Además, nada hace suponer que tío Antoine nos vaya a dejar. Lo dijo el médico el otro día cuando le preguntaste.

—Sí, lo sé, pero tengo mucho miedo, porque llegará ese día. —A pesar de sus riñas, aquella mañana comprendí que mis tíos habían nacido el uno para el otro—. Por eso quiero que te encargues de todas mis funciones en el asilo. Sé que harás un buen trabajo. —Con los ojos aún vidriosos, se acercó hasta mí para abrazarme. Al separarnos, me dijo—: Toma. No te la quites nunca. —Se despojó de la cadena

que llevaba al cuello con una medalla de la Virgen de la Dolorosa—. Me la entregó una madre que nos dejó a su hijo.

Aquella medalla que acababa de darme tía Elvira plasmaba el sentimiento de dolor de una madre ante el sufrimiento por verse condenada a dejar a su pequeño.

—Quien me la dio —continuó explicando mi tía— supo que su bebé sufriría por no conocerla. Pero ella prefirió entregarnos el niño porque sabía que junto a ella no sobreviviría. Hoy, ese niño es un hombre de bien.

Sus palabras me impactaron especialmente, porque pensé en todas aquellas madres que dejaron a sus retoños en Fraisoro nada más nacer. A las que puse rostro cuando las veía deambular, escurridizas, como Luciana, por los pasillos del orfanato.

Quizá todavía no estaba preparada para afrontar el reto que mi tía acaba de encomendarme. Pero sentía el deber moral de asumirlo. Habían transcurrido más de veinte años desde el día que abandoné Villa Abaria con Miguel en mis entrañas y, sin embargo, las heridas todavía no acababan de cicatrizar.

El olor a cacao que se respiraba en toda la casa me devolvió a la realidad, acompañada de mis hijas y de Valéry, que acababa de llegar.

En pocos días, íbamos a celebrar el cumpleaños de Elena, la pequeña.

—Tendremos que hacer una pequeña fiesta. —A tía Elvira le divertía mucho organizar cualquier tipo de celebración. Teresa ya había tenido la suya el pasado año—. Invitaremos a tus amigas del colegio. ¿Quién más quieres que venga?

Antes de que Elena empezara a enumerar nombres para su fiesta de cumpleaños, Teresa intervino:

—Tiene que venir Miguel, es el ahijado de *ama* y, además, siempre ha jugado con nosotras.

—Es verdad, tú eres su madrina. Él es como de la familia. —Las palabras de mi hija me emocionaron, solo que una vez más tenía que vivir esa felicidad en silencio, como desde el día en que él nació.

A pesar de la alegría que me producía haber creado mi propia familia rodeada del amor que todos ellos me profesaban, ocultar el parentesco real que me unía a ese hijo que nació en la clandestinidad seguía siendo una losa para mí.

Estar en contacto con decenas de niños y niñas del orfanato pertenecientes a familias paupérrimas no iba a ayudarme a mitigar ese dolor que seguía latente en mi mundo afectivo.

Había ayudado a Luciana con Luisito. A Micaela a salir de Fraisoro donde hubiera estado condenada a fregar suelos de por vida. Ahora disfrutaba de una existencia digna en casa de Maruja, que había vendido La Seda Negra, y ambas regentaban una tienda de lencería y ropa de cama, a la que acudían clientas de economía más que saneada.

Quizá como miembro de la junta de señoras podría afrontar mi pasado desde otra perspectiva. Desde la serenidad que da el paso del tiempo o la frialdad de abordar la realidad sin traumas, porque yo, al menos, tenía cerca a mi hijo, aunque fuera desde el silencio.

46

Florentinas de chocolate negro

Arrieta y Garagorri era lo más parecido a un colmado francés. Estaba situado en el número 5 del boulevard de San Sebastián, frente al mercado de la Bretxa. Allí se podían adquirir las mejores exquisiteces de la ciudad, Afamados espumosos de la Champaña gala o licores y dulces de su propio obrador.

En la parte superior de la fachada del establecimiento, el rótulo lo indicaba: «Épicerie Fine / Comestibles Finos».

Era uno de los lugares preferidos de mi tío Antoine, a donde acudía a comprar con cierta frecuencia. Ahora solíamos llevarlo nosotros. Valéry empujaba de la silla de ruedas mientras yo los acompañaba portando las bolsas con todo lo que habíamos adquirido. A tía Elvira le daba vergüenza que la vieran tirando de ella. No quería provocar lástima y menos aún que se burlaran los envidiosos. Que los había y muchos, solía decir.

Ahora que por razones obvias no podía caminar, era yo quien iba a comprar esa botella de champán que le gustaba abrir una vez por semana y que compartía con nosotros. Un día nos mencionó una curiosa historia.

—El cabaret Tabarin, que estaba en el sótano del teatro Victoria Eugenia, adquirió todo un vagón de Moët Chandon, que acababa de recibir esta tienda —nos contó.

Eran los años veinte, cuando San Sebastián era uno de los centros de la vida social europea. A tío Antoine le gustaba relatar esa anécdota que conocía de oídas, para remarcar la fiesta continua que se vivía en una ciudad donde, en determinados círculos elitistas, corría el alcohol y la droga de forma desmesurada en noches que no tenían final.

Había dieciséis cabarets, pero el Tabarin Lion d'Or estaba considerado el más chic de toda España. Contaba con dos buenas orquestas, bailes modernos y concursos de belleza de mujeres escotadas, caras bonitas y pies pequeños.

—Cómo me hubiera gustado vivir en aquella época, porque yo habría triunfado con el vodevil. De cabaret en cabaret. ¡Había tantos! —se lamentaba con cierta ironía, más que nada para hacer rabiar un poco a su esposa.

Una de tantas tardes en las que me acercaba a Arrieta y Garagorri, creí reconocer a Jimena. Parecía estar ojeando algunas cajas de galletas escocesas. Tenía en su mano un paquete de las famosas *shortbread* que volteaba con cierta curiosidad. Leía con atención los ingredientes.

Me retrasé unos pasos. Estaba casi segura de que era ella. Llevaba el mismo peinado de antaño. Un cardado ligero que precedía a un moño alto, recogido por encima de la nuca. Estaba sola como yo. Intuí que la vida seguía tratándola bien, a juzgar por su indumentaria. Lucía un abrigo fantástico de lana blanca, botones de bola negros, canesú circular con cuello a la caja y manga japonesa. Le sentaba como un guante. Bien podría ser un Balenciaga por el acabado tan cuidado que tenía, pensé. El tiempo no pasaba por ella.

Desconozco que nos impulsó a ambas a mirarnos de pronto. A mí, a detener el paso cuando me dirigía a la caja para pagar las

florentinas de chocolate negro, y a Jimena, en el momento que iba a depositar la caja de galletas *shortbread* en la cesta del colmado.

—¡Alejandra! Eres tú, ¿verdad? —Las dos estábamos completamente seguras de quienes éramos.

—¡Querida Jimena! ¡Estás bellísima!

Instintivamente nos abrazamos.

—Estamos solas —me dijo, con la intención de hacerme ver que nadie nos oiría si hacíamos alguna referencia a nuestro pasado.

—¿Qué haces en San Sebastián? ¿Has venido de visita?

—No. Ahora vivo aquí. Me casé y tengo dos hijas. ¿Y tú?

Jimena parecía serena. Irradiaba cierta paz. Su voz continuaba siendo ronca, como cuando le oí hablar por primera vez en la galería de Fraisoro, donde tomábamos el sol que entraba por los ventanales durante la larga espera hacia el parto.

—También me casé. Con alguien que me hace razonablemente feliz. Tengo dos hijos que pronto irán a la universidad y dos niñas más.

Le hice saber mi deseo de volver a vernos.

—Claro que sí. —Sacó una pequeña libreta de su bolso. En una de sus hojas escribió la dirección de su casa y un número de teléfono.

—Llámame por favor y concretamos una tarde para esa merienda que nos prometimos disfrutar juntas si algún día volvíamos a vernos. ¿Te acuerdas?

—«Vamos a merendar». —Ambas sonreímos con cierta complicidad, al recordar la frase que yo pronuncié en el hospicio cuando nos despedimos.

Había comprado dos paquetes de florentinas negras de chocolate. Las hacían en el obrador de la pastelería, al que nosotros suministrábamos el cacao. En realidad, eran unos bombones planos, con forma de galleta redondeada sobre el que se incrustaban pequeños trozos de naranja confitada, algún que otro pistacho y una guinda escarchada. A mí no me gustaban especialmente, pero mi tía Elvira las devoraba a la velocidad de la luz.

No hizo falta que la llamara durante los próximos días, porque antes de separarnos acordamos vernos al día siguiente en la cafetería Dover de la calle Loyola.

—Es más discreta que la de la avenida —apuntó como quien desea un encuentro sin miradas fisgonas.

En torno a una porción de tarta y un café con leche, desnudamos nuestra alma. Hablamos sin rodeos. De forma directa. Francas como nunca. Si habíamos compartido aquella experiencia tan dolorosa y extrema, cómo íbamos a mentirnos ahora que ambas disfrutábamos de una situación privilegiada.

—¿Cómo terminó tu historia con Francisco?

—De la peor manera.

Me contó que fue vil. La acosó de forma cruel para que no contrajera matrimonio con Carlos, un hombre bueno, arruinado, que necesitó su dinero para resurgir de las cenizas.

—Él me quiere de verdad y me respeta.

—¿Y tú? —no pude resistirme a preguntarle.

—He aprendido a quererlo. Y lo he conseguido, Alejandra. Es cuestión de proponértelo.

—Desear no es cuestión de voluntad. —Eso era lo que yo creía hasta que oí su respuesta.

—Puede que tengas algo de razón, Alejandra, pero el sexo no lo es todo. Sí que es posible despertar el deseo cuando se ama con el corazón.

—Aprender a quererse —apunté, sin estar muy segura de lo que le decía.

—Con Francisco disfruté de una vida sexual intensa y satisfactoria, sí, pero cuando me abandonó juré no volver amar desde la pasión.

—¿Le confesaste a Carlos tu pasado? —No hizo falta que le precisara a qué me estaba refiriendo.

—¿Para qué? ¿Acaso tú se lo has dicho a tu marido?

—No. Pero el pasado siempre vuelve, Jimena. Tarde o temprano tendremos que ajustar cuentas con nosotras mismas.

Se quedó pensativa. Con la mirada ausente. Como si estuviera retrocediendo en el tiempo a un episodio de su vida que lo afrontaba con relativa serenidad.

—El bebé que di a luz murió.

No supe qué contestarle en un primer momento. Tampoco fui capaz de preguntarle cómo se había producido la muerte.

—Fue una niña —prosiguió desde la misma serenidad, solo que ahora sus pupilas empezaron a brillar hasta nublarse la vista—. La maté, Alejandra. La ahogué con mi almohada.

Me estremecí. Cómo pudo ser capaz de cometer semejante atrocidad con su propia hija. Intenté disimular el terrible impacto que me habían producido sus palabras. Pero, por otra parte, ¿quién era yo para recriminarle nada?

Me contó que oficialmente se trató de una muerte súbita.

—Sor Carmen nunca me delató.

Estaba realmente agradecida a la superiora, que aun teniendo la certeza de que no había sido una muerte natural, había encubierto el suceso.

Se hizo un largo silencio. Ninguna de nosotras dos parecía saber qué decir después de una confesión que me heló el corazón.

—¿No vas a juzgarme? —me dijo de pronto.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Entonces me habló de su deseo inicial de quedarse con la bebé. De la propuesta que le hizo a su amante para que alguna persona cercana se hiciera cargo de la pequeña mientras ella financiaba su manutención.

—Me trató de la peor manera que puedes imaginar. Me vejó e insultó como un sinvergüenza. Hiriéndome hasta el extremo, no solo en mis sentimientos, sino en la dignidad. —Me contó que fue cuando descubrió la realidad de su larga relación de años con Francisco. Un hombre casado, sin escrúpulos, que la sedujo hablándole de amor

cuando solo buscó sexo en ella—. Nunca aspiré a que dejara a su mujer por mí, pero sí a que su amor fuera sincero.

En sus ojos vio desprecio, frialdad. A pesar de que habían transcurrido más de veinte años, Jimena recordaba incluso el color de su corbata el día en que fue a Fraisoro.

—Aquel episodio me sirvió para desenmascarar a un hombre que jamás se mereció mi amor. Pero las mujeres somos así. La juventud y la inexperiencia, a veces, hacen que nos enamoremos de quien menos se lo merece.

47

El legado de Ramón Zabala

Cuando Miguel cumplió la edad para el ingreso en la universidad, Teófilo y Ana me pidieron mi opinión. Incluso me consultaron antes de trasladarse a vivir de nuevo a Getxo, un entorno desconocido para él, quien tan solo había visitado la casa de Neguri en contadas ocasiones.

—Tú eres su madre y queremos que decidas sobre su futuro. —Estaban tan pendientes de su educación como de que fuera un joven risueño, feliz—. Nosotros creemos que ha llegado el momento de que comience sus estudios en las mismas aulas donde estudiaron su padre y su abuelo. —Ana llevaba la voz cantante, en aquella reunión que mantuvimos en Biarritz pocos días antes de que yo aceptara su traslado a la margen derecha de Bilbao—. Lee mucho. Le gusta la historia.

—Es muy curioso, en el mejor sentido de la palabra —apostilló Teófilo, con cierta satisfacción.

Consideraba que esa curiosidad iba a ayudarle mucho en la vida, porque a su juicio era un rasgo de las personas inquietas y emprendedoras.

—Es igualito a su padre. —Dijo Ana, que afirmaba que hasta tenía gestos suyos.

Normalmente no solíamos hablar por teléfono. Siempre que acudía a visitarlos, concretábamos el siguiente encuentro. Por eso me extrañó que al llegar a casa el servicio me comunicara que Teófilo había llamado preguntando por mí.

—Ramón ha muerto. Ha sido un infarto fulminante. —Su voz, al otro lado del teléfono, transmitía un gran pesar.

Ana se inquietó al ver que su padre no bajaba a desayunar. El azar quiso que Ramón estuviera en Biarritz disfrutando de unos días. Nada hizo presagiar un desenlace como el que se había producido.

—Nunca tuvo ningún aviso. En el último chequeo de hace unos meses, el cardiólogo le dijo que estaba estupendamente. —A veces la muerte sorprende sin llamar antes—. Tenemos el consuelo de que no ha sufrido nada —continuo Teófilo explicándome.

A mi hijo le afectó especialmente. Siempre había estado muy unido a él desde su nacimiento. Ramón fue para él un segundo padre, con quien compartía confidencias, juegos o risas, hasta bien mayor. Cuando cumplió dieciocho años, le habló del archivo. Del contenido, pero sobre todo del valor político que tenía para la historia reciente del País Vasco.

—A partir de ahora también es tuyo y el día que yo no esté será parte de mi legado —le había dicho.

En aquel momento, Miguel era demasiado joven para calibrar la importancia de lo que Ramón le estaba haciendo partícipe. Sin embargo, aquel archivo sí que despertó su interés hacia la política y la curiosidad por leer aquella montaña de documentos, donde se escondían algunas de las claves para comprender el posicionamiento político de su abuelo.

Tanto la familia de Íñigo como yo intentamos educar a Miguel al margen de la política. Sin odios ni rencores. En la paz y la convivencia. Aun así, Miguel, que ya era un hombre, hacía preguntas de difícil o compleja respuesta.

—¿Por qué repartieron los huesos del fundador en dos países distintos?

Cuando Ramón le explicó que una parte de los restos estaban enterrados bajo el manzano de Atherpea, Miguel no pudo menos que asombrarse.

Quizá, fue aquella circunstancia la que despertó en él la curiosidad por indagar en ese pasado que condicionó la vida posterior de su abuelo, al que tanto admiraba.

—¿Por qué entre las raíces del manzano y no del roble, como te pidieron?

—Porque la manzana es parte de nuestra identidad. Más que el roble.

Entonces hablaron de Tolare, de todas las veces que habían ido al caserío del Goierri al que mi hijo le había cogido cierto cariño.

Tras su muerte, Miguel entró en una fase confusa. Ramón había sido su referente, alguien a quien adoraba. Un hombre hecho a sí mismo, luchador, perseverante y muy inteligente del que también admiraba su ternura y jovialidad. Ese excelente humor del que podía hacer gala Ramón hasta en las situaciones más críticas.

Su repentina muerte dejó una honda huella de dolor en su mundo afectivo.

—Quizá por ello sea mejor que nos traslademos a Neguri. Es un escenario nuevo para él, donde nada le recordará a su abuelo, aunque siempre lo llevará en el corazón.

Fue una decisión acertada por parte de Ana, que coincidió con el comienzo de su etapa universitaria. En Getxo fue bien recibido. Todo el mundo sabía que fue un niño adoptado, pero lo trataban con todo el respeto que merecía la familia Madariaga. Salvo algunas lenguas viperinas que lo miraban con curiosidad malsana, mientras susurraban comentarios mezquinos.

Cuando le comuniqué a mi anciana madre la noticia, su respuesta me inquietó.

—Ahora podré ver a mi nieto con más frecuencia.

—¿Qué estás diciendo, *ama*?

—Lo que acabas de oír. Nadie me va a privar de ello.

Su actitud me ponía en una situación embarazosa. Tanto Teófilo como Ana no iban a impedir que acudiera a su domicilio siempre que quisiera, pero a él, que era un joven inteligente, no dejaría de sorprenderle que la madre de su madrina fuera a verlo a menudo.

Yo seguía sintiendo la necesidad de contarle la verdad. Todo estaba perfectamente encajado. Nadie, jamás, descubriría mi secreto, pero me desasosegaba pensar que cuando yo no estuviera pudiera conocer su verdadera identidad biológica.

Temía también la actitud de mi madre. Era demasiado mayor. Sus sentimientos podrían traicionarle en algún momento y confesarle su verdadero origen.

—Nunca le hables de don Fausto.

Le sorprendió mi petición.

—Jamás lo haría. Alejandra. Soy vieja, pero no estoy chocha.

A pesar de su edad, seguía teniendo una gran lucidez que le servía para no mencionarme a don Fausto.

Casi nonagenario, ahora seguro que daría pena a sus vecinos cuando lo vieran alguna vez caminando por los alrededores de Villa Abaria, de donde apenas salía.

Con mi hijo viviendo en Neguri, a pocas manzanas de nuestra casa, sentía que el círculo se cerraba. Como si el pasado necesitara descansar. Ese pasado con el que yo también estaba dispuesta a ajustar cuentas, enfrentándome al episodio más trágico que cambió el destino de mi vida para siempre.

48

La verdad oculta

Atherpea siguió siendo el hogar de la infancia de Miguel, a donde regresaba siempre que podía. Para él, el alma de su adorado abuelo vivía allí de algún modo.

Días atrás, un tal Joseba Iturri, había dejado un par de mensajes mostrando su deseo de que mi hijo se reuniera con él. No tenía ni la más remota idea de quién se trataba. Tampoco había precisado la razón de su llamada. «Es un asunto privado», fue todo lo que le dijo a la secretaria de la Naviera Madariaga.

Al llegar a casa, Miguel no dudó en preguntarle a Teófilo por el misterioso personaje.

—¿Lo conoces? Nunca he oído hablar de esa persona.

Aguardó unos segundos antes de contestarle.

—Sí. Es uno de los fontaneros del partido.

Él sabía perfectamente a lo que se refería. A alguien oscuro que se encargaba de trabajar en la sombra, y, a veces incluso, rozando la peligrosa línea de la ilegalidad para cumplir los objetivos que se le encomendaban.

—¿Para qué puede querer hablar conmigo?

—No tengo duda de que su llamada estará relacionada con el archivo de Atherpea.

—¿Qué debo hacer? —dudó Miguel.

—Recíbele. Así confirmarás lo que te estoy diciendo. Aunque ya sabes lo que va a proponerte.

El matrimonio estaba convencido de que iba a solicitarle la devolución del archivo. Como habían hecho tantas veces con Ramón. Argumentaría la legítima propiedad sobre él. Una vieja petición que en reiteradas ocasiones habían hecho a la familia por distintas vías.

—¿Por qué tienen tanto interés? ¿Qué es lo que esconde?

Ana conocía al detalle el contenido de todos aquellos cuadernos. Su padre no solo le habló de ellos, sino que se los había mostrado.

—Están escritos por el fundador del partido. De su puño y letra. Pero eso no es lo más importante.

A mi hijo le intrigó sobremanera esto último.

Teófilo se sumó a la conversación de forma natural, porque conocía la historia tan bien como su esposa.

—Todos los partidos tienen luces y sombras. Secretos que guardar y pecados sin confesar. —¿Qué podría ser tan importante para que, tantos años después, los herederos del fundador siguieran queriendo recuperar todos aquellos cuadernos manuscritos?—. Verás, Miguel, todas las personas podemos evolucionar intelectualmente y cambiar nuestra forma de pensar.

A medida que, de forma alterna, Teófilo y Ana iban poniendo en su conocimiento detalles extraordinarios sobre el archivo, mi hijo no salía de su asombro. Siempre había tenido cierta curiosidad por la política, pero no la suficiente como para afiliarse a un partido concreto.

—Las reflexiones de su última etapa no tenían nada que ver con la ideología sobre la que se sustentaron los principios fundacionales —continuó explicándole Teófilo.

—*Aita*, ¿qué quieres decir exactamente?

No le resultó fácil confesarle la verdad, porque precisamente él llevaba el nacionalismo en las venas. Y eso le impedía aceptar que en

sus últimos escritos el fundador diera un giro hacia tesis mucho menos independentistas y más conciliadoras con España.

—Para muchos de nosotros es una vergüenza que necesita ser ocultada. Hay cosas que no se pueden hacer públicas bajo ningún concepto —respondió Teófilo.

—¿Por qué? —La intriga del joven iba en aumento.

Hasta entonces, Miguel nunca le había oído hablar de política en esos términos. Siempre comentaban banalidades, noticias relacionadas con las elecciones recientes o cuestiones de índole histórica. Todo aquello estaba siendo una sorpresa enorme para él.

—Cuando tú has defendido el nacionalismo frente al Estado —prosiguió Teófilo— y años más tarde aceptas de alguna manera a ese país del que antes quisiste independizarte, es un golpe difícil de asimilar para una militancia de base que creyó a pies juntillas en tu discurso.

Mi hijo no salía de su asombro. Algo imposible de creer.

— A ver si lo he entendido bien. ¿Quieres decir que el fundador cambió totalmente sus principios en la última etapa de su vida?

Ana y Teófilo asintieron. En cierta manera, se sentían avergonzados de lo que el creador de su partido dejó escrito pocos años antes de morir. Incluso llegó a acariciar la idea de formar un nuevo partido menos radical para iniciar esa nueva convivencia con España.

Mientras observaba el profundo pesar en los rostros del matrimonio, Miguel no pudo evitar pensar en la responsabilidad que había recaído sobre él. En su mano estaba la llave de velar por el legado o, por el contrario, entregar a Joseba Iturri todo aquel archivo que su abuelo custodió con tanto mimo.

—Si no hubiese sido por Ramón, se hubieran perdido todos los cuadernos manuscritos. Tenlo por seguro.

Más allá de la propiedad, para Miguel era mucho más importante el contenido, lo que allí decía el fundador, el componente emocional que encerraba la historia del archivo.

Cuando llegó al despacho aquella mañana, lo primero que hizo fue pedirle a su secretaria que le pusiera en contacto con Joseba Iturri. Después de pensarlo durante varios días, consideraba que ya había llegado el momento de abordar aquella cuestión, espinosa y delicada a todas luces.

No necesitaba ya más tiempo.

—Usted dirá. —Desde el primer momento mi hijo quiso marcar distancia con aquel desconocido para él.

—Eres muy joven. —Iturri quería crear cierto clima de complicidad en el que Miguel no cayó.

El hombre cambió de actitud. Enseguida se dio cuenta de que aquel hombre, que a él le parecía un muchacho imberbe, no estaba dispuesto a establecer ningún tipo de complicidad.

—Bien, vayamos al grano. —Ciertamente incómodo y algo malhumorado, Joseba Iturri decidió confesarle abiertamente por qué había querido entrevistarse con él—. El partido pidió a su abuelo que custodiara parte de nuestros archivos fundacionales. No sé si usted ha oído hablar en alguna ocasión de esto a su familia —Miguel se dio cuenta de que había cambiado el tuteo inicial y empezaba a tratarlo de usted.

Iturri no estaba seguro de que aquel joven que tenía frente a él supiera algo de lo que iba a pedirle. Le pareció un chico extraordinariamente observador, de mirada inteligente y exquisito en las formas.

Tenía un bloc de notas en el que parecía dispuesto a escribir sobre lo que allí fuera a hablarse. Para el fontanero, la indumentaria que lucía Miguel se asemejaba a la de cualquier joven de Neguri. Camisa impecablemente planchada, corbata de seda, gemelos de oro en los puños. Era espigado. Su porte era rabiosamente elegante. Podía alardear de un estilo del que los de su clase jamás hubieran podido hacer gala. Él, que había crecido en una familia sin recursos, en su fuero interno, más que envidiar, odiaba a los ricos de cuna.

Sin embargo, sabía adular bien a quien se lo proponía. Por eso, desde la sombra, desde el anonimato controlado, había llegado a acumular casi más poder que el presidente del partido que defendía. Joseba daba resultados, conseguía suficiente dinero para las campañas y lograba, sin despeinarse, que defenestraran a quien pudiera obstaculizar sus intereses.

—No sé a qué se refiere.

El fontanero simuló tranquilidad, pero la respuesta del joven lo enervó especialmente. Aquel niñato de altura envidiable y cabellos ensortijados, tenía que saber algo. No era posible que siendo el único heredero nunca le hubieran hablado de aquel archivo, de los cuadernos manuscritos del fundador que él tenía que recuperar ahora que Ramón Zabala estaba muerto.

—Quizá tenga que contarle algo que usted no sepa. A veces ocurren estas cosas en familias como la suya.

—Si usted lo considera oportuno, adelante. No tengo inconveniente alguno en escucharlo. ¿De qué se trata?

Cómo se atrevía a desafiarle de aquel modo. Sentía que le estaba mirando por encima del hombro con cierta displicencia, aunque aquella sensación tan solo estaba en su cerebro.

Primero se dedicó a ensalzar la figura de Ramón, hasta llegar al punto que quería. Durante toda la exposición, mi hijo evitó interrumpirle.

—Comprenderá que esos archivos nos pertenecen y por lo tanto queremos que vuelvan a nuestra sede.

De todas las respuestas que mentalmente barajaba Joseba Iturri la que oyó fue la menos esperada.

—Nunca he oído a nadie de mi familia la historia que me está contando usted. Pero, si es como dice, tendremos que trasladarnos ambos hasta Biarritz para comprobarlo.

¡Aquel sí que era un triunfo! En ningún momento se le pasó por la cabeza que iba a ser tan fácil recuperar los manuscritos del fundador. Un viaje al País Vasco francés y fijar la fecha para el traslado. Mejor

aún: por si acaso el chaval se arrepentía, los traería él mismo en su coche.

—La biblioteca no es muy extensa. Allí solo hay libros, pero si usted insiste en que tienen que estar allí esos cuadernos, lo mejor es comprobarlo —insistió Miguel.

49

Nada que recuperar

Joseba Iturri conocía la casa. No porque la hubiera visitado, sino porque, en sus viajes al otro lado de la frontera, sus compañeros de partido se la mostraron durante los años de clandestinidad. Nunca se atrevieron a llamar a la puerta. A Ramón Zabala no se le podía visitar por sorpresa. Se acercaban para cerciorarse de que el roble crecía frondoso al otro lado de la verja, mientras ocultaba bajo sus raíces parte de los restos del fundador como ellos creían.

—¿Cuándo podemos ir a Biarritz? —El hombre estaba ansioso de acudir cuanto antes.

—¿Le parece bien en dos semanas? —Antes de reunirse con él, Miguel ya había diseñado su propia estrategia—. Yo lo esperaré allí.

Al salir de la naviera, Joseba Iturri apretó los puños como signo de victoria. Nunca pensó que iba a ser tan fácil. Se sentía pletórico. Feliz por su triunfo. Vaya sorpresa que le esperaba a la ejecutiva cuando les mostrara los cuadernos amarilleados por el paso del tiempo.

Aquellos catorce días con sus correspondientes noches, se le hicieron eternos.

Mi hijo prefirió ir por su cuenta. De hecho, fue un par de días antes para visitar también a Pierre y Marcel con los que tanto había aprendido de música y folklore vasco.

Deliberadamente, abrió las ventanas de par en par para que la luz entrara hasta la biblioteca del salón. Estaba diseñada por Inchauspe, el ebanista de Larressore, una pequeña localidad del interior de los Pirineos Atlánticos de poco más de mil habitantes. En cada una de sus estanterías podían descansar decenas de libros sin miedo a que cedieran. Estaba hecha en madera de cerezo.

A un lado podía verse la mesa donde Ramón trabajó durante años y que ahora ocupaba él. La silla, a juego con el resto del mobiliario, también era una joya de la ebanistería.

Joseba llegó unos minutos antes de la hora convenida. Aprovechó para dar un paseo por las inmediaciones del faro, desde donde podía admirarse la bahía de Biarritz en todo su esplendor. Cuando dieron las doce en punto, llamó al timbre.

En la casa no había nadie, salvo Miguel.

—Pase, por favor.

Al andar, el suelo crujía en algunos puntos, allí donde parecían faltar los rastreles. Caminaban sobre la madera original de la vivienda. Cada tabla de haya estaba minuciosamente machihembrada. No se veían rendijas ni hendiduras. Brillaba con el sol que entraba por las ventanas abiertas.

—Esta es la biblioteca de mi abuelo —dijo Miguel.

A Joseba no le interesaban los libros ni las decenas de revistas antiguas que se apilaban de forma ordenada en las baldas. Echó una ojeada rápida para descubrir dónde había algún bargueño o archivador de época que pudiera guardar los cuadernos que buscaba. Sabía que no eran muchos. Que podían estar escondidos en unos cuantos cajones.

—Si quiere que le sea sincero, no sé exactamente cuántos volúmenes hay. Es una biblioteca bastante completa —prosiguió mi hijo.

El fontanero no parecía oírle. Miraba con la rapidez de un ave rapaz. Aparentemente, allí no había ningún archivador.

—¿Me permite abrir aquel armario? —No estaba seguro de que aquella petición fuera aceptada por el dueño de la casa.

—Sí, claro. Pero allí está el recetario familiar. En aquellas carpetas solo encontrará apuntes relacionados con la cultura gastronómica. Mi madre es una gran aficionada, como lo era también mi abuela. —El hombre pareció desistir cuando oyó a Miguel decir—: Ábralo. No se quede con las ganas.

Efectivamente, cuando las dos hojas del armario dejaron ver lo que había dentro, Joseba comprobó que era cierto lo que el chico acababa de adelantarle.

Sintió algo de vergüenza.

Las cosas no estaban saliendo como él había supuesto.

—¿Tenía su abuelo algún otro despacho, no sé, en la planta superior o bien en la buhardilla? Suele ser muy típico aquí. —Lo que acababa de decirle era una vulgar excusa.

A Miguel no le extrañó la pregunta. Supuso que querría fisgar por toda la casa en busca del botín que perseguía.

Lo dejó que rebuscara por todas partes mientras observaba al hombre con absoluta perplejidad. La situación le pareció bochornosa. Como si fuera un policía llevando a cabo un registro cualquiera.

—Si no le importa, es mejor que busque yo, porque conozco cómo eran los cuadernos en los que escribía nuestro fundador.

—Oh, sí, claro —le respondió Miguel con naturalidad, sabiendo que no iba a encontrar nada.

A medida que iba a avanzando por las habitaciones, el rostro de Joseba comenzaba a mostrar cierto nerviosismo. Ahora los músculos faciales parecían más tensos.

—¿Está seguro de que no hay más rincones en los que buscar?

—Ya le he dicho que puede mirar donde quiera. Está en su casa.

Tratando de disimular su nerviosismo mezclado con un enfado controlado, después de varias horas chequeando la casa, Joseba

Iturri sacó la conclusión de que Ramón Zabala les había mentido durante todos aquellos años.

—Lamento mucho haberle importunado, pero estábamos convencidos de que su abuelo había traído aquí los archivos —se disculpó el hombre.

—No se preocupe. Es la primera vez que oía hablar de ello y le confieso que sentía cierta curiosidad. Pero ya ve, no siempre la leyenda está construida sobre algo real.

Iturri se estaba preguntando cómo habían sido tan idiotas en el partido para creer que Ramón Zabala, alguien especializado en hacer negocios extraordinariamente lucrativos, fuera a conservar todos aquellos cuadernos.

En la despedida, Joseba a duras penas pudo disimular la ira contenida que lo invadía al irse con las manos vacías.

—Quizá puedan estar en alguna otra propiedad de su abuelo. Si aparecieran, no dude en llamarme.

—Por supuesto que lo haré.

Cuando cerró la puerta de la casa, Miguel regresó a la biblioteca. Ni allí, ni en el despacho de la primera planta donde trabajó su abuelo tantos años, había el más mínimo rastro de los cuadernos del fundador.

Todavía faltaban unas horas para acudir a casa de Pierre y Marcel donde le esperaba una velada agradable a la que también acudiría Luis, el hijo de Luciana, con quien había compartido tantos veranos durante la adolescencia. Volvería a oír algunas de las melodías más populares del cancionero del padre Donostia tocadas al piano por Marcel.

Ese mismo piano cuya caja acababa de servir para esconder durante unas cuantas horas los cuadernos que Joseba buscó sin éxito.

50

De vuelta a casa

Tras la muerte de mi madre en esta villa maldita desde la tragedia que cambió mi destino, solo la habitaba don Fausto, que continuaba encerrado entre su habitación y la biblioteca situada en la planta baja, donde las hojas de los libros estaban demasiado manoseadas por unos dedos artríticos que humedecía en su lengua cada vez que quería pasar las hojas.

Quizá porque no tenía a dónde ir, Casilda continuaba haciéndole la cama como podía, limpiando los platos después de cada servicio y, de vez en cuando, ponía alguna que otra lavadora para lavar las camisas desgastadas de don Fausto.

—¿Quién llama a la puerta?

A pesar de su decrepitud, ella había oído el timbre que yo acababa de tocar. Sonaba igual que antaño. Las iniciales sobre la verja de hierro todavía conservaban algo del pan de oro, aunque ya resquebrajado.

—Alejandra Abaria —contesté con voz pausada, sin sobresaltarme.

—¿Quién ha dicho? —La octogenaria Casilda quería asegurarse de haber oído bien antes de pulsar la tecla que abría automáticamente la

verja.

—Soy Alejandra, la hija de los Abaria. —Mi voz ya no era tan juvenil como la que ella recordaría. Tampoco mi aspecto. En unos días iba a cumplir cuarenta y seis años. Yo ya nada tenía que ver con el candor de antaño, cuando mi corazón de jovencita enamorada derrochaba alegría—. ¿Puedo entrar?

Su respuesta no se hizo esperar.

—Esta es su casa, señorita Alejandra.

Antes de encaminarme hacia la puerta principal, me detuve un tiempo para contemplar la majestuosidad de un palacete que continuaba luciendo el mismo esplendor que cuando yo lo abandoné. Solo que la carpintería de las ventanas sí que estaba algo descuidada. Probablemente desde la muerte de mi madre, allí nadie se había preocupado del mantenimiento.

—Viene a ver a su padre, ¿verdad? Está muy delicado, aunque la cabeza la tiene bien —me dijo la anciana ama de llaves, sin que yo le preguntara por él.

Primero quería tocar, sentir mi vestido, el que desde aquella madrugada permanecería colgado en el ropero de mi armario, junto con la camisa ensangrentada de Íñigo.

—¡Que nadie toque esta ropa jamás! —grité antes de marcharme para no volver.

Atravesar todo el pasillo fue como retroceder en el tiempo. El friso machihembrado con madera de roble me pareció más bajo que cuando viví allí.

Evité iniciar cualquier tipo de conversación con Casilda. La anciana se quedó desconcertada, pero mantuvo la compostura retirándose hacia la zona opuesta a la que yo me dirigía. Se arrastraba lentamente, como podía, sobre la tarima sin lustrar desde hacía años.

Subí hasta mi antigua habitación.

En el dormitorio no encontré polvo. Parecía que alguien pasaba la mopa periódicamente. Los cristales estaban relativamente limpios, mientras en la lámpara que había sobre la mesilla de noche sí que

apreció el paso del tiempo. La tulipa de tela reflejaba cierta decadencia. Solo ese pequeño detalle evidenciaba que nadie se preocupaba por actualizar aquel tejido.

Alguien había tenido la precaución de proteger el vestido con una funda. Seguramente mi madre. Nadie más habría podido hacerlo. Obviamente, la sangre que impregnaba toda la tela de lino ya no era roja, sino de un tono amarronado. Ahí tenía, en mis manos, la prueba de la tragedia. De mi tragedia silenciada durante veintiséis largos años. Se conservaba intacto, sin haberse lavado. Aislado para que ningún germen lo contaminara. Como quien protege un viejo lienzo oculto, clandestinamente, a los ojos de los demás.

Si había permanecido tantos años en aquel armario de mi habitación donde crecí, a lo mejor podía dejar que siguiera allí. Ni Casilda, y menos don Fausto, sabrían que el vestido envejecía en aquella estancia donde el tiempo se había detenido el día en que yo abandoné precipitadamente la casa a pesar del ruego desgarrado de mi pobre madre.

—No te vayas, Alejandra, te lo suplico, quédate conmigo.

Por más que ella intentó retenerme, fue tal el odio que destilaba hacia don Fausto que nada pudo hacerme cambiar de idea.

—Yo te ayudaré siempre. Soy tu madre, Alejandra. No te vayas, por favor.

Su rostro desencajado se quedó grabado en mi memoria, pero yo estaba tan desesperada que opté por huir de aquel escenario donde siempre estaría la tragedia presente.

Quizá debí escucharla. A lo mejor confesarle mi embarazo aquellos días. Pero la desesperación que me atenazaba el alma hizo que quisiera huir de aquel entorno insoportable para mí.

En los años sesenta tener un hijo sola no solo no era una hazaña valiente, sino todo un desafío a una sociedad en la que casi cualquier conducta que tuviera que ver con las relaciones de pareja era pecado. Besar a un hombre en la calle o acudir a misa sin cubrirse parcialmente la cabeza con una mantilla eran gestos suficientes para quedar señalada en una sociedad donde amar tenía unas normas.

Sabía que Casilda estaría observando mis movimientos. Quizá habría ido a comunicarle a don Fausto que estaba allí.

Al traspasar la puerta de mi habitación, sentí retroceder el tiempo hasta aquella madrugada en la que las hortensias se tiñeron de sangre. Con el vestido entre mis manos, la camisa de Íñigo parecía estar viva junto a mí, cubriendo el cuerpo ensangrentado de mi prometido. Empecé a sentir frío. Cerré los ojos para intentar recordar sus besos, revivir su amor aquella lejana cálida madrugada de verano.

Alguien podría pensar que había entrado en trance, como si un ser superior se hubiera apoderado de todo mi ser. Tanto del cuerpo como de mi alma. Pero nada más lejos de la realidad. Yo era totalmente consciente de lo que estaba experimentando. Porque había querido que así fuera antes de enfrentarme a don Fausto. Necesitaba la energía suficiente para recobrar la paz que no acababa de sentir después de tantos años.

Quise continuar casi en penumbra. Entreabrí las contraventanas para dejar entrar solo unos tímidos rayos del sol. También giré la manilla de las puertas del balcón para que entrara ese inconfundible olor a mar con el que crecí.

De nuevo, retrocedí al pasado. Me hice casi niña con alma de quien se enamora por primera vez y la tragedia trunca su felicidad.

Mientras descendía por la escalera central, la misma por la que tantas veces vi bajar a mi madre como una princesa sin trono, recordé mis juegos de infancia, la complicidad que me unió a mi hermano Isidro, con quien continuaba manteniendo una estrecha comunicación epistolar. Tras su ingreso en los padres franciscanos, había decidido ir a misiones. Vivía en la leprosería de Santa Isabel, ubicada en Sapucai, a cien kilómetros de Asunción. En Paraguay Isidro era feliz. Sin embargo, a los ojos de don Fausto había tirado por la borda una exitosa vida dentro de la carrera eclesiástica.

—Si lo que quiere es dedicarse a rezar, puede hacerlo más cerca — era el comentario que le hacía a mi madre cuando ella se refería a las cartas de su hijo clérigo.

Tras aquellos muros de piedra de sillería, exponente del poder de una familia envidiada y odiada por igual, solo quedaba el decrépito cuerpo de un anciano miserable resistiéndose a aceptar que se acababa la continuidad de los Abaria.

Álvaro jamás iba a darle un heredero. Era una burla del destino que su hijo mujeriego, el destinado no solo a sucederle en la empresa, sino también a mantener un apellido único como era el suyo, hubiera recibido su merecido al quedarse estéril por violar a Flora.

Más que tristeza, sentía rabia. ¿Cómo era posible que todo lo amasado durante tantas generaciones se diluyera tras su muerte? La sentía cerca. Más cerca que nunca. Isidro oficiaría el funeral, Álvaro pasaría a ser el heredero, y yo… ¿qué sabía de mí? Nada. La mala conciencia parecía haberse asentado en su fuero interno.

51

Don Fausto y yo

Entré en su despacho sin llamar. Al verme, creo que no me reconoció, al menos en un primer momento. Cuando ya me tuvo más cerca, se quedó mirándome fijamente. Estaba viejo. No me lo imaginé tan decrépito. Mientras observaba la escena que tenía delante de mí, lo vi algo desaseado, también por la barba sin rasurar de varios días. Sus cabellos ya no eran rubios, sino de un blanco amarilleado que reflejaba el desinterés por mostrarse pulcro.

En su mirada, por el contrario, continuaba irradiando la misma frialdad de antaño, aunque sus ojos habían perdido la viveza amenazante con la que intimidaba a su paso. Estaba frente a un hombre acabado en el final de su vida.

Percibí que me observaba detenidamente antes de dirigirse a mí.

—Eres Alejandra, ¿verdad?

—Sí.

Después de que le confirmara quién era, don Fausto inclinó la cabeza. Parecía no querer decir nada. Como si deseara huir de aquel episodio al que ahora iba a tener que enfrentarse.

—¿Por qué has venido después de tantos años?

—A ajustar cuentas con mi pasado.

Todavía le quedaba maldad suficiente como para no querer reconocer lo que hizo.

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —Sabía muy bien a qué me refería.

Con cualquier otra respuesta hubiera frenado mi deseo de acusarle a la cara. Me enervó su arrogancia. La displicencia con la que pronunció aquella pregunta que nunca debió hacerme. Desató mi ira.

—Mataste a Íñigo deliberadamente. ¿Por qué?

Parecía tener ahora la mirada perdida en el infinito.

—Fue un arrebato. No podía soportar que te casaras con él. Era un Madariaga, un enemigo.

—Era una persona limpia, inocente. No te hizo nada. Ni siquiera cruzaste una palabra con él jamás.

—He pagado toda mi vida por ello, Alejandra. Toda mi vida —repitió. De pronto, parecía mostrar cierta debilidad, algún atisbo de pequeño arrepentimiento.

—Yo también, siendo víctima de tu odio.

—A partir de aquella madrugada las cosas empezaron a irme mal. De mal en peor.

Lejos de apenarme, mi odio hacia él se mantenía. Estábamos los dos solos. Uno frente al otro. Yo de pie delante de su mesa. Don Fausto no se había levantado.

—No te importó que yo sufriera. Estuviste cegado por la ira, el odio.

—¿A qué has venido, Alejandra? ¿A abrir viejas heridas? —repitió con pesar. Su maldad parecía ahora mezclarse con ciertos signos de flaqueza—. Ya sé que el dinero no puede mitigar, ni compensar tu dolor. Pero saldrás muy favorecida cuando ya no esté.

—¿Cómo puedes hablarme de dinero?

Aunque estuviera viejo y acabado, a punto de morir cualquier día, para él todo seguía teniendo un precio.

—No te ofendas, Alejandra. Solo quería que supieras que soy consciente del daño que te hice, aunque sea tarde para decírtelo.

Percibí cierta sinceridad en sus palabras. Quizá lo había empezado a carcomer un profundo pesar siendo ya viejo, cuando se hace ese repaso a toda una vida de claroscuros. En la suya, sin duda, había bastante más sombras negras que la luminosidad del sol que siempre envolvió la figura de mi madre.

—Tienes un nieto que jamás conoció a su padre porque tú lo mataste.

Don Fausto pareció sobresaltarse. Su incredulidad hacia lo que acababa de comunicarle le estaba haciendo reaccionar de una manera inesperada. Se levantó y se dirigió hacia mí con pasos vacilantes.

—¡Qué estás diciendo, Alejandra! No puede ser verdad.

Mi confesión lo desconcertó. Estaba impresionado. Desencajado por lo que acababa de decirle. Enarcó las cejas mientras trataba de implorarme que le confirmara que era cierto lo que decía, que no se trataba de una mentira para hacerle más daño.

—Aquella madrugada, antes de que vaciaras el cargador de tu pistola, acababa de comunicarle a Íñigo que estaba embarazada.

Don Fausto amagó con acercarse aún más hasta mí. Su paso era lento. Venía arrastrándose sobre la suela de sus viejas zapatillas de piel gastadas.

—Ese apellido que tanto has odiado toda la vida es el de tu nieto. Tu único heredero, un Madariaga, tus enemigos.

Parecía no dar crédito a lo que estaba oyendo. Perdía la mirada de forma errática mientras su cuerpo encorvado se mantenía inmóvil junto al ventanal donde yo me encontraba, desde donde podíamos contemplar el jardín. Las hortensias observaban la escena como aquella madrugada en la que se tiñeron de sangre.

—Tengo un nieto —fue lo único que alcanzó a balbucear—. Un nieto —repitió.

Estaba lo suficientemente cerca como para apreciar sus lágrimas. Jamás había visto llorar a un hombre.

Aun así, su llanto en ningún momento me conmovió.

—Quiero conocerlo, Alejandra. Tráelo antes de que yo muera. Por favor.

—¿Cómo te atreves a pedirme algo así? ¿Con qué derecho?

—Sé que me odias y no te falta razón. Soy un miserable que no merezco piedad.

—Entonces…

Don Fausto permaneció en silencio. Dejó de mirarme y desvió la vista hacia la vegetación del jardín. Ese jardín donde, sin quererlo, ambos estábamos viendo de forma muy distinta la terrible escena de años atrás.

—No tengo perdón ni clemencia. Nunca lograré morir en paz. Dile a mi nieto que soy un asesino, pero confiésale también que, aunque no lleve mi sangre, es un Abaria y por lo tanto mi único heredero, y como tal limpie el apellido que yo he manchado cegado por el odio.

Mis piernas se paralizaron como si acabaran de quedar ancladas al suelo. Aquel anciano decrépito a punto de morir seguía manteniendo el coraje y las ideas claras para pensar únicamente que, con mi confesión, le había dado ese heredero que Álvaro jamás podría darle.

—Con él, Villa Abaria recuperará el esplendor que se apagó conmigo.

Yo seguía sin ser capaz de articular una sola sílaba. Sus palabras me habían dejado bloqueada. Aun así, mantuve la compostura. De aparentar una serenidad que no tenía en ese momento.

—¿Qué le has contado? ¿Qué sabe ese niño de mí?

—Nada. Es un hombre de veinticinco años.

—Pronto moriré. Me queda poca vida y quisiera que me perdonaras, si es que puedes hacerlo. Aunque sé que no tengo perdón —admitió con un aparente sincero pesar.

—Tú lo has dicho. No tienes perdón.

Con la voz algo entrecortada, sin atreverse a mirarme de frente, vi por última vez su mirada oscura que ahora iba apagándose.

—¿Por qué has venido, Alejandra? —volvió a preguntarme.

—Porque necesitaba saber cómo es la mirada del asesino que arruinó mi vida.

Don Fausto se dirigió lentamente hasta acercarse al armero que estaba junto a la pared. Antes sacó la llave del cajón derecho de su mesa para poder abrirlo.

—Esta es la pistola con la que acabé con la vida de Íñigo. —La tenía sobre la palma de su mano derecha mientras la acariciaba con los dedos de la izquierda. Quizá quisiera sentir la frialdad de la aleación con la que estaba fabricada—. Tómala, puedes matarme con ella.

Ahora su pulso no era tan preciso como cuando disparó desde la ventana de su dormitorio. Aun así, había algo en su mirada, en esa actitud titubeante, que me hacía pensar que la existencia de ese nieto le había impresionado de forma inesperada, aunque su corazón fuese de acero.

Estábamos uno frente a otro. Ya no nos separaba la mesa de la biblioteca. Tan solo un par de metros.

De pronto, ahora quería saber qué había hecho todos estos años. También donde vivía. E insistió en varias ocasiones sobre Miguel.

—Tiene nombre de arcángel —dijo—. Es premonitorio.

—¿Por qué? —le pregunté intrigada.

—Miguel es el jefe del ejército celestial. Ha nacido para liderar aquello que se proponga. —Don Fausto siempre vivió la religiosidad a su manera, pero nunca imaginé que lo fuera hasta esos detalles—. Es un Abaria, sin serlo.

¿Por qué tenía que insistir en aquella cuestión? Obvié su comentario.

—Es un Madariaga —subrayé.

—Nieto también de Ana Zabala. —Antes de continuar hizo una pausa—: La mujer a la que más he amado.

Me desconcertó su confesión. En mi familia parecía que todos querían sincerarse conmigo al ver la muerte cerca. Confesarme sus amores clandestinos desde la agonía que da el final de la vida.

Todavía no daba crédito a lo que estaba oyendo. Conocía la historia, pero en boca de don Fausto impresionaba, porque al revelarlo fue incapaz de emocionarse, de mostrar algún tipo de sentimiento.

—¿Has sido capaz de amar alguna vez? —No me resistí a preguntárselo.

Calló. Cuando volvió a hablar, su respuesta me resultó totalmente inesperada.

—Solo se ama una vez —afirmó—. Luego, lo que hacemos es querer, poseer de forma sucesiva. Buscar a alguien que nos quiera o desee nuestra fortuna.

¿Cómo un ser tan despiadado capaz de matar a sangre fría por odio o rencor había podido amar en algún momento de su vida, de enamorarse?

Hasta aquel momento, nunca me paré a pensar en la diferencia que podía haber entre amar y querer. Tal vez porque el deseo es único e irrepetible cuando se aprende a amar por primera vez.

—Dime al menos cómo es Miguel.

Pensé en cómo iba a describir a mi hijo.

—Si te refieres a su físico, es el vivo retrato de su padre. Es igual que Íñigo. Tiene su elegancia innata.

—Entonces se parecerá a Ana. Será muy guapo.

—Sí. Pero jamás lo conocerás.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era el llanto de un viejo acabado. Me percaté de su mirada furtiva a la pistola que había dejado sobre la mesa del despacho.

Había ido a Villa Abaria porque en realidad necesitaba enterrar bien el pasado para poder abrir la ventana a la madurez de mi vida.

Cuando estaba abandonando la propiedad, oí un disparo. Todavía no había alcanzado la verja de acceso a la calle. Fue la forma que eligió don Fausto para que, antes de alejarme de Villa Abaria, supiera que él había decidido elegir su final. Fue su último mensaje.

52

Tantos años de silencio

Neguri me pareció distinto. En cierto modo, irreconocible por la ausencia de ciertas viejas referencias centenarias. En los últimos años, algunos palacetes habían sido derruidos. Sobre los solares estaban construyendo pequeños bloques de dos o tres alturas. Media docena de viviendas en cada parcela, a veces repartidas entre los herederos de apellidos ilustres que ya no disfrutaban de tanta fortuna como sus antepasados.

—Te vas de aquí un tiempo y cuando regresas ha desaparecido buena parte del paisaje urbano en el que nacimos.

Teófilo hacía alusión a algunos de los inmuebles más emblemáticos de los que ya solo quedaba algún que otro vestigio bien conservado, como la tapia de sillería que solía circundar la parcela.

Al igual que Villa Abaria, Itxaso Enea seguía siendo regia, señorial. De estilo vasco, la vivienda de los Madariaga, a pesar de sus enormes proporciones, conservaba el diseño tradicional del caserío. Muy distinta a nuestra casa, donde predominaban miradores de diferentes formas, tejados con vertientes múltiples muy pendientes

que reflejaban una arquitectura de tradición inglesa con abundante ladrillo rojo en la fachada.

Las dos edificaciones bien podrían ser el símbolo de una época pasada en la que en Neguri habitaban algunas de las familias más ricas de todo el país.

Mientras Teófilo apuraba el último sorbo del café que nos había preparado Ana, abordamos la decisión que yo había tomado.

—Es un gran chico y seguro que comprenderá en medio de qué tragedia nació.

Sus palabras me dieron la suficiente energía para armarme de valor.

—¿Y si me rechazara? ¿Si me culpara de cobardía?

—Eso no lo haría nunca —intervino Ana con seguridad—. Le hemos enseñado a quererte como a una madre. Así que estate tranquila.

Por fin había llegado ese día que tantas veces había visualizado en sueños. Teófilo y Ana me apoyaron sin fisuras, aunque a los tres nos invadía cierta inseguridad. A mí, mucho más que a ellos.

—Esa conversación la tienes que tener tú a solas con él —insistieron.

Ellos estaban dispuestos a intervenir en cualquier momento. Por supuesto, a respaldarme, pero consideraron que era más conveniente que el diálogo fuera entre madre e hijo.

Ambos se encargaron de preparar a Miguel. La noche anterior a mi llegada, le volvieron a hablar de Íñigo, de su «tío» como le hicieron creer, fallecido en un accidente poco antes de que él naciera. Por eso, no le extrañaba que en la casa de Neguri hubiera tantas fotos suyas.

—Mañana vendrá tu madrina a verte.

El joven se alegró especialmente porque hacía algunas semanas que no nos veíamos.

—¿Va a quedarse muchos días? Quiero hablarle del proyecto que tengo para Tolare y de los archivos de Atherpea.

Desde la muerte de Ramón Zabala, Miguel parecía sentirse más unido a sus raíces. Al legado de su *aitona*. Especialmente a la tierra que él le había enseñado a amar. Debido al entorno en el que creció, mi hijo se sentía un poco de varios sitios. Biarritz, el hogar en el que creía que había nacido. Tolare, el divertimento infantil jugueteando entre manzanas y viendo cómo hacían sidra los mayores, y Neguri, el futuro donde acababa de comenzar a desarrollar su carrera profesional en la Naviera Madariaga.

Oí que alguien acababa de cerrar la puerta. Unos pasos decididos se acercaban por el pasillo hasta detenerse poco antes de llegar al salón. A lo mejor, Miguel había entrado en su recién estrenado despacho que Teófilo le había preparado durante semanas con un escritorio que había traído de la naviera y que tenía una gran carga emocional para él. Había pertenecido a Vicente, su padre, y era el que él mismo había utilizado tantos años. Sobre él reposaba una máquina de escribir eléctrica IBM de última generación.

Cuando vio por primera vez ya todo montado, su reacción emocionó al matrimonio.

—Nunca os decepcionaré. Trabajaré sin descanso para que nuestro apellido siga brillando como la estrella que guio nuestros barcos.

Sentarse a trabajar sobre la misma mesa que ocuparon en su día Teófilo y Vicente, su padre y su abuelo, le fortaleció la autoestima, porque a veces le atacaba la inseguridad del principiante ante el peso de la responsabilidad de coger el testigo del legado familiar.

Estaba realmente nerviosa, insegura. Con un miedo terrible a la reacción de mi hijo. Ocurriera lo que ocurriese, a partir de aquel día ya nunca más tendría que ocultar mis sentimientos.

—Buenas tardes, madrina. —Se acercó para abrazarme con el mismo ímpetu que hacía siempre. Yo lo estreché más fuerte que en otras ocasiones. Él percibió que mi abrazo fue más intenso—. Qué alegría volver a verte. ¿Cuándo has llegado?

Después de una serie banalidades, llegó el momento que tantos años había esperado.

—Verás, Miguel. Hay algo de lo que tengo que hablarte.

Enseguida apreció mi cambio de actitud. Nos habíamos quedado solos en el salón de la casa. Ahora estaba mucho más seria. Quizá percibió un tono dramático, que de forma involuntaria estaba adoptando yo sin quererlo. Mis manos estaban sudorosas y frías. Por más que intentaba ocultar la inseguridad, el nerviosismo afloraba sin remedio.

—¿Ocurre algo, Alejandra? ¿Estás bien?

—Verás, Miguel…

No sabía cómo empezar. Si decirle de pronto, «Soy tu madre». O comenzar por la trágica muerte de su «tío» Íñigo.

El chico parecía desazonarse, porque veía mi semblante descompuesto. Había pensado durante tantos años en este día que ahora que iba a confesarle la verdad temía su reacción.

—Tus padres te habrán hablado mucho del tío Íñigo.

—Sí, claro. Y además dicen que soy su vivo retrato, que me parezco mucho a él. —Sonrió con cierto orgullo.

—Así es.

—Tú lo conociste, ¿verdad?

—Sí. Íñigo fue el amor de mi vida.

No pude más. En ese momento rompí a llorar. Cómo podía sentirme tan vulnerable si habían transcurrido más de veinticinco años desde la tragedia.

—¿Estás bien?

Como era de esperar, vi a un Miguel absolutamente desconcertado. La sorpresa de mi confesión acababa de impresionarlo tanto que no sabía qué decir ni qué hacer.

—Verás. No es fácil lo que tengo que contarte.

A medida que fui narrándole de forma lineal lo que fueron aquellos meses hasta que Teófilo y Ana le adoptaron, Miguel se mantuvo en silencio. Sus ojos no se atrevían a mirarme porque estaban cubiertos de lágrimas.

—¿Por qué mató a mi padre?

—La maldad no tiene una razón.

Quizá lo que más lo impresionó fue saber que nació en un orfanato. Pero a la vez se enorgulleció de mi fortaleza.

—Debió de ser muy duro para ti.

—Y lo ha sido hasta este momento. Ocultarte que soy tu madre, que no pudieras llamarme *ama*, esa palabra tan hermosa, ha sido un calvario durante todos estos años.

Sinceramente, me conmovió su reacción. Para él suponía conocer la verdad que se le había ocultado durante tantos años.

Tan emocionado como yo, Miguel me abrazó con toda la fuerza de su ser, mientras sus lágrimas se fundían con las mías en nuestras mejillas pegadas. Parecíamos un solo cuerpo en el que se habían unido dos seres que se necesitaban.

Ninguno de los dos podíamos parar de llorar. A pesar de su altura, yo sentía que tenía a mi pequeño entre mis brazos.

Estaba ante el mejor regalo que me había dado la vida. La felicidad plena tras tantos años de tristeza silenciada.

—*Ama*. —Oírlo de sus labios, mientras se abrazaba a mí fuertemente, me produjo una explosión de emociones difíciles de describir.

—¿Serás capaz de perdonarme? —Me sentía culpable por no haber sido capaz de confesarle la verdad.

—¿Por qué dices eso? No tengo nada que perdonarte, al contrario, me enorgullezco de tu valentía, de haberme dado un hogar, de que me hayan criado mis abuelos que hicieron de padres junto a ti todos estos años.

Miguel asumía todo mi pasado con la naturalidad de quien se siente querido. Amado desde el mismo momento en que su padre y yo lo concebimos sin ser conscientes de ello. Su madurez me conmovió.

Ya un poco más calmados ambos, con los sentimientos a flor de piel, iba preguntándome por su padre. Quería que le hablara de Íñigo, pero desde otra perspectiva, pasando de puntillas por la figura de don Fausto.

—Cuéntame vuestro último encuentro. ¿Qué te dijo la noche en que murió?

No le oculté ningún detalle. A veces parecía impresionarse. En otras ocasiones, observé que sus ojos volvían a humedecerse.

—¿Qué te contestó cuando le comunicaste tu embarazo?

—Que nos iríamos a Biarritz a empezar juntos una nueva vida, a formar un hogar contigo cuando nacieras.

Fue una cascada de emociones continua para los dos. Madre e hijo por fin podíamos hablarnos desde el profundo amor que nos unía.

Se emocionó al saber que Teófilo y Ana cumplieron el deseo de su padre. Que él creció donde Íñigo hubiera querido verlo dar los primeros pasos. Corriendo por el césped de Atherpea.

Sentí su amor, la calidez que brotaba de su corazón hacia una madre que acababa de descubrir.

—Me gustaría ir al cementerio.

Es lo que menos me esperaba. Su deseo me sorprendió.

—¿Por qué?

—Cada año hemos ido a llevar flores a mi tío muerto. Esta vez, quiero llevárselas a mi padre, a mi *aita*.

53

Cerrando el círculo

Cuando regresé de Neguri, con el alma serena, lo primero que hice fue confesarle a Valéry mi pasado. Ese miedo que me había estado invadiendo durante años, ahora parecía haberse diluido. Afronté desde la serenidad la revelación que iba a hacerle después de sentir el amor profundo de mi hijo.

Nos sentamos en el Chester del salón tras la cena. La noche siempre me pareció más propensa a las confidencias, a la intimidad entre dos personas.

—He estado en Neguri.

Era una obviedad.

—Sí, claro. Has ido a ver a tu ahijado.

—De eso quería hablarte. —Ya que había decidido confesárselo, cuanto antes lo hiciera, mejor.

—¿Le ha ocurrido algo a Miguel? —Valéry pensó que quizá el joven había tenido algún percance.

—Verás.

Durante todos estos años había imaginado cómo sería ese momento cuando llegara la ocasión de contarle la verdad. Pero ahora

que iba a compartir con él mi secreto oculto, me sentía insegura, dubitativa, temerosa de su reacción. Quizá, avergonzada.

—No sé por dónde empezar. Es un episodio que cambió el destino de mi vida.

No quiso hacerme ninguna pregunta. Intuyó que deseaba hacerle partícipe de algo que él siempre sospechó. Desde su sosiego innato, hay quien podría calificarlo de frialdad estudiada, Valéry acostumbraba a mirar por encima de las gafas, de reojo, cuando se disponía a escuchar algo importante.

—Miguel es mi hijo. —Solo cuatro palabras para confesar mi silencio de veinticinco largos años.

Preferí decírselo a bote pronto, de una sola vez. Sin rodeos absurdos. La cuestión era lo suficientemente delicada como para ser directa con él, a quien, para mi perplejidad, parecía no haberle sorprendido especialmente.

Tardó un buen rato en contestar. Parecía estar digiriendo la revelación que acaba de oír.

—Siempre lo intuí, aunque no tuviera la certeza absoluta.

Hubiera esperado cualquier respuesta menos la que acababa de darme. Tampoco me atrevía a preguntarle qué le hizo sospechar desde el primer momento el nexo que nos unía a Miguel y a mí.

—Ese gran parecido, esos gestos tuyos que veo también en él. —Hizo una pausa—. No soy quién para juzgar una cuestión tan delicada, porque comprendí desde el primer momento el dolor que te produciría mantener algo así en silencio.

Me conmovió su generosidad. Mientras me miraba con esa ternura que me enamoró el día en que lo conocí, Valéry se acercó hasta mí para estrecharme entre sus brazos.

—Ha tenido que ser muy duro.

Estaba paralizada. Incapaz de pronunciar una sola palabra, me sentía pequeña, diminuta, como si la vida me hubiera devuelto a aquel pasado desazonador lleno de tristeza y dolor desmedido.

—Mucho más de lo que puedas imaginarte. Pero, por suerte, Teófilo y Ana han sido unos padres adorables para mi hijo.

Quizá lo que más me impresionó fue la frialdad de Valéry. Esa aparente naturalidad con la que aceptaba la confesión de un secreto que él intuyó desde que Miguel entró en escena durante nuestro noviazgo.

Parecía no darle importancia a algo que había cambiado el destino de mi vida.

—¿Has pensado cómo vas a contárselo a nuestras hijas? Va a ser un golpe para ellas. Pero también una alegría, ya que son como hermanos, y ahora lo serán de verdad.

Todavía no me había dado tiempo a reflexionar sobre ello. Sin duda, tenía que pensar bien cómo decírselo para no herirlas y sobre todo que no me lo reprocharan de forma hiriente. Tenía que hablarles de mi tragedia de juventud oculta a los ojos de los demás.

—Les confesaré la verdad, como a ti.

Me miró con ternura. El tono de su voz ahora parecía más cálido todavía de lo que era habitualmente.

—Está bien. Adelante. Yo voy a apoyarte, Alejandra. No temas por ello.

Teresa estaba ya en la universidad y Elena se decantaba por el mundo de las antigüedades. La mayor tenía muy claro que su futuro pasaba por el negocio del cacao, algo que enorgullecía especialmente a tío Antoine, porque veía en ella una sucesora natural dentro de la familia.

Ambas eran unas jóvenes sensatas, con una madurez mayor de la que se suponía a su edad. Quizá por ello albergaba la esperanza de una reacción calmada, aunque, con toda seguridad, les impresionara mi confesión.

Valéry me aconsejó que no lo demorara.

—Habla con ellas después de la cena. La noche siempre allana el camino para la confesión de este tipo de secretos.

Los días laborables, Antoine acostumbraba a acostarse muy temprano y tía Elvira tenía la costumbre de retirarse con él. Por eso, aquella noche estaríamos únicamente los cuatro. Recuerdo con absoluta nitidez, como si ahora mismo estuviera reviviendo la

escena, aquel lluvioso jueves primaveral. En abril el agua era frecuente. Más que en otoño, cuando, a pesar de que los días acortaban, el viento palomero parecía prolongar el final del verano.

Durante toda la cena intenté no transmitir el nerviosismo que me invadía. Temía la reacción de ellas. Hasta que, a los postres, Valéry quiso participar en algo tan decisivo para mí.

—Vuestra madre tiene que deciros algo importante. —Su voz continuaba siendo tan cálida como antes. Destilaba complicidad.

Se miraron entre ellas.

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó Elena.

—No. Afortunadamente, estoy muy bien.

Ambas respiraron tranquilas, relajadas después de oír mi respuesta.

Empecé hablándoles de Miguel, mientras Valéry añadía comentarios que pudieran complementar mi exposición.

—¿Qué es para vosotras Miguel? —les pregunté.

Se miraron las dos antes de responder.

—Es ese hermano que no tuvimos. —Empezó Teresa, quizá porque era la mayor.

—Para mí es como mi hermano mayor al que puedo contarle cosas sin que me riña, como hace *aita* —dijo Elena.

Sus dos afirmaciones me facilitaron mucho el camino. Siempre traté de cultivar esa cercanía entre ellos tres que ahora veía compensada.

Quizá mejor que andar con rodeos, buscando la palabra adecuada para construir un relato, preferí abordar de manera directa.

—Es vuestro hermano.

Les costó reaccionar. Ninguna de las dos salía de su asombro. Se quedaron conmocionadas, mirándose entre sí, sin dar crédito a lo que acaban de oír. Con cierta incredulidad, incapaces de reaccionar a semejante confesión, fue Teresa quien se atrevió a preguntarme:

—¿Qué estás diciendo?

Elena observaba la situación estupefacta.

Yo también me quedé paralizada. Sentí que no podía continuar hablando.

Antes de que siguiera haciéndome preguntas, Valéry comenzó a hablarles de Villa Abaria. Fue inevitable que se refiriera a don Fausto. Quiso, sobre todo, allanarme el camino de un viaje en el que retornaba de nuevo al pasado, pero esta vez desde la serenidad y con el apoyo incondicional de mi esposo.

Durante aquella velada descubrí la madurez de mis hijas. Demostraron aplomo suficiente para comprender la tragedia que su madre había sufrido mucho antes de que ellas nacieran.

—Tenía exactamente tu edad, Teresa, cuando hui de casa. —Sus veinte años, no eran como los míos. Saltaba a la vista—. Era una sociedad hipócrita en la que más que la Iglesia en sí era el nacionalcatolicismo de Franco lo que imperaba.

Explicarles que darse un beso en la calle podía conllevar una multa importante e incluso una detención por «escándalo en la vía pública» les produjo incredulidad.

En los años ochenta, para ellas, que habían conocido al dictador vagamente, les costaba creer que la sociedad fuera tan puritana e hipócrita.

—Tuvo que ser muy difícil para ti.

Ambas se incorporaron para acercarse hasta mí. Rompimos a llorar juntas.

—¿Se lo has dicho a Miguel? —preguntó Elena.

—Sí, claro. Es con quien primero he hablado. —Tenían curiosidad por saber cómo había reaccionado, pero no se atrevían a preguntar abiertamente—. Él sabe que siempre lo he querido. Ha crecido en su propia familia.

Cuando supieron que su hermano había aceptado con naturalidad su origen, que no le había supuesto ningún trauma, decidieron no seguir haciéndome preguntas.

Su madurez me impresionó. Estaban impactadas por la revelación de su madre, pero a la vez aceptaron desde la sorpresa la nueva

realidad. Valéry quiso pasar a un segundo plano, mientras nuestras hijas no dejaban de abrazarme con amor.

—Qué mal lo tuviste que pasar, *ama*, pero aquí estamos nosotras para quererte y mimarte como a nuestro hermano.

Mi sufrimiento callado durante más de veinticinco años había llegado a su fin.

54

Panza

Me alegró volver a tener noticias de Luciana. A decir verdad, nunca perdimos el contacto, solo que, al trasladarnos a vivir a San Sebastián, nuestra comunicación era más esporádica. Yo me sentía feliz de haberla ayudado a abrirse camino en la industria de la moda, donde había adquirido un nombre importante. Sus diseños infantiles triunfaban en Francia. Estaba consiguiendo que sus abriguitos de lana merina los lucieran hijos de familias conocidas, con lo que empezaba a cosechar una fama totalmente inesperada para ella.

—Nunca hubiera imaginado todo lo bueno que me está pasando, y gracias a ti.

—No, Luciana. Lo has conseguido por tu constante esfuerzo y tesón.

—Es como un sueño hecho realidad.

Contaba con una tienda propia en Biarritz. Pierre y Marcel eran sus socios. Entre los tres fueron forjando una química especial. Trabajaban en equipo. Cada uno tenía su cometido bien definido, solo que Luciana, además, aportaba ese toque femenino tan suyo,

que ya empezó a plasmar siendo una adolescente en el taller de las Pericas.

—Recuerdo como si fuera ayer mis primeros patrones y el jaboncillo de la escuela con el que los marcaba sobre la tela.

No había olvidado su infancia. Tampoco los recuerdos que llevaba tatuados en el corazón.

—¿Qué habrá sido de Panza?

—Seguirá sobre tu cama. No lo dudes —le respondí, convencida de lo que le decía.

A diferencia de Maruja que, a pesar de su ancianidad, seguía yendo de vez en cuando al pueblo cargada de regalos como había hecho siempre, Luciana prefirió no volver. Escribía con regularidad a sus padres que vivían a ajenos a su triunfo.

—Ellos son felices sabiendo que me gano la vida como costurera. Para qué voy a contarles más.

Iba maquillada. El brillo de sus labios armonizaba con la sombra de ojos.

Me confesó que para ella era una forma de borrar su pasado. De ese modo, nadie indagaría acerca de su origen. En Estepa no conocían siquiera a Luciana, sino a la Coja, como la llamaba todo el mundo porque nadie hacía referencia a su nombre de pila. Incluso, en algunas ocasiones, cuando su familia quería recriminarla, también lo hacía por el mote. Entonces era cuando más se aferraba a Panza, que la miraba con sus ojitos de garbanzo como si quisiera hablarle.

—Se la habrán comido los ratones.

—¿Por qué dices eso?

—Pensarás que soy ridícula hablándote, a mi edad, de una muñeca tejida con viejas lanas y telas raídas.

—En absoluto, Luciana. Yo también recuerdo mis peluches de infancia y el aroma de la taza de chocolate que tomábamos de merienda durante las vacaciones de Navidad.

Me sorprendió lo bien que hablaba francés en la tienda con las clientas. Tan solo tenía un ligero acento que delataba el origen

español, no demasiado definido.

Su indumentaria la hacía una princesa. Durante todos estos años, Pierre se había esforzado especialmente en hacer de ella una mujer con clase. Disimulaba bien su ligera cojera con una forma muy peculiar al andar, que la hacía más sensual.

La transformación era impresionante. A sor Carmen le costaría reconocerla también. Luciana se había convertido en una mujer distinguida a la que miraban los hombres con interés.

—¿No te has vuelto a enamorar?

Una mujer tan bella como era ahora tenía que haber vivido la pasión del amor.

—He tenido alguna cosa. —Sonrió de forma pícara—. Bueno, en realidad, sigo saliendo con él.

—¡Cuéntame! —le pedí, ansiosa por saberlo todo.

Me habló de un hombre al que había conocido en la cafetería del hotel du Palais durante un encuentro literario. Un marchante de arte que adoraba el campo.

—¡No me digas!

—Sí, tiene un pequeño palacete del siglo XV en el Bearn, a los pies de los Pirineos. Es un lugar rodeado de belleza donde parece detenerse el tiempo.

Philippe, además, quería a Luis.

—Ha aceptado con naturalidad a mi hijo.

—¿Eres feliz? —me atreví a preguntarle, porque percibía la dicha en su rostro iluminado por una luz que solo da el amor.

—Sí, mucho. Por eso comprenderás que nunca quisiera volver a mi pueblo.

Atrás quedaba el sufrimiento que la llevó a Fraisoro y la renuncia a un hijo que estuvo a punto de perder para siempre.

—Doy las gracias al Señor porque aquella familia devolviera a Luisito al hospicio.

Estaba agradecida al destino. El chico vivía con ella en Biarritz tras una infancia y adolescencia en Bilbao al cuidado de Micaela y Maruja. Después de sucesivas operaciones, los cirujanos habían

conseguido que caminara con normalidad. Su brazo izquierdo, por el contrario, seguía padeciendo una parálisis parcial.

—Fue mi inspiración para los diseños. El niño para el que iba confeccionando los abrigos sin tenerlo todavía conmigo. —Me enternecieron sus palabras—. ¡Cómo pude renunciar a él! —exclamó —. Si es lo mejor que me ha pasado en la vida. —De pronto, Luciana sintió cierto remordimiento al recordar aquel episodio pasado.

—Por favor, no pienses en eso. Luis está contigo y te quiere mucho. Olvida el pasado. Es un hombre —insistí.

—Fui capaz de abandonarlo, Alejandra. —Sus ojos se humedecieron.

—Fraisoro nunca existió. Tenemos a nuestros hijos y eso es lo más importante.

Si nuestra realidad vivió siempre oculta a los ojos de los demás, por qué íbamos a martirizarnos recordando un episodio doloroso como aquel para todas las que dimos a luz allí. Sin embargo, sabíamos demasiado bien que aquella experiencia nos había marcado para siempre, porque había guiado el destino de nuestras vidas.

—Tú ahora eres Lucienne.

Asintió con la cabeza. Veía la felicidad en su rostro. Me llamaba la atención que Panza estuviera tan presente en su vida. Era como si la niña que llevaba dentro no hubiera crecido.

—¿Y si fuéramos a buscarla?

—¿A Panza? —Estaba atónita—. ¿Qué locura es esa, Alejandra?

Le sorprendió mi propuesta, así, a bote pronto.

—Además así ves a tus padres, se alegrarán mucho —continué diciendo.

—Sí, claro. Algún día tendré que recuperarla.

Luciana se quedó pensativa. Su madre ya era una anciana y quizá podría darle una sorpresa después de tantos años sin poder abrazarla. Después de todo, iba a ver a una mujer triunfante, con una vida de éxito como la que ella soñó para su hija aquel lejano día que partió.

55

Entre viejos abrazos

Nunca un viaje resultó más excitante para mí. En un primer momento pensamos en tomar el tren y hacer el mismo camino que cuando llegó a San Sebastián por primera vez. Pero luego desechamos la idea.

—Mejor que vayamos en mi coche —apunté durante nuestra conversación.

Me apetecía conducir por carreteras desiertas que nos llevarían hasta la vieja Castilla.

Estepa estaba a tres horas de camino si conducía yo, pero a más de seis si íbamos en tren, porque luego había que tomar un autobús que nos llevara hasta el pueblo.

—¿No te parece una locura? —insistió.

—¿Por qué? Panza nos espera. —La sonreí, aguardando que aceptara mi propuesta.

Quien no supiera la historia no sería capaz de comprender el significado emocional que tenía para Luciana reencontrarse con su muñeca de trapo. La mujer elegante de ademanes exquisitos en la que se había convertido poco tenía que ver con la muchacha que

partió en busca de una vida mejor, sin saber que llevaba un bebé en sus entrañas.

—No sé qué habrá sido de Luis. —Se refería al padre de su hijo—. Lo más probable es que siga trabajando en la tienda de ultramarinos con sus padres.

—Dejaste de escribirle, imagino —me atreví a preguntarle.

—Poco a poco, sus respuestas fueron más espaciadas, hasta que ya dejé de recibir más cartas suyas.

No percibí una pena especial en sus palabras, sino algo que fue ocurriendo de forma natural por el paso de tiempo y la distancia que los separaba.

Habían transcurrido demasiados años como para que Luciana sintiera algo por aquel muchacho que dejó en el pueblo. Aunque fuera el padre de su hijo, no tenía intención de decírselo. Luisito se había convertido en Luis, un joven discreto. Conocía la historia de su madre y no había mostrado especial interés en encontrarse con su progenitor.

—Tú eres quien me ha sacado adelante —fue lo que le respondió desde la serenidad y con absoluta normalidad cuando le confesó la verdad.

Durante los días previos al viaje, percibí a Luciana nerviosa. Deseaba abrazar a su madre. Nunca se había olvidado de ella. Siempre contestaba con celeridad a sus cartas y le escribía a vuelta de correo.

Siendo racional, no tenía ningún sentido ir a Estepa para recoger a su vieja muñeca que tanto le inspiraba en sus colecciones infantiles, porque, en realidad, ahora que había decidido ir a su pueblo, sentía la necesidad de ver de nuevo a su anciana madre. Su mundo emocional la impulsaba definitivamente a realizar el viaje.

—Va a ser como volver al pasado. —Temía reencontrarse con viejos fantasmas del ayer—. ¿Estás segura de que es una buena idea, Alejandra?

Tras la apariencia de la mujer segura en la que se había convertido, Luciana escondía a la pequeña que soñaba con vestir a su

muñeca con las mejores sedas mientras su madre la ayudaba a caminar por el corral siendo todavía una niña.

Decidió ponerse un sencillo vestido. No quería que ella la viera como alguien inalcanzable, sino como la muchacha que partió con una maleta de madera cargada de ilusiones hacia el norte.

Aun así, a pesar de que Luciana se despojó de sus trajes de corte y líneas depuradas, nada tenía que ver con la chica escurridiza y apocada que me confesó su realidad bajo el manzanal de Fraisoro.

Al llegar a Estepa, me llamó la atención la plaza cuadrada de reducidas dimensiones. Tenía soportales de poca altura en los cuatro lados. Las columnas eran de piedra. En el centro, una fuente seca de varios caños.

En una de las esquinas vi la tienda de ultramarinos. Estaba cerrada. Era el único comercio junto con el bar donde observé un puñado de ancianos longevos. Alguno apoyaba las manos sobre una vieja garrota de madera curtida.

Luciana apretó el paso. No quería que la vieran.

—Mi casa no está lejos. —Con ello quiso decirme que pronto llegaríamos.

Apenas cien metros separaban la humilde vivienda de la plaza. Toda la fachada era de piedra. La carpintería de las ventanas necesitaba varias manos de pintura, además de un buen repaso. El corral que precedía a la casa parecía descuidado. Solo por una habitación de la planta superior entraba la luz. Parecía deshabitada.

Luciana empujó ligeramente la puerta con decisión. Yo la seguí.

—Aquí no ha cambiado nada. Está abierta.

Antes de continuar, en el portal de casa, se ajustó la chaqueta. No me atreví a curiosear. Permanecí inmóvil siguiendo sus movimientos.

De puntillas, subimos la escalera de madera totalmente desnivelada que nos condujo hasta la primera planta. Me parecía increíble ver a Lucienne, la triunfadora de las pasarelas infantiles de moda, ascender sigilosamente por aquellos viejos peldaños desnivelados.

—Esta es mi habitación —dijo, girando la manilla de la puerta. Accedimos a su interior.

Allí continuaba su camastro, la jofaina, un viejo orinal de latón bajo la mesilla y una cama vacía.

Panza había desaparecido.

Ese mundo emocional que ocultó tantos años para protegerse explotó sobre el colchón de lana ovina donde permanecía ahora. Su cuerpo menudo de nuevo parecía indefenso, frágil, como cuando la conocí, huidiza, cruzando la escalera de Fraisoro.

Durante todo ese tiempo soñó con regresar algún día para vestir con las mejores sedas a su muñeca que ya no estaba allí. Sus recuerdos de infancia, el amor hacia aquel manojo de trapos que cobraron vida en la figura rechoncha de Panza, ya no existían más que en su memoria.

Observaba la escena con tristeza. A mí también me invadía la pena porque ya no iba a conocer esa muñeca de trapo que tanto significaba para Luciana.

Seguía oyendo al silencio salpicado por sus sollozos que inundaban toda la estancia. Parecía una vivienda deshabitaba, pero de pronto oímos un ruido en la habitación de al lado.

—¿Qué ha sido eso? —dije instintivamente.

Luciana seguía aislada del mundo. Ensimismada en su tristeza. La mujer exitosa que triunfaba con sus abriguitos de lana merina ahora no era más un cuerpo lloroso acurrucado sobre aquel colchón polvoriento, donde un día dejó a Panza con sus ojitos de garbanzo y una tela de saco raído por vestido.

Hacía algún tiempo que no recibía cartas de su madre. Ella lo achacaba a su vista. En la última que recibió le hablaba de su incipiente ceguera. De la dificultad que tenía para encadenar las frases sobre la hoja de papel. «Tendré que pedirle a tu hermano que te escriba por mí».

Valeriana ya era una mujer muy mayor. Casi analfabeta, pero capaz de escribirle, no sin gran dificultad, para hablarle del pueblo. De cómo envejecía irremediablemente y de lo que le costaba

acercarse hasta el huerto para sacar las patatas de la tierra o recoger los frutos de la higuera. «Cualquier día ya no podré hacerlo», le repetía en sus últimas misivas.

El dormitorio de sus padres estaba al otro extremo del pasillo. Era el más grande y el único que contaba con un balcón donde su madre siempre acostumbraba a tener varios tiestos con geranios rojos. No eran recipientes de barro, sino latas de aceite o de envases industriales de aceitunas rellenados con tierra del huerto, de donde emergían los tallos de las plantas bien regadas.

Con los ojos ligeramente enrojecidos, Luciana se incorporó. Era la hora de la siesta. Ese momento en el que todo el pueblo dormía, sobre todo en verano, por la asfixia del calor, que impedía continuar recolectando los cereales. Por el contrario, durante los duros y largos inviernos, echarse a dormir significaba entrar en calor, a pesar de que el brasero estuviera encendido.

Nos miramos sin decir nada. Del profundo afecto que nos unía brotó aquel abrazo sincero. Reflejaba la ternura que anidaba nuestros sentimientos profundos de amistad.

Su lento caminar, como si no supiera hacia dónde se dirigía, la llevó hasta el dormitorio de sus padres. La puerta estaba cerrada, desajustada, ligeramente torcida. Nadie se había preocupado de repasar las bisagras ni de engrasarlas en años.

Había dos camas de proporciones importantes. Me sorprendió el trenzado del cordón del cable anudado al cabezal. De él pendía una pera. Ese interruptor que yo solo había visto durante alguna proyección antigua en el Gran Cinema de Algorta. Una de ellas estaba vacía. En la otra, el cuerpo de una mujer menuda parecía dormir.

—¡Madre! —exclamó Luciana. Su grito se oyó en toda la casa—. ¡Madre! —repitió, a la vez que se deslizaba sobre la colcha blanca de algodón tejida a ganchillo que cubría la cama.

Las artríticas manos callosas de tanto trabajar la tierra y ordeñar el ganado tenían a Panza. Abrazada a la muñeca, la anciana había

estado durmiendo plácidamente hasta que el grito de su hija la sobresaltó.

—Luciana, ¿eres tú? —La mujer creyó reconocerla, a pesar de la cantidad de años que habían pasado—. Mírame, dime que eres tú. —Su rostro estaba lo suficientemente cerca de la mujer como para que pudiera dirigir las palmas de sus manos arrugadas hasta la cara de su hija.

—Sí, madre, soy Luciana. —Sin poder contener las lágrimas comenzó a llorar, mientras Panza observaba la escena con sus ojos de garbanzo, centelleantes, que volvían a cobrar vida al ver a su dueña.

Contemplar aquella mujer abrazada a una vieja muñeca tejida con sacos y cuerdas fue una escena que nunca olvidaré. Tenía los cabellos marchitos recogidos en un moño escaso sobre la vieja almohada zurcida tantas veces. Tres de sus uñas estaban encarnadas sin remedio. Aquellas manos venosas, que hasta entonces se habían aferrado al cuerpecillo de la muñeca para que permaneciera sobre su pecho, ahora estaban acariciando el rostro de Luciana.

—Hija mía. ¿Eres tú? —volvió a preguntarle la anciana.

—Soy yo, madre, su hija, la Coja.

—Han pasado tantos años que ya había perdido la esperanza de volver a verte.

—Madre, no diga eso.

Junto a ella, sobre la mesilla de madera pintada tantas veces, se apilaban algunas de las decenas de cartas más recientes que había recibido de Luciana. Las más antiguas estaban atadas con una cuerda, en varios fajos. Depositadas en varios cajones.

Sin duda, la correspondencia había sido abundante. Más de lo que yo imaginaba.

Yo observaba la escena desde un segundo plano. Ni siquiera me había acercado hasta la cabecera de la cama. Permanecía de pie, discretamente, junto al dintel de la puerta del dormitorio. Luciana había regresado a su infancia. A los brazos de una madre que siempre la quiso más que al resto de sus hermanos. Quizá porque era coja. O quizá también porque era la única que desde pequeña se

esforzó en superarse ante las mofas de los demás que siempre la consideraron inferior a ellos y objeto de burlas hirientes.

Cogió a Panza entre sus brazos como quien mece a un bebé que acaba de nacer. Con el miedo de hacerle daño o el temor al rechazo. Porque su muñeca podía estar muy enfadada con ella. Odiarla incluso. Seguro que se sentiría ignorada, despreciada por quien le había dado la vida.

—Cuando tengo a tu muñeca conmigo es como si estuvieras aquí, en el pueblo. —Las lágrimas humedecieron sus mejillas mientras Luciana y ella se abrazaron—. ¿Por qué has tardado tanto en venir? —le preguntó con voz temblorosa.

—No lo sé. —Ahora que estaba junto a su madre en la casa donde nació, no supo qué contestarle.

Sintió cierta mala conciencia. Quizá porque lo que la había impulsado a emprender ese viaje había sido volver a tener en sus brazos aquella vieja muñeca tejida con sus propias manos siendo casi una niña antes de asistir a las clases de costura con las Pericas.

—Te veo muy borrosa. —La anciana se había dado cuenta de que su hija había cogido a Panza porque ya no la tenía entre sus manos, no porque viera nítidamente a su hija con ella—. Ya no alcanzo a distinguir las cosas. No puedo atar las vacas al pesebre porque no puedo ver.

Hasta entonces no había visto llorar a Luciana de aquel modo. La mujer que estaba viendo frente a mí nada tenía que ver con Lucienne, y menos aún con la joven escurridiza que conocí durante el tramo final de mi embarazo.

En aquella humilde casucha de paredes encaladas, escaso mobiliario y una cocina donde un fuego bajo cohabitaba con un pequeño frigorífico, parecía haber resucitado la alegría. Percibía la emoción en ellas dos.

Como yo, Panza observaba la escena feliz. Sentía que quien le había dado la vida acababa de regresar para llevársela consigo.

—Siento de nuevo el amor de mi madre, en mi piel, en todo mi ser. Me siento feliz, Alejandra.

—Ha merecido entonces la pena el viaje, ¿no? —Quería arrancarle una sonrisa de esa felicidad que ahora irradiaba su rostro.

Luciana parecía haberse transformado. Como si estuviera sintiendo la llamada de la sangre. Se aferraba a su pasado, al lugar donde nació rodeada de miseria. Esa pobreza que seguía viviendo en aquella casucha de mala muerte.

—Quisiera llevarme a mi madre conmigo, pero este es su mundo. Ella no se adaptaría a vivir lejos de su pueblo.

Hablaba de ella con ternura mientras los ojos de Panza observaban la escena. Oíamos su lento caminar arrastrándose por la escalera de peldaños desnivelados hasta alcanzar el piso de la entrada donde nos encontrábamos ambas.

—Además, todos mis hermanos viven aquí.

En aquel entorno, rodeada de su pasado, estaba descubriendo a otra mujer. A alguien que abrazaba desde el corazón a una madre a la que nunca dejó de querer. Al verlas fundidas una en la otra, derramando lágrimas de gozo, conmovidas por ese inesperado encuentro, supe que Luciana ya nunca iba a dejar de ir a verla.

Junto a mí, Panza se acababa de convertir en el testigo de lo que ambas estábamos viendo. Si le contara a alguien aquella escena que estaba contemplando con una muñeca de trapo en mis manos, se echaría a reír. Se mofaría de nosotras tomándonos por locas.

Sin embargo, yo estaba descubriendo todo un mundo de emociones, de afectos primarios escondidos en el alma de aquellas dos mujeres tan distintas en la actualidad, a las que separaba todo un océano, pero a las que unía la sangre y el sentimiento.

Estepa estaba en medio de la nada. Entre campos yermos y un río sin caudal. No había casi vegetación. Escaseaban los árboles. Tan solo descubrí unos pocos de hoja caduca de regreso a mi coche. Al pasar por una casa algo más lustrosa, alcancé a ver una magnolia preciosa.

—Ahí vivía el cura —apuntó Luciana mientras nos perdíamos entre calzadas de tierra y canto rodado.

Me resultaba incomodísimo caminar por aquellas calles. Estaba impresionada de la pobreza, la falta de alumbrado y el fuerte olor a estiércol. Era otro mundo. Nunca imaginé que existieran enclaves como aquel donde viviera gente. El bar era un garito insalubre donde se reunían los viejos del pueblo. La tienda que seguía regentando Luis se parecía más a un viejo local en desuso donde las baldas estaban medio vacías y una bombilla a la que se adherían las moscas daba escasa luz a todo el habitáculo.

Sin duda, fue una de las experiencias más enriquecedoras que experimenté a lo largo de mi vida, porque jamás sospeché que la aldea de la que procedía Luciana fuera así. Me habló de pobreza, de miseria, pero hasta ver la realidad no pude hacerme a la idea.

—Ahora comprenderás por qué no quería volver a mi pueblo.

Asentí con la cabeza. A ella, le dolía su pasado.

Panza nos miraba con alegría. Quizá porque intuía su futuro inmediato en ese viaje a lo desconocido en brazos de quien le dio la vida.

Aquella muñeca confeccionada con telas de viejos sacos iba a lucir las mejores sedas desde el atelier de Biarritz donde le esperaba una nueva existencia lejos de la miseria.

Luciana la convertiría en el símbolo de *Les Enfants de Lucienne*. Todos los niños querrían abrazarla cada noche antes de dormir. *«Ma Panza»* nos miraba desde el asiento trasero del coche con la curiosidad de quien va camino de un futuro mejor al lado de su ser más querido.

Durante tantos años soñó con regresar algún día para vestir con las mejores sedas a su muñeca. Ahora el sueño se había hecho realidad. Con sus recuerdos de infancia.

El amor hacia aquel manojo de trapos estaba otra vez cobrando vida en la figura rechoncha que estrechaba contra su cuerpo y besaba cuando era niña, sin que el paso del tiempo hubiera hecho mella en ambas.

Y tampoco dejaría sola a Valeriana nunca más.

56

Unidas por el ayer

A pesar de nuestros orígenes tan distintos, Luciana y yo compartíamos muchas cosas. Durante el viaje de regreso tuvimos ocasión de hablar del amor, o del desamor. También de frustraciones, éxitos y fracasos.

También de Jimena.

—¿Has vuelto a saber de ella? —me preguntó con naturalidad.

—Sí, coincidimos en San Sebastián. Tomamos un café juntas. Solemos vernos de vez en cuando.

—¿Qué hizo con su hijo? —siguió preguntándome.

—Fue una niña. Murió al nacer.

Luciana calló. No supe si se mantuvo en silencio porque le dio pena el suceso o bien porque no encontraba las palabras adecuadas para responderme.

Solo podíamos hablar del pasado una con la otra. Al menos de aquellas experiencias que llevábamos a nuestras espaldas.

—Nosotras somos unas afortunadas. Hemos salido adelante, pero ¿qué habrá sido de todos aquellos niños y niñas que se quedaron en el hospicio?

—Sor Carmen les habrá encontrado una buena familia. —Estaba segura de que tendrían unos padres que los querrían mucho.

—Me gustaría ayudarlos de alguna forma.

Fue una sorpresa para mí el ofrecimiento de Luciana.

Hasta aquel momento nunca habíamos hablado de vincularnos con Fraisoro en ese aspecto ni en ningún otro. Tan solo era el pasado que nos unió en un momento de nuestras vidas. Su repentino deseo me llevó a hablarle del asilo en el que mi tía y yo ayudábamos. De lo implicada que estaba en la gestión del colegio, pero sobre todo en recaudar fondos. Le gustó la idea.

—¿Cómo podría contribuir yo?

Exploramos varias posibilidades.

—Qué te parece si confeccionáramos unos sencillos abrigos de lana. ¿Cuántos niños hay?

—No más de cien.

—Con los retales de las colecciones podríamos hacer unos cuantos, combinados con otros paños.

Su creatividad fluía de manera constante. Estaba segura de que, si durante el viaje hubiera tenido a mano un cuaderno y un lápiz, Luciana habría dibujado el patrón de esos abrigos combinados para los niños y niñas del colegio.

Cuando empecé a colaborar con tía Elvira en el asilo, no se me ocurrió pensar en ella. Sin lugar a dudas, iba a ser una buena benefactora. Enseguida comenzó a hacer pequeñas donaciones periódicas para material escolar y alimentos, mientras diseñaba la ropa de abrigo para todo el alumnado.

Coincidiendo con mi entrada en la junta de señoras, algunas amigas de mi tía también fueron sustituidas por sus hijas, sobrinas o mujeres jóvenes que deseaban contribuir al bienestar de los niños que acudían al colegio cada día. Fue la ocasión perfecta para hablarles de Luciana y su voluntad de implicarse con nosotras.

—Será bienvenida. —La superiora del asilo se alegró al saberlo.

Hasta aquel momento, nunca hubiera imaginado que pudiéramos estar unidas por nuestra voluntad de ayudar en una causa como

aquella. Sobre todo, porque interiormente no nos permitía olvidar el pasado. Ese pasado con el que convivíamos, pero a veces continuaba resultándonos desazonador.

En ocasiones, resulta difícil saber si cuando confluyen de nuevo vivencias que marcaron nuestra existencia es fruto de la casualidad o del destino.

En una de mis meriendas con Jimena, le hablé de mi labor en el centro. En ningún momento le pedí que colaborara. Fue algo espontáneo que surgió de sus labios.

—¿Cómo puedo ayudar?

Si bien el ofrecimiento de Luciana no me sorprendió, el hecho de que Jimena quisiera aparecer públicamente como benefactora del asilo infantil sí que me desconcertó en cierta medida. Las veces en las que solíamos vernos, hablábamos de banalidades, o bien de cuestiones relacionadas con nuestra vida del momento. Apenas hacíamos alguna referencia al pasado que nos había unido.

—Estudié música. Podría organizar un coro o un pequeño grupo en el que tocaran algunos instrumentos.

Su propuesta me pareció interesante.

Desde la música se podía estimular el sentido del oído. Era una buena herramienta para desarrollar la creatividad en aquellos niños y niñas que tuvieran cierta sensibilidad.

—A sor Hilaria le va a gustar mucho la idea.

Sin duda, cualquier iniciativa que sirviera para mejorar la formación de los pequeños iba a ser bienvenida.

—Además, podríamos organizar también algún concurso.

Vi a Jimena entusiasmada con la idea. De pronto empezó a tararear algunas melodías que no me resultaron desconocidas.

—Serás una inyección de savia nueva para el colegio —aseguré; mi vinculación con aquel hospicio era cada vez mayor.

—Usted se implica tanto o más que su tía. —Las palabras de la superiora fueron un acicate para continuar trabajando en una institución donde toda ayuda era recibida con alegría.

Luciana no acudía tanto como quisiera. Aun así, se esforzaba en enviar cajas llenas de ropa no solo de abrigo, sino también ropa de cama para las religiosas. Sábanas con embozos de puntillas sobrantes de algunas colecciones y mantas de mohair que adquiría a un productor artesano de los Pirineos atlánticos.

—Estas sí que abrigan —decía sor Hilaria mientras acariciaba entre sus manos la sedosidad de aquellas mantas que apenas pesaban.

El salón de actos se estaba quedando pequeño. En las dos últimas Navidades nos habíamos dado cuenta de que ya no entraban más sillas y muchas madres tuvieron que permanecer de pie durante la pieza teatral que escenificaron los alumnos.

—Quizá ha llegado el momento de hacer la reunión anual en un recinto más grande, fuera del colegio —le propuse.

Le pareció buena idea. El número de benefactores había crecido mucho más de lo esperado durante los últimos ejercicios. Y eso suponía más dinero y medios para mejorar la calidad asistencial de todos aquellos que acudían al asilo.

—Podríamos alquilar un teatro.

Sor Hilaria se quedó pensativa un rato.

—Es una buena idea, pero el alquiler será caro —dudó.

—El Teatro Principal acaba de pasar a ser de titularidad municipal. No creo que el precio sea muy alto. Además, somos una institución benéfica.

Mi argumentación le pareció razonable a la religiosa que tan solo quería que todo aquel que había realizado una donación, por pequeña que fuera, supiera en qué se había gastado su dinero.

—¿Podría encargarse usted de hacer la consulta?

—Por supuesto que sí —le respondí.

Se trataba del teatro más antiguo de la ciudad, ubicado en la parte vieja. De estilo clásico, tras el derribo, cuando tuvo lugar la reconstrucción en 1930, se mantuvo el diseño original con un amplio patio de butacas y un pequeño anfiteatro.

—Es el lugar perfecto.

—Si usted así lo considera, seguro que lo es —asintió sor Hilaria. De ese modo la superiora de la congregación religiosa dejaba en mis manos la organización de la reunión anual, que, por primera vez, se iba a celebrar fuera del salón de actos del colegio.

—Me gustaría que vinierais —les dije a Jimena y Luciana un día que nos reunimos—. Va a ser un día muy especial para mí.

Ambas habían declinado formar parte de la junta, pero sí se habían implicado desde un cierto anonimato. En la sombra.

Ahora éramos unas mujeres maduras. Todavía conservábamos cierto aire de juventud, pero el sufrimiento callado había ido cincelando, si no la serenidad, sí la resignación de un pasado oculto que cada una, a nuestro modo, habíamos logrado superar, o al menos a convivir con él.

—Allí me sentí protegida —comenzó Luciana la conversación.

Jimena y yo nos miramos en un acto reflejo, como si de alguna manera también quisiéramos corroborar lo que ella acababa de decir.

—A pesar del dolor, encontramos un refugio donde sentimos cierta calidez. —Con aquella frase, Jimena cogió el testigo para continuar hablando del ayer que nos unía a las tres.

Coincidimos en la definición que hicimos de Fraisoro como un centro pulcro, de medidas higiénicas envidiables, donde se daba a luz con todas las garantías médicas y sanitarias.

De hecho, cuando la Diputación Foral de Guipúzcoa decidió edificar el hospicio, tomó como referencia la Pouponnière de Porchefontaine, la casa cuna más prestigiosa de Francia, construida en Versalles en 1893.

—Cuando llegué, no entendía por qué estaba ubicada junto a una granja llena de vacas. —Probablemente fuera la primera vez que Jimena olió a estiércol.

—A mí, en cambio, no me llamó la atención aquel olor, porque crecí entre boñigas —dijo Luciana con toda naturalidad.

Los técnicos decidieron edificar el orfanato junto a la escuela agropecuaria precisamente porque así a los bebés no les faltaría

leche, ni otros alimentos a los niños y niñas que permanecieran en el centro hasta los cinco años.

Fraisoro siempre fue un lugar oscuro a los ojos de los demás. A la vista de una sociedad que vivía dando la espalda a aquella realidad. Donde reinaba el silencio que, sin embargo, cohabitaba con la calidez de cada una de las religiosas que intentaba arroparnos sin hacernos preguntas, con la más absoluta dedicación.

—Nosotras éramos unas privilegiadas porque teníamos a dónde volver.

Cuando Jimena pronunció aquellas palabras, Luciana la interrumpió:

—Está claro, porque a la mayoría nos esperaba una vida paupérrima de mayor escasez incluso que cuando entramos allí. —Se refería a la extrema pobreza en la que se desarrollaría la existencia de la mayoría de las chicas.

—Allí se escondían las miserias de una sociedad hipócrita que ocultaba una cuestión de honor mal entendido. —Puse el dedo en la llaga.

Todas callamos. Por un momento, perdimos la mirada en el infinito.

Habían transcurrido muchos años desde entonces. La sociedad parecía cambiar hacia una aceptación de la realidad, pero la hipocresía continuaba estando presente. Recordé las palabras de mi madre: «Nada es lo que parece, Alejandra».

Fraisoro continuaba abierta como casa cuna. Aunque el número de bebés y madres que acudían allí había descendido considerablemente, la comunidad de religiosas seguía dando protección a jóvenes desamparadas. Las cosas no habían cambiado tanto.

57

Aflora la verdad

Tenía demasiados datos, números, descripción de los almuerzos y desayunos que se daban cada día y el correspondiente coste. Obviamente, era necesario simplificar toda aquella información. Los libros de contabilidad del asilo eran voluminosos porque las monjas apuntaban todo en ellos. Querían que sus donantes supieran al detalle en qué se invertía cada peseta.

En la asamblea general, a nuestras almas benefactoras les gustaba saber en qué se había gastado el dinero que entregaban al centro, pero no me parecía necesario hacerlo con tanta precisión. Entre otras cosas, porque podía convertirse en una alocución tediosa, entre el baile de un sinfín de números.

—Creo que es suficiente con que hablemos de lo que se ha gastado en cada partida y las actividades que hemos hecho. ¿No le parece?

Sor Hilaria asintió de inmediato.

—Usted tiene más criterio que yo para esas cosas. —Tan solo me hizo ese apunte para apoyar mi sugerencia.

Sin duda alguna, iba a ser una nueva forma de dirigirnos a todas aquellas personas que contribuían al bienestar de las niñas y niños

acogidos en el asilo.

Por primera vez, una de las señoras de la junta iba a pronunciar el discurso principal. Esa responsabilidad había recaído en mí por unanimidad. Me sentía profundamente agradecida, pero también algo nerviosa, porque no estaba acostumbrada a hablar en público y menos ante un foro tan peculiar. Hombres y mujeres con una sensibilidad especial hacia los más desfavorecidos. Entre todos, formábamos una especie de gran familia altruista, dedicada a contribuir al bienestar de unos niños y niñas que de otro modo podrían haber estado condenados a carecer de una educación básica y de una alimentación equilibrada.

Quería preparar bien mi intervención, sin prisa, con rigor y la contundencia necesaria para sensibilizar con una realidad ajena a la mayoría de la ciudadanía, que vivía de espaldas a la existencia tan precaria de aquella infancia que intentábamos paliar desde el asilo.

Bien entrada la noche, yo continuaba ultimando las correcciones de texto. Intenté que fuera claro, conciso y explicativo. Lo leía y releía, pero me daba la sensación de que le faltaba alma. Necesitaba hablar desde el corazón.

Pensé en mi propia existencia. En qué distinta hubiera sido mi vida si aquella madrugada don Fausto no hubiera matado a mi prometido. Nunca habría conocido la realidad oculta que escondía la casa cuna de Fraisoro. Tampoco habría descubierto el dolor de decenas de mujeres que recalaban en Zizurkil cada año, a las que igualaba el desgarro al renunciar a su bebé gestado en sus entrañas.

—Quisiera que me acompañaras mañana.

A Valéry le sorprendió mi petición, porque, hasta aquella noche, nunca le había pedido que asistiera a ningún acto del asilo.

—Si así lo deseas, allí estaré. —Sonrió complacido.

En el Teatro Principal no faltaba un solo detalle. Las religiosas se habían encargado de decorar el escenario de forma sobria. Quizá no se llenaría el patio de butacas, o a lo mejor asistía un número mayor de personas que las que preveíamos. Eso nunca se sabía. Dependía de tantas cosas. A veces, porque llovía. Otras, porque hacía

demasiado calor. Hasta el último momento la asistencia siempre era un enigma que no se despejaba hasta que se abrían las puertas del teatro.

Aquella asamblea fue histórica. No solo por la participación masiva.

Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que apenas oí el discurso de sor Hilaria. Nunca me arrepentí de la decisión que tomé aquella madrugada cuando introduje mi discurso en la carpeta que ahora tenía entre mis manos.

Desde donde estaba, vi a Jimena. Luciana, que observaba con atención todo lo que estaba sucediendo en el acto, también me había confirmado su asistencia, a pesar de estar desbordada preparando la nueva colección.

Tras las conmovedoras palabras que dedicó la superiora del centro a tía Elvira por su abnegada dedicación de tantos años, tomé la palabra.

—Después de lo que ha dicho sor Hilaría, no sé si voy a ser capaz de pronunciar mi discurso —dije con voz entrecortada.

Superada la emoción inicial, lo que allí confesé quedó grabado en las paredes del teatro para siempre.

—Puedo hablar en primera persona del sufrimiento de todas aquellas mujeres que un día tuvieron que renunciar a la maternidad. —El murmullo generalizado rompió el silencio—. Nuestro asilo, del que me enorgullezco de formar parte, no es más que una prolongación de Fraisoro. Esa casa cuna oculta a los ojos de esta sociedad. Soy Alejandra Abaria Echaniz, tengo cuarenta y seis años. Estoy casada y soy madre de tres hijos.

Sor Hilaria me miró con perplejidad, porque ella solo conocía a Teresa y a Elena, de las que yo estaba tan orgullosa y le hablaba de sus buenas notas.

Entre el público, por supuesto, se encontraban todas las familias a las que ayudábamos. Los padres y madres de los niños y niñas a los que educábamos y les dábamos de comer.

—Antes de comenzar con la memoria, quisiera hablarles de la experiencia vital que cambió mi vida —proseguí. La expectación iba en aumento cada vez que pronunciaba una nueva frase, hasta que decidí no hacer ninguna pausa—: Tenía veinte años cuando di a luz en Fraisoro, esa casa cuna fantasma, oculta y desconocida para la mayoría de esta sociedad donde se escondían las vergüenzas del puritanismo más hipócrita. Refugio de muchachas pobres, pero también de hijas de adineradas familias como la mía, que dimos a luz allí. Junto a la fuente de piedra, bajo un manzano robusto, descubrí vidas duras, embarazos no deseados y esa angustia que nos igualaba a todas. Sin distinción de clase o condición.

»Descubrí también el egoísmo extremo, cuando una familia adoptante devolvió a un niño al hospicio por el simple hecho de que no era perfecto. Era un bebé guapo como ningún otro, solo que tenía "un defecto al caminar", como dijeron al entregarlo.

»Por suerte, todas ustedes son personas bondadosas, sensibles ante la miseria infantil, que intentamos paliar desde este asilo del que me enorgullezco de formar parte como miembro de la junta de señoras.

La luz que iluminaba el escenario no me dejaba ver bien el rostro de las personas que estaban sentadas en las primeras filas. De pronto, vi cómo Luciana caminaba por el pasillo dirigiéndose a las escaleras por las que se accedía al tablado. Decidí no interrumpir mi intervención mientras ella se colocaba de pie en un segundo plano, bajo la atónita mirada de sor Hilaria.

—Bajo la sombra del manzanal, cada mediodía, cuando brillaba el sol, nos hacíamos confidencias entre los frutos que colgaban de frondosas ramas. Allí conocí a mujeres de alma pura, enamoradas unas, abandonadas otras y, como yo, a muchas que necesitábamos ocultar y olvidar el pasado cuando abandonásemos aquel lugar aislado donde nadie hablaba de felicidad, sino de borrar la huella de un mal llamado pecado.

La elegancia de Jimena se alzó ahora por el pasillo del teatro. Con paso firme, el tintineo de sus tacones rompía el silencio de un aforo

donde el público escuchaba sin pestañear, desconcertado, lo que yo iba diciendo. Se colocó junto a Luciana.

—Hoy soy una mujer feliz —proseguí—, que puedo disfrutar de la compañía de aquel hijo que oculté durante veintiséis largos años. Me satisface ayudar a todas las madres y familias que hoy están entre nosotras. A aquellas que no renunciaron a sus hijos a pesar de la pobreza, pero también a todas esas jóvenes que atraviesan una situación similar a la que yo viví y llevan su dolor en silencio.

Lo que nunca imaginé fue que, tras mi intervención, Luciana me pidiera dirigirse al público. Habló con la misma seguridad que yo. También hizo pública su realidad y alabó la ayuda con la que contó en Fraisoro hasta abandonar el centro donde nos conocimos. Al oírla, no pude evitar derramar las lágrimas contenidas.

—Soy Luciana, y, como ella —me señaló—, también soy hija de Fraisoro. Porque allí nació nuestra nueva vida. Porque dejamos atrás un pasado que, sin embargo, nos marcó para siempre. Entre aquel manzanal descubrí la generosidad de todas aquellas religiosas, médicos y enfermeras que nos protegieron a nosotras y a nuestros bebés. Pero también conocí el egoísmo de quienes adoptaron un buen día a un niño para devolverlo al hospicio meses después.

»Como ha dicho Alejandra, era un bebé precioso, de pelo ensortijado e intensa mirada, a quien su familia adoptante lo devolvió como si se tratara de cualquier mercancía. Ustedes se preguntarán ¿por qué? Cuando empezó a caminar vieron sus limitaciones, esa pierna que arrastraba con dificultad, además de uno de sus brazos inmóvil. Ese niño era el hijo que yo di en adopción.

El murmullo que se desató en el patio de butacas obligó a Luciana a hacer una pequeña pausa antes de continuar. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Desde aquí quiero dar las gracias a esa familia, porque gracias a su egoísmo, a su caridad malentendida, hoy mi hijo vive conmigo.

A pesar de la conmoción que produjo la confesión de Luciana, la alocución más impactante fue la de Jimena. Su voz ronca,

amplificada por la megafonía, retumbó en una sala abarrotada donde su historia de amor con un hombre casado estremeció a todos.

—Muchos de ustedes me conocen. Saben que pertenezco a una insigne familia de esta ciudad. Mi apellido es sinónimo de distinción, respeto y dinero. Pues bien: todo eso no sirve para nada cuando una mujer de mi clase tiene que afrontar un embarazo en silencio. Sin el apoyo de nadie. Se siente la misma soledad que las muchachas humildes que, como yo, recalaron en Fraisoro hace veintiséis años. Allí el dinero o la posición social no sirven para nada, porque el sufrimiento y la pena fueron los mismos para todas. Porque el dolor no sabe de clases.

En esta ocasión, la atención del público era máxima. Nadie se atrevió a murmurar. El auditorio estaba expectante ante la historia que Jimena había comenzado a contar desde el escenario.

—Alejandra, Luciana y yo nos conocimos allí. En una situación extrema que cambió el destino de nuestras vidas. Las tres llegamos embarazadas. Aquella experiencia extrema nos unió y forjó la amistad que hoy tenemos las tres. Tres mujeres que nos hemos atrevido a mirar la vida de frente. Y hoy a contarla aquí para que aquellas que siguen viviendo una situación similar a la que nosotras vivimos entonces no se sientan solas.

»Cuando accedí a este teatro, no tenía intención de hablar; estaba decidida a mantenerme en silencio, pero tras oír a Alejandra y después a Luciana, su arrojo me ha impulsado a subir hasta aquí.

»Di a luz a una bebé preciosa. El destino quiso que muriera a los pocos días de nacer, antes de que yo abandonase Fraisoro. Tenía los mismos ojos que su padre. La misma tez. Es alguien que casualmente está entre nosotros. Perdido, entre el público. Nos hemos cruzado sin saludarnos. No temas, porque voy a mantener tu anonimato. Ni siquiera te mereces el desprecio de una sociedad en la que ya no eres nadie.

»Aquí hay algunas madres solteras, como lo fuimos nosotras aquel lejano año de 1964. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Hoy no es una vergüenza tener un hijo sola, aunque sigáis siendo

señaladas. Tantos años después sigue habiendo maternidades no deseadas que tenéis que afrontar en soledad, sin el apoyo de nadie en muchos casos. No flaqueéis, porque nosotras estamos aquí para ayudaros, para dar de comer a vuestros hijos y ofrecerles una buena educación en nuestras aulas. Nunca juzgaremos vuestras decisiones, pero sabed que si lo hacéis, esa es una herida difícil de cicatrizar.

»Todavía falta mucho camino por recorrer, pero no olvidéis que las mujeres somos fuertes, capaces de salir adelante solas, a pesar de las tragedias que podamos vivir en silencio.

»Nos tenéis aquí para ayudaros, para protegeros y para que caminéis con la cabeza bien alta, como lo haré yo cuando salga hoy de aquí después de compartir con vosotras el mayor secreto de mi vida…

Me di cuenta de que las lágrimas corrían por mis mejillas mientras sor Hilaria intentaba decirme que alguien tenía que cerrar el acto y dar por finalizada aquella asamblea convertida en una cascada de confesiones inesperadas que marcaron la historia del asilo.

58

Rosas blancas al amanecer

Nuestra Señora del Carmen de Getxo es un cementerio nuevo —del siglo XX— en el que escasean los mausoleos suntuosos. Apenas hay poco más de media docena de panteones que exhiben poderío y la religiosidad de sus propietarios, con capillas en la que se lucen manteles de altar magistralmente bordados a mano. Como el de la familia Basagoiti Arteta, considerado uno de los ejercicios más brillantes de la arquitectura neogótica funeraria de todo el País Vasco.

No recuerdo cuándo fue la última vez que acudí a este cementerio. Quizá cuando murió Desiderio, pero no estoy muy segura. Tengo un vago recuerdo de haber ido detrás del féretro, semiescondida, protegiéndome en el abrigo de mi madre. A ella la enterramos en San Sebastián, cumpliendo su deseo, que, por cierto, encolerizó a don Fausto. Como religioso, a mi hermano Isidro no le quedó más remedio que mediar para que aceptara la voluntad de *ama*.

Miguel deseaba que fuéramos al amanecer. Muy de mañana. Cuando el rocío todavía cubría el césped. Haría frío. Pero quería

sentir la humedad, al alba, antes de que los débiles rayos de sol iluminasen la piedra de las tumbas.

—Quiero que estemos solos tú y yo con *aita*. Los tres. Sin nadie en el cementerio —me pidió.

Me pareció un deseo personal, desde la discreción de quien quiere llorar ante la tumba de un padre que jamás conoció.

El cementerio de Nuestra Señora del Carmen es un camposanto marinero, como el de Bermeo o Lekeitio. También el de Ciboure, donde la brisa del mar impregna el descanso eterno.

A la familia Madariaga nunca le gustó la ostentación. Ni en vida, y mucho menos en la muerte. El azar quiso que su panteón estuviera ubicado junto al de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús. Sobre la piedra, ningún nombre grabado. Solo los allegados sabían quién estaba enterrado allí.

—Le llevaremos rosas blancas al amanecer —me dijo mi hijo la noche anterior.

Le estaba sugiriendo ir a comprarlas en una floristería de Getxo cuando Miguel me interrumpió:

—Las cogeremos del jardín, mañana, antes de ir.

Mientras, en Villa Abaria las hortensias perimetraban toda la parcela, Itxaso Enea estaba repleta de rosales. Los había de flor grande, trepadores o futuros capullos silvestres. Con intenso aroma, como las rosas inglesas. Entre estas, la preferida de Ana siempre fue la Evelyn, con pétalos de vivos colores que aromatizaban buena parte de la casa. Las colocaba en varios jarrones repartidos por las distintas estancias.

El rocío también salpicaba los pétalos blancos. Estaba empezando a clarear, pero la luz del día resultaba insuficiente para acertar en el corte de los tallos. Encendió las luces que de noche iluminaban todo el jardín. Ahora sí que podíamos atinar bien con la tijera de podar.

Yo nunca había cortado los tallos de las rosas con el instrumental adecuado. Me sorprendió la destreza que tenía él. Cogió una pequeña cesta de mimbre en la que fue depositando cada una que iba cortando.

—Estas serán suficientes para hacer dos ramos —dijo mientras yo observaba sus manos protegidas por los guantes de jardinería.

Parecía sereno, como si el impacto emocional al conocer su origen no le hubiera alterado.

—Me va a costar llamarles abuelos a Ana y a Teófilo.

—No tienes por qué hacerlo. —Lo mejor era dejar que el tiempo redefiniera el camino.

Mientras ataba con un cordel cada uno de los ramos sobre la mesa de la cocina, insistió en pedirme consejo sobre lo que yo consideraba más conveniente.

—A mí me harás muy feliz si me llamas *ama*.

De pronto oímos los pasos de alguien que irrumpía en la cocina.

—Y a mí me harás feliz si me llamas *amona*. Soy tu abuela —dijo Ana.

Miguel dejó el ovillo del cordel con el que estaba atando el segundo ramo para acercarse hasta ella y abrazarla.

—*Amona*, ¿quieres venir con nosotros al cementerio?

—No. Eso es algo que debes hacer con tu madre. Ya iremos juntos en otro momento. Pero hoy debéis ir vosotros dos solos.

Nos enfundamos ropa de abrigo. Miguel se calzó, además, unas botas ligeras de montaña. La mayor parte del suelo en el cementerio era de hierba bien cortada, salvo la calle principal y los viales de la derecha que estaban ligeramente asfaltados.

Se oía el silencio. Ni un leve batir del viento sobre las hojas de los cipreses. Tan solo el caminar pausado de nuestros zapatos interrumpía la paz de los muertos.

Al final de la calle, a mano derecha, en la cuarta manzana, dormía para siempre Íñigo junto al resto de los Madariaga. Nunca quise visitar aquella tumba. Jamás pensé que acudiría a rezar ni a depositar flores, porque los cementerios siempre me habían causado desasosiego, dolor, tristeza y, en este caso, rabia, porque no había sido una muerte natural, sino un asesinato con alevosía y nocturnidad.

Mi hijo me agarraba del brazo. Yo lo seguía viendo como un niño, pero era un hombre. Cada uno llevábamos un ramo de rosas blancas recién cortadas. Estábamos frente a la cruz que nacía casi desde la tierra. Bajo aquella impresionante losa de piedra gris estaba Íñigo. El joven al que don Fausto arrebató la vida descerrajándole dos tiros.

Pero eso ahora qué más daba. Él también yacía en otra tumba con la bala que se descerrajó en la sien. De alguna forma, había pagado por ello. Si él no lo hubiera hecho, probablemente yo le habría quitado del medio. Solo así, con él muerto, podía pasar página de una tragedia que cambió el destino de mi vida.

Primero él y luego yo, cada uno depositamos nuestro ramo de rosas blancas sobre el panteón. Nos agarramos del brazo, con fuerza, con el amor que une a madre e hijo.

Por fin, pude abrazar la paz junto a Miguel. Ya no tendría que ocultarme más bajo el manto de la «madrina» que hasta entonces había sido para él. Nos retiramos lentamente deshaciendo el camino andado. Volvimos a pasar por el mausoleo de los Abaria sin detenernos, evitando la mirada sobre la capilla que, como otros poderosos, también mandó construir Desiderio en un intento de competir con el resto de las dinastías.

A punto de alcanzar la salida, me llamó la atención la calavera tallada en piedra sobre el acceso al último mausoleo. La puerta de dos hojas tenía un cristal granulado traslúcido que no dejaba ver el interior de la capilla. En una de las fachadas, se podían admirar figuras alegóricas y humanas estilizadas que recordaban al arte egipcio. Sin duda, toda una rareza en un cementerio vasco como aquel. En el lateral que daba a la calle principal había una estampa de figuras femeninas retratadas sobre azulejos multicolores que distinguían a aquel mausoleo de todos los demás.

—*Aita* querría que pasáramos más tiempo juntos.

Las palabras de Miguel a la salida del camposanto, mientras caminábamos de regreso a casa, me conmovieron.

—Por supuesto que estaremos juntos todo el tiempo que tú quieras, hijo mío.

Aquella mañana, cuando contemplé con mi hijo el amanecer de un nuevo día desde aquel cementerio frente al mar, sentí que el desasosiego que me había oprimido el alma hasta entonces se desvanecía.

Por fin podía vivir en paz, mirando de frente a la vida y sin avergonzarme de nada. Ya no me importaba lo que la sociedad pudiera pensar de mi pasado.

Cuando brillan las manzanas

Mientras escribía esta historia, sentí en varias ocasiones la necesidad de acercarme hasta Fraisoro. Siendo niña oí hablar a mujeres mayores, que no lo eran tanto, de ese centro entre susurros como si fuera algo clandestino. Mencionaban a madres solteras y a hijos abandonados en la inclusa. A los mal llamados pecados de juventud. Años después conocí a un matrimonio que había adoptado una niña en Fraisoro. La madre biológica de aquella bebé recién nacida estuvo acudiendo al centro con cierta regularidad durante tres largos años. Imploraba a las religiosas que le enseñaran a la niña, aunque fuera de lejos. Que quería ver a su hija aunque fuera en la lejanía. Pero su bebé fue entregada en adopción a los pocos días de nacer tras su renuncia.

Los padres adoptantes a los que yo conocí, aterrados, con el miedo metido en el cuerpo, huyeron de San Sebastián a Andalucía sin dejar rastro. Temían que la madre biológica, una joven madrileña de buena familia que estudiaba en la capital donostiarra, les arrebatara la niña.

Fue un episodio que me impactó en la adolescencia, cuando se lo oía contar a la muchacha del servicio que tuvo aquella familia. Pensé en el dolor de aquella joven universitaria. En la tragedia silenciosa que le habrá acompañado durante toda su vida sabiendo que una

niña que creció en sus entrañas camina por el mundo sin saber el sufrimiento callado de su madre biológica que jamás conocerá.

A partir de entonces, el nombre de Fraisoro se quedó en algún lugar de mi memoria. Siendo ya mayor, supe que una joven amiga de adolescencia había entregado a su hijo en adopción nada más nacer. Es una mujer de mi edad, casada en la actualidad y madre de familia, a la que su padre echó de casa al conocer su estado. De nada sirvieron las súplicas de su madre, de sus hermanos y del sacerdote. No hablo de los años cincuenta o sesenta, sino de bien entrados los ochenta.

Son dos casos reales que conocí de cerca. Como estos hay miles en España. Mujeres anónimas con historias desgarradoras vividas en silencio. Invisibles a los ojos de su familia en la mayoría de los casos. Ese dolor clandestino, inconfesable que iguala a todas. A ricas y pobres, a intelectuales y analfabetas.

Fraisoro fue un centro de referencia en todo el país que dio cobijo a nada menos que a doce mil bebés hasta su cierre en 1994. Como casa cuna abrió sus puertas en 1903 y fue centro de referencia. Una crónica de la época, concretamente en el diario *ABC*, del 27 de marzo de 1927, recogida en el libro *Mujeres de barro, infancias de cristal* (pág. 37), cuya autora es Eva M. García Magriña, dice:

> Guipúzcoa, provincia infinitamente más pobre que Madrid, sostiene en Villabona, a pocos kilómetros de San Sebastián, una institución que enorgullece a España: la Granja Fraisoro. Y en esa granja, construida, organizada y dirigida con admirable esmero según todos los adelantos modernos bajo los auspicios de la Diputación Provincial, hay una casa cuna, la mejor de Europa, sin disputa, a juicio de todos. En la casa cuna se atiende con desvelo a los niños desamparados. No hay detalle de higiene, humanitario ni científico que falte en esta casa cuna de Guipúzcoa y el lujo se une allí a las necesidades materiales.

El edificio continúa en pie, transformado hoy en un moderno centro de día gestionado por la Fundación Matia. Nada recuerda allí los años en que niños y niñas correteaban bajo el manzanal próximo. Un árbol identitario de la cultura vasca. Sustento principal durante

generaciones en los caseríos, cuando la sidra se intercambiaba por grasa y aceite a los balleneros que iban a Terranova durante el siglo XVI.

Las decenas de variedades que existían en el País Vasco fueron alimento imprescindible tanto como simple fruto como en compota y también como materia prima para la elaboración de la sidra.

He querido que la manzana acompañara a las experiencias entrelazadas que se cuentan en esta novela. Por la importancia que este árbol ha tenido a lo largo de la historia en la supervivencia de una comunidad y también por su significado al formar parte de la cultura y del modo de vida.

Manzanos que ocultaron entre sus frutos tantos secretos de mujeres anónimas. Chicas que hoy, desde el otoño de su vida, continuarán escondiendo en su mundo emocional aquella traumática experiencia de juventud que marcó su existencia para siempre.

Quizá, cuando vean brillar las manzanas, recuerden la cálida luz de las hermanas de la caridad y todo el personal médico de Fraisoro, que las ayudaron a comenzar una nueva vida lejos del orfelinato donde quedó enterrado para siempre su pasado.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Rosa Díez-Urrestarazu, 2025
© La Esfera de los Libros, S.L., 2025
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025
ISBN: 978-84-1094-191-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.